MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

Vol. 6

OBRAS COMPLETAS

ENSAYOS E INVESTIGACIONES HISTORICAS II

Ediciones del Congreso de la República
Caracas/Venezuela/1990

© CONGRESO DE LA REPUBLICA
Caracas/Venezuela/1990
ISBN 980-231-098-0

MARIO BRICEÑO IRAGORRY

Vol. 6

OBRAS COMPLETAS

ENSAYOS E INVESTIGACIONES HISTORICAS II

Ediciones del Congreso de la República
Caracas/Venezuela/1990

COMISION EDITORA

David Morales Bello
Presidente del Congreso

Luis Enrique Oberto
Vicepresidente del Congreso

José Rodríguez Iturbe
Presidente de la Comisión de
Política Exterior de la
Cámara de Diputados

José Agustín Catalá
Director General

Fundación "Mario Briceño-Iragorry"
Beatriz Briceño Picón
Omar Briceño Picón
Miguel Angel Burelli Rivas
María Briceño de Burelli

COMITE EDITOR

Domingo Miliani G.
Rafael Angel Rivas D.
Gladys García Riera
Emma Alemán Stopello

SUMARIO

Pág.

Criterios de selección y ordenamiento del volumen 6 XI

OBRAS COMPLETAS – VOLUMEN 6
ENSAYOS E INVESTIGACIONES
HISTORICAS II

PASION Y TRIUNFO DE DOS GRANDES LIBROS 3

TEMAS INCONCLUSOS 11
CARTA PARA DEDICAR 13
"SANTO Y SEÑA" 17
NUESTRO BALANCE CON EL TIEMPO 21
DE LA TOLERANCIA Y DE LA ENMIENDA 25
De la tolerancia 25
De la tolerancia y de la enmienda 31
LA PARADOJA DE LA DEMOCRACIA 35
EL SENTIDO DE LO HEROICO 45
EL SENTIDO MORAL DE LA HISTORIA 49
GUIONES PARA UNA INTERPRETACION DEL LIBERTADOR 53
Bolívar en Grecia 53
Ante una joya de Bolívar 57
Bolívar y la América 61
Bolívar y Martí 65
Bolívar y Petión 69
Triunfo y tragedia de Bolívar 73

Pág.

Del reposo de Bolívar 79
DE LA CULTURA DE AMERICA 85
DE LA UNIDAD DE AMERICA 89
GUIONES PARA TEMAS JURIDICOS (Extractos de cartas varias) 93
De la libertad de enseñanza 93
De la libertad de prensa 95
De las imposiciones fiscales 99
De las excepciones de las garantías constitucionales 101
De la indemnización por despido 103
De la alternabilidad constitucional 105
Del mandato presidencial 107
Del monopolio eléctrico 111
Del recurso de *Habeas corpus* 113
De la propiedad agraria 117
EN ESPERA DE LAS ALAS 119
EN TORNO A LA GUERRA 123
Las contradicciones de la guerra 123
La tumba de San Pedro 129
Leyendo a Maritain 135
El tonel de Diógenes 141
PALABRAS AL LECTOR 147

SENTIDO Y AMBITO DEL CONGRESO DE ANGOSTURA ... 149

JOSE MARTI 169

FRANKLIN DELANO ROOSEVELT 175

5 DE JULIO DE 1945 181

24 DE JUNIO DE 1945 187

RAFAEL URDANETA 193

JOSE GREGORIO MONAGAS 199

LA TRAGEDIA DE PEÑALVER 205

Pág.

I. El austero repúblico. El Cincinato de "Los Aguacates". El camino de "La Cosiata" 209
II. En plena Cosiata. La quiebra de la legalidad. La ley del bochinche. Sacrificio de Peñalver 217
IV. En la paz de Trujillo. Páez sin careta. La espada imprudente. La quiebra de Colombia 233
V. El ocaso de Peñalver. De nuevo Colombia. El león de Payara. Muerte del Patricio. El equilibrio de una vida 241

SENTIDO Y PRESENCIA DE MIRANDA 245
SENTIDO Y PRESENCIA DE MIRANDA 247
MIRANDA HUMANISTA 255
MIRANDA Y COLOMBIA 261

EL RETORNO DE BELLO 263

MEDITACION SOBRE VARGAS 279

BELLO, MAESTRO DE CIVISMO 285

Historial bibliográfico de los textos incluidos en el volumen 6 301
Indices del volumen 6
Indice onomástico y toponímico 309
Indice de materias 321

CRITERIOS DE SELECCION Y ORDENAMIENTO DEL VOLUMEN 6

Este volumen 6 continúa, hasta completar, la serie de ensayos, discursos e investigaciones históricas publicado en vida del autor. Si el vol. 5 reunía las investigaciones relativas a fundadores de ciudades y primeros pobladores, así como lo relativo a la época colonial (siglos XVI al XVIII), el presente conjunto va referido a los períodos Independentista y Republicano (siglo XIX).

Resalta la intención de Briceño-Iragorry en destacar el sentido humanístico y americanista de los próceres civiles y militares por fundar y consolidar las repúblicas, una vez concluida la gesta emancipadora. A este propósito responden los ensayos dedicados a Bolívar, Miranda, Urdaneta, Peñalver, Vargas, Bello y Martí.

En otra órbita contemporánea angustiosa se inscribe el conjunto de ensayos y cartas que bajo el título de **Temas inconclusos** escribió don Mario entre 1938 y 1941, cuando se desempeñó como Ministro Plenipotenciario de Venezuela en Centroamérica. Casi todas las páginas registran la perplejidad universal provocada por la Segunda Guerra Mundial. La sacudida inclina al ensayista a una grave reflexión de lo venezolano y americano inscritos en un destino ecuménico. La necesidad de afianzar una democracia sobre bases de justicia social, legislación más humana y comprensión más tolerante de los conflictos individuales y colectivos de la humanidad, rigen el pensamiento que ahonda en la meditación humanística sin desmembrarse de los contextos socio-históricos del Continente.

Se ha respetado la cronología de publicación de los textos como una línea dominante sobre las agrupaciones temáticas. Nada habría ganado

el volumen con la reagrupación de sus textos. Todos están marcados discursivamente por el tono de ensayo reflexivo, más allá de una forma de expresión, epistolar, oratoria o periodística. Y en el plano del contenido, todos responden a un mismo desvelo angustioso de buscar salidas de meditación al gran resquebrajamiento de valores, ocasionado por la Guerra Mundial, comienzo de un gran desplome que viene a culminar en nuestros días, cuando las reflexiones de Briceño-Iragorry adquieren una asombrosa vigencia. El carácter aparentemente disperso de **Temas inconclusos** fue señalado autocríticamente por su mismo autor. En el "Prólogo General" a sus **Obras selectas** menciona **Temas inconclusos** junto a otros de sus libros (**Horas, Ventanas en la noche, Palabras en Guayana, Virutas,** etc.), para indicar que con ellos sólo perseguía la finalidad de "recoger lo que fatalmente estaba destinado a morir en el océano de las hemerotecas" (p. XV). Sin embargo el ensayo, cuando lo es realmente, trasciende el carácter periodístico de su publicación inicial. La densidad conceptual, palpable en la mayoría de los textos incluidos en este volumen, es la mejor rectificación a aquella opinión autocrítica, demasiado severa de un prólogo escrito en 1954.

Por último merece destacar que en estos ensayos ya están presentes como indicios las grandes líneas conceptuales que nutrirán lo medular de su pensamiento nacionalista y americanista integrados en los siguientes volúmenes (7 y 8). Esas ideas son: 1) la lucha por reivindicar la tradición con sentido moderno; 2) la prédica dirigida a despertar una conciencia histórica de pueblo como instrumento para comprender y superar la crisis integral de valores; 3) la denuncia sobre las mediatizaciones y entregas del patrimonio cultural y moral a los modernos colonizadores; 4) lucha insistente contra la corrupción política para liquidar lo que él llamaría una "democracia de asalto" y sustituirla por una bien entendida democracia social; 5) vitalización de las raíces de un verdadero americanismo, legible en Miranda, Bolívar, Martí, para apoyar conceptualmente la integración cultural y económica de los países latinoamericanos.

EL COMITE EDITOR

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN 6

PASION Y TRIUNFO DE DOS GRANDES LIBROS (1941)*

(*) Tomado de la 1ª ed. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1941 [7 p.]

Como homenaje al Coronel Agustín Codazzi y a los historiadores Don Rafael María Baralt y Don Ramón Díaz, en la oportunidad de cumplirse el centenario de la aparición del Mapa, el Atlas, la Geografía y la Historia de Venezuela que han hecho famoso el nombre de tan insignes compatriotas, la Academia Nacional de la Historia ha creído justo y oportuno dar a la estampa una serie de documentos relacionados con la preparación y publicidad de dichas obras, clásicas en los anales de nuestra cultura histórico-geográfica. Más que un recuerdo de las eximias virtudes de los autores, se intenta hacer una relación de su meritísima labor. Como si se escribieran guiones para la historia de los propios libros centenarios.

A la eficaz colaboración de nuestro distinguido colega y abnegado animador de los estudios históricos en Venezuela, Señor Don Rudolf Dolge, debemos valiosos elementos para cumplir el encargo de recopilación que nos dio el Instituto. El Señor Dolge nos proporcionó los extractos que se publican, tomados de las Memorias de Guerra y Marina de la época, donde se contiene el proceso de los trabajos del Coronel Codazzi, acudido, además, para la formación de los datos político-económicos, por las Memorias de los Gobernadores de Provincia que le facilitaba la Secretaría de lo Interior y Justicia.

Si bien el Decreto legislativo que dispuso el levantamiento del plano de la República data del 14 de octubre de 1830, ello es cierto que Codazzi venía trabajando en levantamientos topográficos desde 1828, cuando por encargo del General José María Carreño formó el itinerario del Departamento Zulia. Diez años duraron, como se verá de los documentos que se publican, los trabajos de la Comisión Corográfica.

Para la parte histórica, Codazzi tuvo el buen sentido de asociar a su empresa al Capitán Rafael María Baralt y a Don Ramón Díaz, mientras para la artística buscó la colaboración del afamado dibujante Carmelo Fernández.

Autorizado por la Legislatura del 39 para editar la obra a nombre propio, Codazzi carecía, sin embargo, de medios que lo permitieran, por lo cual acudió en 1840 con demanda de un empréstito hasta por diez mil pesos, que le fue franqueado por el Congreso de la Nación.

Ayudado en tal forma embarca con sus compañeros, rumbo a París, el 11 de julio de 1840. Apenas llegado a la capital de Francia, se pone en relación con las sociedades sabias y con los hombres notables de la ciencia, encabezados por el viejo Humboldt, especie de mago del nuevo mundo, de quienes recibe los más cálidos y animadores elogios para la obra. Todo está dispuesto para llegar en breve a la anhelada cima, mas Baralt y Díaz han pensado en la conveniencia de ampliar la parte histórica. El formidable esfuerzo del Atlas reclama un mayor esfuerzo de la parte narrativa. La admiración que despierte el marco geográfico, debe estar acompañada de la admiración debida a los grandes hombres que crearon la República. Discuten el nuevo plan de trabajo, pero no es problema de agregar capítulos sino de lograr mayor suma de dinero. De nuevo recurre Codazzi al Congreso de la República y se le facilitan cinco mil pesos como nuevo crédito. Los contratos están hechos: la obra se edita en la casa impresora de Fournier y Compañía, y los grabados se encomiendan a Thierry Fréres, donde Codazzi logró la colaboración del grabador alemán Alejandro Benitz, con quien después estuvo en íntima relación para el establecimiento de la Colonia Tovar.

Está concluida la empresa. Se acerca la hora de saborear el fruto de tan larga y gallarda jornada. Es agosto de 1841 y en Caracas empiezan a admirarse mapa, atlas, historia y geografía. Don Mariano Mora, encargado de la distribución de la obra, tuvo la sorpresa de ver llegar en breves horas hasta los quinientos y tantos el número de suscriptores*.

(*) Héctor García Chuecos.– "Centenario de una publicación".– "La Geografía de Codazzi y la Historia de Baralt".– En "El Universal", Caracas, 28 de julio de 1941.

Había en ello un afán patriótico, una curiosidad muy natural en quienes deseaban conocer la anchura de la Patria sobre los dibujos de su suelo. Todos los labios están acordes en el elogio de la obra. ¡Y qué estilo el de la Historia! ¡Cómo se enciende el patriotismo ante aquellas páginas de forma insuperable! ¡Cómo crecen los héroes sin necesidad del escabel de forzados ditirambos! En su vieja tertulia de San Francisco, Codazzi recibe los parabienes de los amigos. Allí se reúnen menudamente Baralt, Rafael Seijas, Fermín Toro y los demás componentes de aquella "peña" cuyo principal animador es Juan Vicente González, quien a la par ha instalado las oficinas de su imprenta.

Pero Codazzi tiene una cuenta pendiente con la Nación. Debe quince mil pesos, mas la fama de la obra y los honores de que ha sido objeto en Londres y en París le han dado precio que la levanta sobre la pequeñez de aquella suma. ¡Qué ha de pagar Codazzi, cuando el nombre de Venezuela es por su causa objeto de alabanzas! ¡Qué ha de pagar, si el monumento que Baralt ha levantado en honor de la República importa mucho más que aquella suma de monedas!, confiado, pide al Congreso la condonación de la deuda. La opinión está con él. Aranda, que es Secretario de Relaciones Exteriores, interviene cerca del Congreso a su favor*. Fermín Toro taja una de sus mejores plumas y publica en la "Gaceta de Venezuela" un estudio crítico donde concluye con la recomendación de que le sea perdonada la deuda**. Pero el Congreso tiene otro criterio y le apremia al pago del capital, que es tanto, dice Codazzi, como sacrificar a los fiadores Señores Martín Tovar y Juan Bautista Dalla Costa. El cree que de nada vale que se le emplace hasta el 50, con obligación de hacer abonos anuales de dos mil pesos. Tampoco

---

(*) "Gaceta de Venezuela", Año 13, Trimestre 45, Nº. 580, 20 de febrero de 1842.

(**) "Creemos digno del Congreso de Venezuela la condonación del préstamo que hizo al Sr. Codazzi para auxiliarle en la publicación de está obra. Sus amigos; los que le han visto en París en unión de los señores Baralt y Díaz trabajando incesantemente noche y día; los que saben estimar siquiera el valor material de un hermoso mapa general, un atlas con 24 cartas y 4 volúmenes de geografía, historia y estadística, saben que los manejadores de esta hermosa empresa no han querido ser comerciantes, cuando se ha tratado de su precioso trabajo. Han querido que por el precio de costo, estuviesen al alcance de las más mediocres fortunas; prefieren al lucro la difusión de conocimientos útiles entre sus compatriotas. ¡Que el Congreso remunere sus tareas y desprendimiento!".– "Gaceta de Venezuela", Año 13, Trimestre 45, Nº 578. 6 de febrero de 1842.

admite como remuneración ni como gracia el goce de la tercera parte de su sueldo, ni hace cuenta de que se le hubiera autorizado para hacer la edición en provecho propio, a pesar de haber estado a sueldo durante la formación de los planos. El veterano de todos los caminos de la Patria se siente herido y se da a meditar en los términos cómo debe alzarse contra lo que considera una injusticia del Congreso. Su fracaso y su dolor los guarda para arrojarlos sobre los hombres de quienes se siente menospreciado.

El 16 de junio del 42 toma en La Guayra pasaje para Burdeos, a bordo de la barca francesa "Hermine". El Capitán Bignon, que sabe de la calidad del viajero, le invita a su mesa como huésped permanente para aquel viaje, cuya partida se retarda hasta el veinte. El 1º de agosto llega la nave a Francia, a donde va en grata misión del Gobierno de Venezuela.

Ha llegado la hora en que Caracas y con Caracas Venezuela, reparen la deuda de honor que tienen contraída con la memoria de Bolívar, a quien meses antes de su tránsito habían expulsado del suelo de la Patria, no los venezolanos, sino los políticos sin reflexión. Pronto los restos mortales del Libertador de América retornarán al seno de la ciudad feliz que tuvo la gloria de engendrarlo para la inmortalidad. Codazzi lleva encargo de hacer preparar en París los adornos y demás arreos que lucirán en las ceremonias del recibimiento de unas reliquias casi sagradas para el patriotismo venezolano. Le han dado escasos fondos y, sin embargo, se ingenia parta enviar cosas que llamen la atención de las masas, aunque en verdad sean indignas de la memoria cuya fama se conmemora.

Mas Codazzi, pesia la confianza del encargo, no ha convalecido de la herida que le infligió el Senado de la República y en el largo viaje de cuarenta días sobre el Atlántico comunica su infortunio a un joven militar venezolano que viaja hacia París. Es Rafael Urdaneta, hijo mayor del otro Urdaneta cuyas hazañas aún asombran la Historia. El joven es ardiente y ama, como su padre, en grado eminente la justicia. Un nuevo aliado tiene en él Codazzi y acaso ahí mismo, sobre las aguas bravías del océano, pérfido como los hombres de la política, dan comienzo a las notas para la segunda representación que será dirigida al Congreso. De puño y letra de Urdaneta hemos hallado en los papeles de su archivo, que

hoy nos pertenece, el borrador de esta Memoria (1), posiblemente revisada en París por Cajigal. En ningún periódico de la época la hemos tropezado aún, de donde suponemos de mayor mérito su publicación en la oportunidad de este centenario. Hacerla conocida es, a nuestro juicio, el mejor desagravio de quien se consideró menospreciado por un Congreso a quien movía la exaltación de las pasiones.

La relación de los servicios de Codazzi aparece hecha con una dignidad y una sencillez propia de quien tuvo por norte el servicio de la Patria. Ningún dato de importancia agrega a los contenidos en las biografías a él consagradas. En cambio, nos pone en conocimiento de las causas que movieron a la Cámara de Senadores para negar su apoyo al primer decreto de condonación de la deuda, ya aprobado en la de Representantes. No se trataba de Codazzi. Se trataba de sus socios Baralt y Díaz. A éstos cobran los políticos de la Cámara Alta juicios expresados en la parte contemporánea de la Historia. ¡Qué caro han pagado el consejo de Thiers, que estamparon como blasón en el primer tomo de su relato! Ya saben que no *es el momento en que van a expirar los actores de una Revolución el más propio para escribir la Historia.* No sólo es necesario esperar a que la muerte silencie las pasiones, sino aún a que la perspectiva del tiempo las borre de la flor del suelo social. Sin embargo, pasarán los años, y en mentalidad tan bien equilibrada como la de Menéndez Pelayo aflorará el sentimiento de lo casero para motejar de parcialidad la narración de nuestra guerra de Independencia. Y la parcialidad consiste en que Baralt no condene el rigor y la dureza de una actitud feroz a que nos obligaron los capitanes peninsulares. *¡A la espalda los lobos, al frente el precipicio!*

¿Y por qué no rebaten los juicios que consideren errados y escriben otra Historia, con lo que lucrarían la Verdad y la República?. Pregunta pueril en quien, como Codazzi, es veterano de los bajíos de la política, "dama loca y desmemoriada", de cuya venganza implacable no se salvó ni el propio Padre de la Patria. Sea elocuente la Memoria hasta donde más no

(1) **Las Memorias de Urdaneta fueron publicadas por el propio Briceño Iragorry en 1946 (Vida y papeles de Urdaneta el joven. Caracas: Tip. Americana, 289 p.), y por la importancia que el propio MBI les concedió, fueron incluidas en su totalidad como parte del vol 2 de estas Obras Completas.** (Nota del Comité Editor).

puedan las razones y ello será en balde: allí están esos tomos infames, llenos de mentira, que no deben trocarse con la buena moneda, capaz de ofrecer horas de deleite a los autores del infundio. Con ellos se pagará el erario la suma que adeuda Codazzi, así se vuelva humo el fruto de trabajo tan largamente meditado. Y la política no holgará hasta tanto el órgano oficial publique, como baldón de la cultura, el aviso de remate de los tres mil trescientos veinte y dos ejemplares de la Geografía y de la Historia de Venezuela entregados al Gobierno.

La República antes del año centenario de la aparición de aquellas magníficas obras, clásicas de doble clasicismo, ha deshecho el entuerto del 45. El Ministerio de Educación Nacional reprodujo el año 40 la Geografía y nuestro Instituto académico aún distribuye los tres tomos de la cuarta edición de la Historia. La gloria de los autores ha sido pregonada a todos los vientos y los historiadores y los escritores todos de la Patria leen y releen a Baralt en pos de patriótico deleite y en pos de modelo para depurar las asperezas del idioma.

Una lección se levanta, sin embargo, de aquel injusto proceder de los congresantes del 42 al 45. Nos enseña que por extremas que sean las pasiones de la política, si bien pueden apagar transitoriamente un nombre y aun hacer morder el hambre a quien caiga en la desgracia de descontentar a los poderosos, no llega nunca a destruir lo que está destinado a perdurar en el tiempo y a enraizar en la cultura de los pueblos. Pasan como naves ligeras los odios y los triunfos de los políticos, en cambio, el saber, la virtud y la razón quedan para lo porvenir. Baralt y Codazzi estarán siempre con nosotros. Al investigar, en cambio, el curso de este debate ni advertimos el nombre de sus contrarios de entonces.

TEMAS INCONCLUSOS
(1942)*

(*) Tomado de la 1ª y única edición. Caracas: Tip. Garrido, 1942. 203 p.

CARTA PARA DEDICAR

Caracas, 26 de diciembre de 1941.

Excmo. Señor Lic. Romeo Ortega,
Ministro de México,
San José de Costa Rica.

Mi querido amigo y antiguo colega:

He empezado a enviar a las cajas algunas páginas que compondrán un pequeño volumen al cual daré el nombre de TEMAS INCONCLUSOS. Si se tratara de cosas líricas, podrían recordar con justeza la Sinfonía en sí menor de nuestro amado Schubert. Esta mi fracasada sinfonía quedaría, en cambio, reducida a angustiosos movimientos que, sin lograr la majestad de una coda bien construida, harían desesperar a quienes ahonden en sus causas. Mis temas no son para saciar ansias del espíritu. Parte de ellos, casi todos, los conoce Usted. En las amables tardes josefinas me sorprendió a menudo frente a la vieja máquina, entregado a la obra de escribir cartas, donde vertía mi angustia, coincidente con la suya, de ver cómo se han resquebrajado hasta los conceptos que creíamos pilares perpetuos de nuestra civilización. Entonces conoció Usted muchas de mis cartas, y, dando falso precio a mis ideas, llegó a pedirme copia de algunas para su hijo Germán, que a la sazón concluía estudios jurídicos en la Universidad Nacional de México, y por allá anduvieron en manos de los estudiantes sus amigos.

Nada valen las ideas que exprimen esas cartas, así Usted las sobreestimara movido por aprecio a mi persona. Sólo tienen, sí, el mérito de haber querido pintar el inmenso dolor de presenciar la desgravitación de una cultura. Ellas apenas representan la fatiga y el asombro de quien comprende el espantoso sentido frankensteiniano de una civilización que, negándose a sus fines, se creyó constructora de dioses. Hoy, esos mismos dioses la devoran.

Esas ideas mías, recogidas en forma que hasta disimula su desacoplamiento original, son ideas volanderas, ideas de todos los que se asomen al fondo del abismo que el odio y la desolación moral han abierto ante nuestros pasos inciertos.

Pero, con el dolor que en ellas se compendia, vive, pesia la mala medra de mis escrituras, el aliento de nuestra fe en horas mejores para la humanidad y para nuestra América, empeñosa en buscarse a sí misma al través de senderos más anchos y más limpios. Topará en ellas con la figura de nuestro Bolívar, tan admirado de Usted, por juro de mexicanidad y de idealismo, y también con nuestras viejas ideas de justicia, de libertad, de democracia y de restauración en Cristo de unos hombres a quienes viene devorando la carencia de fe, de esperanza y de caridad.

Esas ideas incumplidas, si no estribos, al menos contornos de promesas para mejores días, estamos en el deber de cultivarlas con afán y con alegre resignación de sembradores. Cosa trivial parece el repetirlas; temas tontos e intrascendentes para quienes apenas miran el sentido material de la vida. Sin embargo, sólo sobre la realidad profunda de sus surcos podrá edificarse el nuevo edificio de la cultura.

América está en guerra. Las llamas del incendio ya ponen rojizos colores en el semblante de nuestros hombres. ¿Cómo será? ¿Cuánto durará?... Esto escapa a la previsión de los estadistas, pero, en cambio, sí podemos asegurar con fe inquebrantable que de los estertores de la tragedia saldrá una América mejor. Saldrá una América desnuda de la ponzoña de farsa y de la actitud de entelequia que han sido entre nosotros las doctrinas de la libertad y la justicia. Habrá América libre y

digna, con hombres rectos y gozosos de espacio donde huelgue la personalidad interior y donde se colmen las urgencias físicas. Una América donde las dos hermanas de Lázaro tengan asegurados sus derechos. Haremos la verdadera democracia, cuyos ideales hoy apenas defendemos. Haremos caminos más anchos y más firmes para que por ellos transiten nuestros hijos sin las sorpresas y los espantos con que nosotros hemos tropezado. Buscaremos de que no se crucifique ya más la verdad. Buscaremos de que la justicia no sea tomada como pretexto demagógico por aquéllos que en nuestro Continente han sido su descrédito cotidiano, ora desde las tribunas clamantes del pueblo, ora desde los propios sitiales magistraticios.

Tendremos noche en América. Larga noche de sacrificios, de hambre y de meditación. Pero con su último turbio vendrá el alba de un día claro, a cuyo esplendor hallaremos la realidad de nuestro destino. Ancho día en el cual lograremos desterrar la tremenda organización de la mentira con que los dictadores de la economía y de la política han envenenado las fuentes de la cultura. Y el espíritu, entonces, asentará sus reales sobre un mundo nuevo, donde el hombre viva para verse a sí mismo y para ver a Dios en el hombre sin nombre que le va por el camino de sus días.

La inquietud de los tiempos de guerra resta reposo a mis ideas para evocar como deseara los claros y alegres días pascuales de San José. Aunque allá estén en plan bélico, creo que la dulzura del diciembre costarricense haga olvidar la misma idea de vivir en trance de pelear. Allá hasta la guerra debe de tener apariencia pacífica. Yo, en lugar de enviarle con gratos recuerdos mis deseos pascuales, vengo a hacerle esta larga carta, sólo para decirle que abusaré de su bondad una vez más y que, como buen augurio, pondré mis TEMAS INCONCLUSOS bajo el patrocinio de su nombre, por demás grato a mi amistad.

Que Dios le tenga siempre en su guarda y que a mí me depare tales amigos como son los míos que conquisté en mis gratas andanzas por las tierras de Centro América.

Suyo afectísimo amigo,

M. B-I.

"SANTO Y SEÑA"

San José de Costa Rica, diciembre 16 de 1940

Señor Doctor
Mariano Picón-Salas.
Caracas.

Mi querido Mariano:

Tu última muy grata carta me trajo la noticia, por demás bien celebrada, de la próxima aparición de la revista "Santo y Seña" que, con tu prestigioso nombre al frente, habrá de recibir muy en breve el alborozado saludo de nuestro mundo intelectual.

Cuánto tiempo corrido desde la fecha en que me pedías mi juvenil colaboración para tu revista "Arístides Rojas", que tuvo en Mérida vida tan efímera como la de aquel cuadernito "Juan Cristóbal" que, por el mismo tiempo, empezaba a editar yo en Trujillo. Estábamos entonces (¡lo creíamos nosotros!) al final de la Guerra Mundial; tú te sentías a "las puertas de un mundo nuevo" y yo, en el pórtico de mi revistilla, invocaba, como sigo ahora invocando, la urgencia de un clima de serenidad para las grandes obras del espíritu.

Tu revista de ahora buscará, según me dices, que "la gente se acerque y se comprenda" para lograr una realización de los ideales humanos. Servirás, así, una buena causa. Encenderás tu luz para orientar en el

camino de la comprensión de los hombres. Harás cultura. Porque no son la hojarasca literaria, ni la oratoria oportunista, ni las teorías erizadas de fórmulas inabarcables, ni el éxito de las materiales invenciones del ingenio humano, lo que exprime los símbolos propios a determinar una cultura. En su explicación del mito de Prometeo, Paul de Saint Victor coloca como punto de partida del hombre en la curva de la civilización la propia hora en que del roce de dos piedras vio saltar la chispa del fuego. Yo creo, sin embargo, que sería mejor para el símbolo moral decir que en la genealogía de la cultura deba señalarse como ortivo momento aquél en que los hombres sintieron la necesidad de buscar fuerzas de un orden superior que fueran potentes de frenar a los violentos. Aquel día los hombres asistieron a la primera evidencia del espíritu. Toda nuestra lucha, lucha de siglos que ha desfigurado no sólo la geografía política de los continentes sino su propia geografía humana, puede reducirse a la que mantienen el hecho de fuerza y el hecho moral. La mayor o menor comprensión de la urgencia de dominar los impulsos en aras de un convivio marca en realidad la curva exacta de la cultura y determina las etapas de la civilización.

Trabajar porque "la gente se acerque y se comprenda" es en verdad obra de humanistas. Y tú lo eres. En nuestro suelo es labor tan patriótica cuanto lo es la de desanalfabetizar a las masas o la de sanear nuestra agotada población rural. La gente que se acerca y se comprende se respeta. Y sólo entre hombres que se respetan por la comprensión y la tolerancia es posible la vida social. Lo otro es una asechanza metodizada y consentida. Pequeña en palabras tu consigna, ella sintetiza, en cambio, una programación social. En acercándose, los hombres llegarán a redescubrirse en sí mismos y a tomar rumbos saturados de humanidad, que les permitan sustituir las aparentes categorías históricas por fornidas categorías culturales.

Acaso de nada esté tan urgido nuestro medio como de una cruzada de proyecciones morales que conduzca a dar sentido humano a nuestros actos. La escuela, creo haberlo comentado contigo en carta pasada, debiera propender a la formación de un humus social que precipite la germinación del "comprenderse" que tú invocas. Nuestra escuela, lejos de crear sentidos de cooperación, prepara al alumnado –a los hombres

del mañana– a la rivalidad, al egoísmo y a la envidia. La escuela nuestra, lejos de sumar, divide la conciencia de los jóvenes y prepara los grupos que exaltarán el individualismo disolvente.

En tu revista tú puedes servir eficazmente a la noble causa de la comprensión aglutinante de nuestros varios cuadros intelectuales, propendiendo para ello a la búsqueda y a la exaltación de aquellos valores que nos son comunes y de los cuales ninguno de mayor arrastre que el propio valor que constituye la cualidad entitiva del hombre. El acmé moral sólo se hace posible cuando el ente busca proyectarse en sus semejantes y adquiere de éstos una respuesta unísona. Cuando sentimos en el trajín cotidiano que junto a nosotros caminan seres que nos son vocacionalmente iguales y cuyos destinos no nos son indiferentes. Levantar la conciencia hasta lograr la certidumbre de que nada humano deja de interesarnos debiera ser empeño de toda obra de cultura que pretenda realizaciones efectivas en la zona del espíritu.

En momentos en que la más cruel de las guerras azota a pueblos que se exhiben como la expresión histórica de la cultura, el hombre ha comprendido que esas formas que se han llamado civilización no coinciden con las líneas determinantes que arrancan del campo de la moral social. No coinciden, porque el hecho de fuerza en sus varias modalidades (poder, capital, estado) ha desoído las voces espirituales que deben marcar el rumbo de la cultura. Lejos de coincidir siquiera en un punto de equilibrio, la violencia en todas sus maneras ha venido señalando el destino de la sociedad y el éxito se ha medido por las voces sin concierto y no por el pensamiento que sosiega. Las máquinas de guerra no son movidas sólo por escasos técnicos de las milicias que conocen sus complicadas invenciones, detrás de ellas están millares de civiles que jamás se detuvieron a pensar en la justicia como algo que "está" fuera de nosotros. Ellos han llamado, con lógica hedonista, justo todo aquello que sirve a la personal complacencia, aunque represente una agresión para los derechos vecinos.

Para aglutinar una conciencia social precisa la formación de conceptos que se erijan sobre nuestra mostrenca inclinación individualista. Es necesario crear una mística de "lo humano", pero de lo humano, no en el

concepto de Nietzsche, sino en el claro y ancho de los filósofos cristianos del Renacimiento. Es preciso levantar para una nueva militancia del espíritu las nociones de libertad, de justicia y de tolerancia. Sin mirar hacia estos puntos cardinales del horizonte moral, estaremos condenados a perpetuar la tragedia espantosa de la incomprensión que sirve de mosto prolífico a la guerra.

Bien está esa labor que intentas desde las columnas de tu revista. Espléndido nombre le has hallado. "Santo y Seña" se presta a múltiples intuiciones. Este rubro, más mágico que lógico, como tú dices, me hace pensar en el centinela que en medio de las apretadas sombras lanza la mirada avizora, y al "¡Alto! ¿quién vive?", oye que voces llenas de futuro y de fe, responden, con acento redondo de esperanza: "El hombre", y que por seña le agregan: "Gente de paz", como en balde decimos en nuestros amables zaguanes caraqueños.

Te van con mis felicitaciones, los votos muy cordiales que formulo por tu dicha en el año que se acerca.

Tuyo afectísimo,

M.B.–I.

NUESTRO BALANCE CON EL TIEMPO

Escolios en forma de epístola a un discurso de Numa Quevedo.

Hablas de realidad venezolana y quiero hacer un distingo que me ha ocurrido ante tanto ver y oír su cita en documentos públicos. Entiendo que existe una diferencia entre realidad pasiva y realidad activa; entre el cuadro, marco, ambiente o clima moral, donde ejercemos nuestras actividades, y el estado, situación o grado de esas mismas actividades. Las leyes sociales se acomodan a las características de los grupos, pero, cuando éstos han adquirido formas teratológicas, necesario es que aquéllas busquen otras influencias que, por lo contrario, modifiquen a los grupos. La causalidad no descansa sólo en un concepto de "materialidad social", ella es el resultado de un acoplamiento de funciones donde tanto juegan los principios como los hechos. Tú lo confiesas, como espiritualista, al hablar de "la lumbrarada de nuestros ideales", y "nuestros ideales" están divorciados de la realidad venezolana. Sin descuidar "lo realístico", es decir, la certidumbre del medio en que actuamos (defectos, virtudes, taras sociales, ambiente intelectual, situación económica) debemos ir contra la "realidad pasiva", que en lo político y social está representada por "tipos" y "formas" cuya modificación se impone. Desde este punto de vista resulta un argumento hasta peligroso, por las contrarias aplicaciones que puedan hacerse del principio, el invocar sin examen, como regla de actividad social, el ajustamiento de nuestra obra a la "realidad venezolana". Claro que es necesario, a todo trance, consultar el "momento" y las "posibilidades" del medio, para iniciar una labor constructiva; pero, a los espíritus

pesados y propensos al estancamiento, pudiera ello servir de pretexto a un "nirvana social" o a un "regreso" o "huida" hacia fáciles formas atávicas. Tan sutil es esta diferenciación de categorías, que temo llegar a implicarme en su exposición, pero me ayudará a salir airoso tu penetrante comprensión de los hechos. Para el juzgamiento de nuestro fenómeno nacional es requerido de previo el conocimiento de la realidad pasiva, como si tratásemos de balancear nuestras cuentas con el tiempo, pero infiero que nuestra obra futura no debe subordinarse sólo a las posibilidades realísticas de ejecución "sin trabajo" que nos presente el examen del medio, sino que, en cambio, estamos obligados a modificar la realidad, adecuándola a principios y a ideas que levanten a su debido grado nuestra cultura, sin que ello nos exponga, tampoco, al peligro de una situación catastrófica.

Si fuéramos a elaborar una carta fundamental acorde con nuestra "realidad venezolana", fatalmente habría de ser anti-democrática, por cuanto nuestro desarrollo social mayoritario no permitiría el pleno ejercicio de los principios democráticos, por carecer de hábitos y tradiciones libres. Pero la carta fundamental ha de ser lo que es la carta de marear para el piloto: en ella deben fijarse principios y rumbos que nos endilguen por "la ruta que estamos obligados a conquistar como hombres", según elocuentemente tú mismo dices en tu discurso. Si la influencia ambiental es decisiva en las sociedades, si el medio telúrico modifica los grupos, necesario es no olvidar que la psiquis colectiva es profundamente influida por los principios que propaguen y sostengan unos pocos hombres idealistas. Las grandes transformaciones de los pueblos han sido obra del ideario de escasos individuos. Las propias revoluciones populares no han sido motorizadas por fuerzas espontáneas de las masas sino por el impulso que les prestaron ideas situadas sobre la realidad. No debemos olvidar que en todo silencio social se oculta un reclamo de mejoramiento y que, cuando de las normas legales se sustraen principios que derivan su legitimidad del derecho universal de los hombres, estos principios reaparecerán como elemento de subversión en el fondo de los grupos sociales. Es preferible, para holgura del espíritu, que el "hecho" se halle desacoplado de la norma legal y no que la "norma" contradiga los principios de la justicia universal. Cuando el individuo es vencido por el "hecho", quedan la confianza de que

vendra una hora mejor para sí en el medio propio y el consuelo interior de ser sólo una víctima pasajera: cuando, en cambio, se ve despojado por la norma que debiera protegerle, en el fondo del espíritu anida el odio contra dicha norma y contra el mismo orden social. Las leyes injustas y los jueces que no saben administrar la justicia social son los constructores indirectos de las revoluciones.

"Definición de realidades", dices en tu discurso, y entiendo por ello eso que yo llamo "balance con el tiempo"; es decir, profundizar la raíz de lo nuestro, no para acomodar a los hechos cumplidos la línea de nuestro progreso social, sino en orden a buscar las cifras que sirvan para levantar el nivel presente hasta la posición que reclama la cultura. Poseemos realidades que, por un fatal proceso de involución, lindan en lo temporal con formas semi-feudales. ¿Han de acordarse por esto las normas legalistas a tal situación de regreso? Semejante cosa significaría una renuncia total a los derechos del ideal y de todo sentido de espiritualidad; de lo contrario, luchemos con ideas nuevas contra los hechos viejos, contra la realidad en su noción inerte e involutiva. Ahora, en cuanto esa realidad se contrae a recursos humanos o económicos no advertidos, es decir, a lo realístico activo, estamos imperativamente obligados a abrir canales para la utilización de semejantes fuerzas. Entre esos recursos humanos, latentes y menospreciados, yo advierto una tendencia idealista que nosotros no hemos sabido utilizar y que utilizaron nuestros mayores con éxito y gloria. La guerra de independencia mostró lo que puede nuestro pueblo al servicio de una idea transcendente. Aquélla fue una realidad que apenas hoy nos es histórica y que debemos revivir, no para solazarnos en ella y servirnos de su gloria como de rica vestidura que cubra nuestra pobreza de actos presentes, sino como acicate que levante nuestra función cívica. Si ayer nos sacrificamos colectivamente por la idea de la libertad y de la independencia, hoy nos debemos también colectivamente a la obra comenzada con brillo e interrumpida con dolor. Los pueblos sólo se salvarán para la cultura por un retorno al grato imperio de la libertad. Nuestros sufrimientos tienen por raíz las espaldas dadas por nuestros antecesores a ese imperativo histórico, y lo que individualmente conocemos de propia experiencia, pesa totalmente sobre la colectividad. Nuestra regeneración debe comenzar por saldar "el balance con el tiempo" que fatalmente nos abruma. Y ese balance

doloroso es nuestra realidad pasiva, urgida de un cambio de rumbo y no de que sea considerada, desde el punto de vista de la idealidad, como módulo para determinar nuestras posibilidades sociales...

San José, 1938.

DE LA TOLERANCIA Y DE LA ENMIENDA

DE LA TOLERANCIA*

San José, junio 12 de 1940

Señor Doctor
Mariano Picón-Salas,
Caracas.

Mi querido Mariano:

Supongo que se acerque tu regreso a Caracas, pues acá están llegando los Delegados que representaron a Costa Rica en el Congreso Científico Panamericano, y quiero enviarte estas líneas con mi agradecimiento y enhorabuena por tu magnífico libro "1941". En su lectura he tenido horas de profunda meditación venezolana y humana.

Encuentro el primer ensayo de una significación intensiva para nuestra hora política presente. Hay en él ventanas entreabiertas desde donde se avizora el paisaje de nuestras realidades y posibles sociales. Una meditación serena y aguzada de nuestras faltas, caídas y deberes sin cumplir y un centrado augurio de nuestra perspectiva futura. Hay allí, podría decirse, el juicio paradojal de quien alimenta una ancha

(*) Mantenemos aquí el título que dio a esta carta el insigne Don Joaquín García Monge, cuando la reprodujo en "Repertorio Americano".

esperanza nacida de un cúmulo de cenizas. Debieran nuestros hombres, en especial nuestros jóvenes, leer con espíritu analítico ese tu excelente ensayo sobre nuestro deber social.

Examinas con certero enfoque la realidad de estos cuatro años de nueva vida política y, del recuento ligero de hechos y corrientes, concluyes en la urgida necesidad de apuntalar por todos los medios posibles el siempre quebradizo edificio de nuestra democracia. Tu sintético examen del fascismo y del comunismo (gemelos que se visten al revés), es una oportuna lección que debieran aprender los empeñosos en destruir nuestra enjuta vocación democrática. "La democracia como una afirmación de libertad y dignidad humana" es, según muy bien la presentas, un acto de fe, un estado de conciencia, un "creo" que debemos mantener con tanta firmeza cuanta Tertuliano hubo de necesitar para sostener la certidumbre de lo imposible. Que sea débil la forma democrática de Gobierno para defender su estructura y su esencia del peligro que representa lo que han dado en llamar "caballo de Troya", no lo entiendo del todo así, por cuanto el Estado democrático posee recursos, creados por los instrumentos legales que le rigen, suficientemente idóneos en orden a hacer saltar el maderamen en que se ocultan los traidores de la libertad, sin que su oportuno ejercicio represente formas totalitarias o autocráticas. Lamentablemente muchos de nuestros gobiernos americanos de "etiqueta" democrática han utilizado esos recursos legales extraordinarios, hasta hacerlos "ordinarios", no para defender la libertad y la dignidad ciudadana, sino para destruirlas con el velado fin de robustecer el predominio de un autócrata y de la clase que le rodea. Un país americano acabo de ver que, para defender la escuela del peligro que representa la infiltración de ideologías opuestas a la democracia, ha instruido a los maestros acerca del apoliticismo de la enseñanza. Si el país en su Constitución se ha declarado de forma democrática, en la escuela debe enseñar todo lo que haga inteligible a la juventud la idea democrática. Esto nada prueba, en cambio, contra la democracia. Esto apenas sirve de una prueba más contra la incierta, aunque hermosa, tesis roussoniana de la salvaje bondad del hombre.

Si en verdad son irreconocibles la democracia y el fascismo, como lo son la democracia y el comunismo, si en verdad son extremos que se

excluyen y cuyas fórmulas no pueden llegar a transigir, tu aseveración –cierta en un terreno de altura– de que toda la tolerancia que se invoque en tal lucha resulta nula y suicida, la encuentro, sin embargo, tocada de peligrosidad en nuestra idiosincrasia venezolana. De una parte nuestro temperamento intolerante hasta lo monstruoso, y de la otra la tendencia, menuda e interesada, de llamar fascistas o comunistas a quienes en realidad no lo son. El fascismo y sus congéneres, tanto como el comunismo, no pueden avenirse con la democracia, como no se aviene la salud con la muerte, porque aquéllos son muerte y salud para los pueblos libres. Pero los fascistoides, entre nosotros, aplican notación de comunistas a simples demócratas, mientras los filocomunistas llegan a motejar de fascismo a elementos de estructura democrático-liberal. Esa violenta actitud de lucha, ese nuestro perpetuo estar colectivo en función destructora del semejante aconseja una tesonera y prudente prédica de tolerancia. Tú al escribir te sitúas en un plano filosófico que pudo hacerte olvidar momentáneamente la tragedia de la intolerancia venezolana, esa tragedia que va desde lo político hasta lo literario y que invade tanto el campo del arte como las menudas situaciones de nuestra vida diaria.

No es que yo reclame –¡no faltaba más!– una tolerancia culpable para la expansión de las tesis extremistas en un plano de realidad. Mi fe religiosa no se aviene con los regímenes que niegan los derechos del espíritu. Yo he estado siempre de fajina en el propósito de proclamar la necesidad de que en nuestros hombres llegue a crearse un clima de tolerancia que permita el examen racional de las tendencias ideológicas de los unos y de los otros. Yo pido que los oídos se abran antes de condenar con apóstrofes liquidantes la posición del contrincante. Siempre he creído que la vida sea yuxtaposición, congruencia, mezcla de varias corrientes y hasta conjugación de lo antitético. El orden social que se fundamente en el silencio forzado de las voces contrarias no será sino la expresión de un concepto de negación del hombre mismo. La armonía de lo diverso es la racional resultante del lógico ejercicio de la libertad esencial del espíritu, por cuyo dominio luchan las consignas de la democracia. Entre nosotros, desgraciadamente, hay una abultada propensión a las afirmaciones y a las negaciones categóricas. A alguien escribí una vez acerca de la necesidad venezolana de ejercitar el

subjuntivo en la diaria parla. Nuestras oraciones son de una rotundidad que a veces llega al impudor. No dejamos oportunidad a la posible rectificación. Juzgamos con la misma pretensión de certeza con que el cincelador trabaja sobre el mármol inconmovible. Mientras Cristo utilizó la arena movediza para la única sentencia en que se valió de la grafía, nosotros quisiéramos el metal o la piedra aún para los juicios más intrascendentes.

Tú has escrito acerca de la tolerancia como para ser entendido por un pueblo ya educado en las luchas civiles. Olvidaste la pasiva realidad de nuestro medio, erizado de intolerancia, y la actitud violenta de quienes creen que el sol hace su amanecer apenas para alumbrar el tejado de sus viviendas. En nuestro medio faltan al día horas para predicar la virtud austera que pone la sal en el banquete de la libertad. Quienes deseen ver el afloramiento de la justicia social han de empezar por un acto interior de justicia: moderar el ímpetu que nos lleva a contradecir *por que sí* a nuestro semejante y crear en su lugar una arraigada convicción de que en el libre juego de derechos que representa la democracia radica nuestro porvenir político.

Como fácilmente habrás de entender de mis palabras, mi insistencia en favor de que llegue a crearse entre nosotros un ambiente de razonada tolerancia tiene por objeto la búsqueda de una fuerza permanente que aglutine, por medio de la comprensión, la labor de hombres que aparecen separados en lo político en razón de obstáculos vadeables. Esta misma aglutinación de elementos, que no han logrado entenderse en razón de la crisis que representó para nuestras ideas el año de 1936, habría de servir para delimitar en justos cuadros las diversas fuerzas sociales y luchar desde ellos con lealtad responsable. En una fórmula numérica me atrevería a decir que es suicida una tolerancia de segundo grado que venga a permitir que la democracia "realizada" sea destruida por las fuerzas enemigas que comportan el fascismo y el comunismo. En nuestro caso estamos urgidos de una tolerancia de primer grado, que permita la realización de la democracia. Aún no hemos llegado a estructurar el verdadero gobierno democrático pautado en nuestra Carta Fundamental. Hoy la lucha es por destruir la democracia. Se destruye lo que existe. La lucha de gran parte de los venezolanos influyentes es por

que se frustre nuestra posibilidad de realizar la democracia, y de ahí esa bárbara forma intolerante en que se descalifican nuestros hombres. (La táctica de nuestra política personalista ha sido siempre la de diezmar). Es cuestión acaso de edad política, de falta de vigor institucional. Para defender hoy la democracia en Francia y Gran Bretaña sus gobiernos se sirven de la dictadura, tan bien llamada "herramienta democrática" por Angel Ossorio. En la América no han podido llamarse nuestras dictaduras sino "sepulturas democráticas": a ellas se ha entrado por cualquier expediente de aspecto legal para no salir sino por la puerta sin guardas de la revolución o por la claraboya de la muerte, y eso, las más de las veces, para empezar a buscar de inmediato el camino de la siguiente. Por ello, creo que en nuestro empeño democrático tolerar sea riego preparatorio para nuestro suelo político, mientras al Gobierno corresponde la dura misión de autovigilar sus propios actos para que sean tenidos por el pueblo en el respeto que por su naturaleza ellos merecen.

Un grito de tormenta ha detenido el curso tautológico de esta carta. Las pizarras de la prensa anuncian que París está en llamas y, a la voz de "arde París", he vivido un minuto del milenario que pinta el último ensayo de tu magnífico libro. Yo no conozco a París, pero he vivido en París porque él ha venido a mí en el aire suave y fecundo de su cultura. El mundo sin Francia sería como una Venus sin narices. He vivido *sensiblemente* el milenario, porque, intelectualmente, lo estamos viviendo hace algún tiempo. Y tú escribes en forma inapelable la razón de toda la crisis: "En el momento en que el hombre parecía materialmente más poderoso, estaba espiritualmente más débil". El positivismo del XIX y la rigurosa interpretación materialista del mundo a que condujo, como reacción contra el hegelianismo, la dialéctica de Marx, han ocasionado esta pavorosa subversión de valores que hoy estrangulan la conciencia del mundo occidental. Para terminar tu ensayo esbozas al esfumino una "promesa de salud" que mantendría "las normas de convivencia que nos legaron el Cristianismo y el Humanismo". Creo que has usado mal un tiempo verbal. El hombre se ha alejado, es verdad, de estas grandes directrices y por ello ha perdido su espiritualidad y el centro de gravedad de su conciencia. Hay un contrasentido en desear y en realizar los deseos por los caminos contrarios a ellos. "Hablamos de humanidad, fórmula

esencialmente religiosa, y expulsamos de todas nuestras obras la religión" y, como consecuencia, "todos los días oímos la palabra humanidad en labios de materialistas que no pueden comprender su valor"; era queja de combate en José Mazzini, mientras ahora mismo, con toda su gran autoridad, Laski nos dice que: "Ninguna sociedad podrá alcanzar su completo y final desarrollo sino cuando el motivo principal de su existencia sea la capacidad de valuar las cosas del espíritu por encima de los productos materiales". El hombre, Mariano, está urgido de una inmersión en el espíritu. No te indico como vía para ello el de una ascesis solitaria. Es necesario ensayar colectivamente la dinámica del espíritu a fin de que éste aflore en "actos" hacia la vida exterior.

Debemos crear una militancia de los valores interiores. El materialismo sólo puede ser combatido por la posición contraria. La hora del mundo reclama un regreso, no a la barbarie de Atila, sino a la gozosa concepción del hombre en su dualidad de materia y de espíritu, es decir, al hombre integral que redescubrió "en sí mismo y en la naturaleza", al decir de Michelet, el Renacimiento y que es el mismo hombre, necesitado de "pan y de verbo", a quien Cristo predicó su Evangelio, no cumplido aún.

Esta carta, que iba en elogio de tu libro, me ha resultado el esquema de un ejercicio práctico de tolerancia. Tómala como un buen centro de interés para activar tu paciencia. Entre hombres *prácticos,* nuestro tema debiera ser acerca de la realidad económica del momento y sus proyecciones sobre el nuevo mundo. Pero debemos hablar de aquello cuya ausencia ha causado la crisis: por eso este tema del espíritu, a que he contraído estas líneas, en momentos en que la tragedia se extiende sobre este infeliz mundo de los hombres.

Tuyo afectísimo,

M.B.–I.

DE LA TOLERANCIA Y DE LA ENMIENDA

No existen virtudes sociales con tanto contenido humano como las de la tolerancia y de la enmienda. Actitudes de aparente quietud que comportan, en cambio, un redoblado esfuerzo interior. La tolerancia, a pesar de semejar una disposición interyacente, es fuerza espiritual, y ¡qué fuerza!, en el proceso de aglutinar la dinámica de la sociedad. Quien tolera no está quieto, entre dos aguas que corren por distintos cauces. Para quien cree que el mundo tiene una finalidad espiritual, debe ser consigna indesviable el respeto supersticioso de los derechos del espíritu. Y el espíritu existe en cuanto es libre, porque, en cuanto es libre, según la fórmula de Hegel, está dentro de sí mismo. Un hombre carente del derecho de expresarse parecerá un hombre, mas no lo es. Ese tal tendrá, como las cosas, su centro de gravedad en lo exterior. No será un espiritual. Y como la libertad social no es la facultad "mía" en un terreno aislado, sino la facultad "mía" anudada a la facultad de "otro", consecuencialmente la mía crecerá a la par de la vecina. Serán como vasos comunicantes, como luces que se complementan para alumbrarse y para alumbrar. Si queremos gozar nuestra libertad, busquemos que los otros gocen la suya. La libertad entre seres esclavos, lejos de ser ímpetu, resulta un insulto anonadadante. La opinión que se expresa entre seres a quienes se impone una uniforme manera de pensar tendrá el valor de un grito en medio de una oscura soledad.

Tolerar es convivir y no transigir. Los grupos y las personas, manteniendo la integridad de su posición peculiar, pueden y deben esforzarse por el logro de una actitud colectiva que permita a los otros el justo desarrollo de su personalidad entitiva. Tal es la tolerancia. Respeto

a la libertad ajena, respeto al rayo de sol con que nuestro vecino quiere iluminar su vivienda. Respeto que alcanza a la vez respeto para nuestra posición personal. Sin que se entienda que este tolerar y este conllevar de responsabilidades signifiquen entrega de nuestras propias armas de combate. Aun podrían velarse las unas y las otras en el mismo recinto para el torneo de la siguiente mañana.

Junto a la tolerancia, y como viva expresión de la perpetua dialéctica del pensamiento, la actitud de enmendar nuestros propios yerros aflora llena de sentido humano. La vida reclama a diario la revisión de nuestros actos y de nuestras ideas, no para alabarlos sino para enmendarlos y ponerlos a tono con el progreso y la verdad. Es preciso reconocer que muy a menudo sostenemos con entusiasmo y sinceridad puntos de vista que parecieran claros por carencia de mejores datos. El estudio continuo obliga a las necesarias rectificaciones, no porque nos desdigamos, sino en razón de haber descubierto un nuevo error. Sólo no yerran Dios y los imbéciles, enseñaba Renán. ¿Es acaso humano mantenernos en una indesviable posición ideológica porque el azar de una semi-cultura nos haya puesto en actitud de profesar una idea falsa? El propio vaivén social obliga a modificar posiciones. Variado el mismo punto de partida de donde arrancó una posición, es deber de lógica revalorizar las observaciones de ayer. No se debe motejar de veleidad a quien rectifica posiciones, siempre que la rectificación no provenga de un sentimiento hedonista. Es espantoso pedir una uniforme manera de juzgar cuando nos hallamos frente a un mundo movedizo. El mismo hombre, individualmente, tiene variedad de etapas en su constitución biológica. La salud, las enfermedades, los tránsitos sociales, las pasiones alteran su estructura temperamental. Las ideas tienen como medio de germinación la sensibilidad y las pasiones. El espíritu se ambienta menudamente de conformidad con el propio estado social. Distinta manera de pensar se toma en una dictadura a la que es común de la República. Cada época tiene su tono. De viejos no podemos vestir al igual de cuando fuimos muchachos.

Lo lamentable, en todo caso, es vestir ideas convencionales, ideas que se toman en cualquier alquiler para lucrar con apariencias, como los encapuchados. Vergonzoso es negar la fe personal para halagar a

quienes pueden ofrecer o consolidar una holgada posición material. Los pensamientos y los actos de los hombres se valorizan por su finalidad. Ocultar ideas, silenciar verdades, aparentar posiciones, para medrar con el beneplácito mayoritario o con la prebenda que reparten los poderosos, es actitud que no resiste el más ligero examen. Eso no es rectificar. Eso es traficar con la integridad moral. Y con la moral se trafica una sola vez. El trato, por alto o bajo precio, agota la materia.

LA PARADOJA DE LA DEMOCRACIA

Porfían los numerosos e interesados enemigos, que a la hora presente siguen su campaña de descrédito de los ideales democráticos, en sembrar el concepto de que sea su esencia el triunfo aplastante de la aritmética individualista. Nada parece más contrario a la verdad que esta falsa idea de democracia. Se fundamenta ella en un enunciado de contenido arbitrario, ya que la proyección de lo democrático precisa, además de un desarrollo horizontal, de un arranque de ascendente verticalidad. Sobre el valor disolvente de lo individual se alza el ímpetu de la personalidad humana. "Como individuos, estamos sometidos a los astros; como personas, los dominamos", es diferencia que bien ha sabido determinar Maritain.

La democracia, como sistema que ofrece el mayor número de posibilidades para el ancho desenvolvimiento de los derechos de la persona, en nada se opone, cual maliciosamente propalan sus detractores, a la jerarquización social.

Mienten quienes con tesis falaces sostienen el carácter negativo de nivelación como substrato democrático. No. En la democracia no son "los de abajo" quienes deben gobernar, por más que potencialmente exista la igualdad como fondo de la democracia. Esta apenas iguala en las posibilidades primarias. Rompe el viejo tipo diferencial que intenta catalogar a los hombres en razón de un falso orden preestablecido dentro del cuadro social. Desbarata, en un terreno de filosófica realidad, todo distingo "anterior" (raza, credo, estirpe, estamento económico) y abre por igual el devenir diferencial en el ancho campo de la lucha diaria.

La democracia hace de la persona, no del individuo, el centro y el fin del ordenamiento del Estado, y prevé, por consecuencia, el respeto a la justa categoría lograda como fruto del ejercicio de la libertad y de la igualdad iniciales. No se trata de erigir al Estado en maquinaria que guíe los pasos ciegos de gente descabezada, cual sucede en lo regímenes totalitarios y despóticos. De lo contrario: se obliga a que el Estado respete, junto a la jerarquía adventicia que supone sus organismos, la legítima jerarquía que se ha formado por el propio esfuerzo personal, llamada a ser pasajera en el orden del tiempo y no a perpetuarse en la realidad operante por más de una vida, como los privilegios y regalías de otras épocas. Sólo en el plano de la cultura puede prolongarse indefinidamente el comando de las fuerzas superantes. Beethoven aún dirige conciertos. Platón dialoga con nuevos discípulos. Lincoln continúa libertando conciencias.

El ímpetu vocacional reclama la seguridad de este derecho de desigualación intra-social. Justamente la valla que detiene la avenidas demagógicas reside en el respeto a los valores espirituales que sirven a jerarquizar la sociedad. Sin la economía de este respeto no se obtendrá jamás la certera noción de responsabilidad que reclama la práctica de la política.

El vulgar concepto de igualdad numérica como estribación del orden democrático desemboca de manera fatal en dos extremos, a cual más lamentables: en la tiranía o en la demagogia. En la tabla rasa que hace que los individuos griten sin concierto y que conduce, por reverso equilibrio, al entronizamiento de quienes logren mayor éxito en el ejercicio de la violencia.

El problema esencial de la democracia reside en mantener la necesaria ondulación que permita el libre juego de los posibles sociales dentro de un plano de perenne renovación de las fuerzas humanas en sus diferentes aspectos morales, culturales y económicos. Y a ese juego sólo se llega cuando la conciencia colectiva logra de una manera clara y permanente la noción de que la libertad, indispensable a la vida del espíritu, es resultado neto del respeto supersticioso, si es posible, al valor de la persona humana, capaz de *dominar a los astros.* En la democracia, como

en la carrera atlética, los hombres han de tener iguales posibilidades para alcanzar la meta, mas el ímpetu los diferenciará a la hora de llegar. También entre las tribus domina el más fuerte, el que mejor se distingue en la carrera, pero ésta de acá es de violencia exterior, de empuje que destruye y aniquila. En la democracia es violencia interior que edifica en la zona de la cultura. Violencia que nace de una reflexión.

* * *

Esencia del orden democrático, raíz de su fecunda acción creadora, la constituye el carácter dinámico que comporta la "igualdad desigualante" de donde arranca el desarrollo de la personalidad dentro del cuadro social. Al carácter estático que distingue los regímenes de privilegio (sistemas de estirpes aristocráticas, de pequeños clanes familiares, de estrechas oligarquías plutocráticas), la democracia opone un rítmico vaivén intemporal donde se mueven, en un orden de justicia, las fuerzas sociales que buscan de superarse unas a otras, en lucha perenne contra los fines finitos que conducen a las situaciones catatéticas.

Ola de matices que arrancan de la diferencia de proporciones humanas, la democracia se niega a la espasmodización de las formas y de los sistemas donde pudieran detenerse los procesos que llevan a la continua jerarquización, es decir, al perpetuo ascenso de los componentes sociales. La armonía generada por este incesante movimiento de valores, llamados a cristalizar en nuevas jerarquías que oportunamente habrán de ser sustituidas por otras y por otras, es causa a evitar los exclusivismos donde se anquilosa el progreso social, mientras, de otra parte, por esa misma coetánea formación de valores diferenciales, absuelve los peligros de recaer en un momento de acratismo que conduzca a la barbarie.

Al eludir ambas posiciones extremas: el rígido exclusivismo y la carencia de ductores que marquen el acento en el desarrollo de la curva social, se hacen a un lado dos de las causales primarias que motorizan las catástrofes sociales. Surgentes en opuestas líneas del "estar político", las revoluciones afloran tanto como repulsa de las estrechas formas que se niegan al vaivén de la libertad, cuanto por reacción ante la falta de

sistemas que mantengan y guíen el ritmo de la sociedad. Porque una y otra posición son consecuencia natural de situaciones desprovistas de la fuerza que promueve el libre juego de la personalidad humana dentro del cuadro estructural del Estado.

Ese carácter paradojal de crear permanentemente valores llamados a ser sustituidos en la dinámica del tiempo, hace que la democracia, más que una determinada situación de hechos institucionales, sea un verdadero estado de conciencia y aun de sensibilidad colectiva, producido por el desarrollo de la cultura. Como reflejo de la propia constitución interior de la persona, los conceptos llamados a empujar el proceso social se resienten de las modalidades de aquélla y determinan, naturalmente, la posición cultural lograda por los dirigentes. No se trata de enunciar derechos de proyecciones metafísicas ni de proclamar ilusivas reformas sociales. Se trata, por lo contrario, de crear una conciencia y una sensibilidad generales que permitan el racional desenvolvimiento de los derechos de la persona. Se trata de hacer fácil el proceso inicial que dé posibilidades de desigualarse a los individuos y de hacer realidad las aspiraciones de mejoramiento que sirven de meta a la marcha del hombre en el campo de la moral y de la industria, las cuales miran tanto a los problemas del espíritu cuanto a los problemas del pan y del abrigo en una escala diferente de apreciaciones que puede llegar a igualar, en el terreno de la valorización sensible, la emoción que en el virtuoso despierta un cuarteto de Schubert, con la emoción de asegurar el mendigo un trozo de pan para la siguiente mañana. Porque el estado de conciencia de ambos transfiere dos momentos de anhelo con equivalencia en la zona de la cultura.

La posibilidad renovadora que garantiza la democracia por medio de ese proceso paradojal de "igualación de los posibles desigualantes", hace que sólo en su seno se mantenga fresca y sin violencia la idea del progreso indefinido del espíritu y el ansia correlativa de alcanzar cada día una situación exterior que mejor permita gozar el don divino de vivir en la sociedad de nuestros semejantes.

* * *

Barker, Profesor de Cambridge, llevó la paradoja a su límite extremo cuando dijo que: "Gran Bretaña es una democracia porque es una

aristocracia". Sin embargo, sobre el aparente juego de palabras hay una clara verdad. Sin el proceso selectivo de formar valores no se llegará al verdadero sentido de lo democrático. Sin el afán de subir y hacer subir no se logrará el sistema de categorías que sirva de marco al propio ascenso del pueblo.

Hay un error, quizá voluntario en algunos, cuando se pretende confundir el proceso de jerarquización con las situaciones arbitrarias representadas por los privilegios permanentes y por los monopolios que arrancan de anomalías sociales. Como existe, a la vez, un error de fatales proyecciones en la idea de que sea el gobierno de "los de abajo" lo que da color esencial al régimen democrático. Por lo contrario, la democracia constituye un estado de conciencia, un clima moral que mantiene en pleno vigor conceptual el principio de que "el abajo" y "el arriba" sociales son apenas simples momentos en la gran curva del progreso humano, y, como tales momentos, situaciones llamadas a sustituirse, a fundirse y a alternar en la dinámica de la sociedad.

En los sistemas de privilegio se contemplan posiciones estáticas donde aparece el suelo social con quiebras insalvables, con diferencias ahondadoras que reclaman para la marcha continua la necesidad de saltos acrobáticos, traducibles en verdaderas catástrofes. La armonía, en cambio, que representa el ascenso metódico de los componentes sociales, absuelve de aquellas drásticas soluciones la continuidad del ancho campo donde porfían por ponerse en acto las facultades de expansión de la persona y evita, por tanto, las actitudes fatalmente heroicas que conmueven los propios basamentos del Estado.

Desde el punto de vista de la Antropología resulta por demás inconsistente la tesis de la igualdad humana. En su valorización física los hombres habrán de ser siempre considerados como seres desemejantes. Por tales los produce la naturaleza. Pero sobre lo material se erige, con horizontes ilímites, el campo del espíritu, donde una recta revaluación de lo humano preside el progreso incansable del orden social. Desiguales en un plano realista (raza, estirpe, capacidad física, potencialidad económica), la cultura, que busca la incorporación incesante de nuevos valores, hace, en cambio, semejantes a los hombres

en su facultad moral de equilibrar las deficiencias originarias y de proseguir desigualándose por actos propios y "actuales" de expansión de su fuerza creadora.

Junto a esta concepción paradójica de igualdad de posibles desigualantes, en que hemos venido insistiendo, precisa contemplar la posición del Estado democrático en su doble fase de productor y de creador de valores. El Estado como culminación de fuerzas y el Estado como engendrador de nuevos elementos de creación. Es decir, tanto como fin moral cuanto como medio, como puerta de tránsito que dé salida al anhelo incontenible de perpetuarse que, como expresión del orden vital, constituye la esencia de lo humano.

Para la estructuración del gran todo orgánico que forman las fuerzas sociales, el Estado reclama por supedáneos las fuerzas que se hayan jerarquizado en el juego libre de las posibles valorizaciones. El Estado no mira las superficies planas para afianzar sobre ellas sus bases arquitectónicas. Procura, por mejores al fin, los puntos elevados del campo social. Mas, en cuanto atiende a la conservación y al perpetuo ascenso de valores humanos en su obra de "regreso", es decir, en su constante mirar hacia el origen y desarrollo de los recursos sociales, la visión habrá de dilatarse hasta lo que es común en el orden individual: la necesidad de vivir y de crecer que iguala a los hombres.

De estas posiciones concomitantes en la estructura estadal, surge la diferencia de derechos que garantizan los Estados democráticos: derechos de participación activa en el ordenamiento político y derechos de participación pasiva en los beneficios sociales. Para los primeros se impone contemplar el grado de evolución diferencial de los "posibles", es decir, la capacidad de servir, la aptitud para "retornar" en obra creadora el estímulo y la confianza social. Para los segundos, garantía y tuición estadales en orden a asegurar y mejorar las condiciones de vida y las posibilidades de asumir un grado superior de cultura.

Pecan por ello quienes agitan las masas y, creyendo servirlas, confunden unos y otros derechos, y, universalizando para los primeros lo que es imperativo en los segundos, siembran aspiraciones incongruentes por

prematuras. Porque los derechos activos imponen para su ejercicio previos deberes de superación en el campo libre de las posibilidades democráticas. Y el verdadero conductor de masas debiera empezar por predicar a éstas el deber de ejercitar la facultad de hacerse cada cual mejor. "Hacerse", no considerarse, es decir, ejercer la facultad de subir, en orden a dar objetividad al principio de que la política no es la posibilidad de poner a nuestro servicio personal los recursos sociales, sino, por lo contrario, poner al servicio de la sociedad nuestros recursos

* * *

Al pedirse, para la obra de capacitación política, que la persona se "haga a sí misma", no debe entenderse que con ello quede relegado a una posición individualista o a una actitud recoleta el esfuerzo que ha de encaminarse a tal fin. En el proceso social precisa no olvidar la modalidad intrayacente que le es característica. La sociedad en el individuo y el individuo en la sociedad, no en función de suma o de mezcla sino de contenido que encierra el continente, de todo que se comprende en su propia parte, de "posterior" que deviene de un "anterior", que a la vez no existe sino en tanto se evidencie la posibilidad de llegar a posteriorizarse. La onda del movimiento social ha de fluir hacia la potencialidad individual en una como función hipostática de espiración creadora, mientras, de otra parte, el impulso del individuo debe enfilarse a hacer mayor el dinamismo del todo orgánico que le comprende. La perpetua paradoja de ser medio y de ser fin en un proceso dialéctico de ascenso y de retorno, que es condición esencial del ritmo democrático.

"Hacerse a sí mismo" comporta una actitud individual de compulsar perfecciones en el designio jerárquico de la sociedad, de quien se reclama, a la vez, imperiosamente, el contingente de la acción colectiva, por medio de un constante trasmitir de vivencias de valuación humanitaria. El hombre pide, para la validez fecundante del esfuerzo, la adhesión cooperativa de las posibilidades sociales, y el Estado que entienda satisfacer su recta función creadora, está obligado a proporcionar a sus componentes individuales los medios necesarios para que,

alcanzando en grado pleno el desarrollo de su potencialidad vocacional, puedan hacer de mayor valimiento su propia vida y, por lógica consecuencia, la vida del Estado. Si éste crece, con mengua de los individuos, hasta la hipertrofia de sus órganos, desembocará indefectiblemente en una monstruosa organización donde, lejos de expandirse los derechos de la persona, ésta se anemiza y se anula bajo la rígida disciplina de servir de instrumento de explotación servil de la clase que personifica la dirección de la cosa pública. (Estado totalitario).

El continuo fluir y refluir de elementos creadores, sobre el hecho cierto de mantener en trance móvil los componentes sociales, pide una persistente acción tuitiva del todo organizado hacia las individualidades que lo integran. Crea, puede decirse, un verdadero proceso simbiótico, que hace transfundir los valores individuales hacia nuevas categorías sociales y que obliga a éstas a girar de nuevo hacia la generación y el mejoramiento de los futuros posibles individuales que alimentarán el curso de su acción progresiva.

Para el cabal desenvolvimiento de este proceso de interdepenencia, se impone la necesidad de que el Estado promueva los medios que aligeren el ascenso de sus propios valores. Su acción protectora, de carácter universal, está obligada a procurar para todos los integrantes un mínimum concorde con la dignidad humana, míminum moral (libertad, tolerancia, justicia) que equipare la facultad de desigualarse los posibles individuales en la obra de crear nuevas jerarquías y mínimum de previsión y de asistencia, que asegure en el campo de la materialidad el desarrollo del orden vegetativo de la sociedad.

Cuando es detenida una cualquiera de estas dos corrientes, se produce en el Estado un desequilibrio que lleva a situaciones extremas y por demás peligrosas. Si es el refluir del todo hacia la parte quien paraliza la obra fecundante del "regreso", el Estado se convierte por sí en fuerza opresora y rigidizante, en límite que impide el racional desenvolvimiento de la persona; si ésta, en cambio, perdiendo su centro de gravedad colectivo, utiliza sólo en provecho individual la fuerza que solidariamente debe poner al servicio común, provoca un estado de acratismo en el cual se disuelve todo impulso de armónica creación. En el primero de los casos,

el Estado o el Gobierno que lo personifica asume caracteres quietistas y despóticos, que impiden el desenvolvimiento de la vida social, mientras en el segundo, la falta de cohesión y de congruencia en las aspiraciones individuales, conduce la sociedad a la anarquía y a la revuelta, con pérdida en ambos casos de los lineamientos de equilibrio que son basamento y fin de la democracia.

Del hecho primario de "hacerse a sí misma" la persona, lejos de derivarse una trayectoria individualista y aisladora, irrumpe, en el verdadero orden del estado democrático, un ímpetu incontenible de creación superante, un ahelo de evidenciar y de expandir en el campo de las realizaciones sociales la capacidad captada en el proceso de autoformación cultural. Porque ello gira sobre la perpetua paradoja de la Democracia: ser uno para sentir la multiplicidad, ser muchos para concurrir al progreso y a la perfección de la unidad.

EL SENTIDO DE LO HEROICO

De una carta para Numa Quevedo.

Ayer quise dar un acento de frescura y de fe a mis ideas, y releí el "Beethoven" de Rolland. En el prólogo dice el viejo poeta de "Antonieta": "Abramos las ventanas para que entre el aire puro; respiremos el aliento de los héroes". Pensé en Venezuela y en las tantas ventanas cerradas, muradas, como existen en las torres donde se ocultan nuestros hombres. E intuí el gran peligro que podría representar el abrirlas en busca del "aliento de los héroes". Brincarían por ellas hombres a caballo. Porque nuestro pueblo, y nuestros hombres, sólo han visto a los héroes sobre el lomo de las bestias guerreras. Nuestros héroes, como nuestros próceres, han sido hasta hoy aquéllos que, sublimizando la fuerza, dominaron el ímpetu de los potros cerriles. Se levantó el caballo hasta la dignidad de símbolo heráldico. Y se ha visto en él, no la carrera solitaria sobre la pampa, que expresa la libertad, sino el casco herrado que materializa la labor ardua de conducir un jinete. En alguna parte, y a propósito de democracia, he leído que Carujo frente a Vargas representa la venezolanidad, mientras el otro tipifica lo exótico. Esto acusa con justeza un matiz de la sensibilidad nacional. Y ello justifica ese temor de que al ser abiertas las ventanas para que por ellas penetre el aliento de los héroes, se nos introduzca un jinete imprevisto. Pero un jinete que no sería ni Cristo sobre el manso pollino, ni Alonso Quijano sobre el sarmentoso Rocinante, ni Bolívar sobre el ágil Palomo. Los "majaderos" no cuentan. Se metería un "guapo" sobre vieja mula resabiada, por ser éste quien más se parece a esa mezquina concepción del héroe que a tí, a mí, y a muchos otros nos ha podido hacer pensar que

fuera preferible mostrarnos mejores como hombres de valor personal ante los hechos, que víctimas de una quiebra por defensores de la justicia y de la ley.

Parte de nuestra gran cruzada cívica consistiría, por ello, en bajar de sus cabalgaduras a los próceres y ponerlos a flor de tierra, para que crezcan sus cualidades singulares de constructores de la Patria y, a la par de ellas, se midan las virtudes silenciosas de aquellos otros héroes que, lejos de los campos de batalla, vivieron las largas vigilias en que fueron meditadas las directrices de la República. Nuestra fascinación por el guerrero de la Venezuela gestante de los días de la Guerra Emancipadora nos llevó a mantener una preferencia peligrosa por el "hecho de fuerza", considerado como genuina expresión de venezolanidad. Justamente Carujo frente a Vargas representó esa posición lamentable, como la representó también Páez frente a Mendoza en los días crepusculares de la Gran Colombia.

Pero no es cierto que Vargas sea exótico entre nosotros. Por boca del gran héroe civil hablaron multitud de espíritus nuestros que pensaron y continúan pensando acerca del mundo como patrimonio del hombre sabio y virtuoso. Declararnos ausentes de posibilidad para que triunfen en nuestro medio las ideas que tomaron corporatura en la firme personalidad de Vargas, sería tanto como mantenernos en una actitud de subestimación de nosotros mismos. Sería convenir en la inmovilidad de un proceso que, individualmente, debemos llevar a feliz acabamiento, no sólo en función ciudadana, sino en virtud de un mandato de humanidad.

Ese "aliento de los héroes", que Rolland nos invita a buscar por medio de la apertura de las ventanas interiores, concreta, por lo contrario, una misión inversa a la de quienes sustentan la tesis de que son estériles los grandes hechos del espíritu. La libertad y la independencia en medio del conglomerado social son reflejos de la libertad y de la independencia logradas con esfuerzos heroicos por el hombre interior, urgido de ponerse de bulto, por el goce de su derecho a la vida, en medio de las actividades de sus semejantes.

Ayer los hombres de a caballo, movidos de una idea transcendente, realizaron en nuestro suelo una gesta homérica para asegurar nuestro derecho de autodeterminación política. Les debemos perdurable agradecimiento. Pero, por un proceso de inercia, nos hemos quedado un siglo mirando sus arreos de guerra, sus espuelas brillantes y su espada rígida. Con tenerles de presente en la memoria hemos considerado nuestra independencia y nuestra libertad aseguradas para siempre. Hemos olvidado que "cada generación está en el deber de ganar su propia victoria por la libertad". ¿Tenemos, acaso, ganada nosotros la nuestra?

Hoy no se trata de asegurar desde el lomo de los corceles guerreros el triunfo de nuestros derechos. Nuestra lucha es en un terreno eminentemente cívico, firmes sobre nuestros propios pies. Nuestra lucha radica en realizar ese voto, sincero en labios de los hombres que sufren, interesado en los cálamos que mueve el oportunismo político, de lograr "una larga tregua de serenidad en los espíritus", que el propio Castro se atrevió a recomendar en una de sus dramáticas alocuciones presidenciales. Nuestra actual lucha, en lo exterior, debe ser por lograr una tregua civil entre los hombres que, entendiendo defender intereses y puntos de vista individuales, atizan el odio intrasocial. Y, en lo interior, porque cada quien revise su propia posición y asuma, con actitud heroica, la responsabilidad que le compete en la victoria de la libertad y del derecho humano.

Hay cosas turbias que nos impiden ver la realidad de muchos actos. Y desgraciadamente esa turbidez adquiere apariencias que llaman a engaño, aun en los más honestos y avisados. Si levantamos la capa que sirve de velo a la realidad, hallaremos cuadros que espantan. Debemos, sin embargo, hallarlos y enfrentarnos a ellos con una fe tremenda en nuestro propio destino. Con una fe pánica que, si bien sea capaz de hacer sangrar nuestros espíritus, nos sirva, en cambio, de escudo y talismán. Ver el dolor no significa que debamos atribularnos hasta perder nuestras resistencias interiores. Sirvámonos de él, en cambio, como de acicate y de aliento para acudir a su propio remedio. La fe no se prueba a la hora del hartazgo. La fe se afirma y agiganta en el momento en que parece avecinarse la derrota.

Colectivamente carecemos del "aliento heroico" necesario a entonar los pulsos y a abroquelar nuestros espíritus para ganar la victoria final. El desaliento, en cambio, nos llevará al conformismo, es decir, a esa estática posición de sentirnos abastados con el ímpetu que en otra hora empujó a los caballos, hoy inmóviles, que aguantaron sobre sus lomos a los viejos soldados de la libertad.

El hombre de a pie, el hombre en su neta proporción humana, debe erguirse hasta la posición heroica que representa el cumplimiento de su destino integral. Vivir es estar en acto. Vivir es proyectar nuestra potencialidad interior hacia el campo de las actividades sociales. Pero frente a nosotros hay otros hombres que quieren y deben vivir. Hombres con derechos morales iguales a los nuestros. Hombres que reclaman, como nosotros, su puesto bajo el sol. Para que todos realicemos armónicamente nuestro gran destino humano, debemos anchar las posibilidades de convivir y de conllevar la responsabilidad de cada quien determinantemente. Pero, ¿no observas que la mayoría de nuestros hombres se empeñan en obstruir las vías por donde debieran cruzar libremente sus semejantes? ¡Oportuno sería pensar en un gran plan de urbanismo, y aun de urbanidad, que, sin destruir las viejas calles datadas de la Colonia, permitiera a todos los venezolanos caminar, conjunta y holgadamente –para la satisfacción de sus justos reclamos humanos– hacia el ancho campo de la libertad y de la justicia!...

"Grande es el mundo y hermosa la tarea de abrir caminos nuevos", exclama un personaje de Ibsen. Caminos nuevos, anchas vías donde tengan sitio libre todos los hombres. ¡Caminos sin vallas, que no reclamen el salto acrobático sobre las espaldas de ágiles cabalgaduras!

Panamá, diciembre de 1939.

EL SENTIDO MORAL DE LA HISTORIA

Palabras en la Sociedad de Geografía e Historia de San José de Costa Rica.

Honor inmerecido habéis querido ofrecer a un modesto estudiante de historia americana. Sin títulos justificativos de la largueza del homenaje que me hace Socio Honorario de esta flamante Institución, lo recibo, en cambio, como cordial tributo que la fraternidad costarricense quiere rendir en mi persona y en las muy ilustres de Monseñor Navarro y de Vicente Lecuna, a la Academia de la Historia de Venezuela, en cuyo seno, humilde, ocupo sitio por el favor de quienes quisieron prematuramente dar aliento a mis escasos esfuerzos en la investigación de nuestros anales.

Cuando callan las manifestaciones del pensamiento en el plano de la realidad social, se abren, por reverso, como remanso de paz y murada ciudadela para la inquietud del espíritu, los anchos y pacíficos campos del pasado, libres de las miradas contumeliosas de la política. En su ensayo sobre Tito Livio enlaza Taine el progreso de la literatura histórica, en aquella edad romana, con el silencio que a las voces libres habían impuesto la ruina de la República y la violenta aparición de los Césares. La musa, que no halla presente la libertad para cantarla, se acoge a la evocación de los tiempos para mantener el recuerdo de las grandes virtudes de aquéllos que otrora supieron defenderla.

Si en verdad la gesta de la Independencia venezolana, cuyo propio remate fue la Independencia de Sur América, constituye un áureo filón

inacabable para el estudioso de Historia, también es cierto que nuestros ya pasados sistemas de minoridad política servían de valla a experiencias intelectuales que preferentemente debieron encaminarse a realizaciones sobre el suelo social. Esto explica que nuestro medio fuera por demás propicio a las investigaciones del pasado, y que nuestros intelectuales, desoyendo muchas veces las propias condiciones temperamentales, se dieran con fervor al examen de aquellos hechos que no rozaran sino mediatamente, al través de la causación y del contraste, con la realidad que afloraba en forma de barrera para la libre expresión del pensamiento.

En cambio, la hora actual marca un nuevo acento a nuestro deber social. Si bien seguimos oyendo las lecciones de la Historia como capaces, desde un punto de vista objetivo, de modificar nuestros mismos juicios presentes, la realidad nos obliga a obrar libremente, no como investigadores del pasado, sino como constructores de una Historia que habrá de pedir razón y cuenta de nuestros hechos de hoy.

Este concepto dinámico de realidad operante da una significación de ámbito moral a los estudios históricos. A los rígidos moldes de la heurística sustituye un vuelo de alas que lleva el pensamiento a enfrentarse consigo mismo, en un proceso dialéctico del cual surja la síntesis guiadora. Viendo hacia el pasado, para hacer nuestro balance contradictorio, con el tiempo y medir así los errores y los aciertos de nuestros antepasados, logramos posibilidades de mejor estructurar la obra en que hoy estamos comprometidos. La justicia del ayer lleva a mirar hacia el juicio futuro que merezcan nuestros actos. La gloria del pasado compromete las acciones presentes y nos obliga imperativamente a no vivir de prestigios que se rigidizaron sobre un fondo de tiempo. Nuestra libertad no está garantizada por la espada inmóvil del héroe hecho bronce en las estatuas, donde parece anquilosarse la Historia de viejo tipo romántico. Nuestra libertad necesitamos ganárnosla diariamente, por el esfuerzo constante que sumemos al que realizaron las pasadas generaciones. Como el pan que pedimos al Padre cada día, sin acudir a las reservas de quienes pudieron por nosotros trabajar, la libertad debe ser ganada con esfuerzo presente, debe estar húmeda del sudor de la hora que vivimos.

La Historia resulta desde esta dual posición como un examen de conciencia y como un acto de fe en nuestros destinos de hombres, obligados a dignificar y mejorar los tesoros de la tradición que formaron nuestros Padres. Examen de conciencia y acto de fe, como en las prácticas penitenciales que ponen de resalto su profundo sentido religioso. Porque la Historia es una prolongada meditación sobre la suerte del espíritu que informa la cultura.

Estas razones me permiten decir que hoy en mi Patria, como en esta Patria vuestra y como en todo pueblo consciente de su destino, la Historia se está haciendo, no sólo entre la polilla de vetustos anaqueles, sino en plena calle llena de sol y movimiento, por hombres que libran la batalla civil que conduce a la exaltación de los ideales de justicia y libertad que Dios ha propuesto como estímulo en nuestra carrera hacia lo perfecto e infinito.

En tal labor de realizaciones sociales nos junta el imperativo de nuestro común deber de pueblos libres, obligados a la guarda y acrecentamiento del patrimonio de dignidad que labraron heroicamente nuestros mayores. Marcharon ellos unidos, no sólo desde los tiempos gloriosos y ya idos para siempre de la vieja España imperial, cuando un Vásquez de Coronado, con el prestigio de su rancio solar, venía a poblar a Costa Rica y otro Vásquez de Coronado, su sobrino, iba a poblar en Venezuela mi nativa ciudad de Trujillo, y cuando (¿por qué negarlo?) en el fondo de los barcos negreros venían aherrojados, como carga de dolor y de impiedad, los esclavos africanos que sumaron después su empuje y su valor para la formación del fornido mestizaje americano, sino también desde los siglos sin anales en que las culturas precolombinas de Centro América se extendieron, como marea vivificante, hasta las empinadas cimas de mis Andes venezolanos para dejar en el barro iluminado de su cacharrería el símbolo augural de nuestro conjunto destino.

Esta fusión de razas, de dolores y de esperanzas que es nuestro continente, debe empujarnos a la estructuración del gran ideal americano de Bolívar, el visionario que permanece firme en todos los caminos, así se le niegue, se le traicione o se le posponga, hoy lo mismo que ayer, ya que es ésta condición esencial de la verdadera gloria. Entre las palmas

del Domingo del triunfo popular y el aleluya de la Pascua, es necesario a todo Redentor un Viernes Santo. Bolívar aún escucha el rugido maldiciente de los Doctores de la ley, el cuchicheo de los testigos falsos y la culpable complacencia de los que obran sin medir la responsabilidad de sus propios actos.

No podía, señores, terminar sin esta cita del Padre de mi Patria, al evocar los destinos de nuestra América, que él quiso una y fuerte, sin más fronteras que las anchas playas de sus mares, fecundos de caminos para comunicar nuestra pujanza y nuestro espíritu a los hombres, por el odio cansados, del viejo mundo. ¡Qué bellas páginas de Historia podrían escribir mañana nuestros hijos, si esta generación de encrucijada endilgara sus esfuerzos hacia la realización de la justicia por que claman, con voces sin respuestas, los hombres que caen vencidos ante el bárbaro empuje de la fuerza que busca de quebrar las tablas de nuestros valores morales!

Recibid, señores, el testimonio de mi cabal reconocimiento por el singular honor con que vuestra munificencia ha querido condecorar a quien sólo tiene el derecho de pediros que le paguéis con la misma moneda de cariño el mucho que profesa a esta privilegiada porción de nuestra gran Patria americana...

GUIONES PARA UNA INTERPRETACION DEL LIBERTADOR

BOLIVAR EN GRECIA

San José, octubre 5 de 1937.

Señores
Presidente de la Junta de Educación
y Director de la Escuela "Simón Bolívar"
Grecia

Muy distinguidos señores:

Una vez más quiero expresar a Ustedes mi profundo agradecimiento por la invitación con que me honraron para asistir al acto de imponer el glorioso nombre del Libertador a la Escuela de esa ciudad. La diligencia de Ustedes ante la idea del Club Rotario de San José, noblemente enderezada a que una escuela de Costa Rica ostente el nombre de Bolívar, habla muy alto de la admiración de Ustedes por el Padre de la Libertad Hispanoamericana y me hace evocar –haciendo el paralelouna grata referencia acerca de la admiración que los ciudadanos de la Grecia europea llegaron a profesar, después de su estupenda lucha de independencia, por la figura de nuestro Libertador. Y, como escribo a maestros hechos a la paciencia, no evadiré la pesadez del relato.

Discurría el año de 1845 cuando viajaba por el Cercano Oriente Rafael Urdaneta, joven que había gozado el privilegio de venir a la vida en la

"época en que el Señor daba por espectáculo al mundo la maravillosa Colombia, que creemos una ilusión de nuestra fantasía y que existió en realidad para asombro de los contemporáneos". Hermoso destino el de aquel niño a quien "dan música los clarines de la Victoria, a quien arrullan las canciones guerreras, que juega con el plumaje de los cascos, que contempla sus primeras sonrisas en el espejo de las espadas". Y cascos y plumajes y espadas eran los propios de su padre, aquel otro Urdaneta que acompañó a Bolívar en la lucha ciclópea por la libertad de América y a quien correspondió, desde la presidencia de Colombia, anunciar a la gran patria, atónita y convulsa, el tránsito del Padre. Urdaneta, quien seguía estudios en París bajo la experta dirección del sabio Blanqui y guiado de los consejos de su ilustre compatriota Cajigal, había emprendido viaje por las grandes capitales europeas y, alentado de hermosos recuerdos, fue hasta la Grecia de Pericles y Platón para revivir las enseñanzas de sus sabios y admirar los restos venerables de su arquitectura. Por la antigua Hélade soplaba entonces un fresco aire de libertad y a la austera memoria de Temístocles se unía la amable y reciente de Lord Byron. Urdaneta, por sus finas maneras y rara inteligencia, fue acogido con esplendidez por los ciudadanos de la nueva Grecia. Para saber cómo atendieron al noble joven, mejor que mis palabras sirve el párrafo de una carta por él dirigida desde Atenas a su hermano Luciano, la cual forma parte de valiosos documentos inéditos que habré de utilizar en un estudio acerca de este insigne patriota venezolano, caído después en el campo de batalla, cuando sus acciones lo llevaban a ser guía del gran movimiento social pululante más allá de los personalismos que alimentaron nuestra devastadora Guerra Federal.

"No pueden ustedes figurarse –escribe Urdaneta– lo bien recibido que he sido en la Grecia y principalmente en Atenas: la llegada de un americano y sobre todo la de un colombiano hace época en este país. (A Urdaneta, hijo de venezolano, nacido en Bogotá, era grato recordar el gentilicio que le unía a la gran patria que había ayudado a formar su ilustre padre). Es increíble que por allá no lo sepan. El entusiasmo y la admiración de los griegos por nuestro Libertador son inmensos: desde el momento en que han sabido que un compatriota del gran Bolívar está en Atenas, todo el mundo ha querido festejarme: todos me visitan: todos me

convidan a sus casas: todos me manifiestan su simpatía por nuestra nación y por nuestros héroes: los griegos no olvidan jamás los auxilios que los americanos del Norte les prestaron en la guerra de la Independencia: yo les he hecho ver la imposibilidad en que estábamos nosotros de auxiliarlos en aquel tiempo: les he manifestado el entusiasmo que causó en todo el Continente Americano la revolución griega, los votos que hacían nuestros padres por la regeneración de este heroico pueblo y los que nosotros hacemos por su prosperidad y engrandecimiento. Esta gente conoce nuestra historia mucho mejor que las demás naciones extranjeras y el nombre de Bolívar es pronunciado por todos con respecto y admiración. Anoche fui convidado a una soirée y al llegar encontré reunidas unas veinte señoras y señoritas: después que el dueño de la casa me hubo presentado a las que no conocía, todas a un tiempo me dijeron "Parlez nous de Bolívar, notre héros de predilection"... La actitud de la Junta de Educación de esa simpática ciudad, al adelantarse a cualquier otra iniciativa y pedir con presteza que se diese a su Escuela Pública el nombre de Bolívar, trajo a mi memoria el gratísimo recuerdo de la bella referencia de Urdaneta, que hace pensar en las hazañas de Aquiles narradas al calor de amable hogar por el hijo de Patroclo. Como los griegos del Viejo Mundo, los griegos de Costa Rica han mostrado predilección por la gran figura de Bolívar, cuya memoria se yergue en América no ya para señalar los caminos de la victoria guerrera, sino los caminos de la victoria pacífica, obtenible por la conjunción de los pueblos que ayer unieron sus destinos para alcanzar la Independencia y que hoy deben estrecharlos cada vez más para gozar los frutos de la libertad en el seno de una armónica y firme democracia. Un gran poeta contemporáneo vació en el metal de la apoteosis, como para bajo-relieve infamatorio, el cuadro desesperante que ofreciera el féretro de Bolívar peregrinando en pos de sepulcro definitivo al través de una América olvidadiza de sus enseñanzas democráticas. Mejor símbolo sería, por lo educativo de la intención, la figura de Bolívar, esbozada como la de un filósofo solitario, recorriendo los grandes caminos del Nuevo Mundo en sostenida prédica de fraternidad y de justicia.

Para ese viaje interminable de Bolívar vivo al través de la América, Ustedes han querido aderezarle tibio abrigo y limpia mesa y, aún más, procurarle nobles oyentes que reciban, para opulenta vendimia, su verbo

creador. Ustedes, en noble misión de fraterna democracia, obligan de hoy en adelante a los jóvenes de esta Grecia americana a rendir culto perenne al ideario del primer ciudadano de la América Unica, Padre de nuestra libertad política y Apóstol de nuestra dignidad de hombres libres. En cuanto significa señalada altitud espiritual, yo me permito aplaudir el gesto de genuina americanidad de Ustedes, del cual elevaré información a mi Gobierno, celoso guardián de las glorias del Héroe, a la par que les tributo el homenaje de mi especial reconocimiento.

De Ustedes, con toda consideración, atento servidor,

M.B.–I.

ANTE UNA JOYA DE BOLIVAR

San José de Costa Rica, diciembre 27 de 1938.

Señor Licenciado
Don Manuel Francisco Jiménez,
Presente.

Mi muy distinguido amigo:

La hermosa carta de U., fecha en 7 del presente mes, con que una vez más nos favorece al Doctor José Santiago Rodríguez y a mí, ha coincidido en llegar a mis manos conjuntamente con la nota oficial, de que le incluyo copia, en que la Cancillería de mi país me trascribe el dictamen de la Academia Nacional de la Historia acerca de la medalla bolivariana que posee en esta capital el eminente galeno y distinguido caballero Doctor Don Antonio Facio*.

(*) Al recibir la joya, expresamos al generoso donante la gratitud del Gobierno con las siguientes palabras:
Doctor Facio:
Estimo, como uno de los momentos más gratos de mi Misión en Costa Rica, éste en que recibo de Usted la Medalla que "el Perú restaurado en Ayacucho", ofreció como prenda de gratitud al Libertador.
Fue conservada esa joya, de inestimable mérito, entre los más gratos tesoros de la ilustre familia Facio, cuyo fundador en América prestó valioso apoyo a la obra portentosa de la libertad del Nuevo Mundo, y por el cual sólo pidió de recompensa que fueran reconocidos sus servicios como pequeño aporte a la causa de la Humanidad y la Justicia.
Cargado de laureles regresaba del Sur el Libertador y, ante el acto magnífico de desprendimiento del egregio patricio, que se adelantó a la fama de Usted y a la fama de su padre, el inolvidable don Justo Facio, en la obra de dar lustre a su apellido, no halló por

Es, pues, sin lugar a duda, dicha medalla la propia que al Libertador fue ofrecida por "el Perú restaurado en Ayacucho" y que el Padre de la Patria obsequió, en señal de gratitud, al eximio patricio Don Antonio Facio. No erró su fino espíritu de observación cuando, al tener por vez primera dicha joya en sus manos, declaró que ella se apartaba singularmente de la serie de medallas que fueron distribuidas para conmemorar el triunfo de América en el campo glorioso de Ayacucho. Su investigación al respecto y la noble promesa que obtuvo del Doctor Facio de que ella

---

testimonio mejor para perpetuar su reconocimiento, que la propia joya que en su pecho de capitán de la Libertad había colocado la gratitud del pueblo peruano, recién salido del abismo a donde fue lanzado por las luchas entre bastardos y anárquicos intereses que habían hecho nugatoria la obra inicial de San Martín.

Consecuente U. con la tradición de desprendimiento que fundó su benemérito antecesor, se deshace hoy de esta reliquia invalorable para que vaya a juntarse, en el Museo donde mi Patria conserva con filial veneración las prendas que pertenecieron al Libertador, con la espada que el Perú ofreció a quien le dio Libertad e Independencia. Bien estarán en grata intimidad ambas joyas. Al esplendor de los brillantes que delatan la magnitud del reconocimiento, se sumará la timidez de los orientes de estas perlas; al dolor de la piedra que se concreta en maravillosa síntesis iridiscente, hará par el dolor surgido del fondo de las aguas en el milagro lilial de la perla nobilísima; eran la roca abrupta y la inquieta onda marina, acordes con los hombres en aquella hora ejemplar del mundo, cuando en Europa la voz de Lord Byron aquietaba a los espíritus que habían sufrido el vendaval de Napoleón, quienes enviaban sus ofrendas a aquél que batalló sin descanso por ver realizada en nuestra América la obra portentosa de la Libertad y la Justicia por que aún claman confundidos ante la eterna maldad de los hombres las naciones y los individuos. Murió en espacio reducido el aplauso frenético y se deshojaron "así como enjambre vistoso de abejas de gloria", para evocar la musa amable de Don Justo, los laureles y las rosas con que fue coronada la frente del héroe sin par, mas perlas y diamantes, en su éxtasis de luz, siguen diciendo, cual si les diese el dolor de donde nacen dignidad de voz humana, cómo es grato honrar a quien sirvió con desprendimiento ejemplar la única causa que debiera poner inquietud en el cerebro y en el músculo de los hombres: la causa sagrada del hombre libre.

En nombre de mi Gobierno y en el mío propio, me es sobrado placentero expresar a U., doctor Facio, el más profundo agradecimiento por esta inapreciable donación con que la familia de U. enriquece los tesoros de nuestro Museo Boliviano y que me da particularmente la grata emoción de este momento inolvidable: agradecimiento que por un indeclinable deber, en extremo grato, hago extensivo a mi querido amigo el ilustre costarricense don Manuel Francisco Jiménez, quien, con ejemplar devoción bolivariana, se dio a la obra de identificar sobre documentos incuestionables la autenticidad de la histórica Medalla. Al gratísimo recuerdo que siempre guardaré del hogar gentil y acogedor del Licenciado Jiménez y su encantadora esposa, se agrega de manera espléndida el de esta hora en que, reunidos felizmente en él, recibo de manos de U., para llevarla en su nombre a mi Patria, esta reliquia que recuerda la gratitud de un pueblo a quien le dio la Libertad y la gratitud del Libertador para quien puso su fortuna y su entusiasmo al servicio de la Libertad.

sería ofrecida a nuestro Museo Boliviano de Caracas obligan hacia U. la gratitud de mi Gobierno, a quien envío copia de la carta que ha sido muy servido de dirigirnos al Doctor Rodríguez y a mí.

En nombre de Rodríguez y en el mío propio expreso a U. el más cabal agradecimiento, no sólo por los hermosos conceptos que tiene para nuestra Patria y su Primer Magistrado, General Eleazar López Contreras, y por la delicada referencia que hace de nuestra Academia de la Historia, sino también porque en ella testimonia U. una vez más el elevado aprecio y la cordial amistad con que a ambos nos favorece y honra.

Agradecer a U. como venezolanos su devoción a Bolívar es algo que acaso no nos corresponda. Tan nuestro como de U. es el héroe a quien la América española debe su dignidad republicana. Bolívar saltó al ímpetu de su corcel homérico sobre todo casero nacionalismo. El realizó en nuestro mundo americano una idea de humanidad, carente de tiempo y de espacio. En la Historia, el Libertador puede ser ubicado con justicia en cualquier sitio y a cualquier hora, en medio de las edades muertas o bajo el sol de los días venideros, pues siempre hubo pueblos y hombres esclavos y siempre habrá necesidad de campeones que defiendan la libertad y la dignidad de los hombres y la libertad y la dignidad de los pueblos. En Bolívar no sólo se honra a una Nación que tiene orgullo en llamarle Padre; en Bolívar se honra una idea plena de contenido humano. El consubstanció el verbo de la Libertad. Todo hombre libre habrá de admirar a Bolívar con singular devoción. No debemos, no, agradecer a U. su acendrado culto bolivariano. Con saber que es U. un genuino americanista; con saber de su obra en pro del acercamiento de los pueblos del Nuevo Continente, a la cual sirvió oficialmente desde la Secretaría de Relaciones Exteriores de esta República ejemplar, y a la cual continúa particularmente sirviendo con sus talentos y gentileza no comunes; con saber que es U. un leal amigo de la libertad e independencia de nuestros pueblos, hay sobrado motivo para estar ciertos de que a menudo va hacia el recuerdo de nuestro héroe sin par. Ese bolivarianismo integral halló en U. fuerte impulso cuando tuvo en sus manos una de las reliquias que recuerdan el triunfo definitivo de Ayacucho, donde culminó la obra portentosa de Bolívar; pues, si bien es

cierto que él no dio personalmente la batalla final de la libertad de América, fue porque en sus previsiones admirables dejaba sitio a las contingencias del sino, y sabía que si fallaba aquella acción estando él al frente de los ejércitos, con la ruina de éstos, ocurriría la ruina de la causa de América, que hubiera visto nuevamente descender la noche de la sumisión sobre sus montes y llanuras. En cambio, si el triunfo no hubiera acompañado al Mariscal Sucre, la derrota habría sido un simple accidente en la ya larga carrera de gloria de las tropas de Colombia, pues quedaba él en pie, con su prestigio incólume, para levantar nuevos ejércitos y encender en los ánimos el fuego sagrado de la libertad. Inspirado por ese espíritu de responsabilidad personal que le llevó a intuir las proporciones de su propio destino, compartió con su genial Teniente la gloria del triunfo, que en aquella hora feliz no fue sólo el triunfo de la América sino el triunfo que la *causa de los derechos del hombre ganaba en terrible contienda contra sus opresores.* Desde la cima victoria de Ayacucho, Bolívar no vio, según lo expresa en su lacónica proclama a los ejércitos vencedores, la suerte sola de estos pueblos, y a los soldados hizo patente en ella la gratitud que le debía, no ya Colombia y el Perú y La Plata y Chile, sino la Humanidad entera.

No sólo tiene, pues, la medalla que nos ocupa el mérito de haber sido prenda personal del Libertador, sino que a éste agrega el de recordar la jornada final en la lucha que trajo a convivir en el concierto universal de las naciones a las jóvenes repúblicas del nuevo mundo. Si los gritos del año 10 fueron la clarinada que anunció el propósito autonómico de nuestra América española, el triunfo de Ayacucho fue la expresión definitiva de tal voluntad inquebrantable. En aquel campo glorioso se dieron cita los soldados de nuestra América para poner a prueba la pujanza de sus ideales y decir al Mundo que sería perpetua su intención de vivir al aire suave de la libertad. Y, como corresponde a los hombres presentes y futuros defender la integridad de aquel propósito, es saludable vía fomentar para ello en las nuevas generaciones las ideas de libertad, de justicia y democracia que informan la ideología bolivariana.

Hago propicia esta oportunidad para renovar a U. mis sentimientos de elevada estima y de cordial amistad.

M.B.–I.

BOLIVAR Y LA AMERICA

Guatemala, abril 24 de 1939.

Excmo. Sr. Don Francisco de la Espriella,
Ministro de Panamá.–Managua.

Mi querido amigo:

Infinitamente debo agradecer a Ud. el envío que me hizo, a la mano del Señor Embajador de México, nuestro excelente amigo Martínez de Alva, del número de la Revista "Centro", que contiene un comentario acerca de la política exterior del Libertador. Buen bolivariano, hasta en el físico, Ud. reacciona ante cualquier ataque que se haga al Padre de nuestras Patrias.

"Un error de Bolívar", califica en su artículo el novel crítico Román (pues supóngole joven), la idea del Libertador acerca de la expansión comercial de Inglaterra en nuestro continente, a cambio del apoyo que prestara a nuestras armas independientes. Y el que yerra es él, pues no advierte que se trata de compensaciones lógicas. Si hubiera querido hacer bastante luz sobre el asunto, le habría bastado estudiar toda la carta de Bolívar a Maxwell Hyslop, de la cual trae otros párrafos García Naranjo en su bonito libro acerca del Libertador. "El comercio británico ha perdido en Venezuela siete millones de pesos anuales, a que montaba su producto en los tiempos más calamitosos. Ahora parece que volverá a ser privada la Inglaterra del comercio de la Nueva Granada, que ella ha hecho exclusivamente; ...pero la pérdida incalculable que va a hacer la

Gran Bretaña consiste en todo el continente meridional de América... etc". Bolívar mal podía buscar de interesar a Inglaterra sin ofrecerle, como era natural, el señuelo de una compensación, que en el presente caso tenía apenas un simple carácter económico. E invoca al respecto las pérdidas que sufre en Venezuela, su patria, y en la Nueva Granada el comercio británico. En cambio, el crítico quiere ver, porque así le ocurre en su ligereza, que Bolívar ofrecía una parte de la América en pleno señorío a la Corona Británica. *Vade retro!* Y eso lo piensa porque el Libertador hacía ver a Inglaterra la importancia que para el comercio internacional representarían los canales de Panamá y Nicaragua, que a ella serían cedidos. Si él hubiera leído la Carta de Jamaica, se habría dado cuenta de que el Libertador soñaba con la integridad de la América independiente y que justamente en este privilegiado istmo centroamericano quería ver la capital del Mundo. "Los Estados del istmo de Panamá hasta Guatemala formarán quizá una asociación. Esta magnífica posición entre los dos grandes mares podrá ser con el tiempo el emporio del universo; sus canales acortarán las distancias del mundo, estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia; traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. Acaso sólo allí podría fijarse algún día la capital de la tierra, como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio".

¿Cómo entender entonces esa asociación de los pueblos del Istmo, si cedía Panamá y Nicaragua a la Corona Británica? El Libertador no ofrecía el desmembramiento del Continente, que él, como nosotros hoy, quería ver uno y fuerte. El Libertador, en su visión profética de gran político, intuyó lo que hoy vemos como una gran realidad: la apertura de vías que unieran nuestros océanos y lo que en sus anhelos de patriotas pensaron Morazán y Barrios: la unidad de estos ricos y privilegiados países de Centro América. No es una mancha solar lo que el articulista ha mirado desde su mezquino catalejo en la personalidad del gran Bolívar. El tuvo enjaezado su potro de guerra para saltar sobre el Atlántico e ir a dar independencia a Cuba, y, perpetuo enamorado de la Libertad, quiso que las tropas de Colombia realizaran crucero contrario al de las naos de la conquista, para llegar hasta la propia Madre Patria y acabar de raíz con los privilegios que mantenían en mengua la dignidad del hombre español.

Buscar para quienes pudieran ser llamados vende-patrias un paliativo decoroso en la conducta de Bolívar, lo juzgo como la última afrenta que pudiera hacerse a quien consagró toda su vida de hombre a luchar por la dignidad de América y por la libertad del hombre americano. Ya sabemos cómo el Libertador ha sufrido la alevosía de ser invocado por tutor de tiranos, y cómo su nombre, en hora de desequilibrio de la conciencia civil y democrática del Nuevo Mundo, se ha tomado de bandera para dar arraigo popular a grupos que quieren hacer que nuestros pueblos renieguen el derecho a la Libertad. Esta que le irroga el crítico Román es ofensa mayor aún que las otras todas. Pero eso no lo entienden Nicaragua ni sus hombres de pensamiento. De lo contrario, aquí tengo sobre mi mesa de escribir el *Himno a Bolívar* que compuso en San Salvador el insigne músico Juan Aberle, sobre letra del glorioso poeta de América y honra preclara de Nicaragua: Rubén Darío. Lo traje de San Salvador, para remitirlo a Venezuela, como un grato trofeo que esta porción de la América, que Bolívar libertó, ofrenda a la memoria sagrada del gran Visionario. Sus breves estrofas dicen:

Gloria al Genio! A la faz de la tierra
de su idea corramos en pos,
que en su brazo hay ardores de guerra
y en su frente vislumbre de Dios!...

Epopeya! No pinta la estrofa
del gran héroe la espléndida talla,
que en su airoso corcel de batalla
es su escudo firmeza y verdad.

Y subiendo la cima del Ande,
asomado al fulgor infinito,
coronado de luz, lanzó un grito
que resuena doquier: LIBERTAD!...

¡Menguada obra la de quien hubiera intentado cambiar el vasallaje hispano por las cadenas de Albión! De fierros o de rosas, cadena es lo que ata al hombre a la servidumbre colonial, lo mismo las unas que las otras. Un solo ideal buscó Bolívar: la libertad de los hombres del Nuevo

Mundo, en medio de una sociedad que se autodeterminase políticamente, y a ese ideal consagró con fruto su existencia admirable. Bolívar comprendió, como ningún otro, el mundo de las formas económicas; pero su propósito de entonces se elevaba sobre los naturales reclamos de esas formas, que años después han servido a cambiar el eje de las aspiraciones sociales. Para él nada valía nuestro oro encerrado en las minas, frente a la urgencia de levantar al sol la cara con el derecho de sentirse libre el hombre ante los reclamos de la verdad y la justicia. Dar a Inglaterra un privilegio comercial, a cambio de su ayuda para constituir naciones soberanas y libres en lo político, era operación natural y justa, porque la guerra no se hace con buena voluntad sino con el grito doloroso de los fusiles, de que carecíamos entonces, y con el apoyo de los más fuertes, capaces de hacer venerable su poder si lo aplican a las causas justas. Eso quería que con América hiciera la poderosa Inglaterra aquél que le había consagrado su existencia para redimirla del vasallaje colonial. No erró Bolívar, aunque muchos entuertos perduren en la América, urgida de ver de nuevo su figura gloriosa, empuñando las bridas de su corcel de guerra o arengando a las masas que han olvidado sus preclaras enseñanzas. No en balde Martí dijo que Bolívar tiene qué hacer en América todavía!...

Y larga va esta carta, mi querido Ministro. Ella, pese a la herrumbre de que ha sido tomada mi humilde pluma, no habrá de fastidiar a Ud., bolivariano como el que más.

Suyo afectísimo amigo,

M.B.–I.

BOLIVAR Y MARTI

San José de Costa Rica, julio 24 de 1940.

Señor Don
P. Arrieta Leiva,
Secretario del Rotary Club,
Presente.

Muy distinguido Señor Secretario y amigo:

Antes de recibir, en la tarde de hoy, su amable invitación para el acto con que mañana festeja el Club Rotario de San José a Bolívar y a Martí, tuve oportunidad de explicar a los distinguidos rotarios Señores Martínez y Fonseca la causa de mi inasistencia y, aún más: me atreví a pedir a mi distinguido amigo y colega el Excelentísimo Señor Doctor Plinio Mendoza Neira, muy digno Ministro de Colombia, el honor de ser representado por él en tan grata ocasión. Le ruego quiera expresar a sus generosos compañeros mi agradecimiento muy rendido por tan señalada deferencia y la pena que para mí significa no estar presente en el momento en que esa Institución rinde un delicado tributo a la memoria del Padre de mi Patria y del inmortal Martí.

El acto tiene para la representación venezolana de que me hallo investido una doble significación, por ser en mi patria la figura de Martí tan grata a la admiración nacional cuanto pueda serlo la de uno de nuestros grandes próceres nativos. Amó Martí a Venezuela en forma singular y "a ningún país de América, fuera de Cuba, dedicó tan

considerable porción de su labor intelectual. También es cierto, agrega nuestro insigne polígrafo Alvarado, que en ningún país de América, fuera de Cuba, vive con más intensidad ni se guarda con mayor cariño que en Venezuela su recuerdo".

Por demás feliz es el asocio que de los nombres de Bolívar y de Martí hace el Club Rotario, al fijar para la inauguración de la efigie del gran apóstol cubano el día dedicado a memorar el natalicio del Libertador. El Mártir de Dos Ríos amó en grado sublime la memoria de Bolívar. "Cuentan –escribió él para los niños de América, desde las inolvidables columnas de "La Edad de Oro"– que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer y, sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se dormía, ni dónde se comía, sino cómo se iba adonde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatuta, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo". Aquel encuentro se efectuó en los últimos días de 1880 y fue el propio Martí el viajero que derramó lágrimas frente al bronce del héroe. Era en realidad el hijo que, vagando por América en pos de medios para la libertad de su Patria esclavizada, se acercaba a la inmovilidad aparente del gran artífice de la libertad del mundo americano. El sabía, por la realidad del dolor y por la propia intuición del numen, que Bolívar tiene siempre palabras frescas para aquéllos que defienden la libertad, e iba a pedirle por ello sus consignas.

Y si esta razón, que cuenta con raíces en el tiempo, da mayor realce a la conjunción del homenaje, mérito singular cobra la coincidencia de que él se realice a las mismas horas en que se reúnen en la Patria libre de Martí los Representantes de América que buscan de hacer la unión continental proclamada por Bolívar como necesaria garantía a la vida independiente del mundo de Colón. Cuando vemos que se realizan los vaticinios de alianza del visionario de Jamaica, sentimos que su vida misma resurge para darnos nuevas lecciones de energía; y parece que el propio Martí fuera quien le acompañase en el diálogo trunco que el poeta de la libertad y de los niños hubo de evocar en su admirable discurso de octubre de 1893. Diríase que a él mismo hablara el Libertador cuando Martí copia las palabras del tránsito:

"–José, José! vámonos, que de aquí nos echan, ¿a dónde vamos?

–Al brazo de los hombres, para que defiendan de la nueva codicia y del terco espíritu viejo la tierra donde será más dichosa y bella la humanidad".

"Al brazo de los hombres" era la respuesta de fe que reclamaba Bolívar en la hora del desamparo. Martí está ahora presto para decirla por nosotros y por todos aquéllos que callaron: "A la justicia de los pueblos que por el error posible de las formas, impacientes y personales, sabrán ver el empuje que en ellas mismas, como de mano potente en lava blanda, diste a las ideas madres de América". El habla, y por sus labios responde la América ancha y sin resabios intuida por Bolívar. Porque ambos representan una unidad polarizante. Nadie como Martí ha sabido transfundir la idea bolivariana de americanidad. La ideología martiniana es una forma ágil, ligera, buida del grito volcánico y ensordecedor de Bolívar. Martí es como la claridad que hace suaves los tintes del pensamiento bolivariano, que en él se repite con un eco deleitoso.

Evocarlos juntos, tal como hoy lo hace el Club Rotario, en momentos en que América necesita robustecer sus fuerzas, es cumplir una ideal función de defensa continental. Ningún compañero mejor puede llevar Bolívar para la empresa que se ofrece de nuevo, ya no a su brazo, pero a su pensamiento perdurable. Martí lo dijo en forma que hoy adquiere la significación de un espantoso augurio: "Bolívar tiene aún qué hacer en la América". Sí, Bolívar no ha concluido su obra de defender la integridad de nuestro suelo y de nuestro indesviable destino democrático. Sus ideas de dignidad americana claman por bocas que las voceen, y, para sustituir su brazo muerto, millones de brazos vivos empuñarán, al ímpetu de sus consignas, los instrumentos que abroquelen la independencia y la libertad de América, para que ésta logre el privilegio de tornarse, según el pensamiento martiniano, en "la tierra donde será más dichosa y bella la humanidad".

A más de las especiales razones ya señaladas, existe otra muy personal que me obliga a deplorar aún más mi inasistencia al acto de mañana: en mi carácter de Ministro de Venezuela en Panamá me tocó el honor de

haber asumido la representación de los intereses diplomáticos de Cuba y ello constituye un vínculo indeleble que me ata a la Patria gloriosa de Martí y de Maceo, vínculo que me permite imitar la frase con que Martí se despidió de Venezuela: "Deme Cuba en qué servirla. Ella tiene en mí un hijo".

Con el ruego de que quiera ser muy servido de presentar mis respetos a los distinguidos miembros del Club Rotario, cuyas labores merecen el más cálido aplauso, me repito de Ud.

Atento servidor y amigo.

M.B.–I.

BOLIVAR Y PETION

San José, 14 de febrero de 1941

Muy ilustre señora y amiga mía:

Usted, aristócrata y multipagada del prestigio de su raza, extraña el culto que los venezolanos rendimos a Petión, un hombre de color, con bemba y cabello ensortijado, como Usted dice. Sus finos y delicados sentimientos tienen en parte razón de alarmarse. Sobre todo, una dama de sus quilates, acostumbrada a sólo el roce con caballeros de largas y blancas manos, tiene por fuerza que sorprenderse de nuestro afecto sin límites a un hombre de color. "Es algo espantoso", dice Usted. "Vulgares, en verdad, son estos venezolanos", pensará para sí. Tiene Usted razones para ello, muy suyas y que yo acato, por cuanto he hecho una religión del respeto a la opinión contraria. Cosas de Usted, como dice en semejantes casos mi excelente amigo el Ministro de Panamá en Guatemala, el pulcro caballero don Francisco de la Espriella.

No faltaba más que yo llegase a las rebuscadas razones del periodista soviético que en el puerto de Veracruz (¡cómo abre los sentidos Veracruz, la Vera Cruz!) sintió repugnancia extrema ante la inesperada y primicial presencia de un negro. El ruso, de sonrosada tez y de interesado criterio universalista, buscó de poner en acuerdo su desagrado ante el hombre de color con su fe igualitaria, e inventó esta brevísima explicación: "Mi repugnancia sólo es una cuestión de estética". Sí, mi noble amiga, la estética sirve a veces para justificar aberraciones morales. A lo mejor cualquier capitalista de buen gusto nos dirá sin

enfado que él tiene derecho a dejar a otros con hambre, porque la estética le reclama llenar de lindas estatuas el maravilloso jardín de su primorosa villa. Y la estética, que debería dedicarse a hacer bella la vida, justificaría los salarios de hambre de esos pobres obreros a cuyos hijos Usted da, cristianamente, lo sobrado de su mesa.

Para los venezolanos Petión no es un hombre de color. Petión es simplemente un hombre en todo el sentido de la palabra. Un hombre, como lo quiso ser el mismo Dios cuando bajó a la tierra. Un hombre. En los años dolorosos en que nuestra Patria andaba al acaso sobre los azares del mar, compendiada en los penates que Bolívar había jurado guardar, Petión representó el mejor apoyo que tuvo nuestro destino republicano. Y no sólo el destino republicano de la Patria, pero también la misma filosofía humana que informaba los ideales de la Revolución americana. Con la ayuda eficaz del ilustre Presidente haitiano, pudo armar el Libertador las expediciones que lo llevaron, contra el propio egoísmo disolvente de los jefes nativos, a consagrarse definitivamente a la obra de redimir, no sólo ya a la Patria sojuzgada, sino a la América entera, que buscaba su inquebrantable destino democrático. Pisará Bolívar, gracias al apoyo insistente de Petión, las playas de Tierra Firme, y sólo la victoria detendrá su carrera libertadora en las mesetas del Alto Perú, en las cuales el glorioso tricolor colombiano fue saludado con asombrosa admiración por las deslimitadas llanuras del Plata.

Y no sólo, mi buena amiga, se unieron para los esfuerzos del triunfo guerrero los ideales de Bolívar y Petión. Sus miras comunes contemplaban algo más que la construcción de pueblos independientes y soberanos en lo exterior. Ellos miraron al contenido humano de los principios políticos que serían consagrados en las leyes de las nuevas naciones. Petión, que sentía en carne viva el ultraje que se hacía a su raza, pidió a Bolívar la libertad de los esclavos de Tierra Firme. Y el Libertador, hecho a la justicia, apenas pisadas las tierras de la Patria, declara desde la Villa del Norte, en la Isla de Margarita, que "no habría más esclavos en Venezuela que los que quisieran serlo", y se apresura, en fe de su palabra, a comunicarlo al General Marión, Gobernador de Los Cayos, en carta de Carúpano, por junio de 1816. Comprometido a dar lineamientos definitivos a aquella declaración, Bolívar remite en 1818 al Presidente

de la Alta Corte de Justicia, desde su Cuartel General de Angostura, el texto de la Proclama de Ocumare, en que ratificó su pensamiento de 1816. "Esta proclama, dice, que ha sido cumplida estrictamente en todo el territorio de la República desde el día de su publicación, ha recibido nueva fuerza por los bandos en que repetidas veces se ha hecho saber a los pueblos tomados bajo la protección de nuestras armas. Nadie ignora en Venezuela que la esclavitud está extinguida entre nosotros".

No traía armas y municiones solamente la expedición que zarpó de Los Cayos el 31 de mayo de 1816. En ella comandaba un pensamiento poderoso. Una idea ecuménica de igualdad inspiraba la mente del Héroe. La conciencia de una humanidad sin distingos de razas y que pedía la amplitud de América para crear su cultura, alentaba el espíritu de aquellos hombres sin miedo. En su isla afortunada quedaba Petión, mas su ideal de regeneración de los hombres oprimidos empujaba las velas libertadoras. Después, Bolívar realizó, en gesta sin par, las acciones que harían efectivas aquellas ideas en el campo social; y por ello la Historia justiciera ha unido sus nombres gloriosos. Ellos representan la síntesis de los ideales libres y generosos de América. Ellos encarnan un grito permanente de protesta contra los pueblos grandes que oprimen las pequeñas nacionalidades y contra los hombres poderosos que explotan el dolor de sus semejantes.

Ve Usted, noble amiga mía, como más de una justa razón contribuye a que los venezolanos admiremos al glorioso Presidente negro. Creo que Usted benévolamente habrá de descender de la altura de su clarísimo linaje y del prestigio de su brillante situación social, para sentir la legitimidad de nuestro afecto y de nuestra gratitud para aquél que, movido de tan nobles ideales, sirvió en forma espléndida a la causa de la dignidad del hombre americano, numen de la obra de Bolívar, a quien aún se niega, se traiciona y se adultera en esta hora definitiva en que América reclama la conjugación de todas sus fuerzas morales.

Quiera Dios tener a Usted en su santa guarda y darme a mí salud para servirla con todo rendimiento.

M.B.–I.

TRIUNFO Y TRAGEDIA DE BOLIVAR

Palabras en San José de Costa Rica, el Día del Libertador del año 1938.

Señores:

Al cultivado espíritu y celo americanista del distinguido intelectual hondureño, Lic. don Luis Suárez, Director de la Radiodifusora "La Voz del Trópico", debemos la grata oportunidad de este expresivo homenaje al Libertador, en que me cabe el alto honor de alternar con la palabra autorizada de los Excmos. Señores Ministros de Guatemala, El Salvador y Nicaragua y del muy digno Señor Representante del Ministerio de Educación Pública de Costa Rica, quienes unen sus voces de personeros de la noble patria ístmica, para rendir cálido tributo de admiración a aquél que puede llamarse en plenitud de justicia el Primer Ciudadano de la ideal Patria Americana. Porque no es la gloria sola del guerrero que luchó cual ningún otro por consolidar la Independencia de la América española, ni tampoco el prestigio sin par del legislador que echó las bases de cinco nacionalidades americanas lo que nutre las raíces del árbol opimo del bolivarismo, que cubre con suave sombra el ideal de los pueblos jóvenes de aquende el Atlántico. Se acude a Bolívar, cuando se trata de abrir senderos hacia la comprensión de nuestras varias colectividades, porque él integró en la hora plenaria de nuestra América, el apostolado filosófico de la unión de los pueblos recién salidos de la medieval matriz de la Colonia, y consustanció, a la par, la idea democrática, que es y será, pese al vaivén de la curva histórica de los estados americanos, el substratum de nuestra libre existencia republicana.

Para la realización del máximo ideal unitivo de la América, por medio de un acoplamiento de pueblos que conjunten sus intereses, en orden a mantener la paz y la libertad del Nuevo Mundo, y el cual ha expuesto en forma sobria y brillante el Excmo. Sr. Ministro de Guatemala, Lic. don Alfonso Carrillo, Bolívar, utilizando el ímpetu de nuestro levantisco atavismo hispánico, labró de previo en el espíritu de las multitudes integrantes de aquéllos, la necesaria fisonomía democrática que condujera, por medio de una síntesis armónica, a la idea esencial de la igualdad de las naciones americanas.

Profesó el Libertador principios de filosofía social que resisten con brillo la revisión impuesta por el tiempo y reclamada por la varia orientación que sufren los métodos políticos enderezados al logro de la felicidad humana. Para que los pueblos gozasen la "gloria de vivir en el movimiento de la libertad", norte de su vida de guerrero y de filósofo, Bolívar consultó la Historia y oteó las profundidades del espíritu colectivo. Sociólogo, indagó las leyes que presidieron la formación de las naciones; pensador sutil, hizo la crítica de los sistemas aplicados al gobierno de éstas; legislador, buscó la fórmula jurídica que fuese poderosa de solventar los contrastes que surgen en la aplicación de principios antinómicos, obedientes, a pesar de las contrarias finalidades, a profundas razones de naturaleza. El no descuidó el carácter paradojal de la democracia: igualdad en lo facultativo de ser los hombres desiguales, igualdad en el derecho de perfeccionar, por medio de la "educación, la industria, las artes, los servicios, las virtudes", lo que físicamente pueda ser desemejante. Fue la suya, como se aprende en el Discurso de Angostura, democracia congruente con las categorías resultantes del ejercicio social de esa misma libertad desigualadora. Al revisar su ideario, para ubicarlo en el grado correspondiente de la gran curva de la cultura, hallamos sus líneas generales, frescas y al día en lo que dice al derecho de los hombres libres. Enemigo de la demagogia, que conduce a la nulificación de la dignidad individual, sus ideas las repite, en esta hora de crisis de la democracia universal, uno de sus más constantes defensores. Es Thomas Mann quien proclama que "la verdadera democracia no puede estar nunca carente de cierto elemento de aristocracia, pero de aristocracia no tomada en el sentido del nacimiento y del privilegio, sino de aristocracia del espíritu". Tal el

módulo que distinguió la obra político-filosófica de Bolívar. Hizo suyo el dogma clásico de la perfectibilidad del género humano, y dejó descansar en el grado de perfección obtenido la única fuerza que desigualara a los hombres.

La consubstanciación del Libertador con este dúplice carácter de la democracia constituye el triunfo y la tragedia de su vida. El fue la Revolución, pero la Revolución superó sus fuerzas. Buscó para los ciudadanos de Colombia la Grande, y para todos los hijos del continente colombino, según lo expresa en su discurso admirable, "la gloria de vivir en el movimiento de la libertad", mas la Revolución, que no sigue el cauce en que se mueve el sosegado espíritu de los filósofos, rompiendo los canales de lo racional y sin que intentase ninguna nueva y legítima conquista social, preparó, tal como él lo había previsto, el descenso de la libertad a la tiranía, que en los últimos años de Colombia, por copia de abusos y licencias, culminó en lo demagógico, con amenaza de destruir las instituciones libres. Cansado de luchar contra los enemigos de la Independencia de América, ahora lucha contra los veteranos que se han tornado enemigos de la "suprema libertad social", amenazada de muerte, tanto cuando se sella por el autoritarismo personalista la racional expansión de la individualidad, como al dejar sin medida el ejercicio de los derechos personales. No son ya las dianas de Carabobo y de Junín quienes arrullan sus vigilias desoladas; ni es la carrera homérica sobre el potro guerrero, a cuyo ímpetu va dibujando la geografía del Nuevo Mundo; ni menos aún el demonio interior que se expande al través de la fe basáltica de Casacoima y Pativilca; son, en cambio, las desemejables voces de aquéllos que piden la ruptura de los diques donde se contienen las avenidas de las aguas, sobre las cuales navega a sus anchas, empujada de ásperos vientos, la nave desmantelada de las discordias intestinas. Sus noches, que debieran ser de blando descanso, las interrumpe el silbo aleve de la infeliz intriga; se oye cuchichear entre las sombras a aquéllos que temen la autoridad que prevenga a la tormenta; se le calumnia de tiranía y despotismo y se ultraja su dignidad austera de Padre de la Patria, hasta obligarle a exclamar ante los Representantes de Colombia, con palabras informadas del dolor y la desesperanza, en el propio momento en que se desviste la clámide del Magistrado: "No

escuchéis, os ruego, la vil calumnia ni la torpe codicia, que por todas partes agitan la discordia... No seáis los asesinos de la Patria y vuestros propios verdugos".

Raíz y fuerza del triunfo y la tragedia bolivariana fue esa límpida noción suya de lo que son la libertad y la democracia como esencia de la vida cívica, pero libertad y democracia que, sin anular los legítimos derechos de la personalidad humana y moviéndose en armonía con la sistemática requerida para su propia vitalidad, permitan, al amparo del Estado y de su poder racionalizador, el juego natural de los individuos en el seno de la justicia social. Ningún mortal las amó tanto como Bolívar, capaz de "arrostrarlo todo porque la anarquía no las reemplace". En sus vigilias sin límites, durante las frías y largas noches de Santa Fe, acaso busque alivio en la lectura de sus autores favoritos. Montesquieu está abierto siempre sobre su mesa de trabajo, sostenidas por las despabiladeras las ágiles hojas proféticas. El visionario arrima hacia el círculo de luz de la candela parpadeante, las páginas que tienen, sobre el pensamiento del filósofo, la huella humana de las prolongadas consultas, y al acaso tropieza con la sentencia de Eucrates en los "Diálogos de Sylla": "Los Dioses que han dado a la mayoría de los mortales una ruin ambición, han juntado tantas desgracias a la libertad como a la servidumbre, pero cualquiera que sea el precio de esta noble libertad, es necesario pagarlo a los Dioses". Bolívar no puede estar exento de cancelar tal deuda; él es el profeta de la nueva vida de América; él ha sacrificado la flor de sus años y la placidez de una vida burguesa a la noble causa de hacer libres a los antiguos colonos españoles y de unirlos en una gran confederación de Estados; él ha enseñado con verbo maravilloso que aquél no es hombre a quien falta el ejercicio de la libertad, hasta hacer emblema de su vida, como exergo trágico, la divisa de "Libertador o muerto". El debe pagar la deuda de los Dioses, y, en la noche desvelada, degustando la amargura que embarga su espíritu inmenso y compenetrado de que "difícilmente los mortales reconocen al hombre puro", acepta, como responsabilidad inseparable de su destino de Padre de pueblos, el propio ultraje y la calumnia vil, y, guiado acaso por su avizora visión augural, contempla el porvenir de nuestros pueblos y entiende entonces, con dolor desmesurado, mayor aún que el presagio de la soledad de San Pedro Alejandrino, cómo llegaría para nuestra América la hora infeliz en que su nombre

glorioso de Libertador fuera invocado por los apóstoles de la inverecundia y por los desertores de la justicia, como escudo que amparase a los enemigos de la libertad y del sosiego del espíritu.

Y ese voto secreto, que pudiera decirse su alianza con las generaciones futuras, corresponde a los hijos de América vivirlo y animarlo con todo el sentido realístico de lo bolivariano: debemos a los Dioses un tributo colectivo por la libertad; estamos obligados, cual estuvieron nuestros Padres, a defender el decoro y el vigor de la heredada democracia, por su fragilidad urgida, según Renán, de un diario plebiscito, y cuya idea fundamental es el hombre como fin político en sí mismo, el hombre en la plenitud de sus atributos esenciales, que, saltando sobre viejas técnicas jurídicas y para anchar el ejercicio de sus privilegios inmanentes, ha hecho ya, conforme al hermoso decir de Politis, su aparición en el *forum* del Derecho Internacional. Para la racional efectividad de esos derechos, quiso Bolívar que se unieran los pueblos de América en una vasta democracia de naciones, que garantice la paz y la justicia en nuestro continente, cuna ayer y, a pesar de largas noches sin estrellas, abrigo siempre de la Libertad.

DEL REPOSO DE BOLIVAR

Caracas, octubre de 1941.

Mi buena amiga:

En parte vengo a complacer a Usted con mi modesta opinión sobre la cama donde se ha creído que nació el Libertador. Claro que, tanto Usted como el dibujante que preparó el sello de correos donde se exhibe dicho mueble, han tenido razón de más para suponer que la tal cama fuera la misma en que Doña María Concepción, alumbrada del espíritu de Dios y del espíritu de América, parió al Padre de la Patria. El visitante sin aviso cae con facilidad en el error de imaginar que dicho mueble sea el ara del templo por la República consagrado a mantener vivo el recuerdo de que fue en nuestra Patria donde nació el mayor hombre del Nuevo Mundo. Mas, en ninguna parte existen argumentos enderezados a dar aspecto histórico a esta inocente suposición. Sólo se ha tratado de crear ambiente a la casa. No ha habido, no lo piense Usted, la más leve intención de adobar un fraude.

Ha habido, y en esto sí las tiene Usted todas consigo, un error fundamental en la idea de llevar a los timbres de correos la representación de algo que pudiéramos llamar engaño por composición de lugar. Tiene Usted abundancia de razones para decir que, sobre quebrantar la realidad histórica, ello promueve el fácil culto de la mentira. Y lo peor de todo: para hacer daño a la misma idea que debemos tener del Libertador.

En unos apuntes que he dado a la prensa, digo que la cama quita movimiento a Bolívar. Sí, mi buena amiga, el mito de la cama, llevado a los sellos postales, nos hace pensar a diario en la posibilidad de un Bolívar acostado. De un Bolívar en cama, como cualquier mortal con romadizo. La mitología de Bolívar pide en cambio otra cosa. Pide imágenes, actitudes y conceptos que promuevan la creación. Que hagan caminar. Que hagan crecer nuestra fe en la Patria, en los hombres y en nosotros mismos.

La cama del sello, más que la cama de la casa, evoca un Bolívar yacente, un Bolívar estático, más rígido que el de Tenerani y más peligroso que el del anverso de las monedas. En cambio, Bolívar en sí no es ni para las estatuas ni para la pintura, donde se rigidiza el músculo y muere la palabra. El milagro de Tito Salas reside en habernos dado un Bolívar que se mueve, a pesar de la quietud de las líneas. Y aun para alcanzar mayor movimiento en el plano del tiempo, mejor quedaría sin arreos que lo ubiquen dentro de los rigores de una moda: sin arreos, con el ancho torso desnudo, como los héroes y los semidioses griegos, permanentes y ubicuos en los cuadros de la cultura.

Bolívar es para caminar. Bolívar está caminando. Como el judío de la leyenda, no ha encontrado aún sitio holgado donde pudiera reposar. El está firme en su inmensa tragedia de animador de pueblos. El no podría siquiera detenerse a descansar. En cambio, ha volado la pierna al caballo para seguir la marcha interminable al través de una América que aún se busca a sí misma, mientras oye, como en los días finales de Bogotá, a la chusma insolente que le llama "Longaniza". Y Bolívar escucha el grito de aquéllos y medita en la intención de quienes le toman para sus menesteres como si en verdad él fuera el General Longaniza de los arrapiezos bogotanos. Ese Bolívar jinete, ese Bolívar andante, más que para representaciones pictóricas, es para servir de guía espiritual. Para marcar rumbos.

En cambio, y esto nos duele por igual a Usted y a mí, menudamente se busca a Bolívar como complemento. Como escudo que defienda. Como oropel que vista desnudeces. Bolívar es, de lo contrario, un ímpetu desnudo y un grito. Si nuestra libertad es obra de su brazo, también lo es,

y en grado eminente, producto de su palabra. A todos los vientos gritó para que se oyeran nuestros derechos. Y gritó a los lerdos para hacer de ellos ágiles soldados y voluntades dispuestas a seguir sus consignas. Después de él, se ha pretendido hacer del silencio un método de formar hombres para el éxito de la política, así la herrumbre tome los propios soportes de la dignidad pública.

Bolívar quiere que se le cite para hacer camino, para desguazar ríos, para remover montañas. A Bolívar no se le debe llamar desde poltronas muelles. Ni para firmar gustó Bolívar de los asientos: un estudio de su caligrafía conduce a probar que cuando calzaba la firma al pie de los escritos de sus amanuenses, preferentemente lo hacía de pie, como quien está dispuesto a seguir la arenga vibrante con los hombres que lo esperan todo del poder de su palabra. Para él los hombres desnudos de las montoneras, cuyos gritos hacen una sola voz, aventajan a los doctores parsimoniosos y graves que lo enredan todo a punta de leyes y de colisiones ayunas de equidad. Bolívar hizo la libertad al frente de montoneras que se organizaban a sólo el acento conjurante de su palabra. Sarmiento mismo reconoce que en ésto también Bolívar superó al Paladín del Sur: si San Martín, dice, hubiera tenido que organizar como Bolívar montoneras, habría sido colgado a la segunda tentativa. Bolívar, enemigo de la quietud hipócrita y del disimulo cortesano, no fue amigo de los leguleyos, propensos al sedentarismo. Bolívar quiso, sin ser aficionado a las leyes, que se respetara la Ley. Por eso no llamó a Santander el hombre de la Ley, sino "hombre de leyes", es decir, hombre de códigos y papeles capaz de trajinar con conciencias. Bien sabía Bolívar cómo las leyes se prestan, según las manos que las manejen, hasta de mecate para detener el ímpetu de los caminantes.

La cama en la mitología bolivariana hace un mal símbolo. Representa todo aquello que nos sobra: pereza, abulia, tabúes, paludismo, hambre. Enfermedades que piden una cama, que reclaman sitios para no hacer. De la mitología de Bolívar debemos exaltar, para el símbolo que salve y que eduque, otros momentos del héroe. ¿No cree Usted que vendrían muy bien un cuadro y un sello que representen al joven Simón en el momento de tumbar el birrete al futuro rey Fernando? Allí estaría al vivo

nuestra América democrática, frente a la vieja y persistente ponzoña absolutista, presta a salvar los mares una vez más para detener nuestro afanoso ensayo democrático.

Y, si hubiere un empeño suntuario en sublimar camas, no se tome para ello la pseudo-cama del parto, sino la cama venerable del tránsito de San Pedro Alejandrino. Es la única hora en que aparece razonada la yacencia del Héroe. Ya es el hombre de carne y hueso, vencido por la dureza de las luchas, que, vecino a la muerte, se enhiesta una vez más para cerrar el ciclo de su vida mortal. Allí, sobre el político que clama por la unión de los ciudadanos para defender la integridad de la República, resalta el hombre justo que perdona y olvida, el hombre corriente, adornado de las virtudes privadas que son fundamento de las virtudes públicas, sobre las cuales pudo estructurarse el caballero de la gloria, que ahora devuelve los laureles, y el magistrado impecable que, después de haber creado naciones y haciendas públicas, declara como únicos bienes de fortuna las minas que heredó de sus mayores, llevadas por litigio a tribunales donde es vedado que penetre la influencia de su nombre de Libertador. Allí está el estadista moribundo, con voz tomada de la agonía, en actitud de proclamar su último bando de buen gobierno y de mostrar a las generaciones venideras que sin segunda camisa mejor entran los hombres públicos a la gloria de la posteridad. Tema digno de meditación para una cruzada contra el peculado.

Mas, la lección austera que se aprende en el calvario de Santa Marta, síntesis de una vida que se dio para servir a los demás, ha sido utilizada, mi buena amiga, de ocasión para cosas alejadas de la realidad bolivariana. Y va de ejemplo. Lo que sería fecundo tema para una grandiosa sinfonía cósmica, ha sido reducido, no a un *Andante maestoso* ni menos a un solemne *Largo,* donde las frases reposadas evoquen la grandiosidad del tránsito, sino a ligero *Minuetto,* propio para recordar las concupiscencias de la Magdalena. Más que yo, U. conoce el valor profundo de la interpretación musical. ¿Imagina U. que haya algo para *Minuetto* en los días angustiosos de San Pedro Alejandrino? No, por Dios, no lo hay desde ningún punto posible, pero el *Minuetto* comenzó entonces. Se fue Bolívar, y el país empezó a olvidarse de sí propio. Empezó a hacer el festivo y el despreocupado. Vino el chiste, tan bien

hallado en el ligero compás del bailable que hizo las delicias de las frívolas Cortes del XVIII. Y hemos hecho de la broma una institución pública, hasta olvidarnos de nuestra misma responsabilidad social. En medio de nuestra carencia de alegría orgánica, hemos ensayado la sal insípida del chiste para vengarnos de nuestra propia deficiencia ante la injusticia. Hemos vivido de cosas contrarias al espíritu de Bolívar, pero ufanos de que Bolívar sea de nosotros, a fin de cubrir con su opulencia la pobreza de nuestros actos. Murió Bolívar y con su muerte, y a pesar de nuestras cincuenta y tantas revoluciones sin sentido, unas largas vacaciones cívicas empezaron para nuestro pueblo, satisfecho con un pedazo de tierra libre donde ejercitar el egoísmo. Más de cien años llevamos de exaltar a Bolívar hasta la hipérbole, sin ensayar una actitud precisa que nos exhiba como dignos del esplendor de tanta gloria. Y se nos ha ocurrido que la mejor manera de honrar su memoria sea pregonar, aun con pensamientos requeridos, la fama de sus hechos pasados, sin pensar que fuera más propio empinarnos nosotros para que se vea en nuestra dignidad actual su presencia ductora.

Qué tema tan ancho y confortante el escribir a Usted de Bolívar, de nuestro Bolívar, de ese Bolívar que tanto Usted como yo miramos en perpetuo trance de caminante. Sigamos imaginándole completo y de pie, en toda su estatura humana, sin que lo vulcánico de sus actos nos impida precisar sus contornos de humanidad realizable. Que no llegue a ser, tampoco, un Bolívar bajo mantas, aquejado del mal de la pereza heroica, ni menos el Bolívar, sólo cabeza y descorazonado, de las monedas que llevan su nombre glorioso. Que sea nuestro Bolívar, el Bolívar capaz de darnos fe en nuestro porvenir de entes dignos, en quien todos vemos con afecto filial al Padre de la Patria, una y perdurable, el Bolívar cuyo magisterio perpetuo es ayudarnos a librar nuestra propia batalla por la libertad y la justicia.

El otro tema que Usted me propuso es por demás literario y quedaría para muchos como despropósito en esta carta. Ya hablaremos de él espaciosamente y, mejor, de verbo a verbo. No creo que Platón hubiera sido feliz al expulsar a los poetas de su República. Los poetas sirven a interpretar mejor que los filósofos el sino de los pueblos. Ellos están más

cerca del amor. Y el amor prima sobre la inteligencia. Yo, escotistamente, creo que la voluntad sea la primera de las potencias del alma. Kant no llegó nunca adonde llegó Goethe. Aquél era un filósofo de enjuta sensibilidad, mientras Goethe, venciendo su angustia fáustica, subió sobre el ala reposada del amor hasta la altura "donde lo perecedero no es más que figura". Ya hablaremos de este tema, mejor para ser tratado con palabras volanderas.

Espero que Usted disculpará lo nada concino del estilo de esta carta que, por ser para dama de su calidad y buen gusto, debiera haber escrito con pluma mejor cortada: me pidió opinión sobre asunto a ambos perteneciente y va ella escueta y franca; y, mientras ejercito mejores tajos para una nueva epístola, le ruego creer en lo mucho que pido a Dios porque la mantenga en su santa guarda y a mí me dé la debida salud para estar presto siempre a bien servirla,

M.B.–I.

DE LA CULTURA DE AMERICA

Palabras en la Universidad de Costa Rica

Ya instalada solemnemente la Universidad de Costa Rica, en acto significativo que marcará época en los anales de la cultura de esta egregia porción de la gran patria americana, me es muy grato y por demás honroso hacer llegar hasta ella, en la persona de su ilustre Rector y en la de los Decanos de sus Facultades, el saludo muy cordial que por mi medio le envía el Consejo Universitario de la Universidad Central de Venezuela.

Vieja de más de dos siglos, mi Universidad, sin la reciedumbre de otras ilustres casas universitarias de nuestra América, tiene a orgullo haber formado en su seno no sólo a Miranda, Precursor de la Independencia de nuestro continente indo-español, y a Bello, Padre del Derecho de Gentes americano, pero además a la pléyade de patriotas que dieron contorno perdurable al ímpetu revolucionario que inició en Caracas el 19 de abril de 1810 el movimiento separatista de las antiguas colonias españolas.

Palpita en mi Universidad de manera intensa el más hondo sentido de cooperación americana. Orgullosa de que sus hijos hayan llevado la lumbre de la cultura a otros centros de América, como Bello a Chile y Esparragoza a Guatemala, ella ha sabido mantener también, junto al brillo de la ciencia y de las letras que esplende en los Vargas, los Avila, los Mendoza, los Gual, los Urbaneja, los Michelena, los Sanojo, los Herrera, los Acosta, los Aveledo, los Feo, los Dominici, los Guzmán, los Rangel, los Razetti, los Rísquez, los Duarte, los Ugueto, los Parra, los Alvarado, los Calcaño, los Aguerrevere, los Arcaya, los Gil Fortoul, los Rivero, los Gil Borges, los Iturbe, los Navarro, los González Rincones, los Carbonell, los Cuenca, los Tejera y tantos otros que dan prestigio a

nuestra cultura vernácula, ha sabido mantener, digo, como aporte a la rebeldía que impida el estancamiento de la conciencia y de sus formas de expresión, el fuego patriótico de su estudiantado que, desde los días trágicos de la Guerra a Muerte, con los intrépidos muchachos que acompañaron a Ribas al sacrificio de La Victoria, hasta estos felices años de nobles batallas civiles, guarda en su neta pureza el acento de fe en los ideales de la justicia y del derecho.

Mi Universidad, abriendo sus sentidos sobre la reducida misión de ofrecer recursos para la interesada formación profesionista, ahondadora de diferencias en la mecánica social, mira con ojos avizores a los dilatados problemas del espíritu y, con profunda esperanza humanista, siente que su mandato no se halla limitado por los hitos de la geografía política, sino que, en cambio, debe juntarse a la misión unánime que cumplen las otras Universidades de América, obligadas a estructurar una nueva conciencia para estos pueblos de destino grato, donde subliman y unifican su vigorosa savia las distintas razas que pueblan el planeta.

La Universidad Central de Venezuela, transformación de la antigua Real y Pontificia Universidad que, sobre los recios estribos del Seminario de Santa Rosa de Santa María, fundaron Felipe V e Inocencio XIII, ha recibido con júbilo fraternal la buena nueva de la reinstalación de la casa universitaria de Costa Rica y, aunque modesta la persona de su representante, ha querido hacerse presente en su fiesta inaugural. Un poco de tierra me cupo el honor de echar sobre la piedra fundamental de su Aula Magna, mas, al arrojarla, sentí que la pulsación de mi sangre venezolana daba vida en concordancia con mi gentilicio a la materia silenciosa e inerte, y tuve entonces la conciencia de que con ella sumaba un aporte de mi Patria a la obra de la nueva Universidad de Costa Rica. Era de ustedes la tierra, pero, en cambio, es misión del espíritu dar vida diferencial y perdurable a la materia.

Por ser la última que se instala en suelo americano y por coincidir su inauguración con este momento grávido de inquietudes y rezumante de anhelos de confraternidad, en su fiesta natal se han hecho oír las voces de los Centros Universitarios de nuestro Continente. Su iniciación exprime,

pues, el voto unitivo de la nueva cultura democrática de América, llamada a concretar la fórmula ecuménica que absuelva a nuestros hijos de los viejos conceptos disgregantes que en nombre de prejuicios raciales, de exclusivismos nacionalistas, del desbordado autoritarismo y de ideologías intolerantes buscan de impedir que amanezca el alba en que sobre la faz de nuestro mundo, por la aparición conjugante del hombre integral –Uno por la justicia, Uno por la cultura y Uno por el amor– no se aprecien los elementos formales que distinguen a los pueblos. Entonces las Patrias se alzarán sobre el religioso concepto telúrico de aras consagradas por las cenizas de nuestros padres y sobre la mezquina definición de lotes territoriales encerrados entre fronteras que engendran rivalidades, disputas y guerras, para ser sólo las áreas a nosotros señaladas por Dios para realizarnos en función humana. ¡Para hacer sensible en actos nuestra potencia espiritual!...

7 de marzo de 1941.

DE LA UNIDAD DE AMERICA

La palabra de México en el Conflicto perú-ecuatoriano.

Un gesto lleno de humanidad y rezumante de buen sentido americano es la iniciativa del Canciller de México en orden a que las Repúblicas de América sumen su acción a la de los países que vienen mediando en el viejo conflicto limítrofe que ha llevado a las armas a los pueblos hermanos del Ecuador y del Perú. Se busca, por medio de una gestión colectiva de los países americanos, "poner término, en el más breve lapso, a una situación que, de prolongarse, afectará hondamente a los países en controversia y podrá tener sensibles repercusiones en la cohesión política y moral de nuestro Hemisferio".

El llamado de México, por sobre el honor que representa para su vigilante Gobierno, exprime la transida de nuestro continente. En él oímos el reclamo espiritual de una América a la husma de actitudes que se encimen sobre la mezquindad de los intereses caseros. Nunca como ahora fueron más peligrosas las discusiones entre nuestros pueblos. En ningún momento se reclamó tanto como en la hora presente la conjunción de nuestra conciencia multánime.

Los problemas limítrofes americanos representan la peor de las aberraciones de nuestra política. Disiden menudamente nuestros pueblos por tierras salvajes y desiertas, adjudicadas a cada uno de ellos por cédulas de alcances vagos y por un *uti possidetis* que, si confirmó aquéllas de manera racional a la hora de la formación de las

nacionalidades, resulta a veces arbitrario a esta altura de los tiempos. Una concepción justa de la política territorial americana debiera fundamentarse en el valor de lo humano, más que sobre el relativo sentido de lo telúrico. Nuestros países deben consolidarse de una manera vertical, es decir, valorizando el elemento hombre, propendiendo a que éste crezca por medio del ensanche de los radios culturales y no mirando a dilatar la horizontalidad territorial con mengua de los mismos capitales humanos. Ni El Salvador, con ser el país de mayor densidad de población en el continente, reclama el dilatamiento de sus términos.

El problema territorial de América es diametralmente distinto del problema territorial de Europa: allá podrán asfixiarse los hombres por falta de espacio vital; acá los espacios nacionales claman por fuerzas humanas que los vitalicen y les den contenido y función social. Las anchas tierras que caen en los límites jurisdiccionales de nuestras patrias, prometen una generosa posesión sin litigios, fundamentada en el trabajo útil y actual de las masas que las pueblan y en sus justas necesidades migratorias, mientras los desiertos y las selvas vírgenes se sometan a la equidad de las distribuciones geográficas. Ni justificaría las disputas, desde el ángulo de los intereses morales, la idiosincrasia ideológica de los pobladores. Carecemos, felizmente, de problemas de minorías que resistan a la fusión vecina. América es una gran patria con ideales comunes, distribuida en grupos políticos que se gobiernan por leyes más o menos semejantes. Nada nos empuja a un estado de pugnacidad permanente y catastrófica.

El dominio que alegan los países, con fundamento en títulos de data colonial, carece de características que hagan intangibles a la hora presente los pretensos derechos. Diríase que con ello se va a la perpetuación del viejo concepto feudal del señorío, cuando la vista era elemento de tenencia legítima. Más que a razones documentales, los pueblos nuevos de este Hemisferio deben mirar a razones presentes de orden humano. La prueba diabólica del derecho civil debe hacerse a un lado ante la justicia del hecho social contemporáneo. La tierra debe ceder ante los derechos del hombre, porque los Estados son sociedades humanas y no parcelas nominales donde puedan clavarse banderas que sólo reciban el homenaje de los vientos. Los manidos conceptos

jurídicos de que se valen los abogados internacionales para construir argumentos que enreden las disputas, donde la política medra con oportunismos egoístas, están llamados a ser sustituidos por razonamientos de orden humano que sirvan a la justicia de estribos para la fábrica del nuevo edificio moral de los pueblos.

Si a estas consideraciones demográficas y culturales, de vigencia constante, se suma el reclamo imperativo de la hora, aparece por demás injustificado y extemporáneo todo diferendo que distancie a nuestros pueblos. América es un gran todo cuya definitiva estructuración moral interesa a sus varios componentes de igual modo. Nuestro porvenir de continente democrático se impone sobre las reservas de la política aislacionista, que tan fatales consecuencias ha tenido en el curso de nuestra historia independiente. Nuestra propia lucha emancipadora puso de resalto, como lección que debiera estar viva en la conciencia americana, la urgencia de mantener la unidad en medio de la pluralidad de los diferentes intereses nacionales, y sirvió, además, para enseñarnos cómo el peligro que se cierna sobre cualesquiera de nuestras porciones territoriales, refluye a distancia y de manera inevitable, en la suerte de los otros países. Sobre el problema doméstico se alza el problema continental y lo que aparentemente sólo debiera interesar a los nacionales de los pueblos que difieren, tiene en realidad eco profundo en la conciencia de todos los hijos de América. Por ello, gestionar la paz y la concordia entre dos países americanos que disidan, es servir a la causa de la paz, de la concordia y de la integridad del Continente.

México, animado de un amplio y robusto concepto de americanidad, ha lanzado su voz a los vientos de América para que ésta, alzándose sobre reticencias y temores protocolares, úna sus recursos morales y busque la fórmula que componga las paces entre pueblos hermanos, llamados a grandes destinos, hoy dispuestos a hacer baldíos sacrificios de sangre, con riesgo de quebrantar la propia unidad del continente y de abrir, en consecuencia, grietas por donde se infiltren los enemigos que asechan contra nuestra tranquilidad y contra los destinos de nuestra cultura.

¡Que hable el espíritu a través de nuestros pueblos y que la vieja política internacional se conforme a las necesidades de la justicia y de la solidaridad humana!...

GUIONES PARA TEMAS JURIDICOS
(Extractos de cartas varias)

DE LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA

...En lo que dice a la nueva Ley de Educación, no estoy con la tesis sustentada por los colisionistas: Creo, sí, que el artículo 2º de la ley de mérito contiene una definición errada. La Carta Fundamental reconoce la "libertad de enseñanza" como un derecho individual, mas no que "toda persona tiene facultad de fundar cátedras o establecimientos docentes". De aquí parte lo falso. La libertad que consagra la Constitución es la "de cátedra, es decir, la que tiene el maestro para enseñar sin necesidad de someterse a una doctrina oficial, salvo a las restricciones que la misma Constitución consagra. Pensar que cualquier persona puede enseñar es una tesis demagógica. El Estado, sin ser totalitario, ha de velar, muy más en países como el nuestro donde no existe el sentido de la responsabilidad social, porque quien se ofrezca de maestro o profesor reúna las condiciones que le capaciten para tal ministerio, y debe someter la enseñanza (que tenga por fin crear profesionales y técnicos) a un mínimum cuantitativo. Las Universidades y Colegios de Estados Unidos, país clásico de libertades, obtienen, para hacer valederos sus estudios, una ley especial que aprueba el *pensum* de las distintas carreras. Entre nosotros, cuando existió por las legislaciones anteriores a 1915, un margen de autonomía en los institutos habilitados para conceder títulos, se vieron abominables engañifas. Creo que se yerra al llamar totalitaria la sistematización de la nueva Ley de Educación. El totalitarismo es una cosa peor que esa noción que de él puedan tener los defensores de la "libertad de la profesión de enseñar".

El totalitarismo en educación sería negar la "libertad de cátedra" y enseñar sólo de acuerdo con una mística estadal. Enseñar como los italianos y alemanes, p. ej., que el fin de las acciones humanas es el Estado, convertido en *ultima ratio* social, y preparar las actividades del educando para una finalidad sin proyecciones morales. Posición totalitaria en materia educativa sería la escuela única y la declaración del laicismo de la enseñanza, como sería a la vez totalitaria la concepción de un carácter obligatorio, para el alumnado, de la enseñanza religiosa. En lo que mira a la proyección no oficial o pública de la enseñanza, tampoco hay monopolio que impida el funcionamiento de institutos privados que escapen a la regulación gubernamental. (Los seminarios, p. ej.)

El Estado, en materia de enseñanza primaria elemental, que es obligatoria, tiene el deber de uniformarla en el *quantum*. Arbitrario sería definirle una orientación específica. El Estado, cuya misión tuitiva sobre las personas le obliga a tener ojos de Argos, debe evitar que se ofrezcan a la masa impreparada oportunidades de engaño. Cualquiera podría crear una Academia privada de Egiptología o de Sigilografía, en cambio, quien quiera ofrecer títulos de Médico debe someter al Estado el plan de estudios de su presunta Escuela o someterse, como en nuestra legislación vigente, al que de previo ha fijado el Estado. La libertad de enseñanza, más que concepto realista en lo que dice a facultad de ejercer la profesión del magisterio, concreta una idea de mayor altitud: es una modalidad de la libertad de conciencia. Esta sí debemos defenderla a todo trance de las asechanzas que contra ella existen en cada encrucijada venezolana.

DE LA LIBERTAD DE PRENSA

Siempre he entendido que las nociones "libertad de pensamiento" y "libertad de enseñanza" se refieren sólo, en el orden político, a la libertad del individuo frente a teorías o dogmas oficiales. No he juzgado que por libertad de enseñanza se entienda que cualquier individuo puede erigir cátedra para adoctrinar al pueblo, sino la que tiene el profesor para exponer sus ideas sin ser sometido a una censura o a una "verdad" programática. Pero Profesor no es cualquiera. El Estado, en su amplia función tutelar, está en el deber de comprobar la idoneidad del aspirante para evitar el fraude que se pueda cometer a la sociedad.

Entiendo también que el Estado debe comprobar, por esa su misma función vigilante de los intereses sociales, la capacidad intelectual y moral del periodista, como juzga la del abogado, que representará los intereses económicos y personales del público, y la del médico, llamado a cuidar la salud del individuo. Responsabilidad igual a la del profesor, el abogado y el médico, tiene ante la sociedad el periodista, mucho mayor en países como el nuestro, donde la impreparación de las masas y la falta de responsabilidad social no servirían de reacción para desalojar, por el unánime menosprecio, la prensa insuficiente.

Por ello se ha abogado a favor del periodismo profesional. Al través de cursos de capacitación guiados por la Universidad, se llegaría, como en las demás profesiones, a un título que diese derecho a la regencia de un periódico. Se crearía, como en el caso de las demás profesiones, un Colegio de Periodistas, que sobrellevase la carga de la disciplina del

gremio, tal como acontece con médicos y abogados; y serían ese Colegio y sus delegaciones quienes abrirían concepto en los juicios de suspensión de periodistas.

Todo órgano de prensa, como las farmacias, tendría un regente-periodista con quien cursarían los juicios de responsabilidad general del periódico. Claro que esto no quiere decir que se quiten libertad y responsabilidad a los escritores no periodistas, sometidos a la penalidad ordinaria. Aquí me refiero a la singular responsabilidad del director de periódico, es decir, del maestro de esa gran cátedra viajera que lleva sus enseñanzas a la sociedad y que imprime en ésta rumbos definitivos. Yo entiendo que si cualquiera es libre para escribir y expresar su pensamiento, no lo es para erigirse por sí y ante sí en director permanente de la conciencia pública. Debe para ello probar de previo ante la sociedad su capacidad intelectual y sus alcances morales, y su propio sentido de responsabilidad frente a los problemas sociales. Esto traería, en consecuencia, la creación de una conciencia gremial.

Esta tesis podría aparecer atentatoria de los derechos individuales, pero no hay tal. Esta tesis viene a defender los derechos del individuo, amenazados por el asalto a directores de la opinión pública de personas carentes de la preparación requerida para orientar y para juzgar. Sin que se entienda tampoco que el Estado, en una absurda concepción totalitaria, tenga el derecho de dirigir estos organismos profesionales de una significación técnica. El Estado crearía el órgano para la capacitación del individuo, como instituye la Facultad y el Colegio profesionales en el caso de Abogados, Ingenieros, Médicos y Farmacéuticos, pero el órgano, una vez existente, tiene derecho de autodeterminación. No se trata de una censura previa, repugnante a los principios de libertad personal, ni menos de patentes extendidas a sólo aquéllos que piensan con los intereses del Gobierno, interesado muchas veces en acallar las voces que le son contrarias. Simplemente se buscaría una técnica de responsabilidad.

Mientras pueda crearse un sistema que prevenga a la prensa de caer en faltas y mientras, a la vez, se acostumbre la sensibilidad social a las críticas de los periódicos, no es posible atentar por medio de medidas de

orden policial, sometidas al capricho de las autoridades, contra la libertad de expresión del pensamiento. Es absurdo que una autoridad ofendida sea el juez que imponga una multa, un arresto o una suspensión. En nuestro sistema legal esto es atentatorio de las garantías constitucionales. Y es atentatorio de los principios de la democracia. Sólo en el estado de sitio está facultado el Poder Ejecutivo para multar o encarcelar periodistas y para suspender periódicos. En el estado normal está para ello la contradicción de los juicios en los tribunales ordinarios. Por eso encuentro tan conforme con la justicia el sistema de la Ley Reina Barrios, de Guatemala. Los jurados que ésta prevé son recurso que garantiza la imparcialidad de los juzgadores. El Jurado no es de creación político-ejecutiva, sino que, en cambio, viene del pueblo, quien lo elige libremente, y representa por tanto un factor de la opinión pública.

Las disposiciones legales venezolanas, que autorizan la inmediata punición de los delitos de prensa, se hallan en abierta contradicción con las garantías de libertad de pensamiento y de seguridad individual, y es deseable que una revisión legislativa corrija tales entuertos, a fin de que este rápido, cómodo y "macho" camino de hacer justicia sea sustituido pór el camino lento, racional y justo de que sean los Tribunales quienes sentencien los posibles diferendos.

DE LAS IMPOSICIONES FISCALES

La tributación es una de las cosas que reclama con más urgencia entre nosotros una reforma. Debemos ensayar sin miedo la tributación directa sobre la renta y el territorio. Necesitamos un buen sistema impositivo que haga recaer, sobre quienes tengan más, el mayor peso de las cargas públicas. Esto, entre nosotros, a pesar de la reacción de los núcleos desfavorecidos por las nuevas imposiciones, no representaría sino un esfuerzo tardío, no ya de innovar, sino de ponernos al mismo nivel de países de economía de tipo antiguo, Costa Rica, p. ej., donde hace más de veinte años existe la tributación directa. Esas mismas capas altas, que temen ser perjudicadas, debieran adelantarse por sí mismas a realizar las reformas que las pongan lentamente al unísono con las aspiraciones de mejoramiento de los menos favorecidos en la distribución de la riqueza. Es un grave error, no sólo de las clases directoras desde el punto de vista de los intereses materiales del capital, sino de quienes lo son intelectualmente porque influyen en la formación y en el mantenimiento de los conceptos directivos de la sociedad, negarse a la realización de actos que conducen hacia la reforma social de una manera justa y serena. Debemos apartarnos de ese criterio, en extremo reaccionario, de quienes dicen que nada puede hacerse en orden a inquilinato, tributación, indemnización de trabajadores, seguro, etc., porque colida con el Código Civil. El Código Civil no es una pauta constitucional rígida de la cual deben excusarse de colidir las demás leyes especiales. De lo contrario, menudamente es él, informado por añosos principios romanos y napoleónicos, quien colide con la justicia y con las nuevas formas jurídicas que surgen y se desarrollan fuera de sus límites preceptivos.

DE LAS EXCEPCIONES A LAS GARANTIAS CONSTITUCIONALES

Es de principio constitucional que las excepciones a las garantías individuales, cuando no las enumera la propia Ley Fundamental y las remite en globo a otra oportunidad, corresponde sólo al legislador el desenvolverlas en forma precisa e inequívoca. Por ningún punto puede entenderse que esa remisión llegue hasta facultar al Poder Ejecutivo para dictar medidas que menoscaben las garantías constitucionales, fundamentándose para ello en el "interés del Estado". Este interés debe estar declarado previamente en la Ley. Aceptar lo contrario sería tanto como aceptar lo casuístico en el orden constitucional, y dar entrada en la vida pública al fantasma de "la razón de Estado".

DE LA INDEMNIZACION POR DESPIDO

Para mí no hay retroactividad en lo que dice a estimar el tiempo para la concesión de un derecho creado por una ley nueva. El hecho existe, el tiempo pasó. No se trata de aplicar una ley nueva a un contrato celebrado bajo el imperio de una ley derogada. Aquí sólo se trata de un hecho, de un factor circunstancial que contempla la ley nueva para crear un derecho nuevo. No es retroactivar la ley aplicarla a un hecho existente, a una situación *de facto* que quedó como consecuencia inmediata de un contrato, cuyos alcances no se trata de revisar, ni de mejorar, ni de interpretar, ni siquiera de aplicar. Los contratos pasaron. De ellos quedó una consecuencia: un obrero que trabajó determinado tiempo, que durante determinado tiempo recibió un salario, justo o injusto, y a quien la ley hoy favorece, al momento de su despido, con una indemnización que tanto podría relacionarse con el tiempo servido como con la monta de las utilidades de la empresa. Vaya de ejemplo: una ley nueva dice que el empleado que haya servido siete años tiene derecho a una vacación extraordinaria de un mes. Empieza la vigencia de la ley y un empleado, que tiene nueve años de trabajo, pide su vacación extraordinaria. El patrón la niega y dice: "Esto rige dentro de siete años porque dicha cláusula no está implícita en nuestro contrato de trabajo". Si se diese una Ley de Servicio Civil que estableciera el derecho de pensión para el empleado que haya servido treinta años, habría, según el criterio de los retroactivistas, necesidad de esperar al año de gracia de 1967 para empezar a retirar pensiones.

Los retroactivistas y los colisionistas, es decir, los defensores a ultranza de la rigidez de las legislaciones viejas son los grandes constructores de

revoluciones, pues, cuando la justicia no halla posibles los caminos para entrar a la ley y a los tribunales que dicen servirla, se va a las capas de los desafortunados, y, convertida en odio y violencia, va contra el propio orden social. Cuando la justicia no se realiza por vías expeditivas, los que sufren su negación buscan de hacérsela por las vías de hecho. Los hombres honestos, los jueces virtuosos, que se dicen amigos del orden, en obsequio del mismo orden, deben evitar que, por su celo de letra menuda y sus interpretaciones farisaicas, siga acumulándose la injusticia que, no remediada, se levantará con alientos de huracán.

DE LA ALTERNABILIDAD CONSTITUCIONAL

El servicio o la carrera civil es el único sistema que asegura la continuidad y el progreso de la vida administrativa, elimina el empleísmo y garantiza al servidor público una justa tranquilidad económica. Entre nosotros se ha sostenido que la carrera administrativa, dando derecho de permanencia a los empleados, quebranta el principio de la alternabilidad pública. En esto hay un error de interpretación del sistema democrático y republicano. La alternabilidad se refiere a lo político, a lo directivo, a los funcionarios que ejercen las verdaderas atribuciones públicas de legislar y gobernar. El Magisterio, la Judicatura, los cargos técnicos reclaman una formación progresiva, donde entran la fijeza y el ascenso. La carrera administrativa traería como consecuencia el apoliticismo de los funcionarios de segunda categoría. Justamente en esto radica el poco atractivo que la Ley creativa de tal sistema tiene para los políticos. En 1924 fue introducida al Congreso Constitucional de Costa Rica una Ley de Servicio Civil y ésta es la fecha en que aún vive la semi-vida de los proyectos interferidos. Su redactor, el ilustre estadista D. Tomás Soley Güell, me decía que dicha "Ley quebrantaría el gamonalismo político. Dejaría de estar mecánicamente un grueso sector del electorado al servicio de los intereses de los hombres que ocupen las posiciones gubernamentales".

DEL MANDATO PRESIDENCIAL

Por esencia el mandato público es revocable. Esta tesis tiene raíces en las mismas teorías de derecho público de Santo Tomás de Aquino. La reforma que en 1936 redujo los siete años del período presidencial, es de naturaleza legítima. Si vamos a la casuística de que aquello que el Congreso realiza en función propia de cuerpo electoral no puede ser enmendado por lo que dispone en función constituyente, tendríamos para enredarnos en una disputa escolástica, que llegaría a límites bizantinos, para concluir de todos modos que es la función constituyente, es decir, aquélla por medio de la cual se exprime el supremo querer normativo de la sociedad, lo que en todo momento debe prevalecer sobre cualesquiera otras de que la sociedad se valga para realizar aquel querer. Primero es la voluntad que el movimiento. En nuestra estructura legal el poder constituyente representa un cuerpo de alcances mayores. Mientras el Congreso, aisladamente y por sí solo, designa en función de cuerpo electoral al Presidente, para cumplir la de Constituyente necesita la homologación de las Asambleas Legislativas, por medio de las cuales se practica el *referendum*.

Si invocásemos, a pesar de lo fuera de razón, la tesis de la irretroactividad de las leyes, desviaríamos la cuestión hacia el orden del derecho privado. Aquí no se trata de bienes ni de derechos patrimoniales. Sólo se trata de una función pública, sometida a los reclamos y modalidades de la necesidad social. En el Presidente se depositan atribuciones que comportan honores y privilegios adventicios. No se le otorgan derechos

ni privilegios que se confundan con su persona. Tiene derecho a ocupar la silla presidencial, pero no a reivindicarla con acciones del derecho común, como una cosa de comercio.

En el caso de declararse con un criterio absolutista, fronterizo con la teoría del derecho divino de los Reyes, que el Constituyente adoptó una posición que pudiera estar en desacuerdo con determinado sistema de derecho público, esa declaración teorética no modificaría los alcances y efectos del articulado constitucional que establece el nuevo término del mandato presidencial, porque es la Constitución en sí y no las teorías, quien sirve de *ultima ratio* para el derecho de los pueblos. De otra parte, es la propia finalidad de las proposiciones legales quien determina la fuerza de éstas, sobre el significado de su misma naturaleza originaria. Si declarásemos inexistentes o nulas las disposiciones constitucionales que contradicen las teorías jurídicas, no habría constituciones sino entelequias desechables. Claro que las constituciones escritas serán tanto mejores cuanto mayor contenido de juricidad haya en sus enunciados, pero en el orden de las sociedades, y hasta tanto éstas no reaccionen contra sus fórmulas, el rígido articulado de aquéllas es norma indesviable para el ajustamiento de las acciones individuales. Sin que esto tampoco quiera decir que debemos pagar tributo a la rígida interpretación farisaica que procura matar todo impulso de justicia con el peso de las glosas literalistas. Nuestro caso es otro. La misma Constitución del 36 acogió el principio retroactivista en lo que se refiere a confiscación de bienes de los servidores del viejo régimen. Cualquiera puede decir que dicho procedimiento se aleja de determinadas normas principistas, pero por ello no se la puede motejar de inconstitucionalidad. Lo inconstitucional es lo que contradice los expresos mandatos de la Constitución vigente. Esta misma consagra por legales principios que se hallan en desacuerdo con la esencia del sistema republicano, p. e., la disposición que no da término para que el Presidente ordene la publicación de las Leyes y la que da atribuciones al Ejecutivo para expulsar del territorio de la República a los ciudadanos venezolanos.

De otra parte, la disminución del término presidencial refuerza el principio republicano de la alternabilidad, que, aunque no es esencial de lo democrático, da por sí solo mayor contenido principista a la propia

armadura legal. No puede enfrentársele, como analogía repugnante desde el punto de vista de la fuerza de la soberanía, el opuesto caso de la prolongación o continuismo del mismo mandato, porque esta posición disminuye la posibilidad de alternar, que consagra nuestra constitución como fundamento institucional. Habrá analogía en el origen, mas no en el fin.

La alternabilidad, como se dice arriba, no es esencia de lo democrático. La esencia de la democracia es el respeto a la dignidad humana, que en Inglaterra, p. e., se lleva a la práctica por medio de un sistema hereditario. La primera función del Jefe del Estado es no irrespetar por la mentira y el engaño el orden social. Sin embargo, en Venezuela la alternabilidad ha sido la preocupación ingente del pueblo. Nuestro pueblo detesta la reelección y el continuismo. Esto ya es algo tabú. El pueblo siente que ello es algo como caminar al revés. Y ya quiere romper el proceso de desandar como los muertos.

DEL MONOPOLIO ELECTRICO

En nuestra estructura constitucional no hay cabida para este tipo de monopolio. Basta leer las limitaciones que la Carta Fundamental establece a la libertad de industria, ya que es principio de ciencia constitucional que los monopolios sólo pueden tener fundamento en las excepciones taxativas que la Constitución establece a la garantía de libertad industrial. La regla es la libertad. El contrato que las Municipalidades celebren para el alumbrado público de las ciudades, tampoco constituye, cuando sea exclusivo, un verdadero monopolio, pues la empresa favorecida sólo viene a subrogarse en la obligación de orden público que corresponda al Municipio frente a la necesidad de alumbrar las calles. Dar, en cambio, una Municipalidad a determinada persona o compañía el derecho exclusivo de explotar el servicio de luz y fuerza eléctrica en una ciudad, constituye el otorgamiento de un monopolio no autorizado por la Constitución. Nuestra legislación no permite este monopolio, así sostengan con copiosos argumentos abogados de lustre la tesis contraria, y mientras una legislación mejor orientada no nacionalice o municipalice dichos servicios, ellos seguirán teóricamente siendo servicios libres, sometidos, en cambio, al monopolio de hecho, de funestas proyecciones para la vida de los pueblos, que resulta de la fuerza del capital y del apoyo que a éste, dan preferentemente los encargados de hacer justicia.

DEL RECURSO DE HABEAS CORPUS*

Nuestra actual legislación, con sus lerdos recursos, impide la rápida protección de los derechos individuales. Y es necesario formar instrumentos legales que faciliten la defensa de los derechos personales, fin principal del Estado. La paz social sólo puede lograrse en medio de un clima moral que llegue a crear la "superstición del derecho".

Yo no profeso los principios individualistas surgidos de aquella noción falsa y exagerada del Derecho Natural que propugnaron los filósofos del siglo XVIII. Ya hemos visto lo que fue aquel individualismo y hasta dónde llegó en la esfera de lo económico con su peligrosa consigna de *laisser faire.* Pero sólo sobre un amplio concepto de valorización de la dignidad humana puede llegarse al deseado equilibrio social. El Estado tiene por finalidad proporcionar al ciudadano el goce de todo aquello que, según frase de Green, le es necesario para "realizarse a sí mismo como ser moral". Un todo que se subdivide en instrumentos de economía (Estado como organización administrativa) y en factores éticos (Estado como garantía de derechos). De primero entre éstos ha de estar el derecho a la integridad personal, por medio del ejercicio de la libertad, esencia del espíritu; y la práctica de tal libertad no puede advenir sino como consecuencia de un austero respeto a la dignidad humana.

Es justamente la organización estadal la primera interesada en señalar normas y recursos rápidos y precisos que mantengan a sus órganos en la

(*) Consideraciones en la oportunidad de enviar al Doctor Numa Quevedo un proyecto de Ley de Amparo, elaborado por nosotros.

línea de respeto debido a los ciudadanos, normas que declaren permanentemente la diferenciación existente entre los intereses de los hombres que ejercen el poder y los intereses de la sociedad, ya que, según expresa algún autor, el vicio específico de todos los sistemas de gobierno ha sido la tendencia a identificar sus propios intereses con el bienestar público, por donde resulta el divorcio entre la opinión social y la de quienes dirigen la cosa pública, tan bien expresado en jerga venezolana cuando se dice que "el gobierno piensa distinto".

En nuestro país todo esto es necesario en grado extremo. Proclives al abuso, en razón de nuestra espantosa carencia de tradición cívica, cualquier Gobierno deseoso en realidad de levantar nuestro nivel de pueblo, está obligado a poner en manos de los ciudadanos un instrumento idóneo, como el recurso de exhibición personal, que les permita la defensa de su integridad entitiva. Debemos alejar de la estática "realidad venezolana" los puntos de referencia para el progreso, y enfrentarnos, en cambio, denodadamente, a la reforma de aquella realidad. En lo que dice a Derecho, así lo pisoteen y mofen aquellos pueblos que debieran por su vieja cultura servirnos de ejemplo, es imperativo nuestro elevar su respeto a una altitud supersticiosa. Sin la mística del derecho, la suerte de la sociedad estará a merced de los Carujos y de quienes con ellos alaban la eficacia reparadora del éxito. Sin el respeto a nuestros semejantes, estaremos condenados a perpetuar la tragedia dolorosa que hoy nos espanta en el mundo.

No creo en la tesis letárgica de quienes sostienen que el legislador carece de fuerza para modificar los rumbos de la sociedad. Creo en el poder de las ideas. Los hechos sociales son alterados al contacto de grandes principios ideológicos. El Renacimiento más salió de las imprentas que de la quiebra de la economía feudal y del ascenso de la primera burguesía, así la cultura prosperase por el patrocinio que le prestaron en forma espléndida las nuevas clases sociales surgidas de la agrietada matriz de la baja Edad Media. El humanismo renacentista tuvo su razón de ser, no en las nuevas orientaciones económicas, sino en una concepción más fresca de los intereses espirituales del hombre.

Mas, mi fe en las ideas no representa un repudio o menosprecio del valor real de los hechos. Todo lo contrario. La idea vale como anticipo de

realidad, como futuro en forma, y no como pesada síntesis de promesas inconsistentes. La idea como motor de hechos. No como expresión vagarosa de conceptos aéreos y metafísicos. Junto a la doctrina, la acción que la haga tangible. Un enunciado legal es una idea en marcha. Las garantías de la libertad y de la seguridad personales serán sólo entelequias para conversar, mientras no haya una ley expeditiva, rápida y violenta en su ejecución, que las saque del cuadro normativo de la Constitución y las lleve a la conciencia del pueblo y a la conciencia ejecutora de los Tribunales.

Las libertades públicas reclaman el recurso extraordinario y violento del amparo. Qué diferencia con la celeridad que previene el artículo 772 del Código Civil para la acción interdictal! Pero se trata de la posesión de las cosas, de la defensa de la riqueza, de la materialidad de los bienes acumulables. Eso vale más que la libertad del hombre. Y por lo regular la libertad amenazada es la del hombre que libra en plena calle, sin arrimos de frondosos quitasoles, la dura batalla del pan y la batalla más dura de la verdad. Y hay celeridad para lo material y no para la defensa de los derechos no amonedables porque, para muchos, es dogmático en su conducta aquel decir de Nietzsche respecto a la prevalencia del concepto material de deuda sobre el concepto moral de culpa.

DE LA PROPIEDAD AGRARIA

Tenemos aún resabios feudales en nuestra forma de poseer la tierra, y en muchas regiones se da el caso de verdaderos *Señores* que, sin haber siquiera pisado sus fundos, reciben a fin de año el fruto de las cosechas trabajadas por arrendatarios que se vienen sucediendo por generaciones, y a quienes se llama, por deformación semántica, simplemente *arrendados,* como si se quisiera dar a entender que son ellos el objeto pasivo del contrato.

Respetando el título de los propietarios, podría invertirse la situación del que de veras trabaja la tierra y convertirle en dueño, con la obligación de pagar a aquél un canon anual que represente el interés del capital y su paulatina amortización, a justo precio fijado por una comisión económico-administrativa.

Esto redundaría en beneficio de la riqueza agraria, pues la tierra, semi-abandonada por sus titulares y desventajosamente labrada por una clase servil, carente de toda manera de preparación, daría mayores rendimientos. Para evadir este trance, muchos volverían al trabajo directo de la tierra, con disminución del lleno urbano y de la tendencia parasitaria de los propietarios, algunas veces halagados al absentismo por la facilidad de lucrar con cargos políticos, a donde se llega sin la requerida preparación.

Si el capitalista rural reclama los derechos a la tierra que le señalan sus títulos, también la tierra reclama imperiosamente la asistencia de quien

se tiene como titular preferente de sus frutos. Hay un proceso simbiótico entre el hombre y la tierra, que en Venezuela se ha paralizado con mengua de la economía nacional. En Costa Rica está vigente, y sirve a crear esta unidad social en la que vemos al Presidente dejar horas para el trabajo directo de su pequeño agro y al Ministro asistir a su despacho con el traje del campesino y al abogado y al médico tomar por descanso el mero cultivo de su "tierrilla". Este círculo que mantiene el carácter vegetal de la cultura, se ha roto entre nosotros (en parte por la disipación de los salarios públicos) y ha llegado a crear ese espantoso cuadro de una tierra que promete y no da fruto, porque el hombre que se dice su dueño huye de ella para explotarla desde lejos, entre placeres frívolos, mientras deja para que la cuiden siervos aniquilados por las endemias y la incultura.

EN ESPERA DE LAS ALAS

Guatemala, abril 18 de 1939.

Señor Profesor Don
Joaquín García Monge,
En San José de Costa Rica.

Mi querido Profesor y amigo:

Cuando dejé a San José, ofrecí a Ud. darle algunas de mis impresiones sobre esta opulenta tierra chapina y enviarle alguna literatura.

Nada se ha dicho allá de "Semilla de Mostaza", que le envío hoy. Este libro ha despertado un revuelo que lleva camino de no ser detenido fácilmente. Es un gran libro, escrito en estilo arcaico, sobre datos reales. Unos niegan que sean sus páginas producto de la dama que los calza con su rúbrica, otros aseguran que es de su propia cosecha. Valga el dicho de Arévalo Martínez, enjundiado para estas sentencias. De mí sé decirle que leo y releo el libro, con deleite de sorber un vino rancio, y me atrevería a creer que es postizo de tiempo el estilo.

Entre lo que llevo leído de acá, figura un cuadernito escrito a la diabla, acerca de agüeros populares, donde se repiten los que bien son conocidos en nuestra América.

Nada de nuevo, fuera de la candidez y simpleza del aspirante a escritor, se encuentra en esta sarta de inocencias populares. Sin embargo, hay la

descripción de un agüero que vale la pena de salvar. Se trata de la Chichigüeta, gusano de color verde, que el indígena ve con horror cuando penetra a las casas. Se parece al gusano de seda, pero es mayor y tiene sobre la cabeza una manera de antenillas. El narrador refiere lo que pasó a una vieja india de Solomá Huehuetenango, a quien los ladinos llamaban Señora Isabel y los inditos "Nana Shepel". Y refiere el narrador, con su habitual simpleza, cómo un día en que Nana Shepel vio entrar a su casa la Chichigüeta salió a recibirla con una raja de ocote y le habló de este modo, en monólogos maravilloso de inocencia:

–Qué noticias me traes?
–Por qué venís a mi casa?
–Quién te manda a que me vengás a ver?
–Acordate bien, son las nueve de la mañana,
decime ¿quién se va a morir?
–Me voy a morir yo?
–Se va a morir Atanasio?
–Se muere la Andrea?
–Se va a morir Nicolás?
–Se muere la Agapita?
Y a todas estas preguntas la Nana Shapel volvía de uno a otro lado la bestezuela, que permanecía recta, alargada, sin dar señales de vida.
–Contestá, pue –seguía la vieja agorera– decime ¿quién se va a morir?
–Me voy a morir yo?
–Se muere Agustín?
–Se va a morir mi yerno?
–Se muere la comadre Luisa?
–Se va a morir el compae Juan?
Y la viejita daba y daba vueltas a la Chichigüeta y, ésta, siempre alargada, inmóvil... Pero la pregunta en alguna vez habría de hallar apropiada respuesta, y siguió luego:
–Me voy a morir yo?
–Se muere la Andrea?
–Se va a morir Nicolás?
–Se muere Sebastián?

Al decir Sebastián, el gusano se movió y ocultó las antenillas. Y Nana Shepel, atribulada, replicó al insecto:

–Ah!... es el Sebastián el que se va a morir?
Y la Chichigüeta se volvió a mover y sacó las antenillas.
–Es Sebastián?
Y la Chichigüeta se volvió a mover y ocultó las antenillas.

–Ay! pobre hijo mío... Vas a dejar tus tierras... Vas a dejar tu milpilla... Vas a dejar tus animalitos!...

Y la vieja, trémula, dijo por último al animal: Vamos a ver qué traés por dentro! Lo agarró y lo mató, y encontró que entre sus segmentos traía tierra negra. Tierra, y ¡negra! Agüero cierto. Sebastián, que vivía en el cultivo de su milpa y en el cuido de sus animales, allá en Ixlacuitz Solomá, habría de morir pronto. Lo decían la Chichigüeta y la tierra negra.

¿No encuentra Ud., mi querido Don Joaquín, una serie de simbolismos nuestros en esta historia simple? La fe resignada, absurda, aniquiladora del indio. Su sentido telúrico de la vida. La Nana Shepel no lamenta la pérdida del hijo, sino que éste abandone la milpa y el rebaño, nociones más reales que el afecto familiar. Por fin la tierra, y tierra negra, que confirma el agüero. Pocas veces he leído algo más realístico y más desposeído de noción espiritual. Universalizando el concepto, correspondería a una cultura que mira sólo hacia abajo. Una cultura sin alas, sin ideal, que todo lo trae y lo lleva a la tierra funeraria. Y piensa Ud.: esta india ignorante, esclava fiel de sus símbolos realísticos, que igualmente cree en las antenillas de la Chichigüeta y en la favila de la candela que, ardiendo ante el altar cristiano, cae al norte o al sur, ¿no será más feliz que los soñadores, empujados por el vuelo de las nubes, que ven a diario la crisis del derecho, de la justicia, de la verdad? Cuando vemos el triste fracaso de nuestro idealismo, cuando sentimos la aspereza de la fuerza bruta que destruye hasta nuestras mejores esperanzas sociales ¿no parece que fuera injusto quitar a los humildes y a los ignorantes la fuerza de su fe primitiva, aunque ésta misma los devore y destruya? Nosotros tenemos hambre y sed de justicia, también ellos;

pero la nuestra, lejos de ser saciada, crece a diario por la maldad de los hombres; el indio se resigna en su ignorancia y en su culto enfermizo a la tierra negra. En su conformidad irreflexiva son más felices que aquéllos que tienen de callar reflexivamente para aparentar una salvadora conformidad con la injusticia ambiente.

Pero no podemos resignarnos a tanto. Y habremos de esperar contra toda esperanza la hora feliz en que Nana Shepel encuentre en la entraña de la Chichigüeta el embrión de unas alas que anule los tétricos agüeros que se ciernen sobre la conciencia de los hombres.

Lo saluda su afmo. amigo y admirador,

M.B.–I.

EN TORNO A LA GUERRA

Somos los náufragos de una nave de oro que se ha ido a pique.
Chesterton, *Ortodoxia.*

LAS CONTRADICCIONES DE LA GUERRA

De una carta para Mariano Picón-Salas.

...De mí sé decirle que siempre he adversado toda idea entreguista y que, en la medida de mis fuerzas, he puesto mi pequeña piedra en la obra de defender nuestra autodeterminación económica y de evitar que grandes trusts imperialistas aprovechen injustamente nuestra riqueza. Pero ahora advierto que muchos doctores, a quienes ayer no preocupó la propia exportación de nuestro suelo y nuestra sangre, porque ello servía a acrecentar sus caudales, se muestran celosos de que nuestros países puedan facilitar el apoyo de ese mismo suelo, por ellos traicionado, para emplazar un arma que defienda nuestro derecho a la libertad. Parece que las palabras cambiasen de espírtu según la intención de quienes las enuncian. ¿Soberanía? Y ¡no pensamos en ella cuando entregamos al extranjero nuestras fuentes de riqueza y aun industrias domésticas, como la fuerza eléctrica! Y ¡no nos dimos cuenta de que exportábamos la tierra de la patria y el sudor de sus hombres de trabajo, al celebrar contratos ruinosos para la economía nacional! Entonces no se pensó en ello; de lo contrario, fueron abogados criollos quienes prepararon los

contratos y movieron los más delicados resortes a fin de que los derechos del trabajo y del nacional pudieran ser pisoteados en provecho del capital extranjero. No tomaron en cuenta que los magnates de ultramar, acostumbrados en las patrias de origen a ver mejor tratados a los trabajadores, hubieran accedido fácilmente a las justas reivindicaciones criollas sin el aleve consejo de estos Yagos. ¿Qué intención se esconde tras estos lamentos? ¿No te espanta que la misma palabra paz, tan dulce en otros labios, esconda hoy en ciertos discursos criollos un sentido malévolo? ¿No se te hace una paradoja oirla a menudo en boca de quienes con ella quieren vestir humana virtud a un quietismo capaz de llevarnos a la entrega de nuestras fuerzas morales? Y en esta nuestra América, cargada de vicios y promesas, resulta la doctrina de la paz y de la neutralidad aliada con los propósitos de los apóstoles de la violencia, que tienen, al menos, el mérito de ser sinceros cuando proclaman la imposibilidad e inconveniencia de la paz entre los pueblos. El movimiento semántico de nuestra lengua habrá de tomar en breve muy en cuenta los nuevos valores que el vertiginoso correr de los sucesos ha dado a las palabras. Lo que va del concepto aire, en su forma de brisa, al concepto aire, en su forma de huracán, distancia la clásica noción de paz de esta nueva concepción invocada por quienes propician la no resistencia contra las fuerzas opresoras de la libertad. La paz de la salud, aquella paz que Cristo insufló en los apóstoles cuando les dijo *Pacem meam do vobis* y que después el Poverello de Asís tomó como estandarte de combate al proclamar la consigna de *Pax et bonum;* esa paz del espíritu que defendieron Erasmo, Vives y Castelio, quieren suplantarla los predicadores del quietismo americano por una paz mortal que convierta nuestras conciencias en cavernas preñadas de espantos.

Arremeten también, y lo habrás visto muy a menudo, los periodistas y escritores, que forman en el grupo anti-democrático, contra la deficiencia de nuestras formas populares de política e invocan nuestras rudimentarias y viciosas democracias americanas como razón para aniquilar los ideales de libertad social. El argumento, por demás falaz, parece bueno a convencer incautos. Claro que no podemos negar que nuestros defectos políticos son una manera de "quinta columna" que, desacreditando la doctrina en cuyo nombre decimos regirnos, ahuyentan a muchos hacia zonas peligrosas, donde entienden holgar con la

posibilidad de un cambio estructural y donde logran complacencias con lo pintoresco que resulta el instrumental de la violencia. Es en verdad absurdo proclamar, como lo hacen, sin remediarse a sí mismos, algunos de nuestros gobiernos americanos, la necesidad de defender las directrices democráticas cuando sus propios órganos son un vilipendio de la doctrina. Muy verdadero es el absurdo, pero, en un terreno intelectual, nosotros debemos alzar la voz para enseñar que tanto distamos de las viejas y falsas democracias de viejo cuño soviético. Ya lo dijo un autor contemporáneo: "La democracia no tratamos de defenderla, tratamos de crearla". Pero tú, que has tropezado con las formas dictatoriales europeas, es decir, con los despotismos a quien la aberración de la hora ha vestido una filosófica clámide con que cree distinguirlo de sus bárbaros antepasados ¿no encuentras que nuestras viejas formas dictatoriales americanas tienen, frente al sadismo de los déspotas científicos, una frescura que las hace pintorescas y aun perdonables en el cuadro que les sirve de apoyo? Han tenido el prestigio "humano" del valor personal y del arresto bélico de sus conductores. Han servido de motivo para las mismas artes plásticas. ¡Cuántos pintores lograron fama al perpetuar el gesto heroico de los hombres a caballo que guiaban las masas guerreras! ¡Imagina lo que sería un cuadro de Hitler en actitud de ordenar desde una silla de barbería la masacre "científica" de una población abierta! ¡Qué diferencia entre la salvaje y gozosa desnudez de nuestro Páez llanero, sobre un potro en pelo, y el abigarrado plantaje, en un *Fiat* blindado, de estos cómodos animadores de incendios y de bombardeos! Además, las dictaduras americanas han correspondido, en la seriación histórica, a movimientos no coincidentes con el progreso alcanzado en Europa por la filosofía de la libertad y de la dignidad humana. Rosas en Argentina, Carrera en Guatemala, Gómez en Venezuela corresponden sociológicamente con Luis XI y con formas ya borradas en la historia de la Europa Occidental.

Frente a tantos problemas como acuden a nuestra mente en esta hora de crisis del propio concepto *humano*, creo que, para defender y hacer la democracia, nos cumple una doble tarea en lo político: buscar de apuntalar su noción en el seno de los propios gobiernos y proyectar esa noción en forma de barrera o de tenaza hacia los vientos de donde venga

el enemigo. Dura obra en nuestro cuadro sin tradición republicana y sin la honestidad pública. Difícil tarea en un medio tan apegado a las formas utilitaristas como el nuestro. Porque la democracia, bien lo sabemos, es en último examen, una actitud del espíritu.

Dos filosofías se enfrentan en el campo de la lucha. Dos religiones se empeñan por ganar el dominio del mundo: la religión de la violencia frente a la religión de la libertad, pero, presentando el caso, no presenciado en anteriores conflictos humanos, de que los hombres están situados tras el más ilógico de los parapetos. Parece tomada del propio Apocalipsis la fatídica sentencia de Belloc en 1937: "Se verán extrañas alianzas y contraalianzas, una mezcla de motivos de toda clase de valores morales, desde el más alto hasta el más bajo". Difícil hubiera sido concretar la posibilidad de estos pactos y más que imposible las ondulaciones de la política guerrera. Diríase que la vocación para optar la verdad ha sufrido una espantosa atrofia y que los hombres caminan guiados de adventicias apariencias. Las tablas de la lógica parece que hubieran sido aniquiladas y que un proceso de inversión mental se estuviese obrando en la humanidad atormentada de este siglo. Este fenómeno desesperante de ver unidos a los heraldos de la fuerza con aquéllos que se dicen abanderados de credos espirituales, es acaso una de las mayores aberraciones que registra la historia de las ideas. ¿Qué estado de conciencia acusa esta monstruosa fraternidad de comunistas, nazistas y pseudo-cristianos? ¿Habrá en el fondo una manifestación paradójica del conformismo burgués, es decir, de la actitud anti-espiritualista que constituye la esencia del burguesismo? Porque lo que hoy se llama comunismo, es decir, el bolchevismo stalinista, muestra una notoria revestidura burguesista: destruyó la dinámica revolucionaria de los primeros años, capaz de crear actitudes congruentes con su mística inicial, y asumió una posición conformista y calculada. No en balde ni sin razón dijo Molotov en su discurso del 10 de agosto ante el Consejo Supremo de los Soviets: "Las relaciones amistosas que han sido establecidas entre Alemania y la Unión Soviética no se basan en consideraciones fortuitas de naturaleza transitoria, sino en intereses fundamentales, comunes a ambos países"*. Lo mismo acaso podrá decir

(*) Esta carta fue escrita en plena colaboración ruso-nazi.

mañana Franco al referirse a las relaciones de la España Católica con la nazista Alemania y, probablemente, con la cándida Rusia de Stalin. Y muy en breve veremos al antiguo Mariscal Pétain hablando de la "comunidad" de intereses franco-nazistas. No me refiero a intereses franco-germánicos: ya leímos en nuestra juventud la obra inmensa de quietud y de comprensión del gran Rolland.

Sin recurrir a fórmulas egocéntricas, creo que la divisa de Erasmo nos conviene cada vez más: *homo pro se.* No para satisfacer mezquinos intereses individualistas, sino, de lo contrario, para mantener el espíritu cerrado a los vaivenes de la oportunidad. Guiar nuestros pasos por nuestra íntima convicción espiritual. Velar por nuestra ubicación en el terreno del espíritu, de una manera vertical y sin hacer cuenta de la posición vecina. Las distancias engañan. Las palabras carecen de valor cierto. Hemos vuelto a Babel. Después de la guerra del 14 yo escribí un endeble ensayo en que propugnaba la vuelta a la unidad de conciencia que desapareció con la confusión de Babel. Hoy hemos llegado, no a la hora de la vieja comprensión ecuménica, sino a un nuevo momento, peor que el primero, en que no ya los fonemas se distancian sino que los propios conceptos, el verbo mismo, carece de excipiente que lo haga asimilable. Ya no es la locura de la palabra en su forma comunicante, sino en su contenido esencial.

LA TUMBA DE SAN PEDRO

Los meandros que han seguido en los pueblos católicos, durante esta larga hora bélica, las teorías morales indican con fuerza incontenible que el cristianismo está urgido de un retorno al ambiente enrarecido de las catatumbas. El mundo con clamor desesperante está pidiendo que Pedro el Ermitaño vocee la urgencia de regresar al espíritu de la primitiva cristiandad. Pero no con alaridos de fusiles ni con tableteo de cañones, según entienden ciertos católicos a quienes parece gustar que se derrame, como en la liturgia de la vieja ley, la sangre al pie de los altares, sino con el grito puro del amor.

Las masas están urgidas de oír realmente el Mensaje de Cristo. El pueblo necesita vivir en la inmanencia de Cristo. Pero para ello es requerido de previo que las antorchas encargadas de alumbrar los senderos bajen hasta el pueblo. Sin una neta saturación de cristianismo, el pueblo se alejará cada vez más de su epicentro moral. Mas esa saturación no ha de llegarle en forma de inundación de vocablos vacíos de realidad, sino como tangible contacto de hechos. Las masas, para creer en el Mensaje, piden, con la propia palabra incrédula del Dídimo, que aquél se haga sensible a la mano fatigada de esperar y al ojo cansado de ver ausencias. Y, con este recibir de materia vital, anhela la palabra que preforme lo que le es debido en justicia y haga en su corazón más fuerte la esperanza. "Cuando un hombre tiene hambre, enseña Santo Tomás, désele de comer primero y no se le haga un sermón". Cristo predicó la paridad de la fe y de las obras. Cristo declaró la necesidad del pan y la necesidad de la palabra divina.

Hay un problema trágico en el seno mismo de la conciencia cristiana: se ha pretendido legitimar los malos medios para con ellos lucrar buenos fines. Se ha olvidado la esencia de la verdad para fijar la mirada en formas adventicias, creadas por intereses no cristianos. Lo sagrado ha sido objeto del más grosero irrespeto, y aun del propio "altar se ha pretendido hacer una barricada económica". De ahí ese fenómeno social, que a todos interesa conocer en sus causas, de que ciertas verdades se hayan "vuelto locas", según admirable expresión de Chesterton. Es necesario pensar en la inmensidad de esta paradoja: "La verdad se vuelve loca". Algo peor que lo acontecido en el drama de Macterlinck a los espantados ciegos cuyo viejo guía muriera en plena ruta desierta y más tremendo aún que la tragedia del hombre acometido de súbito daltonismo mientras cuidaba las luces de los faros.

Se publicó, a raíz del golpe asestado por Italia a la Francia herida y tambaleante, que el Papa había ordenado unas excavaciones para determinar realmente la tumba de San Pedro. ¿No tendría acaso un sentido simbólico esta empresa? Buscar la tumba de San Pedro es tanto como buscar la *Piedra* sobre la cual Cristo ordenó que se edificara su Iglesia. Tanto como dejar a un lado el equilibrismo de lo casuístico, para enfrentarnos a la ancha realidad del cristianismo que los Apóstoles bebieron de las propias palabras del Maestro. Se nos antoja que, de aparecer vivo el Primer Jerarca de la Iglesia, nuevos Malcos serían desorejados por la justicia del Apóstol. Habría una curiosa jerarquía de santos que pudiera servir de oportuno escarmiento para el porvenir de nuestra Iglesia.

Mas, la piedra del edificio social la hemos desechado nosotros mismos en medio de la confusión de las pasiones. Hemos querido vivir de espaldas a la verdad, como si estuviera vigente la pregunta de Pilatos. De ser cierta la noticia que dio el cable ¿no encerraría ella un esotérico mandato del Pontífice, en horas en que la política internacional cohibe la proyección de su palabra ductora? Lo que se encomienda aparentemente a la arqueología ¿no sería acaso un signo secreto para los cristianos que desesperan en medio de la espantosa tragedia donde parece dislocarse el mundo? Si nos diéramos individualmente a buscar la palabra evangélica ¿no advendría una *sanatio in radice*, capaz de convalecer lo que parece derrumbarse?

Para mayor valimiento del símbolo, es allí mismo, cerca de la Curia y de los grandes Príncipes de la Iglesia, donde se ha querido hacer la búsqueda de aquél que fue señalado por piedra angular del gran edificio cristiano. Parece que el Papa, siguiendo el ejemplo de Cristo, hubiera hablado por medio de una gran parábola, llamada a ser mejor entendida por los más instruidos. Del sepulcro del Apóstol se expandería un aire, a pesar del tiempo, fresco y mañanero: el mismo que respiraron los discípulos del Señor, el mismo que, sin excavaciones materiales, se puede respirar en las catatumbas de la reflexión interior. Aire de fraternidad cristiana, aire que crearía en los hombres una ágil actitud para cumplir el deber de respetarse y de amarse y de tolerarse y de juzgarse iguales en el seno de un orden de justicia, de cuyo advenimiento quieren separarnos aún más aquéllos que pregonan la supremacía de los métodos fundamentados sobre el orden de la fuerza. Aire que nos libraría de las tetánicas paradojas que hoy convulsionan las propias sendas de la razón y de la verdad.

El juicio vendría a las mentes por un proceso de plenitud. Y la conciencia cristiana se libraría de la angustiosa contradicción de ver cómo se celebran, entre muchos de quienes están obligados por su investidura a mostrar los caminos de Cristo, los propios triunfos de aquéllos que procuran la destrucción del nombre cristiano. Con qué espanto hubieran oído los primeros fieles el elogio de Nerón en labios de San Lucas. A nosotros, en cambio, nos ha tocado leer, por esos caprichosos meandros que viene siguiendo la moral, la alabanza sádica de los ataques nazis a la ciudad de Londres, en periódicos que se dicen destinados a la propagación del Evangelio, cuando desde Londres, por otra paradoja muy del tiempo, se dirige la defensa de la propia cultura cristiana, amenazada de ruina por los sistemas totalitarios que niegan el valor de la persona humana.

"Los aviones alemanes, escribía por septiembre de 1940 un semanario católico de San José de Costa Rica, continúan, constantes e intrépidos, cumpliendo la consigna, dura y penosa, pero necesaria, de no dar tregua a la intranquilidad en que vive el pueblo británico", y ello porque católicos de fuste han llegado a declarar como mal menor el que representaría un mundo bajo las directrices nazistas, prefiriéndolo, por

su carácter pasadizo, no ya a un dominio ruso, sino al mero imperio de Inglaterra, acusada de ser movida por las fuerzas del capitalismo judío y empujada en su política por los aires del viejo liberalismo y de la caduca masonería.

En la anterior aseveración campea un error craso: Hitler no es un hombre que pasa. Hitler concreta una idea peor para la Iglesia que todas las masonerías juntas. Hitler representa al anti-humanismo. Hitler encarna una doctrina llamada, con el triunfo de Alemania, a extenderse sobre todo el mundo, y esa doctrina es la absoluta negación de la idea cristiana. La Biblia del nacionalsocialismo predica a Hitler como el único Redentor a quien los hombres deben elevar sus plegarias; y esa Biblia llama a la Verdad prejuicio burgués y de Cristo hace el bastardo de un centurión germano. Tanto como el italiano, el nacionalismo alemán es una religión opuesta a los intereses de Cristo, de peligro mayor en sus contactos con la Iglesia que el representado por el comunismo. Este enseña, con la enemiga a toda religión, un materialismo económico no peor que el materialismo biológico de los otros, pero con la ventaja de atacar a hachazos las puertas mayores de los templos, mientras los otros se meten con la llave de los concordatos a destruir las iglesias desde las propias sacristías. El liberalismo y la masonería, de que algunos motejan la acción política de Inglaterra, son al menos deformaciones de ideas cristianas: igualdad, piedad, libertad, justicia, confraternidad, tolerancia. El nazismo se burla de toda virtud y alaba la delación de los hermanos y la traición a los padres y a los hijos cuando se trata de defender los intereses de la política estadal. Inglaterra, en cambio, lucha por la continuación de la cultura occidental. No solamente de hecho tiene las llaves del Mediterráneo. También tiene las llaves de la imperecedera cultura que tuvo por marco inicial el gran mar latino. La misma cultura que llegó a consustanciarse con el espíritu de la cristiandad. Aquel título que Roma otorgó a Enrique VIII reaparece en este siglo de contradicciones al nivel de la Historia. El Gobierno inglés es hoy un verdadero Defensor de la Fe. La defensa de Roma, lejos de hacerse en el recinto de la Ciudad Eterna, se hace cerca del Trono de aquél que la persiguió empujado por la concupiscencia. Sin que esto tampoco quiera decir que el régimen inglés tipifique la neta expresión de los ideales cristianos. Pero, a pesar de que Inglaterra haya venido

representando una de las deformaciones económicas de la cultura, está más cerca de Cristo que Italia y que Alemania, con quienes pacta la Cristianísima Francia y a quienes apoya la Católica España.

¡Hora de confusión y de locura! Se ha dado el caso, denunciado por el Vaticano, de pretenderse enseñar en España que el nacionalsocialismo de Hitler tiene un lastre doctrinario cristiano. Es la más pestilente aberración ideológica a que pueda llegar mente española. Esta situación hace peligrosa nuestra vieja obra de propender a que sean más fuertes los lazos de América con la vieja Madre Patria, en cuyo rancio espíritu halla su centro de gravedad nuestra cultura. La propia idea de hispanidad aparece hoy como el excipiente de que pretenden valerse los dictadores europeos para inocular en América la ponzoña totalitaria, fácil de prosperar en un Continente donde la democracia tiene "mucho de ficción llena de escarnio".

¡Hora de confusión y de locura! Ayer las naves filibusteras y corsarias, guiadas por heréticos capitanes ingleses, cobraban en las nacientes poblaciones de Indias la adhesión de España a la Silla de San Pedro. Hoy es la fuerza de Inglaterra quien procura destruir, con asocio de nuestra América democrática, el empuje del Anticristo, servido en su política de expansión, no por España, mas sí por los políticos que dirigen temporalmente sus destinos. Y con Inglaterra y Norte América, nuestro Continente indohispano defiende el derecho que nos asiste para expandir sin obstáculos nuestra conciencia religiosa y para escuchar libremente las consignas que nos dé el Jerarca Romano, cuya voz nos retornó enantes, con toda su pureza, la vieja España, invencible en su inmenso espíritu nutricio*.

(*) El problema de España, para quienes creemos en la intemporalidad de la Iglesia de Cristo, parece haberlo entendido cabalmente un distinguido católico español que desde el balcón de una legación americana, veía impávido el incendio de un templo vecino y quien, ante el bárbaro espectáculo y con palabras informadas de fe y de esperanza, sólo dijo al colega que nos trasmitió la escena: "Destruyen nuestros enemigos apenas el exterior de la Casa de Dios y con él los vicios humanos que desfiguran ante las masas la verdad evangélica. El espíritu, como el oro, requiere el fuego del crisol". Como cristianos debemos desear que la obra del fuego donde se consumió la escoria material que ensombreciera al Tabernáculo no se pierda en vacío y que, al menos, sirva de ejemplo a la cristiandad de otros pueblos, ligera para pactar

¡Edad de paradojas y de inexplicables alianzas! Siglo de desolación espiritual, empecinado en recibir con oídos sordos la palabra de quien debiera gozar plena libertad para dirigir la empresa de levantar la conciencia del mundo. Por ello el símbolo pontificio coincide con el mismo sentido bárbaro y primitivo que ha tomado la civilización. Los hombres vuelven a la caverna. Los hombres se meten en subterráneos para huir de las bombas que bajan del cielo. Y el Pontífice acude también a una fórmula telúrica: Buscad una tumba, ya que os empeñáis en alcanzarlo todo de la tierra. Pero ¡de esa tumba se alzará la escala que os llevará a gobernar las aves mortíferas! ¡También de la vida atormentada de los refugios subterráneos, donde la noción de clase desaparece ante la común angustia, surgirá una humanidad llamada a ser mejor por la reflexión y dispuesta a seguir mejores vías en el proceso del mundo por venir!

---

con formas ficticias de cultura, cuyo empeño es mostrar apariencias cristianas y lucrar con el prestigio de la Iglesia. Que ese fuego atizado por manos pecadoras sirva a destruir el frío que detiene el ímpetu de una doctrina cuyos testigos bendijeron el ardor de las brasas y los propios desgarramientos de la muerte. Duele, sí, que en la obra purificadora hubieran sido sacrificados inocentes religiosos en quienes el odio irreflexivo cobró los malos pasos de una política clerical.

LEYENDO A MARITAIN

A la caída de Francia aparecieron de inmediato variadas explicaciones de las causas que empujaron la ruina de la nobilísima nación. Entre ellas se invocó, desde nuestro ángulo cotólico, y aun como ejemplo para modificar las costumbres de otros pueblos, la irreligiosidad y lasitud de costumbres que habían hecho presa de la gran patria latina. Era injusta la generalización de dicho cargo y, en orden a rebatirlo, escribimos desde San José de Costa Rica, por agosto de 1940, a un amigo de Caracas:

"Se presenta a Francia como víctima de la irreligiosidad y del ateísmo. Esto es verdad en parte. Pero dicha tesis, para explicar su derrota y capitulación, es de una peligrosidad inaudita. Faltando la idea de Dios y de lo espiritual los pueblos caminan a su ruina moral, es cierto. Pero los pueblos (o el pueblo, porque Italia no cuenta en este caso) que han abatido a Francia y que con su triunfo atraen la crecedera admiración de los lerdos, son estructuralmente tan impíos como pudo serlo Francia. Y aún: Alemania profesa como dogma político la más grosera y abominable herejía contra el cristianismo y Usted sabe que la filosofía fascista no es cristiana y que el Gobierno fascista se sirve, cuando le conviene, de la idea cristiana como herramienta útil a los intereses del Estado. Quizá el pueblo, el verdadero pueblo francés, sea más cristiano que el italiano, y mire la lógica: es ese pueblo sencillo, bondadoso, de pequeños burgueses, ese pueblo que cree en Lourdes quien paga los errores de los políticos corrompidos, mientras queda dirigiendo la decrépita política del antiguo Mariscal Pétain un miserable de las proporciones de Laval. A tiempo de que Francia sucumbiría por su ateísmo, el Duce de Italia

pacta indirectamente y se hace zalemas con Stalin y el Generalísimo de España ofrecerá su patria a los intereses de Hitler para que ataque a Inglaterra, primero, y después a los Estados Unidos".

"La guerra, según el curso que lleva, está mostrando, no con el ejemplo digno de piedad de los vencidos sino con el sanguinario de los vencedores, que Cristo está ausente de la tierra y que sus heraldos han padecido de afasia para predicar la esencia cristiana. La guerra ha venido a dar el triunfo a una idea anticristiana. La de la brutalidad. Es como la apoteosis de Barrabás. Como si en la cruz hubiera tenido éste su tránsito y no Cristo. Francia como pueblo no quiso la guerra, no quiso armarse. Francia era pacifista. La Francia democrática era más cristiana en esto que Italia y España totalitarias".

Por noviembre del 40 escribía el filósofo católico Jacques Maritain su admirable libro "A travers le desastre", apenas llegado a nuestras manos a la altura de estos días angustiosos de diciembre, en la excelente traducción de Luis Alberto Sánchez.

Hemos sentido emocionada complacencia al ver cómo el gran filósofo neotomista rebate, con argumentos de alcance indiscutible y con un profundo conocimiento de la realidad francesa, la tesis por nosotros calificada como portadora de "inaudita peligrosidad". "Es absolutamente fuera de razón, dice, buscar el motivo propio y decisivo de la derrota en los pecados de los franceses, cuando, por su parte, los pecados de sus vencedores están clamando al cielo".

Francia cayó no por sus inmediatos pecados contra Dios, sino por los pecados de sus políticos contra Francia. Si los pueblos se hundieran en la derrota por pecar contra el Altísimo, Rusia, Alemania e Italia no figurarían en los mapas y con ellos ¡cuántos otros pueblos tenidos por cristianos se desdibujarían hasta los más tenues colores en la representación política que de ellos se hace en las cartas geográficas!

Al examinar los complejos elementos que llevaron a Francia a la dolorosa catástrofe que aún asombra al mundo, Maritain, con una ponderación admirable, ahonda en uno y otro de los diversos factores

que coincidieron para precipitar la desgracia del gran pueblo traicionado y se detiene con fina tinosidad en abultar los efectos nefandos del maquiavelismo que había dividido los campos de la moral y de la política, para crear ese falso sentido, al cual nosotros hemos aludido en otra ocasión, de "realismo" o "realidad política", que sirve a justificar los más abarrancados caminos por donde trajinan los hombres cuando persiguen con ética hedonista el éxito político. Realismo peligroso que trueca el propio sentido de la política y hace de ésta un sombrío plan de artimañas para poner los recursos de la sociedad al servicio de los intereses inmorales de grupos o personas, mientras su fin debiera ser la justa y metódica ordenación de nuestros recursos morales para servir los grandes intereses de la sociedad*.

(*) No hay razón, como arguyen algunos, para considerar contradictoria la explicación de la caída de Francia por la falta de contenido moral en el pensamiento político de sus hombres, cuando el pensamiento de los hombres que dirigen la política contraria es de una profunda inmoralidad. Si aparentemente luce tan flaco dicho argumento como el que pretende hacer recaer sobre los pecados franceses la derrota del gran pueblo latino, a poco de que se ahonde en el valor de los conceptos desaparece toda sombra de contradicción.

Carece de contenido moral ¡quién lo va a negar!, el pensamiento político de Alemania e Italia, pero, en cambio, la responsabilidad ética está reemplazada por otras fuerzas capaces de unificar y mantener firmes las voluntades: el terror y la mística nacionalista, que en estos casos constituyen una moral sui generis. Se pide responsabilidad a los hombres públicos en los países de regímenes libres, donde la personalidad tiene espacio para dilatarse. En los países sometidos a una dirección despótica no se puede exigir una presencia integral a los súbditos o ciudadanos. De lo contrario, es premisa forzada para nuestros juicios sobre ellos la idea de juzgar a seres moralmente desfigurados por la contradicción y por el miedo. Pero si esa desfiguración aflora del examen individual y silencioso, en cambio, de la investigación conjunta aparece un aliento artificial que llena y da entereza al profundo vacío de lo moral. Es el aliento del terror, es la solidaridad del miedo, es la falsa euforia que fomentan los estupefactivos del nacionalismo. En el orden material lucen como sistemas eficaces para el progreso exterior los regímenes de fuerza. En ellos hay un orden más preciso, hay una mejor metodización de los servicios públicos, hay mayores posibilidades para obrar sin que peligren los secretos del Estado. Todo ello es cierto y, desgraciadamente, dicha certidumbre sirve a engañar a quienes miran el "orden" como finalidad primera de la sociedad. Son, menos que pueblos, cuerpos colectivos de autómatas, manera de "hordas civilizadas" que obedecen, sin juzgar, el pensamiento que las dirige.

La pseudo-moral totalitaria descansa sobre el desconocimiento del valor de la personalidad. El hombre es absorbido totalmente en sus facultades por el Estado, cuya "razón" legitima todos los actos del Poder. Esas posibilidades de obrar uniformemente sustituyen, para el éxito, el aporte reflexivo de las conciencias operantes en el plano de una moral responsable que se observa en los países libres.

Maritain en este libro, que sobre historia apocalíptica es un evangelio de moral social, se sitúa en una posición "au dessus de la melée", desde la cual señala a cada quien su parcela de responsabilidad en la tragedia de la noble nación francesa. Para el filósofo no hay derechas ni izquierdas, ni burguesías, ni sindicatos, ni patronos, ni obreros que puedan intentar las abluciones de Pilatos. Todos son culpables, menos el pueblo candoroso, el noble, el sufrido, el dulce pueblo de la Francia inmortal, cuya fe religiosa sería una impostura considerarla resurrecta como reacción debida a las medidas de la Gestapo de Vichy. La fe del pueblo francés ha sido una presencia innegable que muy poco debe al clericalismo de Estado que ha pretendido ensayar el anciano Mariscal.

A la ruina momentánea de Francia, porque confiamos en su próxima liberación como consecuencia de la derrota inevitable de los países totalitarios, contribuyeron todas las fuerzas de la nación, todos los bandos y todas las tendencias. "Las izquierdas perdieron la Democracia, las derechas perdieron a Francia" es la angustiosa conclusión a que llega Maritain. Y la perdieron porque ambas alas políticas carecían del sentido de responsabilidad moral que había sido minado por el maquiavelismo político.

***

La lección que se aprende en las páginas formidables del filósofo francés es lección que debieran madurar nuestros hombres de todos los tiempos, muy más precisa y ejemplar en esta hora grávida de inquietudes, cuando sentimos sobre nuestras espaldas el peso fatal de las manos que nos

---

Francia cayó porque el maquiavelismo político había logrado el pleno fruto del divorcio entre el orden moral y el orden de la política. Pero su derrota vale más para el porvenir de la cultura que el triunfo interino de la fuerza de la Alemania nazi. Esta también caerá, porque el terror concluye por destruir sus propios recursos y porque los regímenes de fuerza se sostienen en razón de los aparentes éxitos de sus mantenedores. El mundo, a pesar de los reveses morales de los últimos tiempos, ha logrado una sensibilidad que no se aviene con la perspectiva de un permanente comando de la técnica de la violencia y de la angustia que constituye la fuerza de dominio del totalitarismo. Sufrido, mutilado en sus aspiraciones el hombre se siente principio y fin del Estado.

empujan a una guerra odiosa e inevitable. Venezuela se encontrará una vez más frente a su destino de pueblo. Para nosotros es más angustiosa que para otros pueblos esta hora de encrucijada. Desnuda la verdad, debemos convenir en que sólo hemos tenido una gran evidencia en la Historia: la guerra contra España para ganar la República. Nos perfilamos entonces como un pueblo digno de vivir históricamente por cuenta propia. En cambio, nuestra vida republicana no ha correspondido a la proporción de aquel ímpetu y de aquella prestancia. Nos hemos quedado voluntariamente a la zaga en muchas cosas. Nos ha costado optar una posición de verticalidad en lo moral y de anchura en el orden de la materialidad ambiente. Nos ha faltado y nos está faltando una conciencia responsable para cumplir nuestro destino. Y somos por ello un pueblo donde la anemia del deber social corre pareja con la anemia producida por el hambre y las endemias que aniquilan nuestras fuerzas físicas. Pueblo desfigurado en su personalidad moral por el hábito inveterado de la mentira y el disimulo que sirven de estribo a la alabada discreción de los políticos. Nuestra falta de sentido espiritual ha hecho que las leyes físicas de la gravedad gobiernen nuestra conciencia moral. Lo que pesa no sube: la verdad y las piedras. Lo ligero, lo vaporoso sí asciende: las nubes, el humo, la mentira. Y una verdad que ha andado agazapada entre las piedras, ha tenido por fuerza que sufrir el permanente baldón de las pisadas.

Hemos vivido de la Historia en una necrofagia intoxicante. Hemos creído que los Héroes de la guerra magna lo hicieron todo por nosotros y que con la gloria que ellos ganaron para nuestros anales tenemos de sobra para cubrir la desnudez de nuestros actos presentes. De nuestra Historia humana hemos hecho una especie de Historia Sagrada, cuyas figuras intentamos invocar en nuestro auxilio cada vez que queremos disculparnos ante el mundo. Patriotismo falso y enclenque que a la postre desvirtúa el propio sentido ejemplar y presente de la Historia.

Es tiempo de despertar y, a la voz del centinela somnoliento que nos anuncie la media noche, no nos dispongamos a seguir durmiendo como Jerez el centroamericano, hasta tanto nos despierte el sol de la próxima mañana. Con hachones ardidos de voluntad iluminemos nuestros caminos en la sombra. Busquemos nuestro destino. Unámonos en

nuestro deber. Rectifiquemos nuestros personales errores. Coloquemos la Moral y la Patria por encima del utilitarismo individualista. Salgamos de la falsa idea de que por nuestra nariz pasa el eje del mundo. Vayamos a la intepretación de nuestro deber en un buscar de responsabilidad y de solidaridad colectiva. Nuestra generación no puede ser testigo de la caída de la Patria. Nuestros hijos no deben sufrir la vergüenza y el dolor de que mañana un filósofo, a lo Maritain, puede escribir: "Las izquierdas perdieron la Democracia, las derechas perdieron a Venezuela". De lo contrario, ellos deben sumar al orgullo de sus actos el orgullo de ser nuestros hijos, así como nosotros invocamos por timbre honorable el nombre de los héroes que labraron esta Patria, llamada a perpetuar el espíritu de la venezolanidad generosa que regó su sangre para que hubiera otras patrias libres en América.

Pero nuestro destino y la gravedad de la hora reclaman no la exaltación parabólica de nuestras virtudes históricas, sino una reposada meditación sobre las deficiencias morales que han retardado nuestra comprensión como pueblo. Que seamos un pueblo y no una tierra ancha y solitaria, horra de agua y de verdura por la indiferencia de sus hijos y cuyas recónditas riquezas nos sirven sólo para agravar nuestra inquietud.

Diciembre de 1941.

EL TONEL DE DIOGENES

El final de este volumen nos llega en circunstancias, aunque no dudosas, al menos no previsibles en su inminente cercanía, cuando coleccionábamos las fragmentarias escrituras que lo integran.

Venezuela ha roto sus relaciones diplomáticas con las potencias que integran el Eje de los países totalitarios. Venezuela se ha puesto, consiguientemente, al lado de las naciones que defienden las ideas democráticas. La causa inmediata de tal determinación ha sido el ataque del Japón a Estados Unidos, en horas en que el Embajador especial del Mikado en Washington ganaba para la gloria de su Imperio el nuevo distintivo de "diplomacia japonesa" con que en Historia y en Derecho Internacional serán designados de hoy en adelante los actos de traición, de falacia y de infamia en el trato jurídico de los pueblos.

Venezuela ha asumido una posición definida y grave. Desde la propia guerra de la Independencia el país no se ponía cara a cara con su destino. *Alea jacta est.* Las cartas han sido ya echadas. Nuestra suerte está ligada, como es lógico, con la suerte de las grandes potencias que defienden la permanencia en el mundo de las ideas de derecho, de libertad y de justicia.

Nuestro Presidente se ha dirigido al pueblo, no sólo para recordar que los compromisos de solidaridad continental, reafirmados de manera solemnísima en las últimas conferencias de naciones americanas, son causa de nuestra actual posición pre-bélica, sino, además, para decir que nuestra

organización institucional y nuestros ideales republicanos difieren hasta la ruptura de la pseudo-filosofía de los pueblos que han empujado el mundo a esta pavorosa matanza. Su trato es un peligro para el porvenir de nuestra República. Habló también el Presidente del deber de la defensa de la Nación en el orden de la economía y acerca de los sacrificios de egoísmo a que estamos obligados para mantener la integridad de la Patria. Habló el Presidente, y habló bien, y su palabra parece que ha despertado a muchos de la pereza habitual en que se desarrolla nuestra vida ciudadana.

Ya hicimos uso del símbolo, mas no queda mal el repetirlo en estas graves circunstancias. Los corintios se preparaban a murar la ciudad contra Filipo. Todos los ciudadanos caminaban ansiosos, alternando, aun con los esclavos, en la obra de movilizar el material de las construcciones. Todo hervía en fiebre de inquietud. No había una sola mano ociosa, ni las finas de las mujeres, entregadas a la tarea de pulir los dardos. De pronto el viejo Diógenes aparece rodando por las nutridas calles el vacío tonel de su vivienda y, a quienes preguntan de su propósito, les responde que también él debe hacer algo así sea para dar, a manera de ejemplo, la impresión de estar ocupado en la obra común de defender a la ciudad.

La hora de Diógenes ha llegado en forma definitiva para nosotros. Debemos hacer algo. Y si carecemos de oportunidad práctica para ello, ahí está el vacío tonel del filósofo. Hablemos para que se nos oiga. Escribamos para que se nos lea. Gritemos para aturdir a los indiferentes.

No solamente pueden servir a la agricultura quienes tengan tierra y azada y a la pesca los que posean las redes y las barcas y al beneficio fiduciario quienes guardan las llaves del crédito. Existe también la sabiduría por paciencia de aquellos otros que han sufrido los malos rumbos marcados por quienes tuvieron la fortuna de dominar y dirigir los medios de producción. Para la recta distribución de la riqueza no sólo se requiere saber dónde están sus reservorios, sino dónde callan, por carencia de fuerzas, las voces de quienes han venido padeciendo las consecuencias del mal reparto. Porque la sociedad es un todo que gana en fortaleza a medida que sean mayores los mutuos conocimientos que se tengan de sus necesidades y recursos.

Es hora de inquietud. Nos esperan días duros. Nos aguarda una apretada noche de sobresaltos. Nuestros medios de producción son escasos. Damos el espectáculo de ser un pueblo incapaz de abastarnos por nosotros mismos. De un pueblo que no quiere pilar su maíz, ni pelar sus papas, ni moler su trigo como aquel hombre que se mandó a enterrar vivo porque sufría desgana de trabajo. Y no pelamos las papas, ni pilamos el maíz, ni molemos el trigo porque nos hemos acostumbrado a recibirlos "ready to eat", gracias a las importaciones que pagamos con el oro redituado por nuestro petróleo, con ese oro fácil que ha corroído nuestra voluntad de trabajar lo permanente. Dejará de venir de fuera el alimento y las arcas repletas de valores no encontrarán, en cambio, graneros con que trocarse. Porque hemos almacenado oro y no riqueza. Porque hemos hecho lo del hombre insomne que procura compensar con luces la insistencia de la vigilia. Y porque también se camina a ciegas, y nosotros lo hemos hecho durante largos años, a la plena luz del mejor de los soles.

Hay, pues, un problema de producir para comer. Un problema de hambre que debemos resolver por nosotros mismos. Hemos llegado a la hora de la prueba: somos o no un pueblo. Pero junto a estos problemas materiales, de solución inaplazable, hay un problema de orden moral que pide con urgencia su cancelación. ¿Por qué hemos llegado, en realidad, a este angustioso trance pre-bélico?... No han faltado por ahí hombres agazapados, hombres de conciencia sombría, empeñosos en sostener que estamos al lado de Inglaterra y de Estados Unidos únicamente porque con dichos países compartimos el dominio del petróleo de que se alimenta la guerra, cuyas fuentes, codiciadas por las garras del Eje, debemos defender con toda nuestra fuerza. Esta respuesta es degradante de nuestra dignidad nacional. Claro, ¡y quién lo niega!, que el poseer tan peligrosos recursos nos pone en mayor trance de riesgo y nos eleva a mayor nivel de importancia bélica sobre otros países de América. Pero no es el de Fenicia nuestro caso. No es de mercaderes nuestra actitud internacional. Debemos rechazar ese título de oportunos proveedores de la matanza con que se quiere confundir la altitud de nuestra misión política. Nos hemos alineado oficialmente con Inglaterra y con Estados Unidos porque ya espiritualmente estábamos con los países que defienden el derecho a que el hombre sea digno y libre. El

Presidente, al anunciar la ruptura de nuestras relaciones con Alemania, Italia y Japón, no ha hecho sino declarar a los vientos del mundo una realidad moral preexistente. Nuestra vocación democrática había roto desde antes con los países que se empeñan en forjar cadenas para detener el ímpetu del hombre libre.

Por ello tenemos también urgencia de actitudes que eleven y acrisolen esa vocación determinante. No solamente debemos velar por el mantenimiento físico de nuestro pueblo, hoy expuesto a la escasez de frutos y a la abundancia de inmoralidad en los especuladores del comercio, sino que, junto con esta obra inaplazable, debemos buscar que el espíritu se empine, también para cumplir su deber. No son las máquinas de guerra, ni la destreza de los cuadros militares quienes sirven de valla al enemigo. Son los hombres en sí mismos, cuando han nutrido sus virtudes morales, quienes hacen la defensa de los pueblos. "No las piedras duras, robustos leños, ni artificiosos muros forman las ciudades; mas, donde quiera que haya hombres capaces de defenderse por sí mismos, allí están las fortificaciones, allí las ínclitas ciudades", enseña el poeta griego que servía de numen a nuestro gran Miranda*.

Mas, para defenderse por sí mismos los hombres deben de haber crecido en fortaleza interior por el desarrollo de su personalidad moral y por el ejercicio cabal de sus derechos públicos. ¡Valiente defensa de una idea la que puedan hacer aquéllos que viven bajo el rigor de su negación! ¡Valiente convicción la que despiertan aquéllos que, movidos de la conveniencia, pregonan la bondad de principios que ellos mismos reniegan con sus actos! ¡Y que lo diga nuestra América, harta de escuchar la alabanza de la Democracia en labios de sus verdugos! ¡Por ahí sí andan los "caballos de Troya" aguantando recios jinetes y no entre tantos infelices hambrientos de paz, echados a nuestra América por el odio de Europa, en quienes se sospechan posibles saboteadores!...

(*) Nuestro distinguido compañero Enrique Planchart, Director de la Biblioteca Nacional, acaba de dar con un curioso volumen de la librería de Miranda, en cuya página final, de letra del Generalísimo, en griego, inglés y castellano, se halla el pensamiento transcrito. La carátula latina del libro es, "Anacreontis Carmina, cum Saphonis, et Alcaei Fragmentis-Glasgue-In aedibus Academicis (Ex typis Jacobi Mundell) Excudebant J. et J. Scrymgeony. 1801".

Para responder al patriótico reclamo que hizo el Presidente, cuando en el umbral de este año entrante dirigió la palabra austera y responsable al pueblo de Venezuela, nos corresponde optar una actitud que comporta tanto un deber material cuanto una obligación moral. Defender el orden de la economía y apuntalar las defensas del espíritu. Y defender el orden económico no sólo por medio de la obra práctica de producir, sino, además, fomentando el sentido de la solidaridad y de la responsabilidad social. Debemos recordar a los que especulan con las necesidades de la hora y con el hambre del pueblo, que ello no les dará mañana, al verse, ricos, título de comerciantes hábiles, sino de ladrones a quienes bien iría, en un sistema mejor de penalidad, castigo semejante al que se impone a lo escaladores nocturnos.

No debemos olvidar que la Patria no se ha hecho para que con ella lucre solamente una clase favorecida. La Patria tiene todo el sentido religioso de una fraternidad. La Patria es una familia donde gozan de derecho a ración plena desde el padre que la dirige hasta el más modesto obrero que la sirve. Unidos todos en la obra común de salvar su destino podremos mañana amanecer en un día claro y con sosiego, con buena luz que nos alumbre para llenar de un nuevo espíritu de humanidad y de justicia a la misma libertad, cuya permanencia es norte de nuestra lucha, y dar, así, un uso moral a nuestras actividades y voliciones. El obrero entonces podrá ver como su mejor protección las consignas de la comunidad cristiana, cuya ausencia de los cuadros actuales ha mantenido, según Maritain, la escandalosa condición creada por la civilización capitalista e industrial para la fuerza de trabajo del hombre.

Para esa gran empresa de defensa y restauración social necesitamos hablar, necesitamos escribir, necesitamos gritar. Necesitamos abandonar nuestra política individualista de cartas marcadas y jugar abiertamente sobre el limpio tapete donde se decidirá el destino de la Patria. Necesitamos lanzar a todos los vientos, como nubes de tormenta, nuestros *slogans* cargados de fe. Necesitamos que la canija democracia labidental sea sustituida por una democracia de voces redondas. Necesitamos conjugar, para un gran esfuerzo de resistencia, todos los recursos de la nación. Necesitamos que el país se convierta en una fragua de voluntades y que hasta el ruido del tonel de Diógenes se deje escuchar

entre el afán de los hombres y de las mujeres que amartillan sobre los yunques del futuro los aceros de la victoria. Curtidas por el fuego, nuestras manos alcanzarán la virtud heroica que en vano Démeter quiso forjar para Triptolemo sobre las brasas nutricias...

PALABRAS AL LECTOR

Who has done his day's wurk?
Who will soonest be through
with his supper?

Walt Whitman. *Song of myself.*

Fragmentos que no concluyen, temas para más anchas disquisiciones, escritos a la orilla del tiempo veloz. Capillas inconclusas, cuyas torres fueron detenidas en la porfiada ascensión al cielo. Capillas que requerían mayor copia de fuerza encumbradora para que la piedra prosiguiese su marcha hacia el mundo de las estrellas. Tales estas páginas que acabas de leer, mi caro y paciente lector. Mas, a pesar de su variedad, acaso en ellas hayas podido encontrar un comando uniforme: el deseo de una mejor comprensión de los problemas humanos y, también, un eco de la angustia de que ha sido tomada la conciencia del hombre ante la crisis que padecen la inteligencia y la moral.

Nos ha tocado asistir a la transformación de un falso mundo conceptual, que se valió aun de adornos cristianos para vestir una civilización inhumana "amaestrada enteramente por el ciego movimiento de un materialismo social". Acaso tú, tanto como yo, hayas sentido el anhelo de tropezar con el hombre

integral, firme y dominante sobre el movedizo mundo de los fenómenos y buscador con fe inquebrantable de un mundo superior para el espíritu: mundo eterno que ninguno puede eliminar totalmente de su vida, a pesar, según enseña Kierkegaard, de que niegue y siga negando cuanto quiera. Ese hombre que, por su inmensa conciencia espiritual, llega a creer en la propia resurrección de la carne. Ese hombre que se busca en la soledad y en el mundo. Ese hombre que, para realizarse en toda su plenitud de humanidad, requiere la previa realización de sus contornos morales en el plano constructivo de la política de la ciudad.

Y ningún día mejor para escribir estas líneas que este 18 de enero de 1942, consagrado por la Iglesia Católica para conmemorar la Cátedra de San Pedro en Roma, ciudad de quien acaba de decir el Pontífice Pío XII que es llamada Eterna por su comunicación con Cristo Vivo y no por el histórico prestigio de haber sido asiento de aquellos Césares Romanos, cuya sombra aún fatiga la conciencia de un mundo que quiere verse gobernado por la fuerza reflexiva de la ley y no por la ley irreflexiva de la fuerza. Y, con la alabanza a tu paciencia de lector, dejo aquí también la que es debida a la muy probada de quienes compusieron e imprimieron este libro, en los Talleres de la Tipografía Garrido, en la ciudad de Santiago de León de Caracas.–LAUS DEO.

SENTIDO Y AMBITO DEL CONGRESO DE ANGOSTURA 1943*

(*) Conferencia en el Instituto Libre de Cultura Popular, el 15-2-1943. Tomado de: 1ª ed. Caracas:Edit. Elite, 1943. 24 p.

El Comité de Labores Culturales del Instituto Libre de Cultura Popular ha escogido para su primer acto público esta fecha semi-olvidada del 15 de febrero, aniversario del Congreso de Angostura, y me ha pedido que, en mi carácter de Profesor de Historia de Venezuela en dicho Instituto, les hable de la significación de aquel histórico acontecimiento. Vengo, pues, en forma sencilla, a intentar una explicación del valor de dicha Asamblea y de la trascendencia perdurable del pensamiento bolivariano expuesto en aquella memorable Junta de Vulcanos de Patrias.

Al azar, sobre los mares, andaba Bolívar desde el año terrible de 1814. De Cumaná a Cartagena, de Cartagena a Jamaica, de Jamaica a Haití, de Haití a Margarita y Costa Firme, y de aquí nuevamente a Haití para ya regresar con rumbo definitivo hacia la gloria y libertad de América. Como Eneas después de la ruina de Troya, él guardaba los penates sagrados de la Patria. La Colonia se había acomodado de nuevo con sus negros ropajes sobre los escombros de la capital. Boves había sido celebrado en sus victorias y llorado en su deceso por las clases mantuanas, que siempre encontraron y esperan encontrar en los sargentones buen apoyo para su provecho social: Moxó implacable vigilaba todo aliento republicano y hacía pagar con la vida cualquier intento de revivir el rescoldo permanente de la vieja fe en la libertad de América: la República de 1811, cuyas reliquias ensangrentadas recibió Bolívar con la aclamación dictatorialista de 1813, había dejado de existir, y apenas denodados y díscolos héroes sostenían en Oriente el fuego de la Revolución.

Primera y segunda vez el insigne Presidente Petión ayuda al Libertador para expedicionar sobre Tierra Firme. Bolívar ya se sentía dueño de su destino y del destino de América. Contra lo que explican quienes ven en

el proceso histórico un mecanicismo fatal de leyes económicas, Bolívar se sabía capaz de hacer la Historia, no sólo por entrever los sucesos y predecirlos, sino, además, por sentirse abastado de impulsos para marcarles rumbo y de numen para imprimir en ellos sus características personales. Bolívar se sabía por ello responsable de la suerte de Venezuela.

Aún no había surgido con firmeza la nave capitana, cuando Bolívar empieza a redactar, entre el mero vaivén de las olas, aquel su manifiesto que lanzó después a los pueblos desde la Villa del Norte, en 8 de mayo de 1816, y en que dice que "el Congreso de Venezuela será nuevamente instalado dónde y cuándo sea vuestra voluntad... yo os autorizo para que nombréis vuestros Diputados sin otra convocación que la presente, confiándoles las mismas facultades solemnes que en la primera época de la República". Fracasó esta tentativa de liberación, y nuevamente ayudado del magnánimo Petión, en 20 de diciembre del mismo año de 16, reaparece Bolívar en la Margarita, y en su proclama a los pueblos insiste sobre la necesidad del Congreso que forme la Constitución política del país y reciba de él aquella autoridad que, más que emanada de un sistemático voto popular, arranca de la fe ciega que en el pueblo supieron despertar en 1813 los actos gloriosos con que abatió la reacción realista capitaneada por Monteverde.

Y el Libertador martillea sobre el pensamiento del Congreso porque él cree en el valor permanente de las instituciones sobre el significado adventicio de los hombres; él sabe que no habrá República donde la autoridad ha sido sometida al arbitrio de un Jefe, así ese Jefe sea, como lo es él, capaz de administrar la más pura de las justicias y así ese Jefe esté en trance permanente, como lo está él, de sacrificarlo todo por el bienestar colectivo. El está fabricando una República que garantice el bienestar social y no un escabel para su gloria de guerrero. El necesita, además, que el Estado venezolano se presente ante las miradas de las otras naciones, especialmente ante los ojos de la Corte de Saint James y ante el propio Presidente Monroe, como un todo organizado y no como una facción rebelde, según lo explica la diplomacia española en las Cortes absolutistas de Europa, en la Cancillería de Washington y cerca del mismo Trono Papal. El viene, además, a hacer la guerra, no sólo en

los campos de batalla, donde vencerá a los enemigos de la Patria, sino también a sus propios compañeros de armas, que lo miden con el nivel de su egoísmo y quienes, en oponiéndose a la expansión de su avasalladora personalidad, se oponen, sin pensarlo, a la misma suerte de la República, cuyos destinos él compendia. El Congreso será campo propicio para esta lid desemejante, en que sobre el guerrero y el político, se alzará, con proporciones descomunales, el legislador, el filósofo y el augur vencedor de sus contrarios. El sabe sus fuerzas, de previo conoce la rotundidad de sus éxitos y por eso trae la mente fija en esta Asamblea singular, de donde surgirá su figura con más de un tamaño humano.

Pero si mucho era el deseo de Bolívar por ver reunido el Congreso que viniera a soldar la vida de la República, abolida por la capitulación a que dolorosas circunstancias obligaron al maravilloso e infeliz Miranda y que no había logrado salvar la dictadura del año 13, duras por demás fueron las circunstancias que obligaron al Jefe Supremo a concretar preferentemente su atención en la obra difícil de organizar la guerra, duras las circunstancias hasta obligarlo a confirmar la sentencia de muerte del vencedor de San Félix, sacrificado, en singular liturgia, sobre el altar de la Concordia Nacional, como si los manes de la Patria pidiesen el holocausto de los más frescos y brillantes laureles segados en los campos de la victoria. Y la idea del Congreso permanece en segundo plano hasta el 1º de octubre de 1818, en que dirige al Consejo de Estado, de propia creación suya, el mensaje de que extractamos los siguientes párrafos:

"Me lisonjeo al abrir la presente campaña, que las armas de Venezuela, conservando su antigua gloria, adquirirán nuevas ventajas, y completarán el restablecimiento de la República. La sangre de centenares de millares de hombres no se habrá derramado en sus campos, sin lavar las manchas de la tiranía. La libertad de Venezuela, a despecho de todo el poder español, parece infalible. Las armas del Rey, humilladas en tantos sangrientos y gloriosos combates, han perdido todos los prestigios que las hacían formidables: su número se ha disminuido considerablemente, y su moral ha decaído en tanto grado que han perdido toda confianza, y ninguna esperanza las anima. Nuestro ejército ha recibido lo que siempre ha faltado, armas y municiones; y se ha equipado tan completamente cuanto era de apetecer".

"Extranjeros liberales, y sobre todo bravos ingleses, sedientos de una gloria benéfica, se han incorporado en nuestras tropas. Por todas partes hemos experimentado los favores de la Providencia: los amigos de la justicia, de la humanidad y del comercio han enviado desde países remotos auxilios a Venezuela. Con estos auxilios, todas nuestras divisiones se han aumentado hasta un pie de fuerza que, cada una puede obrar por su parte. El enemigo será atacado simultáneamente sobre todos los puntos que ocupa; y si la suerte nos concede la victoria, como todo lo promete, muy pronto llegará el dichoso día en que veamos nuestro territorio libre de tiranos y restablecido en toda su perfección el gobierno de la República".

"Animado de tan halagüeñas esperanzas yo me apresuro a proponer al Consejo de Estado la convocación del Congreso de Venezuela. Y aunque el momento no ha llegado en que nuestra afligida Patria goce de la tranquilidad que se requiere, para deliberar con inteligencia y acierto, podemos anticipar todos los pasos que aceleren la marcha de la restauración de nuestras instituciones republicanas. Por ardua que parezca esta empresa, no deben detenernos los obstáculos: otros infinitamente mayores hemos superado, y nada parece imposible para hombres que lo han sacrificado todo para conseguir la libertad. En tanto que nuestros guerreros combaten, que nuestros ciudadanos pacíficos ejerzan las augustas funciones de la soberanía".

El Consejo acogió la idea del Libertador y designó en seguida una comisión especial compuesta por los ilustres patricios Juan Germán Roscio, Fernando de Peñalver, Juan Martínez, Ramón García Cádiz, Luis Peraza y Diego Bautista Urbaneja, quienes sometieron al Consejo un Reglamento para el Congreso, que aquel Cuerpo aprobó por acuerdos de 17 y 19 de octubre y que el propio Bolívar mandó ejecutar el 24 de dicho mes, dos días después de haber dirigido a los venezolanos una vibrante proclama en que describe los múltiples azares de su vida desde que el Congreso de Nueva Granada le concedió medios para venir a la libertad de Venezuela, hasta aquella hora feliz en que invita a sus compatriotas a elegir la representación nacional. Y aunque el Reglamento fijaba el 1º de enero de 1819 como fecha de reunión de la Asamblea, ésta apenas vino a juntarse el 15 de febrero siguiente.

Borremos los años corridos desde entonces y volvamos la mirada hacia la opulenta Guayana. Hoy Angostura está de fiesta, como si supiera que pasados veinte y seis años la musa de Juan Vicente González pulirá el más vibrante de sus metales para decirla: "Tú fuiste el punto desde donde Bolívar movió la palanca que arrojó más allá del Atlante al ibero. ¡Angostura, tú te llamas Bolívar!" Los cañones, olvidados de su misión guerrera, han venido desde la víspera anunciando el hecho trascendental. Son las 11 de la mañana y el Jefe Supremo ha llegado a la sala donde se juntan los representantes de los pueblos. No están los diputados de todas las provincias que firmaron el Pacto Federal de 1811, en cambio se hallan allí los Diputados de Guayana, en cuyo suelo hoy libre está la cabeza de la República, mientras otras provincias patriotas soportan la coyunda del régimen español, y aún más: de Casanare, vendrán Diputados con el voto de aquella heroica región granadina, donde la revolución halló aliento permanente. Tampoco han sido electos en forma popular estos egregios representantes, mas, en aquel momento la Patria los mira por sus legítimos mandatarios. ¿No están allí Juan Germán Roscio, Fernando de Peñalver, Manuel Palacios y Ramón Ignacio Méndez luciendo la misma voz procera con que defendieron en 1811, bajo el místico artesonado de la Capilla del Seminario de Santa Rosa, el derecho a la Independencia de Venezuela? ¿No está allí el Licenciado José España, por cuyas venas corre altiva la misma sangre que destiló de la cabeza gloriosa del primer mártir de la libertad de la Patria? ¿No es aquél de mirar severo y helénica prestancia el mismo Rafael Urdaneta que después de haber hecho la defensa de Valencia salvó, por medio de la más brillante retirada que recuerda nuestra historia, las reliquias del ejército que había hecho la Campaña Admirable? ¿No son aquéllos que lucen vistosos uniformes Santiago Mariño y Tomás Montilla y Pedro León Torres y Francisco Parejo, veteranos, con los coroneles Hurtado y Guerrero, en la defensa de la Patria? ¿No se halla allí presente el virtuoso Zea, el mismo que renunció a Petión el pacífico encargo de dirigir la agricultura de la feliz República insular, para echarse a la mar en las naos intrépidas que traían a Bolívar al volcán de Tierra Firme? ¿No son aquéllos Diego Bautista Urbaneja y Diego Vallenilla, quienes, si estuvieron con Mariño y Zea en el Congresillo de Cariaco, se han venido hasta Angostura a sincerar con Bolívar sus propósitos y a reconocer en él la cabeza de la revolución?

Los otros, si no han figurado en las primeras filas de la Patria, ya desde hoy lo harán y sus nombres y sus hechos se enlazarán desde esta fecha a los más gloriosos de nuestra historia. Padres todos son de la renaciente República, que vienen, cargados de angustia creadora, a proseguir la obra de los fundadores de 1811.

Bolívar ha ocupado el "Solio Nacional" que corresponde a su alta dignidad de Jefe del Estado y abre la "sesión por la lectura de un Discurso tan lleno de interés y tan patético, que ni Ciudadanos ni Extranjeros pudieron contener las lágrimas", según escribe el redactor del "Correo del Orinoco".

La historia ha llamado a esta pieza admirable con el nombre de Discurso de Angostura. A más del texto definitivo que Bolívar leyó, se conservan de él dos borradores en letra del fiel amanuense Jacinto Martel, en los cuales figuran conceptos que desaparecieron en la forma finalmente adoptada por el Libertador. Aún no se ha hecho un estudio cabal de estos manuscritos que permita la crítica del proceso formativo de la pieza literaria que compendia el pensamiento político del Padre de la Patria, porque si todo lo de Bolívar es magnífico, este Discurso gana en profundidad y en amplitud de doctrina al Manifiesto de Cartagena y a la Carta de Jamaica. Es el corazón vivo del pensamiento del Libertador.

Empieza Bolívar por resignar en manos de los representantes del pueblo el poder supremo de que se halla investido y empieza a ganar la victoria personal en que aspira confundir definitivamente a sus émulos. Bolívar se alza sobre quienes le acumulan deseos inmoderados de mando y deja escrita la sentencia definitiva contra los usurpadores del poder público: "La continuación de la autoridad en un mismo individuo, frecuentemente ha sido el término de los gobiernos democráticos. Las repetidas elecciones son esenciales en los sistemas populares, porque nada es tan peligroso como dejar permanecer largo tiempo en un mismo ciudadano el poder".

Sociólogo y político, entra a examinar nuestro proceso de Colonia, y con intuición profunda abarca y formula nuestro problema de población; hábil crítico, enjuicia las causas del fracaso de la primera República, que

él ve en mucho ocasionado por la forma débil que escogieron los constituyentes de 1811, al dar al gobierno un carácter plural, y en el sistema federal que adoptaron para la unión de las provincias. Califica el Libertador de craso yerro de nuestro primer Congreso el haber consultado el espíritu de las provincias antes que la idea de formar una república indivisible y central.

Ya desde su Manifiesto de Cartagena Bolívar viene atacando la forma federal como inapta para transmitir robustez a una autoridad que ha de luchar frente a un enemigo exterior, y ahora insiste en decir que "por más halagüeño que parezca y sea en efecto este magnífico sistema federativo, no era dado a los venezolanos gozarlo repentinamente al salir de las cadenas".

Si sobradas razones abonan la tesis del Libertador al pedir una autoridad vigorosa que no tropiece en su funcionamiento con las autonomías provinciales reconocidas en el sistema federal, razones de orden histórico, enraizadas en el lento proceso colonial, empujaron a los constituyentes a adoptar la forma federal en la Constitución de 1811. La Capitanía General de Venezuela era desde 1777, época en que se sometieron a la autoridad centralizadora del Capitán General de la Provincia de Venezuela o Caracas las provincias autónomas de Margarita, Cumaná, Guayana, Trinidad y Maracaibo, era, repetimos, una unión de provincias y no una entidad tradicional que viniera a disgregarse en razón de falsas ideas federativas tomadas sin examen de la Confederación Americana. Sobrado de razones estaba el Libertador al recomendar como más conveniente la forma central para el nuevo Estado, mas, razones poderosas y no simple manía imitativa habían llevado también a los Padres de la primera República a dar forma nueva a un estado de cosas que arrancaba de los años iniciales de la Colonia: Venezuela era antes de 1810 una atenuada federación de provincias sometidas al Gobierno general de Caracas, y el mismo ímpetu que llevó a los Cabildos a reabsorber la soberanía popular que estaba en cabeza de Fernando VII, legitimaba el natural propósito de dar fisonomía más entera al Gobierno de las ciudades capitulares donde había tenido apoyo aquel largo proceso cívico.

Pasma el juicio la consideración del pensamiento bolivariano contenido en este Mensaje memorable. Bolívar ha visto la Revolución de Francia desembocar en el Imperio para volver a la antigua monarquía de los Capetos; y Bolívar ha visto mucho más: ha consultado la historia del género humano y sabe que la civilización no es sino el propio proceso de la libertad. El sabe que la forma democrática de gobierno es la que mejor garantiza el desarrollo de la persona humana, pero sabe también que ninguna es más débil para vencer la oposición de los permanentes enemigos de los derechos del hombre. No basta enunciar una forma de gobierno para tener por ello un sistema firme; "contemos, dice, con que se establece un ensayo", sometido a perecer al primer empuje de la anarquía, si no se busca de robustecer sus cimientos. El no quiere quimeras ni repúblicas quebradizas al primer empuje de los vientos contrarios. El sabe que ni los filósofos coinciden en lo que más conviene a la sociedad para su dicha, pero, sobre todo, está convencido de que dos son los puntos arquimédicos de la República: "moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública". Y él quiere echar las bases de su estado democrático de manera tal que la voluntad general delimite la autoridad pública y que ésta, a la vez, modere la voluntad general. Así estarán conjurados el peligro de caer en la anarquía y la demagogia y el peligro de ir a la autocracia absolutista. ¿Cómo encontrar la fórmula que evite los bajíos de la tiranía del pueblo o de la tiranía de las clases, cuando es tan frágil de por sí el sistema democrático?

Y aquí vemos a Bolívar, con su profundo conocimiento de la historia de las sociedades, coincidiendo en su visión política con el pensamiento de los grandes filósofos de todos los tiempos. El predicaba su doctrina política en los albores del gran siglo XIX, lleno de la filosofía individualista del XVIII. Doctrina suya, porque como lo anota Blanco Fombona, más allá de Juan Jacobo, de Montesquieu, de Bentham y Spinoza, aparece el genio de Bolívar. Nosotros hemos vivido la guerra del 14 y estamos viviendo ésta que supera en conflictos de razón y de conciencia a todas las guerras del hombre. Mayor experiencia tienen los filósofos de hoy que los políticos del siglo pasado. ¿Qué no han visto ensayar? ¿Fue acaso la regresión napoleónica semejante a las contrarrevoluciones de Italia y de Alemania? ¿Fue menos cruel que la Revolución Francesa el bolchevismo de guerra de la época leninista? ¿El absolutis-

mo fernandino ganó en algo a la reacción franquista? Si hemos visto caer hasta por tercera vez la República de Francia, empujada en su descenso por vicios que la misma democracia engendra y sobre los cuales ha pretendido alzar, en forma teórica, una defensa que justifique la miseria de su entrega, el pseudo Estado del antiguo Mariscal Pétain. Una dolorosa experiencia política ha cumplido el mundo occidental desde la época en que Bolívar echaba de nuevo en Angostura las bases de la República. ¿Con qué no ha luchado el hombre en su búsqueda de la forma que garantice el desarrollo de la persona en medio del variado cuadro social? Epocas de regreso ha marcado la curva del progreso moral de las naciones, mas, en cambio, no ha decaído el ingente anhelo hacia una etapa en que pueda realizarse cabalmente la plenitud del espíritu. El movimiento activo de la masa humana que fluye hacia los planos de la historia sigue siendo empujado con mayor fuerza, por la energía que lleva a la realización integral del hombre, es decir hacia el logro de los mayores derechos que le corresponden como *todo* en sí, en medio del *todo* social.

Jacques Maritain, filósofo insigne que representa una de las más puras expresiones del pensamiento político contemporáneo, al esbozar en su libro "Los Derechos del Hombre y la Ley Natural", su filosofía política humanista o humanismo político, llega a esta notable conclusión: "Las tres formas clásicas de gobierno no realizan igual y unívocamente las exigencias de la filosofía política humanista. Ellas la realizan analógicamente y de una manera más o menos perfecta. La importancia central reconocida por esta filosofía a la persona humana y a la conquista progresiva de la libertad, conduce a pensar que el régimen monárquico y el régimen aristocrático sean normalmente etapas hacia un régimen mixto fundamentalmente republicano (o sea, democrático), que mantengan en su forma y asimile a sus propios determinantes –que son la libertad de expansión de las personas y la liberación progresiva del ser humano– las cualidades de vigor y de unidad y de diferenciación de valores que son los determinantes propios del régimen monárquico y del régimen aristocrático ya sobrepujados". A esta conclusión llega Maritain después de una larga experiencia democrática europea, después de haber asistido a la tragedia dolorosa de la transitoria bancarrota de los ideales del hombre libre y después de un profundo estudio de la filosofía

política, desde Aristóteles hasta las más frescas formas del pensamiento jurídico coetáneo, no sin haberse detenido cuanto es del caso en la obra de Tomás de Aquino, quien ya recomendaba en el siglo XIII no elegir por mejor ningún sistema político sino combinar los distintos regímenes para hallar un satisfactorio equilibrio.

A las márgenes del caudaloso Orinoco, teniendo de consulta libros de filosofía política que seguramente distan en sus conclusiones, como es de moda, de la esencia filosófica del Estagirita y del Aquinatense, Bolívar llega a las mismas conclusiones de Maritain. Se ha guiado para ello de la experiencia de la historia y de la clara luz de la razón, que en él alumbra con la fuerza radiante del genio. Y mientras nuestro filósofo humanista de hoy se limita a teorizar sobre la necesidad de un régimen mixto que tienda al vigor y a la unidad, como en las monarquías; que logre la diferenciación y producción de los más elevados y más raros valores, como en los regímenes artistocráticos y que conduzca definitivamente y ante todo a la realización de la libertad, como en el régimen democrático, Bolívar presenta a los legisladores de Venezuela reunidos en Angostura un plan de República capaz de realizar la libertad por medio de una unidad de mando y de un proceso de selección que garantice al frente del Estado la permanencia de valores dirigentes. De allí su Senado hereditario, de allí su Poder Moral, que sustituya y fomente la opinión pública, de allí esa mezcla de instituciones que, mal examinadas por quienes se dejan guiar, ora de ensueños demagógicos, ora de pesadillas monocráticas, han servido para exhibir a nuestro Libertador como patrocinante de la autoridad deslimitada, es decir como enemigo de la Democracia y como prototipo del "gendarme necesario".

Bolívar buscó de mezclar a su modo, para fijarlas en nuestro medio, de tradición monárquica y aristocrática, con su pandemónium étnico, las instituciones vigentes en aquel momento histórico del mundo, y como se dio cuenta antes de Barker que "Inglaterra es una democracia por ser una aristocracia", copia para nuestra República su Cámara rígida y acepta, según era común y lo había establecido la Constitución de 1811, una diferenciación ciudadana fundamentada en la posesión de bienes o en el disfrute de una renta, que son por hoy, nadie lo niega, lo sólo repugnante que hallamos en el régimen propuesto, y repugnan dichas instituciones

porque nos hemos acostumbrado, al través del progreso de las ideas, a desechar a ultranza todo sistema que declare políticamente con más derechos a los hombres y a las familias que detentan permanentemente los instrumentos de producción y las regalías de la política. Hoy, el Libertador si fuera consultado sobre la mejor estructura gubernamental de las naciones, no escogería para su Estado el tipo corporativo, como lo insinúa Estrada Monsalve en su conferencia sobre "El Sistema Político de Bolívar en la Doctrina Tomista"; otra, ágil y libre de supersticiones totalitarias, sería la fórmula estatista que recomendara a la América el Padre de la Patria. Coincidiría, como es lógico, con la técnica de derechos que Maritain basa "en el reconocimiento y la victoria de todas las libertades: libertades espirituales, libertades políticas, libertades obreras", que habrán de afirmarse cuando se proceda a la reconstrucción de la humanidad, "después de la prueba mortal que pasa actualmente"; y proclamaría con énfasis nuestro Libertador que sólo la educación, como hoy lo enseña Thomas Mann, puede marcar diferencias en la vida y en las actividades de los hombres.

"En una democracia que no respete la vida superior del espíritu y no se deje orientar por ella, donde la demagogia tenga las manos libres, la vida nacional se encontrará fácilmente rebajada al nivel de los mediocres, pues la demagogia consiste en bajar la cultura al nivel de las masas, en lugar de levantar las masas a un nivel superior por medio de la educación". ¿Quién, Bolívar o Mann, formuló esta sentencia? De haberla hallado en letra ajena entre los borradores del Discurso de Angostura, Briceño Méndez la hubiera incorporado al texto definitivo como cosecha de Bolívar. Porque esa es la recta noción de Democracia que entendía el Padre de la Patria: Levantar el nivel de las masas, elevarlas para que se abran a todas las posibilidades de superación moral, política y económica, pensamiento suyo que nosotros estamos realizando en este momento gratísimo, en que la población estudiantil de nuestra Universidad Obrera se ha adelantado a celebrar, de propia iniciativa, la memoria del Congreso de Angostura, es decir, a celebrar en forma viva el pensamiento ductor del Padre de la Patria, para decirle, con la admiración que merece su recuerdo: Firmes estamos en el cumplimiento de vuestros propósitos para mantener y acrecer la dignidad nacional.

No es mi escaso vuelo quien pueda abarcar en breves pinceladas la inmensidad de pensamiento contenida en el Discurso Admirable con que Bolívar sometía a la consideración de los congresantes su proyecto de Constitución Política para el Estado venezolano, "donde se concilian, dice García Calderón, las doctrinas de Montesquieu, de Rousseau y de Bentham, el realismo inglés y el entusiasmo democrático de Francia". El buscaba, por medio de aquella mezcla de instituciones, la coincidencia de los términos opuestos que permita el equilibrio donde la persona, como todo independiente y final, pueda desenvolver su potencialidad, sin que su propio empuje destruya la unidad y la eficacia del sistema que ejerce la autoridad sobre el todo social y cuyo fin es hacer la felicidad de los hombres; y si esto es difícil en todo tiempo y en todas partes y a todos los que se encarguen de regir a los hombres, más lo era a quien, "salvando siempre la esencia de la Democracia y la República", legislaba, según plástica expresión de Blanco Fombona, "para un Continente que apenas sale del cascarón colonial".

En fin, para dar mayores contornos a su obra de artífice de pueblos, Bolívar concluye pidiendo la creación de un nuevo Estado que haga de la Nueva Granada y Venezuela un todo homogéneo, como es homogéneo su destino. Sobre el político se yergue el visionario y ya mira a Colombia "sentada sobre el trono de la Libertad, empuñando el cetro de la Justicia, coronada por la Gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno".

* * *

Concluido el discurso, el Libertador "empuñando la espada y con una energía extraordinaria", dice el redactor del "Correo del Orinoco", agregó: "Mi espada y las de mis ínclitos compañeros de armas estarán siempre prontas a sostener su augusta autoridad. Viva el Congreso de Venezuela!", y a esta voz, repetida como ardoroso eco triunfal por todos los presentes, siguió una salva de artillería que anunciaba el regreso de la República institucional sobre las formas dictatorialistas ensayadas desde el año de 1813. Y prosigue el Acta: "El Jefe Supremo invitó entonces al Congreso a que procediese a la elección de un Presidente interino para entregarle el mando. Resultando electo a viva voz el

Diputado Francisco Antonio Zea, S. E. le tomó el juramento sobre los santos Evangelios y en seguida a todos los miembros uno a uno. Concluido el juramento, S. E. colocó al Presidente en la silla que ocupaba él bajo del Solio, y dirigiéndose al Cuerpo Militar dijo:

"Señores Generales, Jefes y Oficiales, mis Compañeros de Armas, nosotros no somos más que simples ciudadanos hasta que el Congreso Soberano se digne emplearnos en la clase y grado que a bien tenga: Contando con vuestra sumisión, voy a darle en mi nombre y en el vuestro la prueba más clara de nuestra obediencia, entregándole el mando de que yo estaba encargado". Diciendo esto se acercó al Presidente del Congreso, y presentándole su bastón continuó: "Devuelvo a la República el bastón de general que me confió: para servirla cualquier grado o clase a que me destine es para mí honroso. En él daré ejemplo de la subordinación y de la ciega obediencia que debe distinguir a todo soldado de la República". El Presidente, dirigiéndose al Congreso le dijo: "Parece que no admite discusión la confirmación de todos los grados y empleos conferidos por S. E. el General Simón Bolívar durante su Gobierno: sin embargo, pido para declararlo la aprobación expresa del Congreso" ¿Parece al Congreso que los grados y empleos conferidos por S. E. el General Simón Bolívar, siendo Jefe Supremo de la República, sean confirmados? Todos los Diputados poniéndose en pie respondieron que sí, y el Presidente continuó: "El Soberano Congreso de la República confirma en la persona de S. E. el Capitán General Simón Bolívar todos los grados y empleos conferidos por el mismo durante su Gobierno y devolviéndole el bastón, le dio asiento a su derecha". Zea, con voz tomada de la emoción más viva, y tras un ágil examen del origen de los imperios antiguos, exalta la virtud de Bolívar que lo lleva a resignar una autoridad que, si antes era sólo azares y peligros, ahora "comienza a tener algunos atractivos a los ojos de la ambición", y pide que, lejos de ser aceptada tal resignación, se devuelva al Libertador en toda su plenitud el mando que con tanto brillo y fruto ha venido ejerciendo. Protestó Bolívar y entre las frases elocuentes que dijo, declaró que la República tiene "necesidad de precaverse contra las miras de algún ambicioso, contra las de él mismo, que no tenía seguridad de pensar y de obrar siempre del mismo modo".

Bolívar ha terminado su misión ante el Congreso y es despedido solemnemente cual corresponde a su alta dignidad de Jefe de la República. Diez Diputados han sido designados para acompañarlo a su morada. Posiblemente entre éstos vaya el austero Peñalver. Don Fernando es cosa de dieciocho años mayor que el Libertador, a quien, llevado de excepcional confianza, daba familiarmente el tú en el trato público. Bolívar respetaba en extremo al Intendente y, acaso, mientras hacían la vía hasta el Cuartel General, le haya hablado de su profunda satisfacción por aquel gran momento de su vida, cuya trascendencia le recordará en carta desde Guayaquil, el 30 de mayo de 1823. "Usted, le decía, fue el que más me animó a instalar el Congreso de Angostura, que me ha dado más reputación que todos mis servicios pasados. Yo sé muy bien que Usted contribuyó al entierro de todos mis enemigos que sepulté vivos en el Congreso de Angostura". Ya no habrá, en realidad, más enconos y recelos. Todos han sido humillados y vencidos para siempre. "Ante (él) jamás humillé mi frente", escribía a Páez en 1834 el General Mariño. ¡Mentira! ¡Aquel día de febrero cuya gloria estamos memorando, el gran caudillo oriental hubo de bajarla ante la figura maravillosa que empezaba a ofuscar sus ojos blancos de asombro!

El Congreso no escucha las razones de Bolívar y le designa para la Primera Magistratura de la República, la cual jura el 19 en forma solemne. Hace Gobierno con Palacio Fajardo en Relaciones y Hacienda, Briceño Méndez en Guerra y Marina y Diego Bautista Urbaneja en Interior y Justicia, entrega al Vicepresidente Zea el Gobierno Civil y a la cabeza de su ejército, que ahora luce los vistosos colores de la Legión Británica, llegada el 16 al mando del Comandante Elson, se embarca hacia el Apure, donde se reunirá con Páez, para continuar después su firme y peligrosa vida, hasta la siega gloriosa de Boyacá.

* * *

Mientras Bolívar sigue su carrera de Libertador, el Congreso, con un sentido profundo de responsabilidad política, se entrega a la organización de la República. El 26 de mayo decreta una Corte de Almirantazgo en Angostura y otra en Margarita, que vienen a dar lineamientos procesales a la obra eficaz de los corsarios; en 12 de mayo autoriza al

Ejecutivo para que contrate un empréstito con que pueda atender las crecientes urgencias del Estado; y después de seis meses de juiciosas consideraciones, sanciona la nueva Constitución de la República, donde se mantienen en general las líneas del proyecto bolivariano, en lo que dice dar al Estado un Ejecutivo firme y un Poder Legislativo que fuese campo de equilibrio entre la Cámara Popular, propensa a las innovaciones, y la Cámara Alta, de carácter permanente y conservador, si no hereditaria como la pidió Bolívar a semejanza de la Cámara inglesa de los Lores, en cambio vitalicia, como lo propuso Peñalver. "El 15 (de agosto) previa citación especial, escribe el redactor del "Correo del Orinoco", se reunió el Congreso en la sala de sus sesiones para leer por última vez sus tareas constitucionales y firmarlas. Dos horas fueron consumidas en este acto y en allanar algunos pequeños reparos de escritura. Declarada en estado de firmarse, lo hicieron todos los concurrentes, y en seguida dijo el señor Presidente: "Está firmada la Constitución Política de Venezuela: los Diputados han concluido el encargo principal de la confianza del pueblo ¡Pueda esta Constitución asegurar los derechos que ha proclamado Venezuela!– ¡derechos por los cuales ha combatido y aún está combatiendo!– ¡Pueda ella en fin, hacer la felicidad de los venezolanos, de todos los americanos, y del mundo entero!"– resonaron a consecuencia vivas repetidos al Congreso; y al mismo tiempo una salva de artillería y repique de campanas aumentó la celebridad del acto, el más augusto de todos los que fijan la línea de demarcación entre el hombre y el bruto, pero también el más odioso para los tiranos empeñados en la degradación de los seres racionales".

* * *

El domingo 19 de septiembre la ciudad se alboroza con la noticia estampada en la Gaceta extraordinaria que ha hecho circular el Gobierno. En ella se anuncia la victoria de Boyacá y la entrada de Bolívar a la ciudad virreinal de Santa Fe. Uno de los Boletines que se inserta ha sido impreso en la propia Bogotá. "Cualquiera persona instruida en los tipos, caracteres, papel y tinta de la imprenta de aquella ciudad no necesita de otra prueba de su libertad que la simple vista de las manillas en que ha venido impresa", dice el encabezamiento del volante, temeroso acaso su redactor de que hubiera incrédulos que pidiesen,

como Tomás, la realidad cruda de las heridas sangrantes. Los Boletines, son en verdad, como el testimonio fidedigno del gran botín tomado al enemigo. Simbolizan la propia Santa Fe rendida ante la pujanza del Héroe. Hizo falta en esta ocasión la diosa benévola que anunció a los griegos de Salamina el triunfo simultáneo de Platea, aunque en verdad fue ésta una noticia que bien se sabían por sí mismos los patriotas desde que vieron a Bolívar remontando el Orinoco a la cabeza de su ejército para aquella jornada definitiva.

Tres días duraron las fiestas por este gran suceso de América: "en medio de las aclamaciones públicas, y de un concurso inmenso, se proclamó al Parte Oficial en varios lugares de la ciudad, al frente de toda la guarnición con música y banderas desplegadas: el estruendo de la artillería, las descargas de la infantería y el repique de campanas, anunciaban la importancia del asunto" y crecerá aún más dicha importancia cuando sea el propio Libertador, agobiada de laureles la cabeza, quien describa a la representación nacional, en sesión extraordinaria del 14 de diciembre, el fulgor y trascendencia de aquella jornada que libertó en menos de "tres meses doce provincias de la Nueva Granada".

Sólo una recompensa pide Bolívar por el mérito insigne de esta cadena de triunfos: que sea proclamada la República que una en un bloque político indestructible las provincias de Venezuela y la Nueva Granada, tal como lo solicitó en su mensaje de febrero y tal como lo desean los granadinos que acaban de recibir el beneficio de la libertad. Y el Congreso, vocero de un destino que aleves causas habrán más tarde de torcer, declaró establecida el 17 de diciembre la nueva República de Colombia, integrada por los gobiernos de Venezuela, Nueva Granada y Quito y, después de dictar las medidas conducentes para la reunión del primer Congreso general de la Nueva República, en el Rosario de Cúcuta, clausuró sus sesiones el 19 de enero de 1820.

* * *

Tal fue a grandes rasgos la labor de este admirable Congreso que echó de nuevo las bases jurídicas de la República de Venezuela, que sirvió de tribuna para que Bolívar expresara al mundo su filosofía política y que

"dio por espectáculo la maravillosa Colombia, que creemos una ilusión de nuestra fantasía y que existió en realidad para asombro de los contemporáneos". Era la obra definitiva del genio constructivo de Bolívar, cimentada no, como se ha dicho, en simples necesidades de guerra, sino en profundas razones político-sociales. ¿No habían estado sometidas antes de 1777 las provincias de Cumaná, Guayana, Margarita y Maracaibo al Gobierno central de Santa Fe? ¿La misma Provincia de Caracas no fue anexada en 1717 al primer Virreinato y en 1739 al segundo? ¿Qué circunstancias, fuera del feudalismo caciqueril a que aspiraron los generales victoriosos, impedían el mantenimiento de aquella estructura política llamada a pesar en forma definitiva en la balanza de los intereses americanos? ¿No había España servido a la par en las distintas unidades políticas una continuidad lingüística, una continuidad religiosa y una continuidad intelectual? ¡Qué eran largas las distancias! Mayores fueron los que separaron las varias porciones del Imperio Romano y tan fragosos como los colombianos eran los caminos que unían los estados de la Confederación Americana, y aún más: abiertas hoy las carreteras que hubieran sido precipitadas por las necesidades de la unión, los viajeros de Bogotá llegan más presto al Atlántico buscando a Puerto Cabello que por la clásica vía del Magdalena y, cuando ahora la guerra dificulta la navegación de las Antillas, recibimos en Caracas mercaderías de Estados Unidos desembarcadas en el puerto pacífico de Buenaventura; y si distaban en extremo los pueblos periféricos de la capital de la República, más lejanos estuvieron de la Audiencia de Santo Domingo y del Consejo de Indias durante todo el ciclo colonial.

Los contemporáneos no vieron lo que hoy nosotros lamentamos. Los intereses locales, la altivez señera de los campanarios, el cuchicheo de los corrillos de pueblo, minaron desde su origen la Colombia de Bolívar y llevaron a éste, empeñoso de salvarla, al propio sacrificio de su gloria de repúblico. El Libertador consideró, y con razón, que la fuerza moral que creaba tanto en lo exterior como en lo interior la gran República, era la única barrera que hallarían la demagogia y la anarquía, amenazantes de las instituciones y de la propia permanencia del Estado. Hasta el ocaso de Santa Marta pidió la unión y predicó contra los partidos, no como canales de la libertad individual, según lo entienden hoy los

corifeos del totalitarismo, sino como gérmenes de discordia que pudieran entorpecer el mantenimiento de Colombia y de la propia libertad del Nuevo Mundo.

Por eso, Angostura es un símbolo en la vida de nuestros pueblos. Angostura es un hito al cual hemos de volver nuestros ojos hambrientos de esperanza. En aquella reunión memorable expresó a cabalidad Bolívar su pensamiento aglutinante. El era abanderado de una idea de integración americana. Eran necesarias masas de pueblos para construir el edificio de la América única y él quiso que Colombia fuera como piedra angular para la maravillosa sillería del Nuevo Mundo. Mas, como el ideal perdura sobre la quiebra de las obras, ciento y más años después reaparece en nuestras conciencias atormentadas la necesidad de estrechar los vínculos que proclamó el Padre de la Patria. Los países que formaron ayer la Gran Colombia se encuentran de nuevo llenos de la misma angustia creadora de 1819 y se enfrentan a la misma necesidad de conquistar un mundo mejor. ¡Y nada nos separa! Por lo contrario, nos une el deber de realizar conjuntamente nuestro común destino americano. El deber de estructurar el Continente donde el hombre, por medio de una revaluación de sí mismo, habrá de realizar los mejores estadios de la cultura. Y para esa obra nueva, en que vosotros los obreros habréis de ser factor determinante, urge alzar la conciencia e ilustrar el sentido del trabajo por medio de disciplinas como éstas, que os hagan hombres capaces de resolver vuestro propio destino.

JOSE MARTI
(1945)*

(*) Palabras del Presidente del Congreso Nacional, en la sesión solemne del 19 de mayo de 1945, en homenaje al Libertador cubano en el cincuentenario de su fallecimieto. Tomado de: *Diario de Debates de la Cámara del Senado y del Congreso de los Estados Unidos de Venezuela.* Caracas, 25-5-1945, pp. 3-4.

El Congreso de los Estados Unidos de Venezuela cumple un grato deber de justicia al consagrar esta sesión solemne a la memoria por mil títulos ilustre de José Martí.

Sobre la obligación de honrar al insigne Apóstol de la libertad, que miró a nuestra patria como casa propia y tajó su mejor cálamo para exaltar la gloria de nuestros grandes hombres, se alza un deber de mayor ámbito y una consigna de profundo significado americano: Martí no es un héroe local de Cuba, ni un escritor que sólo diera prestigio a la antología de su país. Maravilloso producto humano, alimentado en la tierra prieta del nuevo continente, el Mártir de Dos Ríos constituye una de las más logradas figuras que la humanidad ha producido en nuestro mundo de América. En él hacen armoniosa conjunción el pensamiento creador de Bolívar, la enérgica bondad de Lincoln, la musa profética de Walt Whitman, la profundidad de Emerson, la sencillez de Cecilio Acosta, la mística hermosura de Longfellow, para construir el arquetipo de la raza que en América se empeña por fraguar un nuevo concepto del hombre.

Apenas se cuentan cincuenta años desde la mañana triste en que una bala enemiga cegó la vida del Apóstol, y parece que su paso por el mundo hubiera ocurrido en tiempos leyendarios. Al meditar en las acciones y en las palabras de Martí, creemos imposible que este hombre maravilloso viviera en época tan cercana de la nuestra. Cuando pensamos en la suma de bondades que tuvieron en su espíritu cómodo aposento, imaginamos que no sean anales recientes el justo marco de su vida, sino que ésta debiera encuadrarse en el recuento de los viejos patriarcas de barba florida y corazón de niño, que guiaron los pasos de una pretérita edad de

oro del género humano. Y, sin embargo, vivió entre nosotros, con hombres que nos dan fe inmediata de su existencia, entre contemporáneos nuestros que oyeron su dulce verbo y tuvieron entre la suya la mano generosa que, hecha para cortar rosas y acariciar dorados bucles infantiles, se empeñó por romper las recias cadenas que ataban su patria a la coyunda colonial.

Apolo le dio, con la templada lira para el canto, la inconmovible armonía de espíritu que le erige en modelo de equilibrio moral. Amaba los hombres y por ellos luchó sin sesgar en el propósito de ir tras fórmulas que permitan un mayor grado de dignidad a la existencia. Si la patria insular le dolía como noble entraña de su propio ser, no miró sólo a Cuba en su afán de servir. Para él América era una sola patria sin más fronteras que las playas salvajes del mar. Bolívar, en su afán de unidad, lanzó la idea de considerar como todo indivisible el destino de América. Para Martí ya no hubo reflexión, sino sentimiento y fuego. No quiso enseñar dignidad únicamente a los compatriotas que con él sufrían la minoría del coloniaje. Su aula fue el ancho mundo americano y su aspiración de Maestro, que los hombres del Nuevo Mundo, cuyo corazón infantil quiso formar, le "apretaran mucho la mano como a un amigo viejo, y dijeran donde todos lo oyeran: Este hombre fue mi amigo".

Amigo de América y amigo de sus hombres. Apóstol de la libertad de los pueblos y apóstol de la dignidad de los seres que los forman. Estos títulos están sobre el valor de sus fastuosas oraciones y de sus dulces poemas y más allá del mérito de su lucha tenaz por la independencia del suelo patrio. Hombre sin tiempo y sin espacio limitados, en quien el pensamiento adquiere una perenne frescura de aura mañanera, Martí resume el ideal de bondad que Platón propuso como inseparable del ánimo de aquéllos a quienes se encomienda el orden y el gobierno del mundo. Su meta eran la Libertad y la Justicia, que permitiesen a los hombres vivir en paz, "como viven en el cielo las estrellas, que todas tienen luz aunque son muchas, y cada una brilla aunque al lado tenga otra".

Fue a la guerra, sin arreos ni destreza épica, para resellar con su propio sacrificio la fuerza del ideal revolucionario a que había consagrado su apostólica existencia. Si a Martí espantaba que los hombres sacrifiquen

a sus semejantes para probar, por el número de víctimas, la eficacia de un sistema político, sentía, por lo contrario, el profundo valor de la sentencia que a Castelio arrancó el asesinato de Servet: "Los credos personales no se confiesan matando a otros hombres, sino haciéndose matar uno mismo por su credo". Se dio a la lid armada, para rubricar con la tinta de su sangre el valor inmortal de sus ideas, y ni en el fragor de la áspera vida de campamento, ni cuando vigilaba su rifle y sus cien cápsulas, ni cuando escribía al basáltico Maceo, para animar aún más el fuego de su sangre de patriota ejemplar, en la que fluía, por la del padre, la sangre viril de nuestra patria, Martí olvidó sus compromisos con la humanidad. Fue a la lucha, donde se matan unos a otros los hermanos, mas pensaba que la contienda no debe ser exhibición de crueldad y de venganza, sino *guerra enérgica y magnánima.* Energía para echar fuera a quienes intentaban que la isla siguiera gobernada por España y magnanimidad para hacer que la justicia y la piedad temperasen los rigores y la angustia del vencido. No buscaba glorias militares ni ambicionaba mando alguno. Aquello, más que guerra, fue un impulso de ganar la libertad. "Lo que está en el campo, escribe el Apóstol en su diario, tres días antes de la muerte, es un pueblo que ha salido a buscar quien lo trate mejor que el español". Y ese pueblo aún está firme allá, y está firme acá, y firme en todas partes, a la husma constante de quienes lo traten mejor. Ese pueblo ya no lucha contra los que de fuera vinieron a explotarlo. Ese pueblo se alza contra los que de dentro le niegan la ración completa y se empeñan en defender los falsos principios de un orden de iniquidad, que permita a unos pocos seguir lucrando con su trabajo, su miseria y su ignorancia.

Martí, como Bolívar, tiene que hacer mucho en el corazón del pueblo de América. No es hombre para ser encerrado en el ditirambo y en la loa vacía de quienes creen pagar tributo a los apóstoles y a los héroes con exaltar, sin practicarlas, sus virtudes. Martí es hombre a quien el pueblo de América necesita permanentemente como profesor de altivez, de bondad y de alegría. A Bolívar se le cita para la grande empresa de construir naciones y levantar tras la derrota nuevos ejércitos. Martí, haciendo más humana y practicable la grandeza de los héroes, es el maestro sencillo a quien toca formar el corazón de América. Martí es el artífice, el pedagogo, el educador, el periodista, el poeta, a quien

debemos confiar la misión de iluminar el espíritu de los nuevos ciudadanos de América. Como tal, el Congreso de Venezuela lo propone a las generaciones del país. Maestro de Juventudes, en constante trance de educar y de servir al pueblo, por medio de la palabra luminosa y con el ejemplo de su vida sin mancilla.

Por lo que nuestra patria fue para Martí y por lo que Martí es para la América, el homenaje que la República le consagra en esta oportunidad conmemorativa, es acto de cabal y debida justicia.

FRANKLIN DELANO ROOSEVELT
(1945)*

(*) Palabras del Presidente del Congreso el día 25 de abril de 1945. Tomado de: *Diario de Debates de la Cámara del Senado y del Congreso de los Estados Unidos de Venezuela.* Caracas, 17-5-1945, pp. 2-3.

El Congreso de los Estados Unidos de Venezuela no intenta realizar en esta oportunidad un acto formalista para honrar la memoria de un ilustre hombre de Estado. Bien compenetrado de lo que vale su palabra como expresión genuina de la voluntad popular, ha querido reunirse de manera solemne para evocar la memoria del grande hombre a quien, en medio de las espesas tinieblas que en hora nefasta hicieron perdidizos los caminos del mundo, tocó ser manera de llama que iluminó las conciencias y caldeó las voluntades para la lucha contra los enemigos de la cultura.

Este acto sencillo adquiere valor de rito singular, por medio del cual el pueblo, como en tiempos de su religiosidad primigenia, invoca el poder de los genios benéficos para que sigan prestándole ayuda moral y taumatúrgica en la solución feliz de sus conflictos.

Con nuestras voces esperanzadas tratamos de mantener viva la memoria de aquél que fue recio ejemplo y lección clara de la fuerza del espíritu. "El mundo se sostiene por la veracidad de los hombres buenos: ellos hacen saludable la tierra", enseña la clara interpretación emersoniana; y cuando el mundo ve que se alejan de la materialidad operante estos seres privilegiados, busca, como imperativo de conservación moral, que no se esfume con la muerte el vivificante ejemplo de bondad que representaron.

Eso acontece con la memoria egregia de Franklin Delano Roosevelt. No sólo se trata del hombre que dio derramado prestigio a su nativa patria, la gran nación del Norte americano; ni del estadista genial que con Washington, Bolívar y Lincoln, ha dado mayor lustre a la cultura política del nuevo mundo. Roosevelt, rompiendo la linde de las

demarcaciones espaciales y elevándose sobre los ciclos del tiempo, aparece como uno de los máximos representantes de la humanidad. El fue en nuestra era la más acusada expresión del hombre que puso la bondad y la inteligencia al servicio de la causa común de agrandar el radio de los valores integrales de la humanidad.

El Congreso de Venezuela ha insinuado al Poder Ejecutivo que en la forma más adecuada proponga a la perenne consideración de las generaciones, como cívica lección y ejemplo fecundo de conducta, la memoria del eximio político cuyo recuerdo venimos a evocar, no con trenos de angustia, ni con acentos de dolor, sino con la alegría de un mundo que se siente orgulloso de haber tenido fulgente antorcha, capaz de iluminarlo en una de las más sombrías encrucijadas que hubo de atravesar durante la marcha penosa hacia la perfección de su destino. Nos reunimos para celebrar a quien mejor representó la potencia defensiva del hombre contra las propias fuerzas regresistas engendradas por los bajos instintos de la especie. Y en el área de los hechos, para reafirmar nuestra fe inmediata en que las Cuatro Libertades y la política de Buena Vecindad por él proclamadas, habrán de guiar los planes de reconstrucción del mundo y, en particular, las relaciones permanentes de la comunidad de Naciones Americanas. Mas, ese voto, para su fecunda expresión realística, reclama de nosotros y de los hombres de América y del Mundo, un propósito inquebrantable de hacer nuestro el contenido creador de la filosofía rooseveltiana.

Este acto nuestro hemos querido realizarlo en la misma fecha en que los representantes de las Naciones Unidas se reúnen en la ciudad de San Francisco para dar comienzo a la Conferencia donde se discutirán las líneas organizativas de la nueva comunidad internacional. Allá estará presente en su máxima amplitud el espíritu de Roosevelt. Allá se iniciará, al amparo de su pensamiento ductor, la obra de reconstrucción del mundo, a que sirvió con heroico afán y eficacia cierta. Hasta ahora hemos vivido en un viejo mundo, donde tuvieron éxito las valencias primitivas. Hoy nos hallamos en el umbral de una época que habrá de elevar el propio significado de los valores humanos sobre la antigua concepción restricta que les dio una política cuyos hechos miraron a la satisfacción inmediata de intereses donde se abultaron el egoísmo, el

lucro y la extorsión. En San Francisco, voces nuevas quiebran la aurora de paz que ha de iluminar las tinieblas de un orden que se consume entre las llamaradas del incendio que asuela la capital del extinguido Reich Alemán. En el mundo de América, el día que empieza con palabras de paz; en la Europa, cansada y flagelada, la noche que se ilumina con los relámpagos finales de la tormenta bélica. Todo nos acerca a la hora grata en que el triunfo de los ideales personificados en el gran estadista americano, anuncie la consumación de un ciclo histórico durante el cual los derechos del hombre estuvieron pospuestos al dictado de los grupos y de las castas y de los monipodios, que creyeron privilegios inviolables las satisfacción exclusiva de sus apetitos y la permanencia de regímenes que sólo miraron por buenos los intereses personales de las clases detentoras del Poder y de los instrumentos de producción. En orden a ganar las grandes jornadas de esta etapa primaveral que se abre para la vida del hombre y a fin de dar un ancho sentido humanista a los nuevos ordenamientos sociales, nada habrá de ayudarnos tanto como nuestra fidelidad al generoso ideario de Roosevelt. Que sea, pues, ese nuestro voto y esa la vela que empuje nuestra nave en su rota victoriosa.

5 DE JULIO DE 1945
(1945)*

(*) Palabras del Presidente del Congreso Nacional. Tomado de: *Conmemoración del Día Nacional.* Caracas: Congreso Nacional. 1945 (29 p.) pp. 7–12.

En este momento, más que en cualesquiera otros de mi modesta dirección parlamentaria, siento avivarse mi gratitud para los distinguidos colegas que, por medio de sus votos generosos, me elevaron a la honorificencia de este sitio. Convierto la mirada hacia el pasado glorioso de la Patria, y me siento moralmente sustituto del egregio patricio Don Juan Antonio Rodríguez Domínguez, Presidente del Congreso de las Provincias Unidas de Venezuela, que en tal día como hoy declararon su independencia de la Corona española y juraron defender la causa de la libertad americana. Y miro con los ojos del recuerdo a la pléyade inmortal de varones que entonces se juntaron, bien lastrados de responsabilidad, para fijar las líneas fundamentales de la República, y en sus sitios de antaño encuentro a los nuevos ciudadanos a quienes corresponde proseguir la obra trascendental de los Padres de la Nación.

Si el 5 de julio tiene para los venezolanos una significación genésica, para los hombres que nos sentamos en los bancos del Parlamento adquiere, además, un valor de encuentro con el propio destino de la Patria. Para nosotros esta fecha no es la mera conmemoración festiva del día natal de la República. Es el día de nuestra propia fiesta y de nuestro propio examen de conciencia. La República, como entidad moral y como organización de las fuerzas sociales del País, fue fraguada en el seno del Congreso Nacional, bajo el consejo experto y desinteresado de hombres ungidos del encargo de expresar la voluntad del pueblo. Bien se sabían ellos personeros del destino de la Patria y sobre sus hombros sentían el peso de responsabilidad tanta como para autorizarles a decir con justeza, por boca de su Presidente y con palabras que, con orgullo

hago mías para repetirlas en este nuevo aniversario de la Independencia, cómo "nuestras facultades son ilimitadas en todo aquello que propenda a la felicidad de nuestros comitentes".

Pero, las palabras no son fonemas vagarosos que pueden lanzarse sin previa medición del contenido conceptual que las legitima. Si los Padres de la Patria se sentían poseedores de facultades ilímites en orden a las cosas atingentes a la dicha del pueblo, ello arrancaba de un proceso ético, por medio del cual lograron la certidumbre de estar plasmando el destino de una Nación. Ese tono interior, esa altitud de superación personal que autorizaba a los Congresantes de 1811 para creerse intérpretes de la felicidad del pueblo y que dio contornos definitivos a sus pensamientos y a sus hechos, está reclamándolo permanentemente de nosotros la Nación. Nosotros no somos simples sucesores cronológicos de aquellos hombres admirables. Nosotros somos los personeros a quienes la República ha escogido para proseguir la obra de creación iniciada en el seno del Congreso memorable que dio a la Patria, con sus definidos lincamientos republicanos, sus primeras normas legislativas. Por ello, este acto, más que función conmemorativa, es el propio encuentro de nuestro deber personal con el destino del pueblo de Venezuela.

Mal piensan quienes juzgan que la fábrica de la República está ya concluida y que nosotros somos huéspedes felices a quienes está permitido lucrar con las conquistas de los mayores. La República, de lo contrario, es esfuerzo incesante y trabajo sin reposo, que pide de sus constructores una perseverancia responsable. Y a la cabeza de los mil obreros que trabajan en la consolidación y perfeccionamiento del gran edificio social, estamos nosotros, en grave actitud dirigente, para decir nuestra palabra decisiva en todo lo que se refiera a la suerte de la Patria.

Si obscuras épocas hicieron del Congreso Nacional un Cuerpo insuficiente, con la sola misión de dar apariencia funcional a la República, hoy debemos volver nuestro pensamiento hacia la propia edad de su aparición histórica y soldar definitivamente la cadena tradicional que nos hace sucesores de los grandes varones que supieron fundar los estribos de la República.

Miremos la Historia en función de presente y de futuro. Entre el pasado y la realidad actual no hay posibilidades de distingo. Se trata de la ola creciente de la sociedad que busca nuevas formas de expresión para sus anhelos de justicia, de libertad y de cultura.

Estos actos no están destinados a hacer pinturas laudatorias de personajes antiguos. Estos actos están destinados a dar nueva vida al pensamiento antiguo y siempre nuevo de los hombres. Independencia, justicia y dignidad, dijeron ayer en este mismo Congreso los Mirandas y los Roscios, los Alamos y los Paúles, los Pagolas y los Cabreras, los Manciros y los Peñalveres, e independencia, justicia y dignidad deben decir hoy en el Congreso de Venezuela los hombres que comprendan que aquellas voces no son patrimonio de una historia muerta sino fuerza viva y motriz de una historia de vigencia indeclinable.

Aquí no estamos reunidos para sólo agradecer a los Padres de la Patria su glorioso sacrificio y el aporte de su pensamiento a la formación de las instituciones nacionales. Aquí estamos reunidos para jurar una vez más la fe de nuestros compromisos históricos con la libertad. Aquí está en nosotros el pueblo de Venezuela, el mismo pueblo que empezó la Independencia en 1811 y que aspira a gustarla en forma definitiva. Aquí estamos ante nuestra propia conciencia de legisladores para examinar nuestro deber frente a las necesidades y mandatos de la Patria y frente a las necesidades y mandatos de un mundo nuevo que pide mayor contenido de humanidad en las normas sociales. Aquí no somos hombres de bandería, ni políticos que miramos al interés de nuestros conceptos diferenciales. Aquí estamos con la vista puesta en la inmortal bandera donde se fraguan los colores fundamentales que son emblema aglutinante de la Patria. Sobre los intereses particulares, consultamos los intereses de la unidad nacional y sobre las disyuntivas de los partidos, colocamos el voto de servir a la democracia venezolana, clamante del desinterés de los ciudadanos y urgida de mayor sentido responsable por parte de quienes tenemos el encargo precioso de velar del destino de la República. No con frases de pulida retórica debemos honrar la memoria de aquéllos que en tal día como hoy declararon solemnemente la Independencia de la Patria. El mejor homenaje a su memoria esclarecida consiste en regular nuestros actos presentes por los principios de

dignidad y responsable patriotismo que informaron su pensamiento creador. No alabarlos como glorias muertas, ni menos aun asombrarnos desde planos de inferioridad personal ante la grandeza de sus actos, sino decirles, con fe en nosotros mismos, que sus sitios no están vacíos en los grandes cuadros directivos de la República. Para ello, debemos no sólo hacer nuestros los ideales que les dan ejemplaridad en el marco vivo de la Historia, sino adoptar, para la actitud operante, la misma conducta decisiva y valiente que les llevó a las grandes realizaciones de la política.

Con la mente puesta en la majestad del suceso que conmemoramos, me es por demás honroso el privilegio de abrir esta sesión solemne del Congreso, en la cual llevará la palabra de orden nuestro eminente compañero, el Diputado Doctor Rafael Pizani, quien, con la austeridad de su palabra magistral, hará el elogio y ponderará el significado vital de la máxima efemérides de la Patria.

Creo, además, interpretar el pensamiento unánime de la representación nacional, al expresar al ciudadano Presidente de la República, aquí presente para honrar nuestra sesión solemne, que el Congreso Nacional siente bien seguros su integridad y sus fueros esenciales al amparo del régimen político que vive la República. En esta era de dignificación democrática, los Poderes Públicos, desde sus radios privativos, se empeñan por elevar la noción diferencial de sus funciones y buscan de coincidir armónicamente en la obra común de servir a una Patria que será tanto más grande cuanto mayores sean la altitud moral de sus ciudadanos y la dignidad de los organismos que tienen el encargo de servirla. Usted, ciudadano Presidente, debe a la vez sentirse más honrado en el prestigio de la Magistratura, cuando ve que su Gobierno tiene el apoyo franco de un Parlamento que se sabe responsable de la misión histórica que le cumple en estos decisivos momentos de la República y que ha hecho del respeto a su propia dignidad de cuerpo una consigna insoslayable. Con esa consigna, el Congreso de 1945 considera que rinde justo homenaje a sus antecesores de 1811. Con la dignidad de sus actos de hoy, los Senadores y Diputados de la República procuran que no estén vacíos los sitios que honraron ayer los Padres de la Patria.

24 DE JUNIO DE 1945
(1945)*

(*) Palabras del Presidente del Congreso Nacional. Tomado de: *Diario de Debates de la Cámara del Senado y del Congreso de los Estados Unidos de Venezuela.* Caracas, 17–5–1945, pp. 2–3.

El Congreso de los Estados Unidos de Venezuela se junta una vez más para memorar a los héroes que en el campo glorioso de Carabobo afianzaron la independencia política de la República. Anualmente viene la Representación Nacional pagando este tributo de reconocimiento a quienes supieron sacrificar vida y juventud en aras de una idea permanente de Patria digna y libre. No se trata de alabanzas sin sentido para la fiereza de unos hombres que, olvidados del humano deber del descanso, recorrieron los caminos más agrios, con el arma al hombro, en constante persecución de extraños ejércitos empeñados por mantener un régimen de dependencia de que habían jurado deshacerse nuestros Padres.

La epopeya está por demás ponderada para que nosotros insistamos en sumar epítetos a los muchos que ha sabido labrar la Musa agradecida de la Historia. Debemos, en cambio, volver la mirada para meditar sobre los alcances de su obra y medir nuestro deber presente ante los grandes compromisos que tenemos contraídos con la Patria.

Una concepción de tipo romántico nos ha hecho considerar por largos años que, en orden a la libertad e independencia del pueblo, todo lo hicieron definitivamente nuestros mayores, y nos hemos dado con insistencia deleitosa al cultivo de una historia de mero carácter laudatorio, bien creídos de que los laureles segados por los héroes en los campos de batalla nos bastan para balancear nuestras propias cuentas con el tiempo. La Historia, muy de lo contrario, es operación de crítica colectiva encaminada a poner de resalto el deficitario balance en que vivimos con los ideales de la cultura. Ayer los héroes, animados de espíritu altruista y generoso, lucharon con denuedo por fijar sobre el

campo de la realidad política las líneas del progreso institucional. Les debemos, como pueblo, gratitud permanente por sus acciones y obligados estamos a exaltar su recuerdo para pagar con nuestra admiración rendido homenaje a su memoria. Pero, junto a esta legítima actitud de reconocimiento y con el orgullo natural de considerarnos moralmente sucesores de hombres virtuosos y patriotas, debemos examinar, para un fin de realidad inmediata, cuál sea la posición que nos corresponde en la hora presente del mundo. La historia y sus hombres representativos no son trasfondo estático para dar apariencia de lucimiento a nuestros actos en el escenario de la vida. La historia está pidiendo, por medio de nuestra propia actuación de hoy, el perfeccionamiento de los esfuerzos inconclusos de los mayores.

Por eso estas grandes fechas sirven a los pueblos para hacer su inventario social. Hoy venimos a memorar la gloria épica de los Jefes y Soldados que, bajo el experto consejo de Bolívar, ganaron en la llanura inmortal de Carabobo la batalla que aseguró la independencia de Venezuela y abrió para la Capital el alba de una nueva vida republicana. Pero nuestra actitud no debe ser la del curioso visitante que bajo la cúpula iluminada del Capitolio se extasía en la contemplación del Libertador que libra órdenes perfectas o en la admiración del Negro Primero que, agonizando, carga sus labios con una nueva promesa de fidelidad al Centauro de las Pampas. Nos cumple muy otra posición, por lo contrario. Precisa que abramos en el suelo de nuestra propia conciencia una interrogante clara y definidora acerca de nuestra conducta del momento. ¿Hemos correspondido como pueblo al ideal de creación que empujó las fieras caballerías que ganaron la victoria? ¿Hemos sabido dar nueva y constante vida en el área de la realidad política y social al esfuerzo de los héroes antiguos? El examen sereno de nuestros anales habrá de llevarnos fatalmente a la conclusión de que poco hemos hecho en el camino de enrumbar la República por las vías de dignidad humana que prendió la llama del heroísmo en el corazón de los constructores de la Patria. Mas, del examen de la realidad social y sin dejarnos tomar del pesimismo que ha presidido el pensamiento de muchos historiadores y sociólogos, debemos ganar la certeza de que la batalla no ha concluido aún. Bolívar está al frente de sus huestes, no ya para rendir a los enemigos de la independencia de la Patria, sino para poner a raya a los propios hijos que

se niegan a hacer efectiva la libertad y la justicia que sirvieron de empresa al estandarte de la Revolución. El está sobre el viejo caballo de la victoria, convocando para la perenne batalla en que saldrán triunfantes los ideales de la dignidad humana. Y somos nosotros, con nuestros trajes y con nuestras armas civiles, los soldados de esta empresa de continuada liberación. Nos toca ganar, bajo la égida de su nombre de Libertador, la jornada que nos libre de la coyunda con que una terca parálisis cívica trabó la marcha de la República.

Si con religioso respeto evocamos la memoria de los héroes, debemos a la par hacer nuestra la idea de que no ha terminado la lucha en que aquéllos ganaron su ración de gloria. La Patria reclama la vigilia de centinelas avizores de los nuevos peligros que se alzan en el camino de su progreso social. Con las dianas de Carabobo no fueron derrotados los enemigos de la República. Ellos quedaron escondidos en rincones penumbrosos. Ellos saltaron después hasta el propio puente de mando de la política y de los negocios públicos. Ellos vistieron más tarde los mismos vestidos de los héroes. Ellos se hicieron dueños, corrido el tiempo, de las fuentes de la riqueza nacional. Ellos siguen conspirando en todas partes contra la libertad y la independencia de la Nación. Y para vencerlos, hemos de acudir a la cita permanente que Bolívar nos da con su lección de desprendimiento y de energía.

Contra los agazapados, contra los simuladores de la democracia, contra los maestros del prudente disimulo, contra los que aconsejan el silencio de las opiniones como garantía de beneficios, contra los oligarcas que se empeñan por mantener a su servicio los intereses de la República, debe ser nuestro Carabobo de todos los días.

Para esa lucha sin cuartel ni sosiego se han trocado, en esta era fecunda de paz pública, los papeles de los ciudadanos. La batalla es nuestra. Somos los hombres y las mujeres civiles quienes debemos librar el nuevo combate. Las armas que defienden la integridad de la Patria y la estabilidad de las instituciones, se guardan en los cuarteles, al cuidado de Jefes y Soldados a quienes la República ha dado la encomienda honrosa de estar alertas para defender los penates sagrados. Ellos mantienen la tradición de dignidad que los grandes Jefes y los bravos Soldados de la

Guerra Magna supieron conquistar para el Ejército. Ellos son ojos y oídos que vigilan y brazo enérgico que defiende el orden de la sociedad. La Patria los respeta y los admira. Los ciudadanos confían en su constancia y sacrificio. Las leyes se saben sostenidas por la brillantez de sus espadas. Y en el día de la gran batalla libertadora, el pueblo los festeja con fe en su disciplina y con gratitud por su sacrificio. Bien sabe él cómo el Ejército, en esta nueva etapa de dignificación de la República, ha sido fornido apoyo de las instituciones democráticas. Bien sabe el pueblo cómo los Jefes y Soldados de su Ejército se han hecho dignos de la gloria que ayer conquistaron en los campos de guerra de nuestra América los heroicos paladines de la Libertad. Bien sabe el pueblo que es suyo ese Ejército, integrado por hombres salidos de su seno y dispuestos bajo la fe del juramento que renuevan en este día de gloriosas recordaciones, a ser baluarte de los derechos de la sociedad y no, como en épocas sombrías de la historia, instrumentos de bastardos intereses de grupos y garantía de ansias desmedidas de poder.

Al declarar solemnemente abierta esta sesión de Congreso, en la cual llevará la palabra de orden nuestro distinguido colega, el Senador Ramón Hernández Ron, hago votos porque todos los hombres de la Patria se sientan responsables de su función humana, para ganar nuevas batallas en el campo de la dignidad republicana; y, en nombre de la República, testimonio a los Jefes, Oficiales y Soldados de la Institución Armada el aplauso fervoroso de que se han hecho acreedores por la manera circunspecta con que han sabido contribuir al progreso cívico de la Nación. Porque, si ayer las propias leyes temieron la violencia de quienes se creían árbitros de la suerte del pueblo por tener el privilegio de las armas, hoy, en cambio, se sienten respetadas y seguras por la disciplina de cuerpos donde se hace la más cabal fusión de los conceptos democráticos y por la altitud moral de Oficiales que, sobre todo otro compromiso, saben poner el compromiso sagrado que tienen contraído con las instituciones de la República.

RAFAEL URDANETA
(1945)*

(*) Discurso del Presidente del Congreso Nacional. Tomado de: *Homenaje al General Rafael Urdaneta.* Caracas: Congreso de los Estados Unidos de Venezuela. 1945 (8 p.) pp. 5–8.

El Congreso de la República, en una de las más importantes de las sesiones ordinarias que celebró en el año en curso, acordó ofrendar esta lápida como tributo de respeto a la preclara memoria del General Rafael Urdaneta, de cuya muerte se cumple hoy el centenario.

Austera, como la vida del egregio repúblico, es la leyenda que perenniza el bronce del homenaje. "Si con dos hombres basta para emancipar la Patria, pronto estoy a acompañar a usted", dijo en solemne ocasión el ilustre patricio al gran Bolívar. Urdaneta, responsable de su misión histórica, sabía que la suya era vida que bien podía salvar la dignidad de la República, y a ella consagró por entero todos sus esfuerzos, al través de una larga y densa empresa. "Con más o menos fortuna, mi nombre figura en todas las épocas de su historia y con la dicha de no haber emigrado, siempre tuve la de cargar con el peso entero de las desgracias de la Patria", declaró el héroe, cuando los males físicos en 1839 le obligaron a pedir de la República la pensión que asegurase su inválida senectud. Su larga hoja de servicios, donde fulguran los combates y resaltan la temeridad de la resistencia y la audacia de la retirada salvadora, poco significan para la gloria del héroe ante el valor moral de aquella declaración ejemplar. "Grande será nuestra Patria cuando abunden ciudadanos que puedan resumir su vida pública con la sencilla dignidad con que el General Urdaneta relata sus grandes servicios, no para pedir honores ni recompensas, sino para asegurar, en mérito de ella, la ración de sus postreros días" escribí en la oportunidad de presentar a los niños de Venezuela la vida ejemplar del hijo ilustre de Maracaibo; y esas mismas palabras me complazco en repetir, a nombre del Congreso de la República, en la grata ocasión de ofrecer el homenaje que la representación nacional le consagra con motivo de esta conmemoración centenaria.

La memoria de Urdaneta debe ser lección permanente en nuestro proceso cívico, no por lo que ella valga en razón de su heroica vida de soldado, sino por el significado profundo de sus hechos civiles. Repugna a la justicia de la historia el paralelo entre quienes sirvieron juntos la causa de la libertad y la justicia. Cada héroe tiene su sitio en el panteón augusto de la posteridad, mas, en la apoteosis de Urdaneta precisa resaltar cómo fue la suya, vida que supo resistir todas las pruebas. Otros

gustaron mejor que él los deleites del triunfo; otros sintieron sobre la frente el agobio de coronas de más lustres; otros oyeron con más intensidad los ecos de la apoteosis, pero ninguno como él tuvo la fortuna de ver rematada la parábola normal de su destino humano, sin que hecho alguno maculase la hoja de sus grandes servicios de fundador de la República. Primero, el hombre de acción audaz en el campo de batalla; primero, el organizador de los ejércitos que salieron a ganar la libertad; primero, el recio repúblico y la mano vigorosa que detuvo la furia desatada de las pasiones; después, el hombre reposado a quien consultan como arúspice certero los gobiernos civiles y a quien se busca como prenda de unión cuando la República es amenazada por la intestina discordia. Sirvió a la Patria en la guerra y fue el mejor apoyo de sus instituciones civiles. Marcó camino sobre la variada geografía donde la lucha tuvo su marco inmenso de dolores y victorias y señaló más tarde rumbos en las agrias pendientes de las pasiones donde perecen las virtudes públicas. Austera y pulcra, su vida quedó por ejemplo de varones que saben mirar la política como oportunidad de poner los recursos morales de la persona al servicio de las necesidades sociales y no como ocasión de poner los recursos de la sociedad al servicio de obscuros y egoístas intereses personales. Si Urdaneta es grande cuando defiende a Valencia y grande cuando llega más tarde a Tunja con las reliquias del ejército que supo salvar, gracias a una acción que le da título para ser llamado el Jenofonte de nuestros libertadores y grande cuando se esfuerza como último Presidente de la Gran Colombia en mantener la unidad de la República que hubiera dado a nuestros pueblos reciedumbre decisiva en la política continental, sus proporciones de repúblico exceden toda medida al declarar a la hora de la muerte que sólo deja una viuda y once hijos en la mayor miseria. Era el testamento del ciudadano virtuoso que hizo de su vida una lección de justicia y rectitud. De no haber muerto entonces, el sufragio del pueblo lo habría elevado sin disputa al solio presidencial y, aunque el hipotético no sea tiempo en que suela conjugar la historia, Venezuela hubiera tenido mejores días y el propio Congreso hubiera visto a su antiguo Senador blandir la espada victoriosa para salvar sus fueros de los desmanes que en el populacho provocó la artera discreción de un Ejecutivo deseoso de gobernar sin la fecunda contradicción de los legítimos representantes del pueblo.

Guerrero, magistrado, legislador, biógrafo de sus propios hechos, la existencia de Urdaneta representa la continuidad de un noble pensamiento puesto al servicio de la Patria. Por ello, el Congreso de Venezuela, haciéndose vocero de la justicia nacional, propone su memoria a la constante meditación de los ciudadanos que buscan con sus actos de hoy la vigencia de los grandes ideales de dignidad humana que sirvieron de numen a los constructores de la nacionalidad.

Reciba, pues, esta ciudad feliz, que tiene por singular presea haber nutrido la infancia del héroe, el bronce simbólico que la Representación Nacional ofrece en nombre de la gratitud del pueblo de Venezuela a la memoria ilustre del máximo ciudadano del Zulia.

Maracaibo, 23 de agosto de 1945.

JOSE GREGORIO MONAGAS
(1945)*

(*) Discurso del Presidente del Congreso Nacional. Tomado de: *Homenaje al General José Gregorio Monagas.* Caracas: Congreso Nacional, 1945 (32 p.) pp. 12–15.

El Congreso Nacional al acoger unánimemente la noble idea de honrar la memoria del General José Gregorio Monagas en la oportunidad del sesquicentenario de su nacimiento, no ha pensado sólo en la gloria inmarcesible del famoso lancero que ayudó con su constancia y su fiereza a ganar la libertad política del mundo americano. Si muchos son los merecimientos del patriota oriental y por demás notorios los servicios que prestó a la causa de la Independencia, ellos se confunden, sin embargo, en la gloria inmortal de una epopeya cuyos fulgores a todos deslumbra, pero cuya insistente alabanza, por la demasía de las hipérboles, ha creado un sentido de suficiencia en el estudio de nuestra historia, que durante mucho tiempo fue motivo para que nuestro pueblo se mantuviese en actitud de estática contemplación ante los hechos del pasado.

Por manera feliz ha sido ya superado el ciclo de nuestra historia heroica, y la fuerza creadora de la Patria no se mira hoy en los brazos que sostuvieron en alto las banderas ni en las huestes aguerridas que fatigaron el ancho suelo nacional para ganar la hora de las victorias definitivas. Nuestro acervo patrimonial se busca en los hechos que dieron fisonomía a las instituciones y en el pensamiento que logró vigencia para una historia en constante función de realizarse. Y entre los grandes valores humanos que ayer fijaron directivas a la acción de nuestra política y a la conducta de nuestros hombres, José Gregorio Monagas tiene sitio puntero, que reclama la loanza de todas las épocas y la gratitud de todas las generaciones.

De Haití trajo el compromiso el Padre de la Patria. Como sola recompensa por la obra generosa de Petión, Bolívar le dio promesa de libertar a los esclavos de Venezuela. En la Villa del Norte y en Ocumare

y en Carúpano y en Angostura, reafirma su propósito y declara y pide, como ya lo venían pidiendo la conciencia democrática del pueblo y los hombres que se habían alzado para expresar sus anhelos de justicia, que todos los pobladores de la Patria deben ser iguales en el disfrute de la libertad natural que les corresponde por el hecho de ser hombres. Mas, si mucha es la fe de Bolívar y son por demás sinceras sus promesas, pronto tropieza con la oposición de los intereses de las clases conservadoras, que veían por cosa natural la permanencia del régimen esclavista y que en el Constituyente del Rosario de Cúcuta inventaron el sistema de la libertad de los vientres para poder seguir en el goce del trabajo servil de los semejantes. Leyes tras leyes se dictaron en orden a manumitir a los esclavos y espíritus generosos porfiaron a convencer de la justicia que asistía a las clases sometidas a servidumbre; pero inútiles resultaron los esfuerzos de los idealistas y el empeño de los Legisladores ante los intereses de los poderosos y ante la lógica aparente de principios que hacían legítima, aun con argumentos canónicos, la explotación del hombre como instrumento mecánico de trabajo.

A Monagas correspondió la honra singular de pedir al Congreso una ley que absolviese de todo reato de dependencia a los sufridos esclavos y a él tocó, como Jefe del Ejecutivo, mandar a cumplir el ordenamiento legislativo en que se declaró abolida para siempre la esclavitud en Venezuela.

"Benefactor de la humanidad" llamó el Congreso en 1864 al eximio Presidente cuya memoria recordamos para expresarle la gratitud del pueblo y para enfervorizar nuestros propios sentimientos de libertad y de justicia. Si el Congreso, al encuadrar en lineamientos legales los principios de justicia que habían animado a la Revolución Federal, evocó el recuerdo del héroe a quien en el terreno de los derechos humanos correspondió dar remate a los ideales de libertad de los Padres de la Patria, bien está que nosotros exaltemos, como lección de fecundo ámbito, su actitud de 1854, para proponerla a la meditación de nuestro pueblo, en esta hora de angustia y de esperanza, en que los hombres discuten sus derechos y procuran afianzarlos sobre bases soberanas. Una inquietud semejante a la que animó a los contemporáneos de Monagas, inspira a los hombres presentes que en el terreno de la realidad social

buscamos para todos los venezolanos la consolidación de su libertad integral. Bien sabemos que el paso provocado por el Libertador de los esclavos, necesita de un empuje mayor para hacer efectiva la libertad de los antiguos siervos. No es libre aquel a quien las leyes declaran por tal. Es libre el hombre cuando dispone de medios económicos que le permitan realizar su propia personalidad. Sin cambiar la estructura social que somete los hombres a servil dependencia respecto de quienes detentan los instrumentos de producción, aquéllos seguirán siendo esclavos a los que vacías declaraciones de principios ofrecen disfraz de ciudadanos. Esa ha sido a lo largo de nuestra historia de República la existencia de los hombres que entendió libertar el espíritu generoso de Monagas, y con ellos, la de los hombres de progenie franca, que han visto absorbidos los frutos de su esfuerzo por la vieja oligarquía del poder y la riqueza. Noventa años de decirse libres cuentan las clases esclavas que arrancan de los negros traídos durante el régimen colonial como bestias de carga en el fondo de los barcos negreros. Libres los llamaron las leyes y libres se dijeron a sí mismos cuando rompieron el grillete y abandonaron los cepos de la hacienda. Pero esclavos han seguido siendo y esclavos continuarán en el terreno de los hechos, si la República no cambia las formas del trabajo y no mejora los sistemas de distribución de la riqueza.

A nosotros corresponde perfeccionar el benéfico decreto de Monagas. A nosotros nos toca tomar la lección del insigne Presidente, cuya memoria exaltará con el maravilloso colorido de su verbo de poeta, el Diputado Andrés Eloy Blanco, y con la lección darnos, en consecuencia, a la obra de mejorar la vida social de nuestro pueblo.

Que sean nuestras sesiones de Congreso como prolongación de aquella reunión memorable de 23 de marzo de 1854, en que este Cuerpo, consciente de su deber y dispuesto a servir la causa de la justicia, declaró que no habría más esclavos en Venezuela. Y que ésta que solemnemente declaro abierta para honrar la memoria del noble animador de la justicia de los siervos, no se vea como acto pasajero dedicado a la alabanza de un héroe, sino como voto irrevocable de hacer nuestra la bandera altruista que, en plena vida civil de la República, enarboló en el asta gloriosa de la

vieja lanza, herrumbrada por la sangre de los enemigos de la libertad de América, aquél que hizo efectivos en el terreno de la legalidad, las promesas del Padre de la Patria.

Traigamos como ejemplo de confianza el recuerdo de la obra trunca de 1854 y con la certeza de acabarla, cerremos nuestros oídos a las voces de la insidia que, hoy como ayer, y con turbios fines de medro personal, riegan falacias y tuercen intenciones, para obstruir los caminos que nos conduzcan a la liberación integral de los trabajadores venezolanos. Imitemos la actitud resuelta de nuestros antepasados y aboquémonos de lleno a la reforma de los sistemas que atan los hombres a servidumbre semejante a la esclavitud antigua. Hagamos nuestra la consigna de libertad que en el orden político levantaron nuestros mayores y, ofreciendo tierras y seguridad para el trabajo a nuestras clases explotadas, digamos en nuevos instrumentos, como los Congresantes del 54, que queda abolida para siempre la esclavitud en Venezuela.

LA TRAGEDIA DE PEÑALVER (1949)*

(*) Tomado de la 1ª ed. Bogotá: Edit. Iqueima. 1949. 77 p.

En este modesto ensayo he procurado fijar, a través del examen de la eminente personalidad de don Fernando de Peñalver, las circunstancias iniciales que anunciaron la ruptura de la unidad de Colombia la grande. Otros las han estudiado con más éxito en el campo general de la historia, ora por medio del análisis de la impetuosa personalidad del General Páez, ora a través de la política del General Santander. He preferido seguir el desarrollo de los sucesos tomando como punto de referencia la tragedia de Peñalver, hombre prudente que representa la actitud dialéctica de quien, si bien ama los principios, piensa, a la vez, que los hechos tienen una filosofía de la cual no es fácil ausentarse.

He procurado, también, ser fiel al método que he aplicado en otros estudios de hechos y personajes de la historia de mi Patria: el dato frío, he procurado presentarlo con la emoción del momento, a fin de que se sientan un poco el ambiente y las circunstancias que rodearon a los actores, pues creo que el ensayo histórico reclama que el autor se adentre en el ánimo de los personajes para comprender la razón de sus reacciones psíquicas.

Pocas figuras como la de Peñalver representan la angustiosa trayectoria del pensamiento político venezolano. Más que cualquiera otra nación de América, Venezuela muestra una intensa saturación de conceptos contradictorios. La paz colonial –en cuyo seno ya se habían hecho sentir gérmenes fecundos de una dialéctica que era fiel expresión del anhelo de progreso social latente en los varios sectores de la comunidad– fue sustituida por una etapa en que afloraron con lo caótico de toda creación, los más encontradizos sistemas. Mientras en otras regiones de América perduró incólume la estructura social

pre-republicana, en Venezuela se hizo presente desde temprano un movimiento muy diverso. La vieja sociedad oligárquica luchaba ferozmente con el nuevo concepto igualitario de la vida.

Cuando presidía la República el gallardo General Soublette, solía éste pasearse a la tarde por las calles caraqueñas en unión del Representante diplomático de la Gran Bretaña, Coronel Belford Histon Wilson, el leal edecán de Bolívar, y coincidían en topar con un negro guapetón que atinaba a preferirlos en la acera. Ante la insistente actitud del irrespetuoso transeúnte, Soublette, requerido por Wilson, le reclamó si acaso ignoraba que él era el Presidente de la República. Y el negro, muy en las suyas, hubo de responderle: "Sí lo sé, pero aquí toitos semos *iguales", a lo que el demócrata Soublette, poniéndose a tono con la filosofía política de su interlocutor, se limitó a decirle: "Bueno, entonces, y en obsequio de esa igualdad, una vez tomas tú la acera y otra yo". Esa conciencia igualitaria creó a la vez una igualdad anárquica de aspiraciones, difíciles de ser contenidas dentro del marco de un sistema legal desprovisto del soporte de una cultura popular, capaz de hacer comprender a los hombres que la democracia no es libertad para hacer lo que se quiere, sino actitud reflexiva que obliga a querer hacer lo que se debe.*

Cuando las pasiones insurgieron con toda su potencia, en medio de una sociedad aún bajo signos vegetales, se pusieron frente a frente ambas tendencias. El "querer" y el "deber" buscaron su expresión idónea: Páez fue la fuerza de lo primero; Peñalver representó la reflexión de lo segundo. Eran voces de una misma sociedad que se buscaba a sí misma para realizarse. De esa lucha resultaron modificadas las mismas instituciones planeadas por los ideólogos de la libertad y de la independencia. Hoy, en cambio, nos cuesta trabajo mirar la razón que tanto asistía a los unos como a los otros, ya que el error fundamental de muchos críticos estriba en querer que los hechos antiguos se hubieran resuelto de acuerdo con su presente punto de vista personal.

M. B – I.

Bogotá, febrero de 1950.

I

EL AUSTERO REPUBLICO.- EL CINCINATO DE "LOS AGUACATES".- CAMINO DE "LA COSIATA"

Yo veo a usted como el representante de nuestra venerable vejez; como el amigo y compañero de nuestros padres y progenitores; me parece oír la voz de un anciano que conoce el pasado y prevé lo futuro; que dice la verdad, sin temor de su amargura, sin deseo de lisonjear y sin miedo de desagradar. Continúe usted, mi querido Peñalver, con ese estilo verídico, que tanto importa a los conductores de pueblos", decía en carta del Cuzco, el 11 de julio de 1825, a don Fernando de Peñalver el Libertador Bolívar. La alabanza es justa y bien intencionada. Se trata con ella de enaltecer los altos merecimientos y las virtudes republicanas del Gobernador de la flamante Provincia de Carabobo. Bolívar está tan íntimamente unido por la amistad a don Fernando, que éste le da el tú en el trato íntimo, mientras los mismos compañeros del Padre de la Patria se estiran hasta llamarlo Excelencia en las menudas conversaciones. Y no es tan viejo como lo hace aparecer la ponderación elogiosa de Bolívar. Frisa con los sesenta años el íntegro servidor de la República, mas el don de consejo, la austera conducta, la rectitud de los juicios, la cultura que le adorna, han hecho de él prematuramente un Néstor venerable, de quien solicitan luces en el momento de las dificultades los constructores de la nueva Patria.

Desde 1823, después de haber puesto orden a los caudales del fisco en el cargo de Director General de Rentas del Departamento y de haber rehusado la Intendencia de Venezuela, ha tornado a radicarse, con su

hija Mariquita, apenas de seis años, y de su sobrino Martín, de cosa de diez y seis, en la ciudad de Valencia. En la paz nueva de su menguado hogar, pobre de voces y de afectos, el noble patricio ha memorado las agitadas circunstancias de su vida: desde la época en que vino de Píritu, a instalarse en estos valles en unión del hermano Pedro, cuya cultura sorpendió al Barón de Humboldt, hasta sus últimas actividades caraqueñas, pasando por el recuerdo de los esfuerzos primigenios que realizó para sumar a Valencia a la causa revolucionaria de Caracas; por sus grandes momentos en el primer Congreso de la Patria; por sus peripecias de desterrado en la isla de Trinidad; por su actuación brillante al lado de Bolívar, para dar vida en Angostura a la Segunda República de Venezuela, de donde arrancó esta maravillosa Colombia que es asombro de los políticos del viejo mundo; por su misión a Londres, donde solazó el espíritu en amenas pláticas con Bello, y por sus brillantes debates en el Congreso de Cúcuta, cuando se dieron líneas formales a la nueva República de Colombia. Ahora, la mayor parte del tiempo consagra a apuntalar la descaecida salud y a mejorar los cultivos de su hacienda de "Los Aguacates", a cuyos aires generosos mejor convalece de sus males.

A requerimiento de su amigo y fervoroso admirador el General Francisco de Paula Santander, que ejerce la Vicepresidencia de Colombia, ha aceptado el cargo de Gobernador, y si bien comprende que "todo el mundo lo estima y está contento con su administración", lamenta tener en semiabandono las labores agrícolas, iniciadas desde su avecindamiento en el distrito a fines del pasado siglo. Ausente de sus tierras desde el terrible año 14, encontró la hacienda casi perdida, pero ya ha logrado plantar en ella hasta tres mil matas de café, con "cuyo producto espera pasar una vejez cómoda y tranquila", a no ser que los acontecimientos de la política rompan su esperanza. Si en verdad el café ha caído mucho de precio, pues sólo pagan a diez o doce pesos la carga, en general la industria rudimentaria y el comercio se fomentan con gran entusiasmo. De nuevo se está formando la riqueza que devoró la guerra, y el añil y el cacao obtienen buenos precios en el mercado. Los pueblos quieren paz y garantías para convalecer de los innúmeros trastornos de la lucha sangrienta que devastó a la Provincia, y a la cabeza de ésta un hombre de la rectitud y luces de Peñalver es prenda de sosiego colectivo.

Político realista, deja de lado el afán de las teorías y cierra oídos a la intriga de quienes sólo miran el gobierno como fácil oportunidad de medro, para mirar con ojo previsor a la reconstrucción de la riqueza pública. "En Venezuela, dice Santander, todos los agricultores están arruinados por la guerra, la libertad de los esclavos, los censos y otras cosas; todos bendecirán al bienhechor que les proporcionase el dinero que necesitan para replantar sus posesiones incultas por falta de medios con que hacerles fructíferas otra vez". Deja en silencio "las otras cosas" que han contribuido a la ruina de la agricultura, pero él bien las conoce: en carta a Bolívar, por noviembre de 1821, le había hablado de las fatales consecuencias de los secuestros y confiscaciones efectuados por los españoles, acrecidas por las que derivaron de la ejecución de iguales medidas retaliativas impuestas por los Congresos de Angostura y de Cúcuta.

Pero por más que se empeñe en llevar orden a la administración, en promover la riqueza general y en hacer brillar la justicia, no faltan ataques calumniosos que alteren su quietud. Porque un reo de asesinato cometido en el distrito de Barquisimeto ha huido de la prisión, el revoltoso de Antonio Leocadio Guzmán les ha propinado a él y a su Asesor Muñoz Tébar, una serie de injurias desde las columnas de "El Argos", que si bien tropezaron con la repulsa universal de los lectores, lo obligaron a salir a la palestra periodística, no tanto para deshacer las invectivas y castigar a Guzmán, cuanto para censurar los abusos a que conduce un mal régimen de prensa, garantía ésta, "la primera y más preciosa de la libertad, convertida aquí y toda Colombia en puñales para darle muerte". El no baja al terreno de lo personal. Su defensa la encuadra en líneas acordes con la austeridad y sencillez de sus costumbres. Para golpear al calumniador están otros que, como el Coronel de Lima, usan los argumentos del machete. Por eso Guzmán, exhibe ahora las cicatrices ocasionadas por la tunda que le aplicó el ofendido militar.

En este agitado año de 1826 las cosas no andan bien en Venezuela, aunque tampoco han sido buenas en los años últimamente corridos. Caracas desde 1821 es un infierno de intrigas. Y Peñalver las conoce muy bien. El sabe, como lo ha dicho a Bolívar en 1825, que "los caraqueños con nada están contentos". Al entrar en la capital la bandera

colombiana, después del triunfo de Carabobo, Caracas estaba constituida por una sociedad más colonial que republicana. La lengua la tenían curtida sus hombres de jurar fidelidad a Fernando VII. Las autoridades, en consecuencia, hubieron de luchar con una serie de intereses facciosos que era preciso descabezar desde un principio. La revolución triunfante tenía que aniquilar las fuerzas enemigas, constituidas en primer término por los españoles adheridos fanáticamente al fernandismo. Cuando el General Carlos Soublette empezó a cumplir la orden de expulsión de los españoles enemigos de la República, Peñalver la aplaudió por considerarla "de primera necesidad y de mucha importancia la exactitud de su ejecución". La medida era en verdad dura y rompía un tanto las leyes de la concordia humana, pero la imponía la guerra aún sin concluir: Puerto Cabello estaba en poder de La Torre y los valles circundantes de Caracas se hallaban infestados de guerrilleros realistas. Sin embargo, los hombres de la capital hicieron una terca oposición y se convirtieron algunos patriotas en protectores de los españoles expulsos, entre ellos nada menos que el propio sustituto de Soublette en la Intendencia, el Marqués del Toro, "cuya extrema bondad, edad algo avanzada y gusto por tener muchos amigos", lo llevan a condescender con los intereses de la vieja oligarquía territorial, encabezada por "los grandes cacaos", de que él es conspicuo exponente. A la par que se robustecen los godos, se ha venido formando una corriente de extremado tinte liberal, que ataca la propia Constitución, el nombre de Bolívar y la integridad de Colombia. Sin mirar los peligros de la permanente amenaza de España, que tiene en lo interior adictos prudentes y vigilantes, y buenos ejércitos en Cuba y Puerto Rico, los políticos han emprendido desde las columnas de la prensa una obra constante de disociación de las fuerzas sociales. Primero en "El Venezolano", después en "El Constitucional", en "El Cometa" y demás hojas de Caracas, Tomás Lander, Domingo Briceño y Briceño, Antonio Leocadio Guzmán, Martín Tovar Ponte, Pedro Pablo Díaz, Domingo Navas Espínola, Núñez de Cáceres, Espinal y otros más, riegan ideas encaminadas a promover un cambio en la propia estructura de Colombia. Se habla de Federación que venga a aminorar la autoridad representada por los gobernantes que residen en la antigua Santa Fe y a levantar a Caracas de su decaída condición política. Se buscan nombres venezolanos para sustituir a Santander. El Coronel Francisco Carabaño, con su experiencia en política española, anda enredado en estos líos y las

ambiciones de Mariño suman motivos de recelo al aire de tormenta que se respira en Caracas. El doctor Cristóbal Mendoza, patriota antiguo y austero, ha escrito que "vale más ser alguacil en otra parte que Magistrado aquí". No advierten quienes atacan la integridad del Estado colombiano, que la gran república creada por Bolívar es por hoy necesaria máquina política para la consolidación de la independencia, y para lo futuro, de ser superados los reatos determinados por la variedad estructural de las diversas regiones, edificio poderoso, capaz de resistir el peligro del imperialismo anglo-americano, que ya anda enredado en la obra de dividir a las repúblicas de raigambre hispana, para mejor imponer sus desorbitadas influencias. El espíritu de facción no oculta sus propósitos, y cuando lo ha creído conveniente, con Mariño a la cabeza, ha susurrado lisonjas a Páez para pintarle su derecho a presidir la gran República.

Páez aún oculta sus impetuosas aspiraciones de mando y se muestra fiel a las leyes de Colombia; pero, sin quererlo él mismo, ha caído en la red de los facciosos. De aquí a ser faccioso no hay sino un breve paso. Por noviembre de 1824 nombró para Secretario suyo al Coronel Carabaño. Satisfecho con las pruebas de lealtad que le ha pedido, Páez espera que el novel Secretario "combatirá y logrará al fin destruir la facción que con máscara de libertad quiere reducir la Constitución y leyes a un modelo de antojos punibles que son destinados exclusivamente a destruirlo todo y plantar su propio deseo", según ingenuamente dice el Comandante General de Venezuela al Vicepresidente Santander. Un año después, ya tomado de las ideas que ayer combatía, el propio Páez externará al mismo Santander su enemiga contra los magistrados y hombres de leyes, que él compendia en la genérica atribución de la palabra abogado. "Morillo le dijo a usted una verdad en Santa Marta sobre que le había hecho un favor a la República en matar a los abogados; pero nosotros tenemos que acusarnos del pecado de haber dejado imperfecta la obra de Morillo no habiendo hecho otro tanto con los que cayeron por nuestro lado".

Esta urdimbre de intrigas y de contradicciones forma la atmósfera de Caracas cuando comienza el funesto año de 1826. A decir verdad, son pocos los que saben a ciencia cierta lo que quieren y persiguen en medio del dédalo confuso de la política. Tanta vaguedad hay en todo, que se ha

aplicado la cómica expresión de "La Cosiata" a lo que cabe en la incertidumbre del momento. A Páez, símbolo de la gran fuerza orgánica de Venezuela y caudillo afortunado que posee recursos para dominar los impulsos anárquicos, se le adula y se le teme. Del mismo modo como están dispuestos los políticos a ganárselo por la lisonja, están también a la husma de cualquier circunstancia que lo pierda. Y ésta no tarda en llegar. El 6 de enero el Comandante General resuelve hacer efectivas las prevenciones tomadas el 29 de diciembre pasado para organizar las milicias de conformidad con un reciente decreto del gobierno. "El pueblo –escribe el Intendente, General Juan Escalona –aunque había visto que las reuniones precedentes habían sido infructuosas, no por eso dejó de cumplir en algún modo con la prevención que se le había hecho: cuando se encontraban reunidos como ochocientos hombres, S. E. el Comandante General, sin atender a esto, a las reuniones inútiles que habían precedido, y a que siendo día de Pascua la mayor parte del vecindario se encontraba en los campos, dio órdenes a los batallones "Anzoátegui" y "Apure" para que salieran en guerrillas por la ciudad a recoger cuantos hombres encontraran por las calles, sin distinción de personas ni de edad, con prevención, según estoy informado, de hacer fuego a los que huyeran, y registrar las casas que fuera preciso. Cuando se me participó esta medida tan escandalosa como contraria al espíritu de nuestras instituciones, ya andaban las guerrillas por la ciudad. Penetrado de la violencia que ella envolvía, y a que su tendencia era precisamente exasperar a los ciudadanos y turbar la tranquilidad de la república, exigí verbalmente, como se había hecho su participación, que la suspendiera, en el concepto de que tomaría las providencias más eficaces para que la milicia se organizara. En efecto se suspendió, aunque puedo asegurar que después de consumada la obra, como que fui testigo presencial del modo con que las partidas conducían a los primeros ciudadanos, confundidos con los esclavos, con los que encontraban en las tabernas y con los ancianos. No contento el General Páez con insultar de este modo al pueblo, vertió contra él a su presencia en San Francisco las expresiones más duras, como estoy informado por personas respetables, hasta tocar al peligrosísimo extremo de amenazar que destruiría una de nuestras más preciosas garantías, cual es la libertad de la imprenta, si ésta se ocupaba de denunciar lo ocurrido con motivo de la milicia".

Este hecho, desgraciado por la violencia y el desafuero con que se ejecutó, provoca la natural repulsa del público y de los funcionarios. El Intendente informa de él a Bogotá, y la Municipalidad, en nombre del ofendido pueblo de Caracas, formula acusación el 16 de enero por ante la Cámara de Representantes. Santander considera "sin importancia" los sucesos, pues tiene de ellos otra versión que le ha enviado el propio General Páez, y así lo informa a los señores de la Cámara, mas éstos no son del mismo parecer del Ejecutivo y formulan ante el Senado acusación contra el Comandante General de Venezuela.

Cuando Peñalver sabe en Valencia que ha sido admitida en el Congreso la querella contra el General Páez, si bien lo lamenta, huelga a la vez con la noticia de que Santander ha escrito a Páez para decirle que tomará el mayor interés en cortar el asunto. "Sería lo más prudente y acertado", escribe el íntegro repúblico al Libertador con fecha 7 de abril. El considera que el General Páez "ha marchado de muy buena fe con el Gobierno, que obedece y respeta sus órdenes y leyes y que el gusto del mando se le ha ido adormeciendo con la ocupación que le dan las empresas de establecimiento de hatos, haciendas de añil y otros negocios". "La tranquilidad que ha disfrutado Venezuela desde que la ocuparon nuestras armas, agrega Peñalver, se ha debido al General Páez". Pero la meditación realística que se hace al Gobernador de Carabobo, no es el numen que inspira a los políticos del Senado de Colombia, quienes, sin reflexionar sobre el peligro de su conducta y guiados por la sola luz de los principios quebrantados, resuelven suspender de su empleo al General Páez y lo emplazan a presentarse en Bogotá para el curso del proceso. En vista de ello, Santander confía imprudentemente la Comandancia General de Venezuela al General Juan Escalona y designa al benemérito Cristóbal Mendoza para llenar la vacante ocurrida en la Intendencia. En época de menor peligro sería digno de elogio este escogimiento de Escalona: con él se vindica la honra de un gran patriota escarnecido por el General Páez, pero en estos graves momentos, más que justicia al viejo prócer, es tanto como sumar una nueva provocación al temperamento impetuoso y soberbio del depuesto Comandante, representante de la fuerza de un callado querer colectivo que busca nuevas formas para satisfacer sus aspiraciones de nacionalidad independiente.

A fines de abril se halla en Valencia el General Páez. Dice que está dispuesto a trasladarse a Bogotá y que se ocupa en arreglar algunos negocios particulares. Pero en Valencia está también Miguel Peña, enemigo de Santander y de Colombia, y a quien se ha hecho responsable de un feo negocio con los dineros públicos. En el curso de la vida de Venezuela el fogoso abogado aparece por segunda vez para marcar su suerte en forma definitiva. Como no perdonó a Miranda la pena impuesta a su padre en la campaña de Valencia, y a pesar de haberle aquél abrumado de favores posteriormente, hizo preso en La Guaira al Precursor y lo entregó a las autoridades realistas; como detesta a Santander por la suspensión a que lo condenó el Senado y por el reclamo de los gruesos fondos apropiados bajo una supuesta operación de cambio de moneda, susurra palabras que enervan el ánimo de Páez. Pero Peña es sutil y sabe armar la tramoya para el drama en que será abatida la fuerza de las instituciones. En público se hace el defensor de la Constitución. A Páez, en cambio, dice que el papel que lo destituye es por sí solo una revolución. En los conventículos políticos atiza la llama que va a incendiar el edificio de la República. Para comprometer al pueblo humilde, sumiso y perpetuo soporte, hoy y mañana, de demagogos y farsantes, esparce la especie de que el gobierno de Bogotá ha "declarado la persecución del General Páez y la suya por el solo motivo de ser pardos y no ser indiferentes a la suerte de sus semejantes". El ambicioso Francisco Carabaño, que ocupa la Jefatura del Estado Mayor, es buen aliado para esta laya de negocios. Están unidas la perfidia que amaña los principios y la perfidia que afila, para el asesinato de las instituciones, la hoja de las bayonetas. Tan confusas son las pasiones, que la misma María Antonia, revoltosa hermana de Bolívar, aconseja a Páez que resista las órdenes de Bogotá. Sobre las arenas de la lucha, destrozado y convertido en yerto cadáver, quedará el cuerpo augusto de la ley.

II

EN PLENA COSIATA.- LA QUIEBRA DE LA LEGALIDAD. LA LEY DEL BOCHINCHE.- SACRIFICIO DE PEÑALVER

En busca de quietud y clima para su quebrantada salud, don Fernando de Peñalver ha venido a pasar algunos días a su finca de "Los Aguacates". Mejor está entre los rústicos y sencillos peones, que en medio de la agitada sociedad de los políticos. Mas el alivio que aspira conseguir con la mudanza de aires lo detienen los afanes del gobierno. El 25 de abril un propio le trae oficio del Jefe del Estado Mayor, en el cual se le representa el pésimo estado en que se halla la tropa y la consiguiente necesidad de arbitrar fondos para atender a su mantenimiento. El caso es urgente y desde el propio lecho donde se halla postrado por la fiebre, dirige oficio al Jefe Político del Circuito, "para que, convocando a los comerciantes y vecinos propietarios, les interese a prestar algunas cantidades con que socorrer las "tropas". Pero dos días después recibe el aviso de que el Senado de la República ha admitido la querella contra el General Páez y de que se ha ordenado a éste hacer entrega del mando. Ante la gravedad de la noticia, don Fernando, así sea menguada su salud, hace enjaezar la vieja mula y regresa rápidamente a la sede de su gobierno, por creer necesaria en ella su presencia.

Apenas llegado a la capital de la Provincia, se informa el Gobernador de que el Jefe Político, sustituto suyo en la autoridad provincial, había reunido en la mañana del propio día a los señores del Ayuntamiento para considerar el caso del empréstito. Con el Jefe Político, don José Jacinto Mujica, concurrieron los Alcaldes don Carlos Pérez y don Francisco

Gadea, los Regidores don Pedro García, don Rafael Vidoza, don Pedro Castillo y don José Antonio Villanueva y el Síndico Municipal don José María Sierra. Abierta la suscripción voluntaria, se designó a los cabildantes Vidoza y García para continuar recogiéndola entre los vecinos de la ciudad y al señor Villanueva para hacer lo mismo entre los campesinos. Pero como el asunto se relaciona con el bienestar de la tropa, fácil fue hacer que la conversación rodase hacia el tema del día: la separación del General Páez del mando del Ejército y la consternación que este hecho ha llevado a los cuarteles. Todo este grupo de hombres es paecista y juzgan y declaran que el General "vale él solo por un ejército", hasta proponer que en caso de ser atributo del Municipio determinar acerca de tan grave negocio, se avocasen a dictar alguna medida que evite el cumplimiento de la orden del Senado.

Claro que la respuesta negativa estaba al alcance de cualesquiera de los presentes, así no fuesen peritos en leyes, mas resolvieron, ya tomados como están por el espíritu de facción, hacer comparecer en la Sala Capitular a los abogados y hombres de letras de la ciudad. Pronto hicieron acto de presencia los doctores José Antonio Borjas, Jerónimo Windixvojel y Miguel Peña, y luego a luego se compusieron en acordar que la Municipalidad expresase a su Excelencia el General Páez la pena profunda que para todo el vecindario constituye el hecho doloroso de su separación del Departamento de Venezuela.

Cuando don Fernando se informa de lo ocurrido, desaprueba la actitud de los capitulares metidos en materia extraña a su competencia y no sin angustia se impone de que la ciudad se halla en estado de grande inquietud y alarma. Visita a Páez y encuentra a éste en el mejor ánimo de someterse a las leyes de la nación, con lo que huelga grandemente. Pero Carabaño, Peña y demás cómplices están dispuestos a evitar la separación de Páez. Para vestir la farsa es preciso que el General aparezca empujado por fuerzas extrañas a su voluntad y aunque el Cabildo sea adicto a Páez, urge a la vez presionarlo por medio de hechos que den apariencia de necesidad a los actos que se fraguan. Páez en realidad cuenta con grandes afectos entre el pueblo, y a Peña, Carabaño, Sistiaga, Escuté y demás conjurados es fácil hacer elevar representaciones cerca del Ayuntamiento para que éste tome la voz de la ciudad. Una

nueva reunión es convocada por el Jefe Político en la mañana del día 29 y en ella sirve Peña de asesor con menos escrúpulos que la vez pasada. Concurre Peñalver en su carácter de Gobernador y después de haber expuesto la ilegalidad de la reunión, logra con grande energía su disolución. Pero los facciosos van a más: ellos pueden movilizar desórdenes que hagan subir el tono de la alarma y con tal fin organizan partidas que aterren a los vecinos. Se difunden falsas noticias. Se piensa en el propio asesinato del Gobernador, para soliviantar el sentimiento público. Pero Páez no quiere que se llegue a tanto y cuando se le informa que están listos los puñales que darán muerte al venerable patricio, se opone enérgicamente al bárbaro proyecto y en su lugar tres humildes jornaleros son asesinados por orden de Escuté.

En la noche del 29, mientras los conjurados preparan los ánimos para el desorden y meditan el propio sacrificio del Gobernador, éste, con serenidad que llega a los límites del candor, juzga la situación del momento y escribe a Santander sus reflexiones. En su carta califica de imprudente la conducta de los hombres del Senado, quienes parece que estuviesen ignorantes de "que este Departamento tiene al frente a Puerto Rico y en su suelo un volcán que humea continuamente y que si hasta ahora no ha hecho su explosión se debe a que manda en él el General Páez". Después le informa que el depuesto Comandante "merece el elogio de los buenos patriotas porque se ha sometido a la ley con mucha sinceridad y moderación". Pese a sus años de experiencia, don Fernando no ha sabido ver en la laberíntica conciencia del caudillo. Es demasiado honrado y ama tan intensamente los conceptos del honor, que no ha dudado de la ingenuidad de las palabras de Páez. Ha visto y ha acallado con su energía de repúblico los tumultos populares, pero no ha advertido que los hilos que mueven la farsa tienen su centro de partida en el propio Estado Mayor y en el pérfido Peña, que aconseja al General y guarda sus secretos. Tranquilo de sí mismo, por haber escrito la verdad al Jefe del Ejecutivo de la Unión, y juzgando apagados los disturbios callejeros, cierra la plica y entrega al sueño su espíritu confiado y abatido.

* * *

En la mañana del 30 la ciudad despierta en medio de angustia que parece provocada por un toque de generala. A las puertas del Ayuntamiento han sido traídos, para excitar la vindicta popular, los cadáveres sangrientos

de los tres hombres asesinados la noche anterior por los lados del Palotal. Se habla de que fue robada la Alcabala de Mucuruparo y de que una banda de salteadores armados hacen de las suyas en términos de Güere. Todos estos hechos, meditados y dirigidos por los facciosos, han elevado a su máximo la desesperación del vecindario. El Jefe Político declara la necesidad de tomar enérgicas medidas que detengan el fingido vendaval de los desórdenes, y convoca extraordinariamente a una reunión de Cabildo. Comparecen en la Sala Capitular, junto con el señor Mujica, los Alcaldes Calvo y Gadea, los Regidores García, Vidoza, Juan José Barrios, Francisco Sandoval, Ignacio Rodríguez Castillo y Villanueva y el Síndico Sierra. Largamente discuten sobre las presuntas causas del desorden y hallando todos a una que éstas tiene su origen en el descontento que ha ocasionado la separación del General Páez, resuelven "conseguir por cualquier medio", la reposición de Su Excelencia en el mando. Ante la gravedad de la determinación, y con el apoyo de las barras, acrecidas por la intromisión de militares vestidos de paisanos, acuerdan que una comisión se traslade a la casa del Gobernador y le informe de "las circunstancias peligrosas en que se encuentra la seguridad pública" y, conminándolo a tomar las medidas del caso, lo haga "responsable de los males que vengan".

Como víctima conducida al altar del sacrificio, don Fernando sale de su casa solariega, en medio de los comisionados que han ido a invitarlo a la trágica reunión del Ayuntamiento. Imponente es la figura del Prócer: su estatura, que sobrepasa la de los acompañantes, contribuye a hacerlo, como en realidad es, figura principal del grupo. Brillan aún más sus ojos claros y penetrantes. En su rostro enjuto se ha pronunciado, por la tensión del momento, la rigidez de las líneas. Su palabra suave y deleitosa ha dado la callada por respuesta a las fútiles palabras que le dirigen sus acompañantes, con quienes ya discutió suficientemente, en el mismo tono con que ayer disolvió los grupos sediciosos, sobre la ilegalidad de los propósitos del Cabildo. Silencioso y lleno de terribles presagios el venerable repúblico, apoyado en su bastón de marfil, se hace paso entre la gruesa multitud agolpada en los alrededores del Ayuntamiento. Apenas una ingenua y leve sonrisa apunta en sus labios finos cuando la muchedumbre le saluda respetuosa. Luego está en puesto primicerio entre los atolondrados cabildantes y oye de éstos las

razones que les obligan a buscar la reposición del General Páez en su cargo de Comandante General de Venezuela. De fuera vienen voces confusas de la multitud que pide y vitorea al General en Jefe. Los ediles ya tienen preparada una declaración favorable a que sea proclamada la permanencia del destituido Comandante al frente del cargo. Cuando la hoja pasa a manos del Gobernador, éste yergue toda su autoridad y después de manifestar su religiosa adhesión a la letra de la ley que impide tan inconsulta actitud, rompe el papel, coloca sobre la mesa el bastón, símbolo del mando, y puesto de pies exclama con voz solemne:

–Sesenta años he vivido con honor, no quiero vivir sin él, haced de mí lo que queráis!

La enérgica actitud del Gobernador es respondida por un estentóreo "Viva el General Páez!", coreado por la nutrida muchedumbre, que en número de dos mil personas rodea y llena el recinto capitular. La ley va perdiendo su partida. Las voces confusas de la masa ya se imponen sobre la palabra serena y justa de quien representa la dignidad de las instituciones. Solo, en diálogo con su conciencia, está el ilustre magistrado, que en un último esfuerzo por hacer valer su autoridad, ordena al Coronel Carabaño, "que haga cumplir sus deberes a los militares que estaban en el edificio y se mostraban favorables al movimiento". La orden es impartida, mas populacho y militares, unidos para el asesinato de las leyes, se encaminan a la casa del General Páez y conducen a éste en hombros a la sala donde se juega la suerte de la República.

Entre vítores frenéticos y nutridos aplausos Páez es colocado a la par de Peñalver. En este último trance de la vida legal de la República, el destino ha puesto al lado de quien destruye el poder de las leyes, a la primera y más grande víctima del atropello. Los exaltados informan al General del unánime deseo del pueblo porque él siga al frente de la autoridad militar, para que no sufra alteración el orden público. Pácz se muestra obediente al presunto querer popular y declara que reasumirá el ya resignado mando, tal como se lo ruegan. Salen los comisionados del

Ayuntamiento para comunicar al Jefe del Estado Mayor la resolución de los cabildantes, y en seguida, como en bien estudiada farsa, está la tropa reunida frente a la casa del Municipio para saludar al repuesto Jefe.

Páez está reconocido. Peñalver calla. Es preciso, sin embargo, mantener por ahora la apariencia de las instituciones y los alzados manifiestan al Gobernador su propósito de no variar el semblante de las cosas. Le hacen ver que "el pueblo lo ama y tiene confianza en el acierto, madurez e integridad con que se ha conducido en todo el tiempo de su administración política", y le instan formalmente a que permanezca al frente de su cargo. El bastón que señala el poder civil de que se halla revestido, descansa sobre la mesa. El no quiere seguir gobernando. Mas el pueblo expresa su deseo de que no se separe del Magistrado que tanto bien ha hecho a la República, y creyendo que con su sacrificio servirá a la tranquilidad pública y al recobramiento de la integridad colombiana, Peñalver se resigna a proseguir al frente de la Gobernación de la Provincia.

¿Qué ha pasado en el ánimo del íntegro repúblico? ¿Qué nube oscureció su mente o qué luz la iluminó en este grave momento de la existencia de Colombia? El es amigo de Páez y ha creído honradamente en la necesidad de su presencia al frente de las tropas del Departamento, pero también se ha mostrado por amigo de las leyes y se ha opuesto enérgicamente hasta hace breves minutos a los que conjuraban contra el imperio de la institucionalidad. ¿Por qué se ha dejado arrastrar del espíritu tumultuario? Pensar que lo ha movido el miedo, sería explicación fútil, cuando bien ha probado el prócer eminente sus dotes de carácter y su espíritu de sacrificio. Decir que lo han llevado a la conformidad las acendradas manifestaciones de aprecio del populacho, sería reconocer que su virtud es frágil como para quebrantarla la vanidad de un aplauso callejero. El mismo sabe que "jamás ha tenido más valor, más serenidad, ni más firmeza" y que ha hecho todo lo que le "inspiró el honor y el deseo de conservar la reputación".

Pero Peñalver es en esta hora aciaga el símbolo agorero de una Patria condenada a vivir del sacrificio de las más puras virtudes de sus hombres. En su fatal determinación no lo mueve el medro, porque es

rico; ni la vanidad, porque es humilde; menos el miedo, porque es valiente y se ha enfrentado a la contradicción de los facciosos. Ha hecho el sacrificio de su prestigio civil de Magistrado, porque su buena fe y su inmenso sentido de responsabilidad le han llevado a pensar que, entregada como está la suerte de la República al arbitrio del cuartel, precisa un hombre que atempere al dictador que se levanta y la prevenga a los peligros de la violencia como método de gobierno. Ha visto con mirada rapacísima la futura realidad política de Venezuela: motín de tropas y gritos destemplados y confusos de un populacho presa de los demagogos. Comprende, por su grande experiencia, que no debe dejarse la privanza sobre las autoridades militares a revoltosos resentidos como Miguel Peña ni a hombres sin escrúpulos como Francisco Carabaño. De resistir, hubiera sido estéril su actitud, pues el pueblo no entiende el valor de los principios y sólo sigue a quienes le muestran laureles victoriosos, así hayan sido segados a costa de la propia salud social. Sobre la rebeldía inútil, en medio de una masa envenenada por la prédica de los simuladores de la ley, asume la actitud resignada de quienes comprenden que el hecho tiene una amarga filosofía que es necesario respetar. Puede que en lo adelante queden inválidas las instituciones principistas, mas la prudencia del consejo acaso sea útil a los hombres que están dispuestos a hacer de la suya voluntad de los demás. De esta ruina de hoy tal vez pueda levantarse mañana la República, y para el tiempo que reine la anarquía, bueno es que permanezca en pie algo que sea cobijo para la justicia de los infelices. Y él es el hombre justo y recto que puede servir de amparo en el desierto de la inconstitucionalidad. En lo lejano él ve aún, como esperanza salvadora, una luz que puede restaurar la integridad de la República. Bolívar se ha llenado de gloria en el sur del continente, y a él escribe luego: "No dilates un momento en volver al país en que viste por primera vez la luz. El clama por tí y tú debes preferirlo a todos los otros, pues que de él recibiste el ser y el impulso que te ha elevado sobre todos los héroes". Cuando escribe el 12 de mayo esta carta al amigo distante, el inmenso dolor que le penetra, acaso deje rodar una lágrima ardiente sobre la límpida hoja de papel...

III

TAMBIEN MENDOZA.- EN PLENA SEDICION.- LA FE EN BOLIVAR.- EL EVADIDO DEL INFIERNO

Tras el sedicioso pronunciamiento de Valencia viene la escandalosa adhesión de Caracas. Ya ha hecho su aparición precisa "la cosa" informe que se venía moviendo en los ánimos desde años pasados. Y como la paradoja será el destino de este pueblo infortunado y confundido por los propios fulgores de su gloria, la misma corporación municipal que acusó a Páez y desencadenó el proceso de la suspensión, se reúne en Cabildo abierto el 6 de mayo siguiente para sumarse "a los principios y causas proclamados por la municipalidad y pueblo de Valencia", y para reconocer al General Páez como autoridad suprema del Departamento. Los facciosos de ayer han ido a Valencia y a Maracay para felicitar a Páez y a Mariño, facciosos hoy, y al cuerpo municipal de donde arrancó la voz de atropello de las instituciones.

El Comandante suspenso por la razón de la ley no ha tenido enfado para declarar al Intendente don Cristóbal Mendoza, que se ve "manchado" por la fuerza de las circunstancias que lo han llevado a la rebeldía, y el propio Mendoza, como Peñalver, flor de la República y paradigma de virtudes públicas, presta el 29 de mayo juramento de fidelidad ante el General Páez, constituido, en nueva reunión de la municipalidad valenciana, en Jefe Civil y Militar de Venezuela, y con Mendoza, las autoridades judiciales, las dignidades eclesiásticas, el Jefe Político, los alcaldes, el clero. La obra está consumada por lo que dice a Venezuela.

Fuerzas confusas que arrancan de la historia han tomado las voces de los inconformes y el ímpetu de los rebeldes, para acelerar la división de la gran unidad colombiana, que para los venezolanos es una nave cuyo mascarón de proa, es el rostro de Santander; mientras para los granadinos inconformes, es el rostro autoritario del más fiero de los llaneros venezolanos. Guiado por tales voces, el Marqués del Toro, desde su apacible retiro de Anauco, dirige sus reflexiones a Bolívar, para intentar una explicación de la unánime conducta a que han sido forzados los pueblos del Departamento. "No creas nunca, dice, que el pronunciamiento de las Municipalidades de Valencia, Caracas y otros pueblos es una consecuencia inmediata de la orden que mandó a separar a Páez del mando; esto viene del sistema general y muy particularmente de la política doble con que Santander, por odio o por temor, ha manejado siempre este Departamento... Venezuela es una masa informe, compuesta de partes heterogéneas, y posee dentro de sí misma todos los elementos necesarios para su anonadamiento. Sin leyes fijas, sin numerario, sin hombres de capacidad y enteramente abandonada a su propia suerte, se acerca ya a las puertas del caos". Y Santander, ante todo, es el blanco de los odios caraqueños, porque, sobre sus peculiaridades personales, representa, en ausencia de Bolívar la centralidad de un sistema de gobierno, que desde el año 21, vienen atacando los celosos y tornadizos políticos de Caracas, y la cual, por parecerles desdorosa para la ciudad cuna de la emancipación, buscan ellos –liberales a la par de godos españolizantes– destruir por cualquier pretexto que esté a mano, según lo ha explicado al propio Santander, en carta de 30 de marzo último, al General Pedro Briceño Méndez. En el fondo todo viene de la errónea tesis antifederalista sostenida por Bolívar desde 1812 y de la pugna visible que existe en Bogotá entre los jefes granadinos y los jefes venezolanos.

En Apure es dueño y señor el General Páez, y sobre el influjo que goza entre las gentes humildes y aguerridas de los llanos, finca el poder que lo empuja a enseñorearse de Venezuela y a desconocer las leyes de Colombia. En el Departamento del Zulia, el austero Urdaneta condena enérgicamente la actitud de Páez, y del Oriente viene, como contraste con lo que han dicho los letrados de Caracas, nada menos que la rugiente voz de Bermúdez, para declarar que "cuando se falta a la ley, y se rompe

el vínculo de la obediencia para sostener a un funcionario público que según el orden judicial ha sido separado de su destino, se comete un atentado cuya magnitud se aumenta a proporción de los medios que se empleen para ello".

Para sumar a su partido la opinión general, Páez se declara sin plan cierto y hace ver que los deseos populares serán consultados en la convención general que habrá de resolver sobre la forma de gobierno. Y como el Libertador está en la mente de la mayoría, invoca su nombre por promesa de alianza y a él dirige una comisión que le inste a su pronta venida, ya que los pueblos aspiran a que sea él quien indique las reformas que reclama la estructura y la vida del Estado. Con el nombre de Bolívar en la boca engaña a unos y a otros, mientras con sus consejeros medita los medios de imponer su omnímoda autoridad.

A fines de julio se consolida la obra sediciosa. Los diputados de los pueblos de los Departamentos de Apure y Venezuela se reúnen en Asamblea deliberante en la ciudad de Valencia. Como primeras figuras allí están Miguel Peña, alma y guía de los facciosos, y Martín Tovar Ponte y Tomás Lander, númenes de la corriente liberal y exaltados líderes del antibolivarismo. Para dar fuerza a sus actos rebeldes, desconocen la legitimidad de la Constitución de Cúcuta, por no haber sido consultado para su sanción el voto libre de los pueblos, y declaran la necesidad de que se reúna una Convención que restituya a los ciudadanos sus derechos cercenados. Pero en todo el alegato se observa la profunda animadversión que los mueve contra Santander y el gobierno de Bogotá.

Luego, Peñalver recibe respuesta del gobierno de la Unión a la nota en que explicó los acontecimientos del 30 de abril. Restrepo, que es Secretario del Interior, elogia la actitud primera del Gobernador, cuando se negó al reconocimiento de Páez y ordenó al Jefe del Estado Mayor que hiciera desocupar la sala a los militares presentes; pero, le dice, "no hizo bien de ninguna manera en circular a los jueces políticos de los distritos el acta de 30 de abril y mucho menos en pedir a las otras Municipalidades su adhesión a un acto inconstitucional", y con desaprobarle la actitud, le ordena buscar los medios de que sean rectificados los hechos.

¿Rectificar lo hecho? Acaso nadie mejor que Peñalver comprenda la gravedad y los desastres que se han derivado de la conducta inconsulta y sediciosa de los munícipes de Valencia. Si él mismo, junto con la República, ha sido la primera víctima de estos nefandos sucesos. El sabe, tanto como el ilustre Secretario de lo Interior, "que nunca la adhesión de cuantas Municipalidades sean imaginables podrá legalizar y legitimar" los hechos desastrosos que han echado por tierra las instituciones, por cuya existencia se desveló en Angostura y en el Rosario de Cúcuta. De Páez le satisface saber que, si bien ha roto con el gobierno de Bogotá, mantiene respeto y consideración por Bolívar, de quien espera que sabrá poner en orden en tan desgraciadas circunstancias. Pese a su carácter y virtudes públicas, él ha sido también débil paja en el torbellino revolucionario. Cuando admitió proseguir en el ejercicio del cargo de Gobernador constitucional de la Provincia de Carabobo, acaso vio en ello una feliz circunstancia que podía aminorar los fatales resultados que derivan de la insurgencia militar, aún vestida de aparato cívico. No midió el pulcro Magistrado que constitucionalidad y rebelión son extremos que se repudian y destruyen mutua y fatalmente. ¿Qué vale la voz de quien se dice representante de las instituciones legales, en medio de un orden que, desconociendo y rompiendo las leyes, ha elevado a función de centro emanador de derecho la voluntad de los que gozan el apoyo de las armas? Su clámide incorrupta de autoridad legítima, la cambió, sin querer, por postizos arreos que lo igualan en apariencia a las autoridades de facto. El mismo, esclavo religioso de las leyes, ha pasado al bando de los sediciosos, pues al resignarse a compartir una autoridad que le viene del orden constitucional con la que asumen, por el tumulto, los nuevos señores del gobierno, siquiera sean permanentemente firmes sus principios y así obedezca a leyes profundas que se explican por la armonía de los contrarios y por el deseo de salvar la rota integridad colombiana, muda para el público su carácter constitucional por la incómoda investidura de los alzados. Si juzgó que podía atemperar a Páez y servir a la causa de la justicia pública y de la integridad nacional, olvidó que Páez buscaría otros brazos en que echarse. Para eso está Peña al lado del General, como mentor y Secretario. En vano ha procurado convencer al jefe supremo de la sincera amistad de Bolívar a fin de "disipar los recelos que Peña y Carabaño le infunden, persuadiéndole que no le disimulará la rebelión y

que debe esperar la misma suerte de Piar". En vano también ha puesto todos sus esfuerzos en la vía de combatir las malas ideas de los funestos directores que han hecho presa de la confusa y presuntuosa conciencia del General. Volver atrás a estas alturas, según lo ha insinuado el gabinete, sería tanto como esperar que tornasen a su madre los ríos o que el sol alumbrase a la media noche.

O'Leary ha venido de Bogotá con semejante encargo de parte de Santander, a quien el Libertador ha dicho desde Lima que no debe juzgarse a Páez por los hechos de Caracas, y el cual, en unión con los Secretarios de Estado –entre ellos dos venezolanos: Revenga y Soublette– ofrece medios discretos al General alzado para restituirse al orden de la constitucionalidad. Aquéllos han advertido la gravedad que representa para Colombia la actitud sediciosa que inconsultamente han provocado en Venezuela, y se avocan, con sentido patriótico y venciendo la repugnancia de la rectificación, a buscar un tardío arreglo con Páez, del cual pueda derivar la tranquilidad de la Unión, amenazada, también, por el espíritu de reformas que ha aflorado en los Departamentos del sur. Mas, cuando el comisionado llega a Valencia, encuentra que Páez se halla en Apure robusteciendo su autoridad en el propio campo de sus grandes proezas por la libertad.

En Valencia O'Leary visita a Peñalver y oye de sus labios la descripción de los tremendos sucesos. A pocas personas puede hablar don Fernando con la libertad que hoy usa en sus conversaciones con el fiel amigo de Bolívar, de quien recibe una afectuosa y expresiva carta. Cuando la escribió, el Libertador apenas conocía los primeros pasos del negocio de Páez y por ello nada le expresa en relación con los sucesos del 30 de abril. Pero con ella viene el proyecto de Constitución para Bolivia y el discurso que la expone, donde están contenidos los sentimientos políticos del grande hombre. El nudo y el eje de la Carta Fundamental es la institución de la Presidencia vitalicia, que ya Peñalver defendió en los Congresos de Angostura y Cúcuta, hasta el punto de atraer sobre sí "la maledicencia de muchos ultra-liberales que lo creyeron partidario de la monarquía que nunca ha entrado en sus principios". El cree en la necesidad de un Ejecutivo fuerte que sea capaz de sostener el orden, y nada más a propósito para robustecerlo como su concreción en una

cabeza inamovible que prevenga a las continuas tormentas eleccionarias. Y cuando se piensa que será el propio Bolívar quien asumirá el supremo poder, mayores garantías prometa la institución. Por ello Peñalver confía en que la influencia del Libertador cortará de raíz esta funesta situación que vive Venezuela, y suspira por el próximo retorno que le anuncia en la misiva.

Mientras Páez se halla en los Llanos, los bolivarianos de Caracas preparan una contra-revolución, y acordados al efecto con el Comandante del Batallón "Apure", Coronel Felipe Macero, disponen reducir a prisión a los corifeos civiles del separatismo. Impuesto Mariño del plan, ordena a Macero que venga a unírsele a Maracay, lo que trae como resultado la salida del "Apure" y de su jefe hacia el Oriente, en busca del constitucionalista Bermúdez. Este hecho tiene una profunda repercusión en el espíritu de Peñalver. Si por algo aceptó la menguada situación de proseguir al frente del gobierno de Carabobo, fue por servir al sosiego público. Pensó entonces que de cumplirse la promesa hecha por los sediciosos en orden a evitar mudanzas, bien podría llegarse a una fórmula que transigiese las desaveniencias y trajera de nuevo la tranquilidad a la inquieta sociedad venezolana. Pero ha llegado la situación a tal estado que hace inminente la temida guerra civil. El mismo vive en constante zozobra y ve a cada paso comprometida su propia vida. Jamás ha pensado, por saberse hombre de bien, en servir a la traición, pero los colaboradores de Páez lo miran con recelo y no se resignan a soportar la franqueza con que les habla siempre. Más que unido a la causa de la sedición, se siente atado en conciencia al gobierno que lo constituyó originariamente Magistrado. Sobre sus secundarios compromisos con la persona de Páez, siente el calor de los nexos que por temperamento y reflexión lo unen a las autoridades de Bogotá; pero es tal la vigilancia puesta sobre su persona y sus papeles, que se le hace imposible dar informes, ni particulares ni oficiales, acerca del curso funesto de la revolución. En medio de este teatro de pasiones encrespadas, de conciliábulos sombríos, de violadas promesas, de infidencias permanentes, rodeado de una tropa disgustada por la miseria y a merced de un sistema que anula la autoridad civil, por haberse declarado fuerza activa y pasiva a las milicias e introducido un confuso orden de juicios que dispone que las autoridades civiles den su ascenso a

cuanto ordenen los militares, él es como una sombra venida de otro mundo. Ejemplo vivo de la contradicción que ha de regir el sino de la Patria, siente en sí mismo el fatal desdoblamiento de quienes intentan calmar las pasiones por medio de la difusión de ideas de paz y de concordia, mientras sirven un régimen que se afianza en la división y la violencia. Desgarrado tiene el espíritu por tanta miseria como ve a su lado. Sólo una fe lo continúa alumbrando: la solución que venga de la rápida presencia de Bolívar. Hacia él es preciso ir lo más pronto para persuadirlo de su regreso.

Fácil es convencer a Carabaño de la necesidad de su partida en busca de Bolívar. Carabaño, como hombre de aventuras, está dispuesto a tener abierta una puerta falsa para cualquier evento. Ahora, después de haberla fomentado, dice que es opuesto al curso de la revolución separatista y que contribuirá a la defensa del orden. Por ello mira como aval ante Bolívar la palabra austera de Peñalver. El 3 de septiembre confía el Jefe del Estado Mayor comisión reservada al Coronel José Austria para que, en compañía de Peñalver, salga al encuentro del Libertador, a quien escribe una rápida misiva que confía a la mano y la ampliación de aquél. Pronto andan por los caminos de Occidente en precipitada marcha los viajeros. Ambos temen que les persigan los agentes de Peña, para hacerlos retroceder. Austria es joven y puede hacer con prisa el viaje, en cambio, don Fernando está en los sesenta y un años y lleno de achaques que piden descanso y sólo permiten la contemplación por menester. Cuando traspasan al fin la frontera que divide los Departamentos de Zulia y Venezuela y pisan regocijados tierra trujillana, don Fernando se siente un evadido del Infierno.

IV

EN LA PAZ DE TRUJILLO.- PAEZ SIN CARETA.- LA ESPADA IMPRUDENTE.- LA QUIEBRA DE COLOMBIA

El 15 de septiembre don Fernando de Peñalver se halla en la ciudad de Trujillo, cuyo distrito, a pesar de haber sido desde los remotos orígenes coloniales parte integrante de la primitiva provincia de Venezuela, ha sido incorporado, con descontento de sus moradores, al Departamento del Zulia. En Maracaibo ejerce la Comandancia departamental el íntegro General Rafael Urdaneta, leal a Colombia y a sus instituciones. Acá se considera seguro el evadido Magistrado. Ha vuelto a respirar el aire sosegado de las leyes y aunque se sienta enfermo y estropeado a causa del violento viaje, se sobrepone a los achaques y empieza a informar a Bolívar y al gobierno de la Unión.

A la fecha en que escribe, Bolívar está en Guayaquil, rumbo a Bogotá, y es para él la primera carta que dicta al tardo amanuense que ha logrado para el caso. Son las nueve de la noche y urge despachar la correspondencia a la mano de Austria, que seguirá de madrugada para la capital de la Unión. En su carta, que no es lo suficientemente larga, a causa del agobio de sus males, da a Bolívar información franca y sincera sobre las circunstancias de Venezuela. "No sé que decirte, dicta al escribiente, sobre lo que se debe hacer en Venezuela por tu parte y del Gobierno, porque sobre todo se me presentan graves acontecimientos. Por una parte veo que si se transa y corta el negocio con los revolucionarios, dejándolos tranquilos en posesión de sus empleos y poder, cuando quieran harán otra revolución y otras novedades, y a causa de su impunidad jamás el gobierno tendrá estabilidad ni firmeza, y

por la otra considero que si se les quiere reducir a la obediencia por la fuerza, las consecuencias serán funestas para el país, que comenzaba a restablecerse de su ruina maravillosamente, y la guerra civil no hay duda que lo destruirá para siempre. Me parece que con mucha facilidad podrían ocupar los soldados del Gobierno desde El Tocuyo hasta Caracas, pero en los Llanos tú sabes lo que son, lo difícil que es en ellos hacer la guerra, y el influjo y poder del General Páez sobre ellos, y los pocos recursos que ofrece Venezuela para alimentar un ejército mucho tiempo y lo que nos expondría a que los españoles se aprovechasen de nuestra discordia para invadirnos". Como no puede extenderse en pormenores respecto a todos los sucesos ocurridos desde abril, dicta al amanuense un índice de materias cuya explanación la hará a la viva voz el Coronel Austria. Luego escribe a Santander y a la Secretaría de lo Interior, reservando siempre a Austria el encargo de dar amplitud a los informes. Una invocación hace a la amistad que le profesa el Vicepresidente: que no se le llame a Bogotá, porque un viaje tan largo puede destruirlo.

Lleno de angustias por lo que acontece en Venezuela y luchando con la pertinacia de sus males, pasa Peñalver los últimos meses del año 26 en el benéfico clima de Trujillo. La primera autoridad local, don José Ignacio González, se desvive por agasajarlo y con él cuanto vale en la pacífica ciudad. En medio de las innúmeras atenciones que le prodigan las gentes trujillanas, espera don Fernando a Bolívar y va sabiendo los últimos acontecimientos que ocurren en Venezuela. Por octubre vuelve a dirigirse al Libertador y le recalca que Páez debe ser tratado con mucha suavidad por él y por el gobierno, pues si se intenta aplicarle el rigor de las leyes y no los suaves medios de la política, pueden resultar las más funestas circunstancias. Sin embargo, él cree que de tantos males acaso venga el favor de restablecer un gobierno más cónsono con nuestros elementos sociales, que evite las frecuentes elecciones por la adopción, si no de la Constitución boliviana, al menos de su ejecutivo vitalicio.

De Páez recibe luego Peñalver una carta amistosa en que lo insta, como a elemento de prudencia, para que retorne a Venezuela, que necesita sus servicios; mas, el evadido de los odios prefiere la tranquilidad de Trujillo mientras en el Departamento insurrecto "subsista la anarquía y el desorden que allí aflige a todos los hombres de bien".

Nuevas cartas llegadas a la ciudad traen graves noticias. "Páez se ha quitado la máscara", exclama tardíamente el candoroso Peñalver. ¡Lástima grande que el 29 de abril, cuando el íntegro repúblico escribió a Santander palabras en honra de la conducta del dormido insurgente, no hubiera podido advertir todo lo que se agitaba en el espíritu impetuoso del héroe de Mucuritas y Vuelvan Caracas, convertido al día siguiente en destructor de la unidad civil en la Venezuela republicana!.. Las escandalosas asambleas caraqueñas de octubre y noviembre, que presentaron al Libertador, por su proyecto de Constitución para Bolivia, como el primer conculcador de las libertades públicas, y la contrarrevolución de Puerto Cabello del 21 de noviembre, que proclamó a Bolívar "supremo mediador" del orden nacional, han dado un nuevo y más grave colorido a los sucesos. "Colombia está perdida" será de hoy en adelante voz que correrá entre las gentes que siguen el curso doloroso de los escandalosos sucesos y que, pasados los años, subsistirá entre los moradores de la región como expresiva anunciación de la ruina de las instituciones y costumbres. La guerra civil está a punto de aparecer con sus desmelenadas deidades, clamorosas de fraterna sangre. Para evitar que el primer rugido se diga que lo provocaron las fuerzas del gobierno, Peñalver aconseja a Ferguson que no marche hacia Barquisimeto con su columna, como lo tiene ordenado desde Cúcuta el Libertador, pues cualquier paso imprudente puede empujar a Páez al camino de la desesperación.

Con dolor se impone don Fernando de que Bolívar no pasará por Trujillo, y como se siente enfermo para otra marcha precipitada, no se aventura a ir a ver al amigo glorioso en la ciudad de Maracaibo. Así lo escribe al Libertador en la noche del 16 de diciembre, rendido en el lecho por la fiebre de fortísima congestión hepática, que supone fruto de los disgustos padecidos en esta maldita revolución.

Ya el drama parece tocar con su fin. Parece, decimos, porque nuevos actos, iguales en sus orígenes y propósitos, mantendrán la obra de los tristes autores montada por largo tiempo en Venezuela... Pero por ahora los personajes harán momentáneo mutis y la caída, entre aplausos, del telón de boca, hace creer que el teatro se cierra para emprender los hombres fecundos ejercicios de república.

Desde Coro ha escrito Bolívar a Páez una larga carta, "modelo a un tiempo de severidad y de reproche". "No pretenda usted, le dice en patético estilo, deshonrar a Caracas, haciéndola aparecer como el padrón de la infamia y el ludibrio, de la ingratitud misma. ¡Qué no me deben todos en Venezuela! ¿Hasta usted mismo no me debe la existencia?... Crea usted, General, que a la sombra del misterio no trabaja sino el crimen..." Y después de recriminarle la conducta, las palabras insinuantes: "Querido General, conmigo será usted todo, todo, todo. Yo no quiero nada para mí; así usted lo será todo, sin que sea a costa de mi gloria, de una gloria que se ha fundado sobre el deber y el bien..."

Luego, en Puerto Cabello, el 1º de enero de 1827, lanza un decreto de amnistía general, en el cual se declara que nadie será juzgado por sus actos con motivo del movimiento reformista y que el General Páez seguirá ejerciendo la autoridad Civil y Militar, con título de Jefe Superior de Venezuela.

La prudencia aconsejada por Peñalver no llegaba a tanto: si recomendó política para el trato con los insurrectos, declaró el grave riesgo que constituiría dejarlos en el goce de sus cargos en el poder. Después, los abrazos en Valencia y la entrada apoteótica en la capital del Departamento. La Municipalidad de Caracas, la misma Municipalidad convertida ayer en cuartel de los veleidosos políticos que empujaron a Páez a desconocer la gloria de Bolívar, ofrece el 13 siguiente un espléndido almuerzo al Libertador. En medio del grande entusiasmo que reina entre los presentes, Páez toma la palabra y, con énfasis de victorioso, dice: "El Libertador ha colmado la medida de sus beneficios, de mi gloria y hasta la de su poder: ya no puede darme más: me ha dado la espada con que ha libertado un mundo".

Le ha dado, sí, el Libertador su espada, en gesto de imprudente generosidad, deseoso como está de calmar, por la magnitud del obsequio, los ímpetus del león amenazante, sin advertir que en el cofre dorado en que la trajo, genios maléficos han guardado los puñales con que los conjurados destrozaron las leyes el 30 de abril, para que nuevos conjurados, en la fría Bogotá, busquen con ellos el corazón, todo anchura, de quien, por mantener en vano, porque Colombia ya está

muerta, la unión que precava la obra de la libertad, ha quebrantado en apariencia su gloria de república. Cuando Bolívar se desciñe el instrumento de sus triunfos, sólo piensa someter a Páez al dulce yugo de la obediencia, para salvar la unidad de la gran nación colombiana, sin temer por nada que la causa de América, atónita ayer ante los prodigios de esa misma espada, le pregunte, confundida de la razón de los hechos y por boca de uno de sus más grandes poetas, Heredia, el Tirteo de la libertad de Cuba:

> Truena un rebelde, ¿y ocioso
> El trueno vengador yace en tu mano?
> ¿Y ciñes a un faccioso
> Tu espada es galardón...? A error tan triste
> Permite a mi dolor que corra un velo...

Pero el lírico Heredia, llamado más tarde a abismarse y retractarse de su favor revolucionario, ante la hidra de la discordia republicana, y los románticos políticos del radicalismo santafereño, han sido incapaces de medir que en esta hora difícil de la existencia de Colombia, es más urgente robustecer la unidad de la República, aún expuesta a la reconquista española, que dar rienda suelta al principismo de la Revolución y al ansia de los caudillos cantonales. Cuando Bolívar, para aquietar a Páez, hace el sacrificio de las normas instrumentales de la República y expone momentáneamente su gloria de puntero de la Revolución de América, piensa con fijeza y claridad en la independencia del Continente más que en la inmediata realización de los principios que deben orientar la política doméstica de Colombia. Mientras los ideólogos juzgan los hechos canales adentro de la República, él ve con genial pupila el porvenir de la América frente al concierto universal de las Naciones libres. El no ha absuelto a Páez de su rebeldía, menos lo ha premiado por su ataque a las leyes de Colombia. Apenas ha buscado que la fiereza del llanero, capaz de ser polo de la voluntad venezolana, prosiga en su antigua función de supedáneo de la unidad colombiana. El bien sabe que los Generales constitucionalistas Urdaneta y Bermúdez, defensores en sus Departamentos de las leyes de la República, no poseen la fuerza necesaria para interpretar, como Páez, la voluntad general de Venezuela. Y como quiere que Venezuela prosiga firme en la unidad de

la gran república, prefiere al discurso disolvente de los leguleyos, la realidad que mantenga la textura de la unión. Su fe en Colombia no le deja ver, en cambio, que los sucesos de Valencia tenían sus raíces henchidas de razones sociológicas y humanas, que harán nugatorio todo esfuerzo por mantener la deseada integridad de Colombia. Se necesitarán pruebas más duras, para que en enero de 1830 escriba a Rafael Urdaneta lo siguiente: "El Congreso debe dividir a Colombia con calma y justicia. Ninguna oposición debemos poner a Venezuela, porque nadie quiere hacer este sacrificio en favor de una unión política que combate interiormente con las antipatías. La Nueva Granada no nos quiere, y Venezuela no quiere obedecer a Bogotá: estamos a manos; de aquí se deduce que debemos realizar lo que desean los caudillos de estos pueblos".

A su Gobernación regresa luego, luego Peñalver. Se han olvidado los viejos quebrantos y la vida empieza a discurrir tranquila bajo los signos promisorios de Bolívar y Páez unidos por la amistad y por la gloria. Los partidos han bajado un tanto el tono desemejable de sus voces, pues se espera que las futuras reformas ofrecidas por el Libertador, conforme al voto de los pueblos, cristalicen en instituciones capaces de satisfacer la voluntad general y de promover el progreso de la república.

Páez, el 11 de febrero, agasaja en "Las Cocuizas" con un gran convite a todos los oficiales que ayer lo acompañaron en los trances de la sedición. A él asiste el grave Peñalver. El Jefe Superior de Venezuela acoge con cariño y con respeto al viejo prócer, y luego, en prolija plática, le deja comprender que "ha abierto perfectamente los ojos" y que mide hoy la gravedad de los negocios en que lo metieron los facciosos. Páez ha medido la imprudencia de su conducta, con la misma sinceridad que le inspirará para escribir en 1837 que el recuerdo de estos hechos lo llenan "todavía de amargura y arrepentimiento", y con la cual más tarde dirá a don Santiago Pérez, que en Nueva York le recriminará por no haber recogido la gloria de la absolución del Senado colombiano: "En aquellos años yo embestía". Y como a la par de Páez, los militares, tomados del humo de las copas, brindan entusiastas por la gloria del Libertador y por el sometimiento del rebelde a la suprema autoridad, don Fernando ha holgado ingenuamente como el amigo más devoto de Bolívar.

Pero en "Las Cocuizas", en medio del alegre festín de los engalonados militares que rodean y sostienen a Páez, Peñalver concreta el mismo símbolo agorero que en él advertimos cuando se resignó a proseguir el 30 de abril al frente de la Gobernación de Carabobo. De hoy en adelante su estrella será opaca y si se le hace dejar la amable quietud de "Los Aguacates" para ir al gabinete de los gobernantes, no será con el fin de que dirija en primer puesto la cosa pública, sino para que preste en segundo plano el consejo de su grande experiencia. Con él ha hecho crisis el sistema político y la vida de la Nación que se vieron como el mejor y más preciado fruto de la independencia. Es en verdad, la primera conciencia recta y decorosa que se inclina ante el peso de la realidad y de la intriga de los audaces y es, también, la reflexión serena que sabe buscar cauces a los hechos en medio del conflicto de los principios, cuando los arrebatos del tumulto, la opresión de las espadas y la farsa de los demagogos, arreados de ideales fementidos, juegan con la suerte de la Patria. Pero tan grande es su virtud y tan cierta la sinceridad de sus actos, que subsistirá, después de prueba tan tremenda, como ejemplo de pureza en medio de la sombra de los Carabaños, los Peñas y los Guzmanes, que por muchos años influirán en la suerte de la República, ora promoviendo por la fuerza el tránsito de los gobiernos, ora simulando, con el fuego de la prédica revolucionaria, virtudes cívicas enderezadas a engañar y a burlar los pueblos, para medrar con los atributos del Poder.

V

EL OCASO DE PEÑALVER.- DE NUEVO COLOMBIA.- EL LEON DE PAYARA.- MUERTE DEL PATRICIO.- EL EQUILIBRIO DE UNA VIDA

Ahora es el año de 1837. En Valencia y en su casa solariega de la calle Constitución, pasa los últimos días de su vida el venerable patricio. Acaso él haya influido en el bautizo de la vía, o tal vez escogió la casa en este sitio para sentirse simbólicamente bajo el imperio de la ley fundamental de la República, por la cual ha luchado con denuedo y sacrificio desde 1811. Su salud achacosa no le permite servir a la nación en funciones públicas. Al constituirse por tercera vez la República de Venezuela, ya rotos definitivamente los lazos con Nueva Granada y Ecuador, él la asistió con desinterés, desde 1830 hasta 1834, como miembro del Consejo de Estado. Se siente el noble anciano muy cerca de la tumba, y pasa la mayor parte del día en el silencio de la alcoba, impregnada del olor de las drogas que le propina su médico, el Licenciado Pedro Guillén. Todo lo tiene arreglado para que no haya disidencias después de su deceso. Los bienes los ha distribuido entre su hija única y sus sobrinos Martín, José, Juan Serafín y José Francisco Peñalver. A los fieles esclavos les ha concedido la libertad.

Acá, a su retiro hogareño, vienen unas tras otras las noticias de los últimos sucesos de la política nacional. Primero, la llegada el 11 de marzo del General Carlos Soublette, llamado de su misión en España para concluir el período presidencial trunco por la obligada renuncia del Doctor José Vargas. A él le complace que asuma el poder supremo quien

es capaz, por su habilidad en el comercio con los hombres y por sus cualidades de moderación y de prudencia, de poner calma en la inquieta sociedad venezolana. Después, voces confusas le traen noticia de que las furias de la guerra civil han desatado nuevamente sus trágicas melenas, y que en La Urbana, el Coronel José Francisco Farfán ha proclamado la reconstitución de la antigua Colombia de Bolívar. El Congreso, a la sazón reunido, autoriza poner en pie de guerra un ejército de dos mil hombres para someter al alzado cabecilla, y ante el auge que en Guayana y Apure va cobrando la revolución, sale luego el propio General Páez a someter a los rebeldes.

Con Pácz va como Jefe del Estado Mayor el Coronel José Austria, el mismo que lo acompañó en su fuga de 1826, cuando para huir del desorden introducido en la República por los hombres de "La Cosiata", fue a Trujillo, a fin de comunicarse libremente con Bolívar y con el gobierno de Bogotá. En su mente ya cansada van reapareciendo, con el vigor que le prestan las vecinas postrimerías, los hechos antiguos en que tomó parte y que tantas angustias le hicieron sufrir, cuando creyó su deber cubrir transitoriamente las estatuas de las deidades tutelares de la revolución, para mirar fundamentalmente a las razones que fueran capaces de salvar la vida de Colombia como unidad promisoria de la independencia política de estos países. El año de 26 él pensó que sería fácil, por medios prudentes, llevar a Páez a la rectificación de su violencia. El vio a buena lumbre que, sobre el prestigio de las teorías constitucionales, estaban los intereses de la unión colombiana, y aconsejó a Bolívar la moderación de su conducta frente al rebelde General, en quien las fuerzas populares veían su más genuina expresión orgánica. Ahora, cuando sabe que Páez ha sumado a su prestigio de defensor de un amañado civilismo, el título glorioso de "León de Payara", piensa que su influencia será cada vez mayor en el campo de la política venezolana, y ya lo ve de nuevo camino del solio presidencial.

Con el fracaso de Vargas, Peñalver comprendió que urgen muchos años de cultura y reflexión para que se imponga el hombre civil capaz de amalgamar, por la idoneidad, por la virtud, y por el carácter, la opinión pública que contrapese el prestigio de los hombres de la guerra. Páez, a

su ambición de mando, une el poder carismático que le trasmite el hecho innegable de su fuerza, en medio de un pueblo que se convirtió en fragua y matriz de la lucha ciclópea por la independencia americana y que es presa, en razón de la conciencia igualitaria que le es característica, de la más anárquica aspiración de mando de parte de sus caudillos.

Sociólogos y políticos buscarán mañana razones pesimistas para explicar este aspecto de la vida venezolana. Se hablará apenas de taras sociales, de irreductible mestizaje, de desolación telúrica y de vicios ancestrales, sin llevar, en cambio, a primer plano la razón que deriva del desequilibrio que existe entre el goce universal de una concepción igualitaria y la incipiente cultura del pueblo que debe gozarla. La falta de correlación entre las aspiraciones provocadas por el concepto de poder o de "gana", que arraiga en el valor, apenas confuso y conceptual, de las ideas igualitarias, y la noción culta de la capacidad para ejercer las funciones que derivan de la misma igualdad, conduce, por gravedad lógica, a un estado de anarquía y disolución, cuyo remedio transitorio sólo lo logra la imposición de los más fuertes. Por ello, el caudillo ha aparecido entre nosotros como necesidad para remediar un mal que, lejos de tener sus causas en factores disvaliosos, arranca del ejercicio inconsulto e inmoderado de una virtud social.

Pero antes de morir el noble anciano está destinado a presenciar cómo la gloria del centauro llanero se afinca aún más en el desbarate de un movimiento que enarbola la bandera de la reconstitución de la vieja Colombia de Bolívar, por cuyo mantenimiento él luchó en vano el año de 26. Y cuando don Santos Michelena –el mismo Michelena que en 1834 había negociado en Bogotá con don Lino de Pombo la definitiva liquidación de la gran república, y quien ahora ejerce la Secretaría de Guerra y Marina– ofrece a Páez alabanzas por su triunfo en nombre de la República, ya don Fernando de Peñalver duerme el sueño sin fin en la estrecha caja mortuoria, que ha sido trasportada sobre hombros amigos a la Iglesia Matriz de Valencia, para recibir, el 8 de mayo, las pompas sagradas de la religión.

La capilla está a cargo del Maestro Antonio Colón, de la familia de aquel Pedro Nolasco Colón que, con Landaeta y Cayetano Carreño, dirigió las bandas que en 1811 festejaron la aparición de la República de

Venezuela. Y mientras en el templo valenciano se alzan, para recordar la vanidad de las glorias del mundo y el rigor de la divina justicia, los trenos terribles del *Dies Irae,* durante los funerales del patricio ejemplar, en Caracas músicas alegres celebran la nueva gran victoria del fortunoso Pácz.

Un sino extraño parece que hubiera mantenido unidas la gloria refulgente del caudillo y la gloria silenciosa y sufrida del gran ciudadano que tanto luchó por dar forma a la República. Los dos parecen seres contrarios, llamados a excluirse en el campo de la realidad social. Son, en cambio, viva expresión de la dialéctica de la historia: el flujo y el reflujo del mar: el hecho y el principio que buscan el momento de la coincidencia para la ansiada armonía de la sociedad. Y si eso son uno frente a otro Páez y Peñalver en el campo general de la política, el repúblico insigne, cuyos consejos buscaron Bolívar y Santander, constituye en sí mismo raro ejemplo de equilibrio personal. Fue el hombre que se negó a sí mismo para buscar los medios de domeñar la violencia que pudiera poner en peligro la vida de la Patria y de sus instituciones republicanas. El hombre que, ante la pesada realidad de los hechos, hizo suya la sentencia spinoziana: *neque detestari, sed intelligere.* No maldecir, sino comprender.

SENTIDO Y PRESENCIA DE MIRANDA (1950)*

(*) Tomado de la 1ª ed. Bogotá: Edit. Iqueima, 1950. 29 p.

SENTIDO Y PRESENCIA DE MIRANDA

Discurso en la Academia Colombiana de Historia para celebrar el Bicentenario del Precursor

"Hijo primogénito", de quien la madre patria espera el remedio de sus males, llamaron los mantuanos de Caracas –encabezados por el Marqués de Mijares, el Conde de Tovar y don Juan Vicente Bolívar– al Generalísimo Francisco de Miranda, en carta sigilosa, escrita cuando en la capital de Venezuela se comentaban con inquietud los graves sucesos ocurridos en Santa Fe de Bogotá el año de 1781, al alzarse el pueblo con la voz de reclamos afincados en la protesta contra las exacciones y vejámenes impuestos por un rapaz sistema tributario.

La madurez alcanzada por el mundo español de las Indias, reclamaba de parte de las autoridades peninsulares un tratamiento acorde con los derechos que generaciones, ya seculares, habían ido creando y robusteciendo en el ancho hemisferio americano, donde el español llegó, empujado por la aventura, con la recia y avasalladora personalidad lograda para timbre de la estirpe, no a fundar factorías en beneficio de una Corona absorbente, sino para dar nuevo espacio al destino ecuménico que de modo singular e inconfundible le estaba señalado. En las naves audaces de la conquista no vino sola la espada imponente que en manos de los fieros caudillos iba a someter a los indígenas: con ella vinieron las mismas voces clamantes de justicia que en la propia Península se oponían, altaneras, a los desmanes de los Reyes y a los caprichos bastardos de los favoritos. Mientras en España se nublaba el

viejo espíritu democrático, que hizo de cabildos y mestas torres muradas contra la pretensión de los señores, en América la lucha por la libertad iba a tener más dilatado espacio. Fundadas las ciudades y los pueblos nuevos, si bien los pendones mostraban los emblemas reales y en la conciencia de los criollos había lealtad para la persona del Monarca –aún cubierto de la virtud carismática que le transmitían signos cuya juridicidad buscaba afinco hasta en abstrusas disquisiciones teológicas– un hilo oculto, como de agua soterrada, marcaba la presencia de un anhelo de justicia y de autodeterminación colectiva. El mismo proceso europeo de pugna entre la autoridad que quería para sí todos los beneficios derivados de los atributos del Estado, y el pueblo que reclamaba la ampliación de su radio funcional, se trasladaba al campo de América –justamente cuando los fulgores del Renacimiento cargaban de mayor contenido de humanidad a los conceptos– para dar a nuestra joven historia el profundo significado dialéctico que la hace incomprensible para quienes la estudian a la lumbre de una idea fija o de una pasión sin examen.

La lucha en América por la justicia apenas se advierte cuando acuden sus hombres al argumento de la franca sedición o de la airada protesta, mas ella, en cambio, como secuela de un pueblo que ha vivido de su propia agonía, se hizo presente a boca de la misma conquista, para alzarse contra el rigor del inhumano encomendero y contra la avaricia del recaudador que torcía para su medro el sentido de las leyes y las providencias de las ordenanzas. Desde México hasta el Plata hubo un permanente murmullo de quejas provocadas por el proceder de los funcionarios que representaban el poder imperial. No era filo de media noche la vida de la colonia, sino larga y vigilante madrugada en que los hombres esperaron el anuncio de la aurora. Allá y acá americanos y hombres nacidos en la propia España –letrados, teólogos y caballeros de pardas letras– se empeñaban en sorda lucha y se retraían a la meditación fecunda, de donde pudiera surgir la fórmula o el medio de mejorar la vida por el concierto de la justicia. "El imperio más breve fue siempre el más injusto", escribía, cuando finaba el Siglo XVII, el Marqués de Barinas a la Majestad de Carlos II, para llevarlo a la reflexión sobre el mal gobierno de las Indias. Pero la informe voluntad de América, para la realización de su destino reparador, necesitaba concretarse en una

conciencia individual que sirviera de voz y contraeco a las quejas silenciosas de quienes vigilaban de uno a otro confín. Precisaba la presencia del segador activo que recogiera con audacia la dispersa cosecha de voluntades. Y esa, señores, fue la función histórica que tocó desempeñar al Generalísimo Francisco de Miranda.

"Hijo primogénito de la Patria" lo declararon los mantuanos caraqueños, cuando apenas iniciaba su brillante carrera en el mundo ilustrado de la vieja Europa; "primer gran criollo de América", lo ha llamado con acierto uno de sus panegiristas contemporáneos. Fue en realidad la primera gran conciencia americana hecha presente en los estados de la historia universal, y por haber cumplido a cabalidad tan conspicua misión, unánimemente celebra hoy su memoria el Continente.

La pasmosa cultura, la destreza en los campos de guerra de la América del Norte y de la Francia revolucionaria, la elocuencia convincente ante los jueces del Terror, la fina habilidad del diplomático, las amplias concepciones del estadista, las estupendas aventuras del viajero, la dolorosa tragedia del libertador, la reflexión y austeridad de su temperamento, la firmeza inquebrantable del carácter, nada valen, siquiera sean por sí solos un mundo para el biógrafo, ante el significado mágico de su función como hombre que interpreta el destino de un mundo y asume la responsabilidad de realizarlo en lucha abierta contra un poderoso imperio.

Lo que tres siglos callaron, él lo grita con angustia solemne; lo que padeció la justicia, él lo pregona con trenos ensordecedores; la voluntad silenciosa del hombre de América, él la anuncia en tono de arúspice. El demonio que pone la fiebre en los labios alucinados del profeta, lo ha poseído por completo, y de su boca sale hálito de fuego que impulsa el huracán de la revolución. Todo el largo proceso antiguo, en que se mezclaron las voces y las quejas de Lope de Aguirre, de Antón de Montesinos, del Negro Miguel, de Juan Francisco de León, de José Antonio Galán, de Tupac Amaru, de José de Antequera, se conjuga, para la labor inmediata y fecunda, en el espíritu templado de este magnífico americano, que hace sentir en cortes, gabinetes y salones europeos la presencia de un mundo forcejeante por ganar fisonomía propia en el

orden universal de las naciones. Las voces tímidas del indio, el quejido profundo del negro y la altivez del criollo, hacen multánime concierto en la conciencia de Miranda, para expresar la inquebrantable voluntad de personería de nuestra América mestiza.

Crecidas por el dolor de la distancia, le llegan a Europa noticias constantes de lo que pasa en el nuevo mundo. "Caracas se levantó por los años de 1750, Quito en 1764, México trataba su independencia con Inglaterra en 1773, el Perú estuvo sublevado en marzo de 1781 y en el mes de junio de este propio año, el reino de Santa Fe en rebelión, expulsó al virrey y tropas europeas...", explica por 1790 al ministro inglés Pitt, como prueba de la madura conciencia americana de que se siente anunciador e intérprete; y siete años más tarde, por medio de la primera reunión de diputados de América, efectuada en París el 22 de diciembre de 1797, da forma a las propuestas hechas en la conferencia de Hollewood. En su severo apartamiento de la Rue Saint Honoré se han juntado los comisionados que llevan de América la misión de perfeccionar las propuestas hechas al Ministerio británico, y de aquella junta, que debiera recordarse como hito primerizo en la anfictionía americana, regresa a Londres con título de "Comandante General en lo militar de las provincias, villas y ciudades del continente hispano-americano".

Ya está Miranda formalmente a la cabeza de la comunidad americana. Es el jefe militar del mundo hispánico de las Indias que busca nuevas formas para sus realizaciones de cultura. Frente al Rey español hay, si bien a merced de la azarosa aventura, otra autoridad que se dice expresión de la soberanía de América. Mientras en el Borbón se estratifica un mundo viejo: la conquista, la colonia, el rico y contradictorio proceso de la formación de estos países; Miranda, como la heroína de Shakespeare, representa la claridad que ilumina al Calibán atado. Sus títulos difieren en el origen y en el tiempo: al español le viene el dominio soberano por un acto de conquista cumplido hace tres siglos; Miranda se siente personero de una soberanía en cierna, que arranca de la confusa y aún dormida voluntad de un pueblo que mira hacia el futuro. Pero ya en él la nueva América, para saciar su pasión de libertad y de justicia, tiene una cabeza cimera, que representará y defenderá sus indeclinables derechos, y a quien buscarán, para la uniformidad de la labor libertadora,

sus compatriotas Pedro Fermín de Vargas, granadino de El Socorro, disfrazado de Pablo de Olavide; el cubano Pedro José Caro, el chileno O'Higgins, el peruano José del Pozo y Sucre y, bajo la apariencia de don José Palacio Ortiz, el gran santafereño Antonio Nariño, que riega en América, como semilla de libertad, la célebre traducción de los Derechos del Hombre. Para Miranda no hay venezolanos, ni granadinos, ni cubanos, ni mexicanos, ni peruanos, ni chilenos. En el Nuevo Mundo ve moverse una familia uniforme, distribuida en diversas provincias, para cuya designación integral crea el nombre glorioso de Colombia. Comprende que es uno el destino de estos pueblos y se siente por igual conciudadano de todos los hombres que integran la unidad americana.

Este profundo sentido de aglutinación permite ver, al desbrozar circunstancias y hacer de lado compromisos impuestos por la urgencia de ayuda extranjera, cómo Miranda intuyó la necesidad de mantener íntegro el contenido moral y político que había creado la conquista española. Aquellas sus ideas de concordia y de cooperación americana, que caldearon la histórica velada de Saint Honoré, reaparecerán en la mente iluminada del Libertador, para intentar unir en el Congreso de Panamá, sobre la base de la lograda soberanía de las regiones, a los pueblos hispánicos del continente, que empezaban a ser presa del arisco nacionalismo, que ha servido de causa a la disipación de los máximos ideales constructivos que fueron numen de los Padres de la Independencia.

Señores:

Volver la mirada hacia Miranda no representa para los pueblos de América un mero acto de gratitud con el gran Precursor de nuestra Independencia; ni para Colombia rendir pleitesía al creador de su nombre y su bandera; ni para Venezuela festejar al hijo glorioso que, tras de haber segado copia de laureles en la vieja Europa, raudo regresó a su cuna para alentar el espíritu de independencia que dio vida a nuestra Primera República. Sobre su ciclópea grandeza humana, Miranda es el más antiguo símbolo de la americanidad permanente y la más fiel expresión del destino autonómico de nuestro mundo indo-hispánico. Soldado de la libertad, cuyo nombre recibe el homenaje de los ojos del

mundo que cruza bajo el Arco de Triunfo en el París eterno y luminoso, cambia los arreos del mílite para aparecer envuelto en la clámide inquietante de los augures. Su voz doblada de sabiduría antigua y de fuego juvenil, fue la voz de la América caótica de fines del Siglo XVIII. Nada importa su fracaso de guerrero en los campos de batalla de nuestro continente. El tiene que pagar a los dioses, con trueque de dolor, el precio de la nueva libertad que buscaba para sus compatriotas. Y lo pagó tanto en carne viva como en el cascabullo del espíritu, al ver unidas, a la traición de los amigos, las torturas y los vejámenes que le impuso la venganza monstruosa de la España fernandina, que renegaba y destruía, para el regreso al despotismo, el espíritu de liberalidad y de justicia que había inspirado a los políticos doceañistas. Mas, aherrojado de cadenas, su voluntad permaneció firme para la aventura de la libertad, y doblemente oculto, tras los barrotes del cautiverio y tras el nombre de José Amindra, con que esquiva las pesquisas de sus verdugos y de sus émulos, procuró, hasta la hora de la agonía definitiva, nueva ocasión que le permitiera retornar a la lucha por la libertad.

Ni tomado ya por la inmovilidad sin regreso de la muerte, la reacción imperante tuvo piedad para el grande hombre: su cadáver no oyó preces ni recibió asperges piadosos para el viaje definitivo a la tierra nutricia. De haber meditado un poco más la venganza goda, hubiera sido entregado a las llamas purificantes que castigaran su herejía contra el caduco mundo del fanatismo y la realeza.

Michelet lo miró como ahijado de la desgracia. Nosotros lo vemos como hijo de la fortuna. Porque ¿qué si no suerte es haber logrado en el ancho y difícil campo de la historia sitio que marca el divorcio de dos épocas? ¿Qué si no ventura es dejar memoria para todo un continente de que de suyos fueron el pensamiento poderoso y la voluntad enérgica que supieron exprimir la idea y el querer de un mundo que buscaba su destino de libertad? Y aquí estamos, señores, doscientos años distantes del día en que vio la luz de la existencia, celebrando con orgullo y gratitud su recuerdo glorioso, ni reunidos en función de deleite por la brillantez de sus acciones ni embelesados por el colorido de sus fecundas aventuras, sino en la actitud severa y atenta de quienes evocan al maestro

inmortal que enseña la perenne lección capaz de persuadir a la necesidad de avivar la vinculación americana y de fijar los caminos certeros que conducen al triunfo de la causa de los Derechos del Hombre.

Expresión austera del mejor pensamiento de Colombia, su ilustre Academia de Historia ha querido consagrar este acto en honra del egregio Precursor, y aunque él, más que de Venezuela, se sintió hijo de América, a mí me toca agradecer, como representante de mi país, el homenaje que se rinde al más antiguo de los Padres de nuestra nacionalidad republicana, y testimoniar, a la vez, mi reconocimiento personal por la oportunidad que se me depara de dejar oír mi oscura palabra desde sitio donde han dado vuelo a la suya los más conspicuos representantes del pensamiento de Colombia, y donde el ilustre historiador don Enrique Otero D'Acosta, en síntesis brillante, nos acaba de regalar con un perfil del prócer, tan correcto y elegante como el propio de David d'Angers.

MIRANDA HUMANISTA

(Para inaugurar la Exposición del libro Venezolano en la Biblioteca Nacional de Bogotá)

No sólo las dianas del homenaje marcial y el tableteo solemne de los cañones con que los pueblos en paz festejan la memoria de sus grandes constructores, deben escucharse en las honras bicentenarias del Generalísimo Francisco de Miranda. Se le recuerda principalmente por sus magníficas jornadas militares en el Norte de Africa, en los campos de batalla por la independencia de las provincias inglesas de la América del Norte y en las empresas bélicas de la Francia revolucionaria. También se le memora como conductor de la guerra por sus acciones desafortunadas en el propio suelo de la Patria venezolana. Pero tras el Mariscal victorioso y el Generalísimo derrotado, vive otro Miranda de brillo más intenso que aquel que le prestan las vistosas charreteras y los dorados alamares.

Hombre de su tiempo, Miranda abrevó con la inquieta curiosidad que distingue al pensamiento del Siglo XVIII, en todas las fuentes de la cultura nueva y del saber antiguo, y tuvo por ello bien colmada la mente de esa extraña sabiduría que tanto se nutre, según fue corriente de la moda, en Diderot, Rousseau y Condorcet, como en el vigor aforismático de Séneca y Marco Aurelio, y que para entender el sentido de la vida, buscó los meandros de las muertas sociedades en Herodoto y en Polibio, a la par que inquiría en el estudio de los nuevos utopistas las fórmulas del mejor gobierno de los pueblos.

En la Universidad de Caracas, conforme lo declaró en su testamento, había alimentado su pasión por las letras con "sabios principios de literatura", que le abrieron las puertas para adentrarse en el campo sin límites de la cultura universal. Su pasión por los libros lo llevó a llenar con la lectura fecundante todo espacio que le dejaran vacío las luchas del guerrero y las azarosas inquietudes del político. Muchas veces sus mismas lides galantes comenzaron, como el idilio de Paolo y Francesca, por un libro leído en común con la nueva víctima de sus fascinante natural.

El ansia de viajar no lo saciaba en él ni la curiosidad del paisaje nuevo ni el azar de la renovada aventura. Llegaba a las ciudades para consultar su pasado, por medio del análisis de los monumentos y por el estudio de los museos y bibliotecas, y para estudiar su vida presente a través de la observación de las costumbres y del diálogo con sus hombres principales: reyes y embajadores le daban para ello salvoconductos que le franqueasen la amistad de las primeras figuras europeas de su tiempo. Ahí están sus minuciosos diarios para contestar el fino y penetrante espíritu con que inquirió razones de sabios y políticos, y en París dejó, cuando vino a la aventura de Venezuela, escritos en castellano, francés, italiano, inglés, alemán, portugués, griego y latín, más de seis mil volúmenes por él leídos y anotados, no sólo en la muelle calma del gabinete de estudio y en la alcoba transitoria del viajero desvelado, sino en las propias cárceles de París, donde llegó a recibir legado de libros de compañeros de prisión que no tuvieron como él templado el espíritu para esperar en medio de la desesperanza que incitaban los tribunales del Terror.

De aquella escogida librería ordenó que a la Universidad de Caracas, en "señal de agradecimiento y de respeto", se entregase después de su muerte la colección de textos griegos. En mis manos he tenido uno de los raros ejemplares que aún existen en tan valiosa biblioteca. Se trata de una traducción latina, impresa en 1811, de las odas de Safo y de Anacreonte y de los fragmentos de Alceo. Al final del volumen, escrita de su propia letra, aparece, en inglés, la siguiente sentencia: "No las piedras duras, robustos leños, ni artificiosos muros forman las ciudades; mas donde quiera que haya hombres capaces de defenderse por sí mismos, allí están las fortificaciones, allí las ínclitas ciudades".

La preferencia de Miranda por este certero juicio muestra con claridad ejemplar cuáles eran las piedras sillares de su pensamiento gigantesco. Este había fraguado en el horno humanístico de la Enciclopedia y giraba alrededor del antropocentrismo que distingue el discurso mañanero y utópico de sus grandes filósofos. Puede él desviarse, por una demasiada confianza en los principios que se fundamentan en la presunta bondad salvaje de las sociedades primitivas, hacia un culto exagerado del valor del individuo, pero busca, en cambio, al hombre en su realidad integral como fundamento de la ciudad. "Hombres capaces de defenderse por sí mismos" quería Miranda para soportes de orden social, y a fin de que esa defensa fuese práctica en el terreno activo de la vida y para que los individuos se sintieran vigorosos en sí mismos, él buscó las luces fieles que iluminaran los caminos por donde se va al encuentro de los medios que hacen posible la salvaguardia del propio hombre.

Mientras ilustraba la mente con los secretos del saber, perseguía en los planos directos de la acción, las posibilidades de que sus semejantes crecieran en pujanza para la conquista de su propio destino. El sabía que la libertad es esencia del espíritu y consagró su existencia a luchar porque en el nuevo mundo, donde moraban sus conciudadanos, la libertad ganase la batalla, a fin de cimentar sobre ella un nuevo orden de justicia capaz de levantar la conciencia defensiva de sus hombres.

No veía Miranda al parapeto exterior de las ciudades. De éstas sabía que ni de fuertes muros ni de fastosos edificios derivan su imponencia permanente. A la cultura de la piedra sobrepuso la cultura de la conciencia. El brillo de fuera lo supeditó a la holgura interior de quienes, por haber realizado en sí mismos la obra de formar su personalidad, ni sienten urgencias qué llenar, ni se saben presa de temores qué vencer, ni deambulan entre sombras y peligros que aminoren la facultad personal de resolver en justicia sobre su propio destino.

Hombre de adentro, Miranda envejeció al amor de los libros. De ellos extrajo sus mejores pensamientos, con ellos consultó sus grandes planes para la libertad del mundo americano. Fieles amigos que jamás lo

traicionaron, a no ser que por aumentar su idealismo lo hicieran tropezar más fácilmente con la mezquindad de sus semejantes, a ellos debemos mirar en estos momentos de inquietud en que América festeja su recuerdo.

Entre los múltiples y adecuados medios de festejar el segundo centenario del Generalísimo, la Embajada de Venezuela en Colombia, ha escogido este de abrir nuestra exposición y feria del libro venezolano, si bien modestas, en cambio divulgadores de un sector de la cultura de mi Patria. En haciéndolo cree realizar un acto acorde con los ideales mirandinos, pues aun para la materialidad gráfica del pensamiento venezolano el Precursor de la libertad de América tuvo valiosa aportación: en las bodegas del "Leandro" de la expedición de 1806 y entre los rifles flamantes y los cuñetes de pólvora, el aventurero de la libertad trajo una imprenta. El sabía que la guerra no la hacen sólo los fieros soldados y que el poder dominador de la metralla y de las espadas necesita, para la eficiencia operante, que haya mentes ganadas por la fuerza de las ideas en cuyo nombre se lanzan a la contienda los ejércitos. Y en talleres que derivan de la modesta imprenta de la expedición a Coro, han sido impresos la mayoría de los libros que se exponen a la ilustrada curiosidad del público bogotano. Entre dichas obras figuran los tomos hasta hoy editados del estupendo Archivo del Generalísimo. En ellos se guardan las huellas luminosas de la vida múltiple del grande hombre que supo medir y probar con sus hechos la omnipotencia del libro como instrumento formativo de la personalidad humana y como vehículo eficaz para distender el área de la civilización y la cultura.

Sea la gratitud de la Misión venezolana para el ilustre poeta Eduardo Carranza, director de la Biblioteca Nacional, y para el idóneo personal del Instituto, que tan eficazmente han colaborado con el Agregado Cultural de la Embajada en la organización de este acto, encaminado a honrar la memoria del egregio patriarca de la libertad americana y a procurar un mejor conocimiento en Colombia de la obra que realizaron ayer, y que hoy realizan, los ejercitantes de las letras y del pensamiento de mi Patria.

Con las de Bello y de Bolívar, la efigie de Miranda decora este recinto. Entre las brumas de Londres, los tres platicaron en 1810 acerca de los problemas de la independencia americana, y mientras, primero Bolívar y después Miranda, tomaban el bergantín que los traía a la patria en trance de alumbramiento, el modesto filósofo quedaba nutriendo su espíritu, para venir a dar más tarde fisonomía intelectual al mundo que iba a surgir de la aventura de la libertad. Los tres constituyen, para orgullo, sin afanes, del gentilicio venezolano, los vértices gloriosos del triángulo fecundo que mi Patria –incomprendida en su dolor, negada en sus propósitos y olvidada en sus servicios a la causa de América, hasta intentarse aminorar el valor y la gloria de sus hombres– ofreció al nuevo mundo para cimiento insustituible de la torre de su libertad y su cultura.

Señores.

MIRANDA Y COLOMBIA

Palabras en la Radiodifusora Nacional de Colombia el día 28 de marzo

Altamente honroso y grato para mí es tomar parte en el espontáneo homenaje que la Radiodifusora Nacional de Colombia, dirigida por el ilustre maestro Rafael Maya, consagra a la ínclita memoria del Generalísimo Francisco de Miranda.

Si a la totalidad americana ha quedado firmemente vinculado el nombre del Precursor, por haber sido a fines del Siglo XVIII el máximo voceador de sus derechos a la libertad, con Colombia tiene nexos que justifican el entusiasmo con que los altos representantes de su pensamiento están festejando el recuerdo del grande hombre.

Antes que el tricolor glorioso, que es símbolo de la noble patria colombiana, apareciese al frente de los fieros ejércitos que hicieron la independencia del mundo español de las Indias, Miranda la había soñado como emblema del continente para quien quiso rescatar, con los derechos de autodeterminación política, el privilegio de llevar nombre que recordase la aventura de aquel que trajo a las tierras desconocidas que moraban más acá de la incierta Thule, los símbolos de la cultura cristiana del viejo mundo. En la mente del infatigable visionario estuvieron, como crisálida de alas dormidas para un gran vuelo, los colores de la bandera y el nombre de Colombia. Los símbolos que hoy dan fuerza y contenido de unidad a la noble nación que arranca para la

vida de república el esfuerzo abnegado de los hombres del 20 de Julio, obra son, pues, de la fantasía creadora de Miranda, con derecho, por ello, a que esta patria le mire y le honre como uno de sus excelsos creadores.

Fiesta no sólo de Venezuela, sino de América, la de Miranda tiene profundo significado en suelo de Colombia, y así lo han entendido quienes, guiados de sentido y de justicia patrióticos, se han sumado a la iniciativa que, como expresión de la conciencia histórica de América, tomaron los historiadores del nuevo mundo en la IV Asamblea del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, que recomendó en 1946 a los gobiernos y centros culturales del nuevo mundo, celebrar con las proporciones debidas a la magnitud de su figura, el Bicentenario del Precursor de nuestra Independencia.

Para mí, representante de Venezuela en esta fraterna república, es motivo de íntima satisfacción el homenaje organizado por el Maestro Maya, en el cual se me da privilegio de palabra, para saludar con fe mirandina al pueblo glorioso que compartió con mi Patria y con el procero y noble pueblo ecuatoriano, la responsabilidad de haber hecho efectiva la Independencia de la América Española.

Señores.

EL RETORNO DE BELLO
(1951)*

(*) Discurso en el Teatro Municipal el Día de Andrés Bello de 1951. Tomado de *Obras selectas.* Caracas: Edime, 1954 (1.103 p.) pp. 835-851.

Este afortunado momento de llevar la voz de las Ciencias y de las Letras de la Patria para exaltar la gloriosa figura de Andrés Bello, ya hubieran deseado vivirlo ayer nuestros mayores hombres de pensamiento. Llegaron ellos a la sima niveladora de la muerte sin avizorar la hora feliz de esta justísima apoteosis. Aquí debiera haber estado, aun prefiriéndose al verbo sibilino y majestoso de Fermín Toro, y si no en el mismo sitio, por cuanto el templo sagrado no habíanlo convertido aún en profano teatro, Juan Vicente González con sus más audaces y exactas imágenes para la exaltación de Bello. Pero a nuestro grande escritor correspondió vivir ásperos tiempos de lucha y de tormenta, en los cuales su palabra, enderezada a romper sordos oídos, tuvo necesidad de recalentarse en el horno ardiente donde hurtaron fuego para sus terribles anuncios, los grandes profetas que entrevieron, con ojos claridecidos por las lágrimas, la ruina de Israel. Profeta sin futuro, fue la suya voz que compendiaba a Ezequiel y a Jeremías, tremebundos y llorosos, cuando fuera abrasada su pasión para cantar una Patria grande y libre, en cuyos muros festivos en vano procuró descifrar la frase que admonitara a los alegres Baltasares. Después de Juan Vicente González, a nadie con título más cuajado de derechos que a Cecilio Acosta correspondía al haberse adelantado a saludar a Bello en el momento de su simbólico retorno. Con la musa nemerosa de Virgilio, a cuyo amor tuvo robusto crecimiento la juventud poética de Bello, había aprendido a soplar la dulce caña del amartelado Tirsis, unido al cual tejió rústicas coronas para adornar la cabeza de los dioses agrestes; en sus labios, siempre niños, hubiera sonado a milagro el latín docto de Salustio, en que le habría dirigido la encendida y tímida palabra, para iniciar el diálogo tantos años deseado con el maestro inmortal. Orador no fue Arístides Rojas, pero conocía mejor que nadie las voces de la sonora epopeya del Avila y el secreto del diálogo que

Bello mantuvo desde niño hasta la hora de partirse de Caracas con el Monte Sagrado; por él hubieran hablado la tradición fecunda de la ciudad enternecida y la familiar fragancia de sus campiñas en flor, para dar testimonio a quien llegaba, del afecto caluroso con que recibíalo el suelo maternal. Nombro estos excelsos representantes de nuestras letras en el pasado siglo, por haberse adelantado ellos a quebrar lanzas por la honra y por la fama del sabio, cuando mezquina calumnia y opaca incomprensión se arrastraron cual sierpes ponzoñosas en intento de herir al inmaculado Bello. En el curso de los tiempos tienen, junto con Valentín Espinal, José María de Rojas, Cristóbal L. Mendoza, Rafael Seijas, Felipe Tejera, Julio Calcaño, Blanco Fombona, Caracciolo Parra León, Julio Planchart y Roberto Picón Lares, por sólo mentar muertos, bien ganado el procerato antiguo de la lealtad hacia la memoria de nuestro más grande varón de pensamiento. Hace veinte años, en el sitio donde mi pequeñez intelectual ofrece a Bello el apagado homenaje del contraste, nos habría deleitado el suave acento del ilustre Luis Correa, fervoroso animador del nuevo sentimiento de devoción bellista que culmina en esta hora espléndida, en la cual la República siente un esperanzado renacer de alas, cuando ofrece a su mayor hombre de letras el homenaje de un culto excepcional.

Tendría yo, pues, señores, que pedir a los maestros antiguos el tono y el sentido de sus voces para intentar ante vosotros la evocación de Bello. El difícil cometido con que me han honrado las distintas Academias aquí presentes, disminuye, sin embargo, de responsabilidad al hacer cuenta de que evocar en esta hora la memoria de Bello, no es cierto el caso de mi empeño, puesto que vosotros llevais cada uno grabada esta noche feliz, en el fondo de la propia conciencia, la imagen luminosa del eterno Patriarca de nuestra cultura. Mi palabra sólo tiene, pues, por ello, la gratísima misión de tocar apenas los hilos sutilísimos que enlazan y unifican vuestros sentimientos para la placentera y fecunda contemplación, a fin de hallar sobre las mil fases del pensamiento bellista, los más hacedores consejos que puedan ayudarnos en nuestro azaroso y grave destino de pueblo.

Señores:

Abastado de buena cultura y cuando frisaba con los treinta años, a don Andrés Bello, ya en el goce de una reputación que sobrepasaba a la edad, la Junta Patriótica le designó por asesor de Bolívar y de López Méndez, para la misión confiada en 1810 a estos insignes patriotas cerca del gabinete inglés. Hubo una época en la cual se negó que nuestra vieja, calumniada y sufrida Universidad de Santa Rosa hubiera sido capaz de ofrecer medios suficientes para la estupenda formación de nuestro grande humanista. Jamás pensaron los detractores de la cultura colonial que en negando a la Universidad una influencia determinante en la formación del Bello caraqueño, ampliaban, por el contrario, el radio exterior de idoneidad del medio, puesto que la presunta autodidaxia del sabio presupondría un ambiente de ilustración general, capaz de facilitar la forja de un espíritu del temple y de las dimensiones de Bello. No intento recontar la vida mortal del maestro inmortal. Si recuerdo su viaje al Viejo Mundo, lo hago para explicar el cambio de tinglado en el drama de su vida. Si no defendió él las unidades dramáticas como elemento literario, buscó entender los procesos pasados, para explicar los fulgores o la penumbra del presente.

Un pensamiento de servicio a la Patria lo llevó a Inglaterra y le sirvió de ancha puerta para adentrarse en el conocimiento del viejo mundo europeo. Grato es, señores, imaginar la fría noche otoñal en que se despidieron Miranda, Bolívar y Bello en el surgidero del Támesis. Ya está viejo Miranda, y se le mira, por la nieve que esmalta su frente, como el más recio pie del trébede donde una diosa fáustica hace arder los ingredientes que variarán la faz de un hemisferio. Caracas produjo los tres a distancia de treinta y tres años y en el espacio de un reducido cuadrilátero. Son el fruto activo, vivaz y maravilloso de un mundo ya maduro que va a transformar sus símbolos. Los tres se han juntado en Londres. Bolívar ha venido en pos de ayuda para la independencia de la Patria. Y la mejor ayuda no son los amañados fusiles ni las peligrosas naves que pueda ofrecer Inglaterra. De mayor eficacia es la revolución que habla por los labios vatídicos de este gran criollo que luce estrellas de General ganadas en la defensa de la Francia revolucionaria. Los tres, como sombras misteriosas entre la tupida niebla de los muelles, hablan un raro lenguaje en que alternan las palabras más claras y los más pesados vocablos. El ímpetu y la reflexión, la libertad y el orden hacen

turno en los labios de los magos. Miranda y Bolívar, al verbo que crea en la zona del espíritu, suman la potencia que se realiza en actos materiales. Bello, en cambio, es el contemplativo. Cristo le hubiera dicho, como dijo a la extática María, que era la suya la mejor parte. Pero de esa aparente inactiva contemplación de Bello saldrán las consignas que darán luz a los hombres de la acción. Entre las rojas luces que previenen a los peligros en la noche apretada de la ría, se hunden a corto espacio las naves que buscan el mar. En una sola no cabían los dos atlantes. Miranda embarca en el *Avon*. Bolívar toma pasaje en el *Zaphire*. El hombre de las ideas se mantiene en tierra. Por hoy, han trocado sus destinos. Bello se ha quedado sin sueños, en medio de una realidad desconocida y hostil. Ilusiones, proyectos, delirios, ensueños, todo lo han traído a América los dos iluminados. El se mantendrá meditando en medio de la fría aspereza de un mundo aún sin conquistar.

Luego sufre Bello, con la República, sus vaivenes y caídas. Mas, a compás que la política de Venezuela se torna más difícil y el hambre y el desabrigo hacen presa de su vida, él mide mejor la trascendencia de su destino. Hijo del dolor y de la miseria, Bello se trueca de acero, y mientras los políticos y los guerreros cumplen la misión de alterar la geografía y los hábitos del nuevo mundo, él se da a la tarea superior de buscar las luces que habrán de iluminar a los pueblos renovados. No tiene, como Prometeo, la audacia de ir a robar al cielo el secreto del fuego sagrado, pero en el radio de las posibilidades humanas todo lo inquiere al aliento angustioso de alumbrar aún más su espíritu, y empujado, a la vez, por el irresistible afán de enseñar a los demás. Así sea parva la mesa y el abrigo corto, todos los días, mañana y tarde, y sin que por ello desatienda las funciones diplomáticas que comparte con el sufrido López Méndez, encamina los graves pasos hacia el *British Museum*. Aquí están sus retortas y alquitaras de mago. Pobreza y angustia nada son ante su heroico empeño de agrandar la parábola de sus conocimientos. Pronto no existen límites para su saber. Filósofo, jurisconsulto, matemático, cosmógrafo, químico, historiador, botánico, gramático, filólogo, poeta, lingüista, paleógrafo, crítico, todo lo abarca con pasmosa precisión. Aunque mantenga recias amarras que lo unen en el juicio y el sentido con los maestros antiguos, puede decirse que es hermano de los hombres que crearon la Enciclopedia, en lo que ésta dice

amplitud de saber y propósito de análisis. No ha hecho suyo el evangelio de Juan Jacobo; por el contrario, está firme en la fe milagrosa que predicaron los iletrados y humildes evangelistas del primer siglo. Con Rousseau y Diderot coincide en buscar, por medio de distintos raciocinios, la reivindicación del derecho del hombre a ser respetado en sociedad. Sin participar la ideología disolvente de la revolución, abrazó el partido de la independencia, por cuanto ésta conduce a exaltar el valor humano del mundo de América. Las circunstancias, felices para él y para las nuevas repúblicas, lo han apartado de la grande hoguera en que se convirtió el continente nativo, mas su corazón y su mente han estado vigilantes de la suerte de sus hermanos. Así don Pedro Gual haya prevenido al gobierno de Bogotá acerca de un presunto monarquismo en Bello, él cree al pueblo capaz de mejorar sus instituciones sin mirar a la divina voluntad de los monarcas, como lo ha declarado la Santa Alianza. El sabe que en el mundo de las antiguas Indias españolas se está realizando una transformación de rumbos y sistemas que reclaman un nuevo pulimento en su estructura. Precisa crear un espíritu a la América renaciente, y por eso se ha dado a conversar con los genios de la vieja cultura europea.

Primero funda la Biblioteca Americana; más tarde, el Repertorio Americano. Si ayer fue Miranda el solicitado por el reclamo de los colonos llegados a Londres al empuje de la idea de libertad, ahora es Bello el centro forzado de la América que peregrina en pos de sus derechos. A los que le visitan, da consejos; a los compatriotas distantes, dirige recados en las hojas periodísticas. Su misión es enseñar, y está enseñando siempre. Su cátedra se halla en Londres, pero los papeles hacen efectiva a través de la América separada de España la rectoría de su palabra. Como los dioses homéricos, él habla en verso, para mejor excitar la atención y la memoria de los hombres. Acá se mueve un mundo necesitado de videntes que le señalen los nuevos caminos. Bello siente sobre sí la responsabilidad de un destino cósmico. Cuando alboreaba el Renacimiento, Colón se echó al mar con el mensaje que dirigía la Europa culta a la barbarie americana. El no es Colón, pero conoce el secreto de los navegantes que descubren nuevas dimensiones al espíritu. Sabe también que más rápida que las velas de las naves, la palabra impresa es vehículo que transporta edificios verbales. Misterio-

so su numen, como de fiel discípulo del gran Virgilio, altera el ciclo del poeta de Mantua, y hace que las *Geórgicas* sean preferidas por la *Eneida,* porque de Eneida americana puede calificarse el fragmentario canto consagrado por el poeta a exaltar la madre América, en todo tan sublime y elevado que le da carácter de verdadero manifiesto de intelectual independencia. El patriota se creyó comprometido a cantar la epopeya de la libertad, y cuando entonó la voz del canto no limitó al drama del suelo nativo el empeño de su musa, empero miró la lucha que desde el Plata hasta México mantuvieron los heroicos y abnegados soldados que luchaban por ganar la libertad proclamada por los hombres de la reflexión civil. El vio sobre lo particular del suelo natal lo universal de los valores que hacían de las antiguas provincias disgregadas del concierto hispánico una robusta unidad, llamada a permanecer firme y enhiesta en la defensa de su común destino, frente a la creciente amenaza de otros pueblos, de otros credos y de otras lenguas.

Pero Bello sabía que no es misión permanente del hombre culto exaltar bélicos símbolos. Si él lo hizo, trató de agraciar la pléyade de héroes que luchaban por la libertad, no por ello dejó de pensar que los soldados sólo prosperan donde haya labradores que mantengan la riqueza de la Patria. Más que poeta de templada lira, se sintió vate en el sentido apolíneo de la creación y el magisterio. Evoca, con la fuerza creadora de un dios, el milagro luminoso de la zona tórrida. De sus ojos delirantes ha desaparecido toda la bruma de Londres. El paisaje está lleno de luz y de verdura, que él copia como consumado paisajista. Si Virgilio escribió las *Geórgicas* para llamar al pueblo romano a las nobles tareas del agro, devastado por la planta destructora de las legiones, Bello, empujado por su definida conciencia agrícola de venezolano, entonó su *Silva* maravillosa, para animar a los hombres, acostumbrados a la guerra y ahora en camino del ocio y del regalo a que incita el triunfo, a que trocasen con la pacífica esteva el arma fratricida.

Ciudadano el soldado,
deponga de la guerra la librea:
el ramo de victoria
colgado al ara de la patria sea,
y sólo adorne al mérito la gloria.

Invocaba Bello la secreta sinonimia cívica que los griegos adivinaron entre las funciones del ciudadano y la misión del labrador, y pidió a las jóvenes naciones que, lejos de exaltar la gloria del guerrero, honrasen la oculta vida del modesto hombre de campo, seguro de paz y de riqueza de los pueblos. A la alabanza magistral del agro, la *Silva* suma la filosófica reflexión de quien sabe que sólo los benévolos caminos de la convivencia hacen posible el bienestar perseguido por el hombre en sociedad. Una pedagogía de errados fines la ha mantenido un poco al margen de las disciplinas docentes. Se la exhibe apenas como fina flor de la poesía bellista. Quizá, otra fuera, señores, nuestra suerte de república, si lejos de preferir como valor formativo de sentimientos patrióticos la exaltación de la epopeya bélica, hubiésemos consagrado mayores esfuerzos a la comprensión del gran mensaje de trabajo y de civismo que encierra la *Silva* de Andrés Bello.

Agotadas están, señores, las razones que explican el viaje del Maestro a la afortunada república de Chile. Para aquellos que indagan todavía las causas que movieron al sabio a no tornar a los "sitios encantados que amó de niño", sobran oportunas las respuestas. Mas aquí estamos para cantar las glorias de la Patria y no para revivir hondas heridas ni para exhibir mezquinas pasiones. Mojada la pluma en hirviente y roja tinta, así la pesadumbre contristase su ánimo, Juan Vicente González, venezolano libre de toda excepción, escribió razones poderosas, cuando llegó a Caracas noticia de la muerte del sabio. "Hace tiempo que habría descansado de la vida el gran poeta; señalado con dedo mofador y objeto de sacrílega risa, el generoso anciano habría mendigado como Homero; habría sido proscrito como Dante; como Tasso, hubiera sido preso por loco; como Camoens, habría perecido de hambre en hospital oscuro. Salvóse el Néstor de las letras de la gloria del martirio".

No regresó a sus nativos lares el caraqueño ilustre. En cambio, por junio de 1829 pisaba los muelles de Valparaíso, envuelto en la raída y vieja capa con que se había mal defendido de la húmeda frialdad de Londres. Con él vienen la mujer y los hijos, que hacen bulto, y en el fondo de sí mismo, sin que lo adivinen los sucios y cansados estibadores, la más clara y fornida conciencia del nuevo mundo hispánico, en la que verán los políticos de la violencia, según magistral frase de Caro, "una

amenaza para la indígena barbarie americana". Nueva es la tierra en su latitud geográfica, nuevo el metal de voz con que le saludan los que hablan su misma lengua materna; nuevas las manos que le ofrecen el calor de la amistad; pero él siente, en cambio, que este pedazo de tierra donde clavará su tienda, donde crecerán sus hijos y donde él será simado a la hora de la muerte, es apenas porción, diferenciada por la política, de la grande América, por él voceada como hogar común de los hombres recién libertados de la Metrópoli española. Si en su misión intemporal y ecuménica de creador de cultura viene a servir a Chile, servirá también a Venezuela como parte integrante de la nueva patria americana.

Tres años corridos de su arribo al Sur, y el sabio ilustre tiene concluida su obra fundamental en lo que podría llamarse proceso formativo de la nueva juridicidad americana. Bello no concibe las naciones que han surgido de la ruina del antiguo mundo hispánico, sin lo que él tan certeramente llama "la superstición del derecho". No entiende tampoco que puedan adelantar si no se frena por medio de conceptos de orden y de justicia a la nueva sociedad que va a consolidar en el convulso mundo de las antiguas Indias españolas. Considera que la tendencia de la civilización moderna pone de resalto un movimiento progresivo hacia la perfección del sistema social, que radica en "el orden asociado con la libertad". Allí habrá bienestar, piensa el sabio, donde la ley esté "felizmente amalgamada con las garantías de la libertad individual", es decir, donde el ciudadano se sienta libremente vinculado a las normas de la autoridad. Los tratadistas más famosos de derecho político, si bien pueden hacer estructuras teóricas que afamen sus escuelas, jamás podrán llegar a expresar con mayor sentido de verdad la esencia de la vida republicana. Ese justo equilibrio de fuerzas que desea para los hombres en función de componentes de la sociedad lo quiere también para las naciones, como marcos férreos donde se mueven particulares y diferenciados grupos humanos. Piedra sillar de nuestro sistema americano, Bello escribió en el frontispicio de sus "Principios de Derecho de Gentes": "Mi ambición quedaría satisfecha si a pesar de sus defectos, que estoy muy lejos de disimularme, fuese de alguna utilidad a la juventud de los nuevos estados americanos en el cultivo de una ciencia que si antes pudo desentenderse impunemente, es ahora de la más alta importancia para la defensa y vindicación de nuestros derechos".

Escribía él, no para sólo sus discípulos de la cátedra santiaguina, empero para todos los hombres que en América sentían urgencia de instrumentos con que acabalar la fábrica de su integridad y su derecho.

Cuando todavía no se habían apagado los primeros aplausos por el estupendo "Derecho de Gentes", Bello comienza a revisar la legislación privada de Chile, que tiene, como la de otros países de América, por centro medular las viejas *Partidas* alfonsinas. Espíritu integralmente nuevo, sabe que la república no se compadece con el enrevesado sistema de las leyes españolas, que sobrenadan, con carácter obligatorio, a pesar del hundimiento del imperio colonial. El no es hombre que ha pensado jamás en conquistas ni en túnicas imperiales. Sin embargo, está realizando una obra que lo llevará a ocupar la misma dignidad que para su nombre recabó Napoleón, cuando puso el suyo al Código Civil que redactaron los más grandes juristas de Francia. Junto con la napoleónica, habrá, pues, otra fuente de legislación civil, donde las nuevas repúblicas del continente americano podrán tomar su ordenamiento. Para ello está el Código de Bello. Con él nuestro sabio gana título egregio entre los más ilustres juristas del Nuevo Mundo.

Bello, señores, miraba hacia adentro y hacia afuera en el orden del progreso de las naciones. En las reformas del derecho privado chileno buscó hacer expeditivos los caminos de la justicia entre los hombres; en su labor de internacionalista procuró facilitar los caminos de la comprensión de los Estados, pero sin dejarse llevar de vanos espejismos de tratadistas. Antes que todo, Bello miraba la realidad de los hechos, y si bien creía en la existencia de una comunidad hispanoamericana, en cambio, con el buen sentido realista que aprendió de los filósofos escoceses, dudaba del valor práctico de las declaraciones y de los compromisos multilaterales, cuando no hubiese sujetos responsables que hicieran buena la letra de los pactos. "La política internacional de los nuevos estados –declaró– será estéril si en el seno de cada uno de ellos no aparecen instituciones racionales, progresivas, civilizadoras". Aconsejaba Bello, con abundosa lógica, que primero remediasen los pueblos sus deficiencias internas y después se juntasen para buscar el concierto internacional. "Tengamos juicio, tengamos orden, hagamos una democracia inteligente y activa, prosperemos y nuestro ejemplo cundirá. Si

por el contrario seguimos dando al mundo el escándalo de las aspiraciones ambiciosas de las revueltas, si se nos oye balbucir teorías mientras carecemos de comercio, de artes, de rentas, de escuelas primarias, en suma; si se nos ve estacionarios, cuando no retrógrados en el terreno de la civilización y de la prosperidad industrial, como sucede en la mayoría de nuestras repúblicas, los razonamientos, las homilías de todos los congresos del mundo, no nos ganarán un solo prosélito, desacreditaríamos las propias instituciones republicanas". "Tengamos juicio, tengamos orden", aconsejaba Bello a los hombres y a las naciones de América cuando promediaba el siglo XIX. Cien años cuenta de proferido y vigente está el consejo del Maestro para nuestros alegres y desprevenidos países de la hora presente.

Buscó Bello la ley de los mundos siderales, y como fruto de su búsqueda escribió un tratado de Cosmografía; indagó los principios normativos de las ideas, y escribió la Filosofía del Entendimiento; quiso saber los misterios de la Naturaleza, y estudió la Química, la Física y la Botánica; aspiró a conocer los secretos de la vida mortal del hombre, y saludó las disciplinas médicas; trató de hallar razón a las acciones y a las reacciones de las fuerzas políticas, y pidió sus secretos a la Historia, dignificada por los maestros que le acuerdan preeminencia en el orden de las ciencias morales; quiso dominar la lengua como instrumento de relación humana, y buscó en la Gramática sus leyes y el valor de las palabras en la difícil crítica filológica de los grandes monumentos de la literatura castellana. Donde quiera que oteó, tropezó con la huella de un principio inconfundible, que hizo centro de su pensamiento de filósofo. El Orden. Bello fue el Maestro del orden, el filósofo de la parsimonia, el mago de la lógica. Jamás creyó que pudieran los hombres gobernarse a sí mismos ni los pueblos avanzar a la creación de grandes estructuras internas o de sistemas internacionales, si antes no habían puesto orden en sus ideas particulares y en sus sistemas nacionales.

Filósofo del orden, tampoco lo entendió como argumento impuesto por voluntades ilegítimas. Su bondad y su dulzura no se hubieran desdeñado de adornar, al igual de Beethoven, con el busto severo de Bruto republicano su mesa de trabajo. Para él la adusta fecundidad del orden pedía la alegre amalgama de la libertad. El uno y la otra son prenda

eficaz de un alba de justicia. Aun cuando trató de definir su fe literaria, en el momento de reinstalar con librea democrática la vieja Universidad de San Felipe, dijo, en su carácter de rector, que norma suya era "la libertad en todo". Libertad para consentir el orden, como en la más recta teoría democrática fue, pues, el numen permanente del gran Maestro, motejado de retrógrado sostenedor de arcaicas formas y desusados métodos.

El equilibrio entre la libertad que pide anchos senderos y el orden que impone moderación al ímpetu que pueda cercenar vecinos derechos, brilla en sus ideas aun cuando se encara con el problema de la Gramática. El vio en la lengua vínculo robusto, propio para mantener entre los países hispanoamericanos la unidad de cultura y de creencias que les servían de soporte secular. Necesario era conservarlo en toda su vigorosa vitalidad, por medio de principios que lo defendieran de espúrias influencias. Movido al propio tiempo por el nuevo espíritu de libertad, procuró liberar la lengua del rigorismo latino a que la sujetó Nebrija. Y así, mientras corrige y da flexión a las normas antiguas, abre la lengua a la variedad que ofrece América, donde, con autóctonas voces, conviven vocablos de rancio linaje castellano, traídos por los pobladores del siglo XVI, y de los cuales no hace memoria el pueblo español, diferenciado, por obra de los siglos, de las masas criollas que dan tipicidad al mundo americano.

Desde el año 1829 hasta el aciago 1865, don Andrés Bello hizo de Chile su generosa segunda patria. La noble y afortunada nación sudeña le entregó su Universidad, le confió la asesoría de sus relaciones internacionales, le pidió la redacción de sus códigos y lo llevó a un sillón de su Senado. Treinta y cuatro años de moverse en medio de un mundo encrespado de pasiones, sin jamás, aun cuando fue a la ardiente polémica periodística, perder el platónico equilibrio de las potencias, le convirtieron en centro de la colectiva admiración. Rodeado del respeto de Chile y de la entusiasta solicitud de un continente que, por ver en él al más cabal de sus arquitectos, le confiaba la solución de sus disputas, en medio del tierno afecto de una larga familia, y agasajado por la más preciada amistad, discurrieron los últimos años del dulce sabio.

Por su vista
veían sus discípulos: su boca
habla por América...

Así dijo en noble verso Juan Montalvo, cuando cantó al poeta rendido al peso de la muerte.

Conciliada en su ánimo con la ciencia la fe de sus mayores, fue siempre fiel a las prácticas religiosas. Iba a misa, confesaba con un fraile dominico y entonaba el *Angelus* cuando la campana vecina le recordaba la vieja Fe de nuestra catedral y lo ponía a vivir en aquel culto ambiente caraqueño de antes de 1810, que nostálgicamente evocaba cuando arribó a Santiago en 1829. Lejos de su mundo juvenil, su afecto por Caracas se mantuvo incólume. "Yo me transporto en mi imaginación a Caracas –escribía al hermano Carlos–, os hablo, os abrazo, vuelvo luego en mí, me encuentro a millones de leguas del Catuche, del Guaire y del Anauco. Todas estas imágenes fantásticas se disipan como el humo, y mis ojos se llenan de lágrimas". Por Caracas está llorando Bello. Todo en él son memorias, porque si bien es cierto que Chile lo ha amado en grado extremo y le ha ofrecido los más subidos honores, también es cierto, como él lo dice en claro verso, que

Naturaleza da una madre sola
y da una sola patria...

Señores:

Lejos de la Patria, proscrito por la voz de viles impostores, para quienes, en cambio, pidió perdón en la *Oración por todos*, el Maestro inmortal estuvo sin vigencia en el pueblo de Venezuela. Con tierno y cristiano acento recomienda a la piadosa hija que pida a Dios

por el que en vil libelo
destroza una fama pura,
y en la aleve mordedura
escupe asquerosa hiel.

José Domingo Díaz ya tiene una gota de agua que refresque su ardoroso purgatorio, y con él la tienen todos aquellos que repitieron la infame acusación de deslealtad con que se intentó manchar su inmaculada

clámide de patriota. En cambio, selectos espíritus, en quienes perduraba la huella de la vieja Universidad humanista o se pronunciaba nostalgia por su falta, siguieron siempre sus pasos y su gloria: los unos, cuando estaba aún en el mundo de los vivos; los otros, cuando ya holgaba en las suaves praderas de la gloria. Si bien es cierto que la Venezuela pensante jamás olvidó a Bello, también lo es que de un cuarto de siglo a los días que corren, se ha venido pronunciando en la República un vivo y entusiasta movimiento bellista, que culmina con la apoteótica Semana que hemos consagrado a la evocación de su amable memoria. Esta reunión, patrocinada por los Poderes Públicos, podría calificarse, con palabras del propio sabio, como "un homenaje solemne a la importancia de la cultura intelectual" de que él fue máxima expresión. Estamos diciendo que no son las manos de los alarifes que estiran el tamaño de las casas y adornan las plazas y avenidas, quienes levantan el nivel de los pueblos: con Epicteto estamos proclamando, en cambio, que es a los hombres de la inteligencia pura a quienes toca dar iluminación a la cultura por donde aparecen elevadas las naciones.

Bello ha vuelto definitivamente a su pobre casita de la esquina de la Merced. Viene a recorrer con los pasos del sabio los sitios amados donde feliz vivió de niño. Bello, en realidad, parece estar de nuevo entre nosotros. Está en Caracas. Está en el corazón de Venezuela. Podría decirse que busca segura cátedra donde comenzar libremente su enseñanza constructiva. Mas, pregunto ahora, con palabras de abierta sinceridad venezolana: ¿Qué vamos a hacer nosotros con nuestro Bello, retornado al seno de la Patria, con su carga luminosa de ciencia, de virtudes y de gloria? Labor estéril y falsa sería pensar tomarlo cual recamada túnica para vestir nuestras carencias de pueblo; peor aún servirnos de él, como pecaminosamente nos servimos del nombre venerable de Bolívar, para exportar gloria pretérita y recabar con ella interesados e inútiles aplausos, que hagan la cortina de ruido para ensordecer nuestros lamentos colectivos. Flacas encuentra el sabio aquellas robustas saludes antiguas que empujaron a los colonos de España para la lucha heroica de donde, mútilos y alegres, regresaron tocados con el frigio emblema de la libertad. Los pulsos están decaídos y la rica médula que nutrió nuestra generosa tradición ha sufrido relajamientos lamentables. ¡Que no se vea el sabio en medio de un

mundo poblado de fantasmas! ¡Que no crea perdidas las raíces del pueblo, porque nuestra gente dialogue a la continua en otras lenguas distintas de la lengua sagrada que avivó los sueños de nuestros mayores! Aquí, señores, el primer deber de nosotros cuando invocamos la memoria de nuestra más grande inteligencia creadora.

Veo, sin embargo, que ya empieza Bello la labor conjugante que reclama Venezuela de sus hombres de pensamiento. Demás del movimiento nacional que representa esta Semana inolvidable, él ha venido a reunir nuestro Instituto Venezolano. ¡Cuántos anhelaron vivir este momento de ver juntas, como unidad de cultura, nuestras diversas Academias! Bello hoy, como ayer Bolívar, lo ha logrado sin esfuerzo alguno. Del gajo de laurel que coloquemos al pie del monumento ideal del Maestro, tomemos una hoja perfumada de gloria, para honrar la memoria del insigne Maestro Gil Fortoul, que en vano abogó por la fundación del Instituto!...

Señores:

Quienes cruzan la plaza de Abril, en la alegre y laboriosa barriada de San Juan, contemplan una fea estatuta, que representa al sabio en actitud, más que sedente, paralítica. Frente a él, Ezequiel Zamora blande la heroica espada con que comandó las tropas federales que reivindicaban para el pueblo un estilo de vida más cercano a la dignidad republicana. Nadie ha escuchado el diálogo que puedan sostener las estatuas. Cada quien intuye a su manera las posibles palabras de los bronces. Yo no sé si lo haya dicho Bello. Acaso lo piense en su ataráxico silencio. Pero, ante la altanera y presuntuosa postura del valiente caudillo, se llega a concluir que tampoco ganó nada el pueblo confiado a la fuerza aniquiladora de su brazo. Lo que no pudo el mílite Zamora, ¿no lo podrá, en cambio, la generosa cultura que mana de la sabia palabra del Maestro? Esa filosofía noble, serena y creadora; ese sacrificado amor al trabajo; ese supersticioso respeto al derecho y a la ley; esa bondad sin mancilla y sin fronteras que forman el sustrato de la grande obra y de la vida ejemplar del sabio ¿no podrían tener vigencia en nuestro mundo y ayudarnos en nuestro camino hacia la realización de la República?... Todo es posible a la inteligencia iluminada. Ofrezcamos a Bello la arcilla de nuestros espíritus para que moldee con ella cabales figuras de hombres...

MEDITACION SOBRE VARGAS

Discurso para inaugurar el retrato del doctor José María Vargas en el Concejo Municipal de Caracas (1951)*

(*) Tomado de la 1ª ed. Caracas: Tip. Americana. 1951. 10 p.

Un nuevo acto de generosidad del ilustre Concejo de Caracas me ofrece el grato y honrosísimo privilegio de que sea yo quien, a nombre suyo, haga la alabanza del egregio José Vargas, en la oportunidad de ser colocada su efigie venerable en la galería de este benemérito recinto.

En el ámbito de lo particular, yo podría holgar con el abandono del Municipio hacia la preclara memoria del ilustre repúblico, pues, de haberse realizado en tiempo este significativo acto, no hubiera alcanzado yo la gracia de poder unir mi voz a las voces justicieras que toman cuerpo en la decisión de la Ciudad. Me place en extremo participar en estos homenajes retrasados con que se honra a quienes debieron haber recibido en lueñe tiempo la singular pleitesía de los personeros inmediatos del pueblo de Caracas. Desamparada ha estado por el Municipio la clarísima memoria de Vargas, del mismo modo como lo han estado las de Andrés Bello, Simón Rodríguez, Juan Vicente González, Fermín Toro y tantos varones eminentes que ayer dieron lustre a sus anales y que son permanente ejemplo de recias voluntades puestas al servicio de la cultura patria.

En Caracas, donde se junta el Concejo que vela por los intereses locales de la región nativa de Vargas, no se ha ofrecido al grande hombre homenaje de admiración que reclama su inmensa figura. En los jardines de la Universidad y en la logia del Hospital que lleva su nombre, están, cierto es, las estatuas consagradas a mantener vivo su recuerdo de catedrático y de apóstol de la Medicina. Se le presenta de ese modo como hombre interior, dedicado a las disciplinas fecundas de la cátedra y a la práctica sacerdotal del arte de curar. Pero Vargas es además hombre de la calle. Su historia no es sólo la historia callada de quien se

esmeró por adquirir conocimientos para el lustre universitario y destreza para el ejercicio de su profesión nobilísima. Si inmenso es el precio de su obra en la Facultad de Medicina, en el Rectorado de la Universidad y en la Dirección de Instrucción Pública, que antecedió al Ministerio de Educación Nacional, mayor es la dimensión de su figura cuando se la contempla en los Congresos, en los Consejos de Estado y en la suprema magistratura de la nación.

Expuesto por ejemplo de científicos y por modelo de virtudes profesionales, en Academias y Ateneos, la ciudad ha de llevarlo también a la calle, como modelo de ciudadanos. La grave levita con que aparece ataviado en las estatuas recoletas, no es sólo el distintivo del sabio desvelado sobre graves y nutridos textos. Representa, además, el arreo civilista de una época dorada, con cuyo recuerdo "el espíritu reposa complacido y el corazón se ensancha". Vargas fue como magistrado, la expresión de una conciencia monolítica que supo enfrentarse, sin otras armas que la severa verdad, primero a la audacia criminal de quien confundió con el éxito de la fuerza la propia filosofía de la sociedad, después, al absolutismo de quien quiso tomar su bonhomía y su virtud como pantalla honorable que ocultase sus apetitos de gobierno. Porque si Vargas preso, fue frente al insolente Carujo, testimonio perspicuo del poder de la idea frente al efímero imperio de la violencia; Vargas renunciante es frente al poderoso Páez, ya en camino del leonazgo de Payara, testimonio de una dignidad a la que no quebrantan los halagos de un poder inválido. Si había aceptado la Presidencia de la República, fue porque creyó consentido el civilismo y no fórmula legalista de un caudillismo solapado, y porque, de lo contrario, vio en Páez un posible guardián de las normas institucionales. Regresado del exilio, advirtió que el Caudillo y su grupo intentaban tomarlo por testaferro de sus ambiciones, y pidió al Congreso con insistencia que le aceptase la renuncia del supremo cargo. Por ello digo que de mayor altitud resulta el varón memorable cuando, sin aparato de discordia, implora, como justicia y benevolencia, la excención del compromiso de presidir la administración pública, que cuando envuelto en la bandera de la virtud absoluta, apostrofó al soldado que, por la fuerza, le reducía a la inacción exterior. En ambos trances fue el mismo dulce e inalterable ciudadano que negó su voto en el Congreso de 1830 para la sanción del decreto

infamatorio de Bolívar, y que en aquella misma asamblea que había roto la unidad heroica de Colombia, defendió, contra una mayoría inspirada por las furias del antibolivarianismo, las razones que lo llevaban a considerar beneficioso el mantenimiento de un sistema que federase a Venezuela con Nueva Granada y Ecuador. Para saber que cumplía su deber, Vargas no buscaba aledaños consensos ni aplausos transitorios. El se sabía una conciencia vigilante de las necesidades y del decoro de la Patria.

¿Y qué no hizo Vargas en beneficio del progreso nacional? Fuera del campo universitario, donde su obra reclama aún ponderación y espíritus que la imiten, está su labor sin interés en la Dirección de Instrucción Pública y en la Sociedad Económica de Amigos del País. El tenía afán de servir, y como poseía recursos universalistas, tuvo para las distintas urgencias del país una aportación útil o un consejo oportuno. Su empeño fundamental fue saturar al pueblo de cultura, y mirando la educación como instrumento capaz de absolver los reatos que pesaban sobre una sociedad recién iniciada en el goce de sistemas liberales de gobierno, se esforzó porque aquélla distendiese su radio y preparase la conciencia social para efectivos ejercicios de república. Hombre idealista, se adelantó a rebatir las tesis de quienes han juzgado a la lumbre mortecina del pesimismo nuestras posibilidades cívicas. Con perspicacia y tino rebatió la teoría conformista, grata a los políticos ineptos, que hace recaer sobre los factores geográficos las causas de nuestros retrasos sociales. Ninguna más adecuada para "disimular la apatía –son palabras suyas– y consolarnos de las desgracias que ésta amontona sobre nosotros". Está la razón de ser acogida fácilmente por quienes, no queriendo darse a la obra fecunda y recia de mejorar las condiciones del medio, arrojan sobre el ambiente nacional la responsabilidad de su incompetencia como dirigentes de la cosa pública.

Por sus nobles ideas y por el ejemplo de sus acciones admirables, José Vargas ha sido uno de los grandes maestros de Venezuela. Así lo ha entendido el Concejo de Caracas, y en esta fecha diputada para festejar al Maestro en su heroica misión de cultura, así se haya tomado de oportunidad la inmediata conmemoración de un hecho de segundo orden para el magisterio, ha querido honrarlo con la colocación de su efigie en

este grave recinto que antaño escuchó las voces encendidas y fecundas de los grandes patricios que en nombre del pueblo declararon la absoluta independencia de la Patria.

No estuvo José Vargas entre aquellos patricios memorables. Tampoco estuvo con el bisturí de cirujano en los menguados servicios médicos que acompañaban a los gloriosos ejércitos de la libertad. Cuando la Patria fue presa de los odios de la guerra, él ganó la rota del viejo mundo, a fin de nutrir mejor su espíritu sediento de cultura. Regresó a la hora de la paz de los ejércitos, cuando ya estuvo ganada la independencia política. Vino, con su cargo de luces, a servir en la obra, aún inconclusa, de la liberación de las conciencias. Ya parecía cumplido el ciclo heroico que daba primacía a la palabra tremebunda de los Arismendis y Bermúdez. Los signos de la hora indicaban que llegaba el momento de que las armas cedieran a la toga y de que pasasen a la palabra de los sabios, según el consejo de Quitiliano, los laureles que otrora estuvieron reservados a la espada victoriosa. Vargas llegaba a cumplir el deber que le señalaba su destino. Culpa suya no fue que los otros pensaran de diverso modo y que estuviesen dispuestos a cerrar a la virtud las puertas del Capitolio Nacional.

Dentro de poco tiempo se cumplirán cien años del tránsito glorioso de Vargas a la inmortalidad de la Historia. Después de simado en el polvo, ha sido más intensa y angustiosa su obra de educador en busca de discípulos. Su ejemplo es patrimonio que enorgullece a Venezuela.

Honrar su memoria y proponerla una vez más como ejemplo fecundo a la meditación de las jóvenes generaciones de la Patria, es conducta que enaltece a los organismos que velan por la cultura pública y que sienten el peso responsable de una gloriosa tradición. Por este acto, yo congratulo al Municipio de Caracas.

Caracas: 15 de Enero de 1951.

BELLO, MAESTRO DE CIVISMO (1952)*

(*) Discurso de Orden en el acto académico en memoria de Don Andrés Bello, el día 4 de abril de 1952, realizado en la Universidad de Los Andes. Tomado de: *Discursos de la Semana Universitaria.* Mérida: Universidad de Los Andes, 1952 (46 p.) pp. 27–40.

Hace más de treinta años esta ilustre Casa universitaria ofreció tribuna a mi palabra de principiante, cuando su ilustre Rector, el nunca bien ponderado Diego Carbonell, inició en la ciudad una obra para beneficio del niño abandonado. Hablé yo entonces en compañía de un caballeroso general de nuestras antiguas guerras civiles, en acto prestigiado por la voz, toda dulzura, de una bella dama, que en el otoño de sus días, a la belleza duradera, suma la dignidad de un señorío propio de las antiguas matronas cristianas*. Fue entonces pretexto mi palabra para recoger monedas generosas que acrecentasen los fondos de la planeada institución. Cuando se me dijo la monta del auxilio recogido, sentí en mi interior un orgullo muy legítimo. Holgué al comprender que mi palabra de estudiante podía ayudar a una fábrica material, donde se ofreciera alivio a la niñez desvalida.

En monedas sonantes y contantes se convirtieron, pues, mis primeras palabras en la Universidad de Los Andes. Al correr de los años, cuando el joven fogoso, de ardientes labios, prestos a toda manera de novedades iconoclastas, se ha trocado en el hombre maduro, de tardo paso y cenicientos cabellos, la Universidad me hace el altísimo honor de invitarme a tomar parte en el homenaje que paga a Andrés Bello, como deuda de su forzado silencio, durante las fiestas apoteóticas recientemente ofrecidas por la República a su máximo varón de letras. Mi palabra de hoy no se disculpa ya por el fin altruista de recoger monedas para servir al bien común. Mi modesta palabra no tiene otra función sino la muy justificada de pagar a la madre antigua lo que ayer me ofreció en

(*) El General Juan Ignacio Aranguren y la Señora doña Laura Santana Moller.

saberes que no supe atesorar. Si aparentemente desvinculado de la vieja e ilustre Universidad de San Buenaventura, en razón de ser el mío grado conferido por la muy querida y hoy en duelo Universidad caraqueña, en cambio, fue aquí, en las aulas tranquilas y soledosas del antiguo Seminario de Fray Juan Ramos de Lora, donde adquirí los modestos conocimientos que me dan derecho a sentarme cerca de los doctores que ilustran la siempre brillante y jamás abatida tradición universitaria de la República.

Aun a riesgo de alargar por demás este familiar umbral oratorio, evocaré la figura alegre y bonachona de nuestro gran Papiniano, congraciado en sorprender a algún alumno, con cariñoso golpe de su inseparable báculo: ni su sencillez ni su bondad podemos olvidar quienes oímos las sabias lecciones del doctor Rafael Antonio Uzcátegui, que de haber publicado sus estudios, tendría puesto seguro entre los mejores romanistas contemporáneos. El doctor Gonzalo Bernal era otra clase de persona. Pulcro y solemne, quería enseñar, junto con su Derecho Internacional, buenos modales y correctos procederes a los estudiantes: para él, la relación de los pueblos se reducía a un claro y simple problema de respeto y de buenas maneras políticas; más que de su tiempo, Bernal era la supervivencia de aquellas generaciones merideñas del Siglo XVIII, que fueron a estudiar Leyes y Cánones a la fría y grave Santa Fe del Nuevo Reino de Granada. El doctor Antonio Justo Silva, cuya muceta era como un arco iris, en razón de la pluralidad de las borlas conquistadas, se miraba como el paño de lágrimas de los estudiantes: sabía él que el hombre vale fundamentalmente por la bondad y, junto con su múltiple saber, la regó a manos llenas entre quienes se acercaban a su generoso corazón. En años ganaban ellos a Zacarías Antonio Sánchez, a Florencio Ramírez, a José Domingo Paoli, a Juan Antonio González Salas y a Roberto Picón Lares, quienes profesaban cátedras diversas. De Picón Lares y de Gonzalo Salas recibí las primeras lecciones de esa ciencia hermosa, noble y trascendental, que tanto han menospreciado los venezolanos que pudieran hacerla respetada: el Derecho Constitucional. El doctor Sánchez enseñaba el viejo Derecho Penal, mientras Paoli predicaba las excelencias de la escuela antropológica. A ambos los he visto cruzar con su carga de años y de merecimientos por las calles silenciosas de Mérida, y, como de

excelentes penalistas y buenos jueces, yo desearía a estas alturas de mis años, recibir de sus labios veraces un refuerzo para lo que aprendí cuando era estudiante universitario: quisiera escuchar de ellos un comentario humano a los trozos bíblicos que la Iglesia conjuga en la Misa del Juez: el juicio de Susana y el juicio de la adúltera. Yo preguntaría a estos viejos maestros si el único camino de la humana justicia, será acaso, el que dejó Cristo trazado sobre las arenas movedizas. Cuando estoy a punto de pediros que me juzguéis con clemencia por este largo trance evocador, advierto que sería reo de inmerecida absolución si callase el nombre de Florencio Ramírez, nuestro ilustre Profesor de Derecho Civil, gloria del Foro nacional, severo juez de estudiantes y de pleitistas, quien con gesto intencionalmente ríspido hacía perder el equilibrio a los examinandos, para terminar como la nuez de áspero exterior, por ofrecer a sus discípulos la miel de la más acendrada amistad.

Largo es el exordio, pero con la evocación de estos nombres ilustres de ayer, vengo a pagar a la Universidad de Los Andes parte de la deuda que sobre mí gravita. Fueron ellos las voces antiguas por medio de las cuales habló a mi generación esta Casa venerable. Con elogiarlos y declararme deudor de su ciencia, empiezo a cancelar un compromiso de hidalguía, mucho más acrecido hoy por la señalada distinción que me hacen su Rector y su Claustro, al ofrecerme participación en la fiesta que se consagra al Patriarca inmortal de nuestras letras, como feliz coronamiento de la brillante jornada de cultura, celebrada en estos días conmemorativos de la fundación de Instituto.

Señores:

Me encomienda una función de cultura la vieja Alma Mater y, después de vencer notorias contradicciones de explicable causa, aquí estoy, si no abastado de medios para cumplirla cabalmente, al menos en actitud que revela una dispuesta voluntad de servicio. Si no de autoridad, mi palabra en este caso está revestida de un carácter familiar cerca de Bello. Vengo de Caracas, donde se meció la cuna del hombre y donde aún susurran los mismos aires que dieron fuerza a su gloriosa juventud. Caracas me ha hecho, además, el honor señalado de confiarme su Crónica oficial.

Vosotros pensásteis que el hijo lejano de la Casa, a quien se dio la guarda de la tradición que enaltece la cuna de Bello, podría traeros algunas palabras nuevas acerca de la vida del pensamiento del Maestro permanente de nuestras letras. También podría imaginarse que habla por mis labios la silenciada Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad donde se formó Bello y donde yo profesara inmerecida cátedra.

Ha habido en realidad, señores, un retorno de Andrés Bello como valor venezolano. La enemiga antigua, cansada de repetir la misma calumnia de los realistas, sosegó en su empeño mezquino de negar a Bello la integridad de su atavío republicano; y la otra pasión de repudio por el viaje afortunado del sabio a la noble República de Chile, también calló, cuando se llegó a juzgar con serenidad lo que hubiera sido la vida del egregio varón en nuestra infortunada Patria. Cualquiera imagina que al partirse Bello hacia los mares del Sur abrigaba la idea de retornar algún día a la tierra cuyos hombres y cultura añoraba tiernamente. El no cambiaba de Patria y de destino. Se sentía hijo de una América llamada a conservar la unidad de los viejos vínculos hispánicos, que fueran hoy vigorosos y fecundos, si no se hubiese realizado el sombrío augurio de Bolívar, cuando el año 29 anunció que los Estados Unidos del Norte estaban "destinados por la Providencia para procurar a la América toda clase de males en nombre de la libertad". En cualquier parte de las antiguas colonias de España donde Bello asentara su fragua de Vulcano de la cultura, sabía que estaba sirviendo a su propia Patria. Mas el cuadro de Bello, en lo que dice a la partida de sus lares primitivos, fue adquiriendo tonalidades de tiniebla. De Venezuela en 1830 había sido arrojado el propio Libertador. A Santiago debió llegar esta noticia como acerado puñal que hiriera el corazón del ausente y le previniese a peores impresiones. Un día del año 35, al desdoblar la prensa llegada en el último paquete, se impuso que Vargas había sido echado también por una revuelta en la cual se declaró que el mundo es de los audaces y valientes. En 1842 supo que el insigne Baralt se había partido al Viejo Mundo con el desaire de los poderosos, en razón de no haber acomodado su magnífica Historia a los intereses de los gobernantes. Con estos signos, ya sabía Bello lo que vendría después. En el silencio de su mundo interior, conversaba consigo mismo acerca del destino de su Patria nativa, y por nada hubo de espantarse ya, cuando supo cómo los mismos

hombres que el 24 de enero de 1848 preparaban el enjuiciamiento de Monagas y habían provocado el choque entre pueblo, representantes y soldados, se plegaron al día siguiente, por miedo a la amenaza, ante la engreída voluntad del dictador en cirna, que cruzó los brazos cuando se asesinaban las instituciones y tuvo oído fácil para el consejero que le explicaba cómo *la Constitución sirve para todo.* ¿Qué tenía que hacer Bello en este mundo de intrigas y caídas que era y seguiría siendo el mundo venezolano? ¿Valdría algo su débil voz en medio del huracán de las pasiones y en medio de la confusión de las ambiciones desbordadas? Mientras más arreciaba la tempestad venezolana, más firme se tornaba, en cambio, el fundamento de su amable vida chilena. El sabía lo que le ofrecería su amada Patria. Cuando murió, Juan Vicente González, después de angustiosas reflexiones, declaró, con la responsabilidad de su palabra iluminada: *Sálvose el Néstor de las Letras, de la gloria del martirio!* Y se salvó, porque no regresó en cuerpo para su sacrificio en Venezuela.

No regresó materialmente el sabio, mas sus ideas y sus teorías han retornado con su fama y con su gloria. Afán suyo de servir a América, y junto con sus libros y sistemas, le ofreció su vida como lección de trabajo y dignidad. Acumuló en su mente toda la cultura del momento: fino gramático y excelente cosmógrafo, botánico entusiasta y consumado jurista, crítico zahorí y periodista convincente y honorable. Ninguna disciplina escapó a sus ansias de saber. Hoy los filósofos lo citan con respeto; los críticos de nuestras fuentes literarias, lo miran por maestro indiscutible; los internacionalistas lo respetan como creador del Derecho americano; los civilistas lo acatan como si las letras de su Código guardasen adivinaciones que escaparon al antiguo Pretor; los hablistas le rinden parias como al más sagaz investigador de las leyes del idioma. Varón insigne, su nombre, como el nombre de Bolívar, llena nuestra América. Si el Libertador creó Códigos y enunció principios encaminados al mantenimiento de la vinculación positiva de los pueblos americanos, Bello erigió sistemas y dio normas para hacer fecunda la relación convivente asegurada por Bolívar. El sentía en sus sienes el fuego pítico y en la lengua el regusto ardoroso de la voz de los profetas. Lejos del Nuevo Mundo, soportando miseria y frío en la populosa e indiferente Londres, mayor era su anhelo de servir a los distantes

compatriotas. De joven comenzó en Caracas a ensayar el instrumento poético. Horacio y Virgilio le abrieron la senda de las musas. Con el dulce hijo de Mantua, educó su amor al campo y a las agrestes divinidades. Buen venezolano, Andrés Bello había nutrido su conciencia con los valores agrícolas que dieron fisonomía a nuestra historia antigua. El Catuche, el Anauco, los suaves declives del Avila sagrada, las auras amorosas de "La Floresta", de "San Felipe", de "Blandín", de "Bello Monte" y "Pan Sembrar", formaron sus cívicas virtudes. Virgilio le enseñó apenas los retoques del arte para hacer más noble y vivo el colorido de la naturaleza caraqueña. El cuadro de su *Silva* es cuadro suyo, unido vigorosamente a la estructura de su espíritu. No iba a imitar él maestros antiguos por sólo la vanidad sonora de los versos. Cantó su suelo, porque sobre el rasero maravilloso de la tierra patria descansaban los umbrales de su conciencia de patriota. Por 1845 emprendió la elaboración de un poema donde narra una vez más las excelencias del campo. El área dominada por sus ojos es ahora la templada zona del Sur, mas él tiene en su memoria el cuadro imborrable de la naturaleza tropical. Acompaña a Bello permanentemente una nostalgia del paisaje avileño. Finos ojos críticos encuentran en los cuadros parisinos de Watteau, aun en el propio transfondo de "La Danza", la constancia nostálgica del paisaje de Valenciennes. En nuestro gran Patriarca, la presencia placentera de los valores antiguos que formaron su mundo, no reclama ojo rapaz para captarla.

Verlos otra vez aquellos días,
aquellos campos, encantada estancia,
templo de las alegres fantasías;
selvas que el sol no agosta, a que las frías
escarchas nunca embotan la fragancia;
cielo... ¿más claro acaso? No, sombrío,
nebuloso tal vez. Mas era el mío...

Era Caracas, con sus montes y collados, con su torre sonora y el rumor de sus aguas, que reaparecía una vez más en la imaginación delirante del poeta. Era la tierra fecunda de la patria lejana, que tomaba puesto de primicia en el corazón del patriota insobornable. Era el campo generoso y sano, donde su filosofía cívica hallaba las más altas dimensiones para la construcción de la República.

A la luz de la técnica poética han sido estudiados los alcances imaginíficos de la *Silva* de Andrés Bello. Se la pondera como obra maestra de poesía didascálica y la alaba por la maravillosa perfección con que el Maestro pinta la agricultura de los trópicos. Pero, más allá de la alabanza de las faenas agrícolas y de la riqueza botánica de nuestra zona iluminada, la *Silva* encierra un mensaje de vida civil. Quienes a la ligera leen el poema extraordinario, miran en él simples valores poéticos, sin darle la función magistral de prólogo de toda la obra educativa del Maestro. Cuando acudió a la ciencia para robustecer las artes a que le inclinaba su natural sensible de poeta, no buscó, como buscaba Jean Vignot en el Siglo XIII, el apoyo de la exactitud de los cálculos para el mayor vigor de las formas, sino los sutiles caminos de la verdad que hacen útiles los sueños del ciudadano. Cosmografía, Lingüística, Filosofía, Medicina, Gramática, Derecho, eran para él simples apoyos en el proceso de elaborar una cultura que ayudase al hombre en la realización de su propio destino. "Producir tendencias y hábitos provechosos es el grande objeto de toda disciplina del alma". No concibió la Universidad como reunión de estudios diversificados en Facultades, de las cuales salieran, como de fábricas y talleres, individuos provistos de destreza en las varias profesiones. Entendió nuestro gran humanista que la Universidad está destinada a la formación de ciudadanos integrales. Supersticioso del derecho e imbuido en el concepto humanista de la cultura, hizo suya la idea de que no hay mundo social sin el seguro de las facultades que ejercita la ciudadanía. El no quiso gramáticos, ni legistas, ni botánicos, ni médicos encerrados en la celda de su exclusividad profesional. Buscaba él la formación de hombres en la amplitud del servicio y de la virtud. Cuando vio llegado el declive feliz de la guerra de emancipación, pensó desde Londres en el cataclísmico mundo de las antiguas Indias españolas, y se dio por entero a cumplir su función rectora de la nueva América. Como poeta habló en verso, y después de llamar a los soldados, presa del cansancio y de la ambición suscitada por la guerra, a reiniciar las interrumpidas faenas campesinas, pintó a los nuevos hombres la excelencia de las virtudes cívicas.

Si Venezuela hubiera puesto oídos al mensaje magistral de Bello, otra hubiera sido su suerte y otro el sitio que ocupara en el orden de los

pueblos. El campo generoso, donde brota la riqueza libre y sana, era en aquella edad feliz la única fuente de enriquecimiento nacional. Con sentido de realidad de trabajo, comienza el Maestro por condenar el absentismo que redujo la capacidad social de la tierra, y enrostra a los señores del suelo la culpa de abandonar al cuidado "y a la fe mercenaria, las patrias heredadas". Quizá este reproche de Bello tenga menos repercusión en esta feliz ciudad, donde la señoril casaca la ha lucido en la noche quien usó en el día la blusa del campesino. Orgullo de aristocráticos salones, la dama altiva, que hermoseó la vistosa crinolina y el rizado bucle, la víspera ordeñó con sus finas manos la ubre generosa y revisó solícita las blancas promesas de la tibia nidada. Acá todavía, como testimonio de que no ha muerto la virtud antigua, se ven ocupadas las cátedras de este egregio Instituto por Profesores que visten indumentaria de labriegos y que, después de explicar magistralmente las peripecias de la letra de cambio o de describir la función gonadotrópica de la hipófisis, se parten a sus predios alegres de Milla y la Otra Banda, para dirigir la recolección de las rojas bellotas del café o a vigilar la fragante molienda de las cañas que nutren la riqueza de la tierra.

Cuando Bello coloca en actitud contradictoria al campo y la ciudad, no pide el estancamiento del hombre campesino ni formula un divorcio entre las actividades de agro y de la urbe. De uno y otro quiere hacer un mismo ciudadano. Pide que, con el amor a la tierra, se mantengan las virtudes que hacen altivas las naciones. No condena a la ciudad, se limita a desnudar sus vicios. Recomienda al ciudadano huir el "abrazo de pérfida hermosura, que pone en almoneda los favores", y que evite ser despertado por "la aurora en mesa infame de ruinoso jugo". Por medio de la virtud de la consorte, cuida la fortaleza del hogar, donde estriba la sanidad moral de la república. Contra el adulterio que corroe la unidad de la familia, invoca hábitos que no ofrezcan "al delito espuela", y para que manos robustas y firmes mantengan el tono directivo de las bridas públicas, condena "la algazara del festín beodo" y los "coros de liviana danza".

En la continua comunión del hombre con la tierra encontraba Bello ambiente para la "frugal llaneza" que defienda al ciudadano de los vicios incitados por el ansia de riqueza y el afán de mando, donde toman aliento

las civiles disenciones. Cada estancia, cada verso de la *Silva admirable,* contienen un precepto de educación cívica, cuyos comentarios debieran ser objeto continuo de los educadores y de todos aquellos que sientan cómo es

la libertad más dulce que el imperio
y más hermosa que el laurel la oliva.

Señores:

He ofrecido hablaros de Andrés Bello, y me he limitado a esbozar apenas el contenido educador de su *Silva a la agricultura de la Zona Tórrida.* Para una Universidad, y en el grave encargo de hacer el elogio del Patriarca de nuestra cultura, parece tema de poca monta el comentario de una poesía del Maestro. Y aún más, de una poesía de rurales contornos. Pero yo no he querido alabar solamente la función de Bello como figura señera de nuestro mundo intelectual. Muchos lo han hecho ya con autoridad sobrada. ¿Qué podré agregar a lo que han escrito Santiago Key Ayala, Roberto Picón Lares, Rafael Caldera, Mariano Picón Salas, Luis Correa, Ramón Díaz Sánchez, José Manuel Núñez Ponte, por sólo nombrar los apologistas contemporáneos del Maestro? Puede que sea temeraria la figura, pero Bello está todo entero en cualquier trabajo suyo, como Dios, con su omnipresencia infinita, está todo en cualquiera lugar del universo. En el orden de la creación estética y filosófica, Bello es como un dios que se da en la inmensidad de su fuerza creadora. En razón de ese estar en plenitud del Patriarca de nuestras letras en cualquiera de sus trabajos admirables, yo he querido llamar vuestra atención hacia el gran mensaje con que el maestro inmortal inició sus lecciones para el mundo americano. La ocasión, además, se hace propicia, por el coro de voces que reclama un patriótico esfuerzo en orden a que nuestra tierra reseca y tostada vuelva a lucir su verde y alegre opulencia. Justamente esta Universidad debe hacer suya la voz antigua de los defensores de valor agrícola de nuestra Patria. Al bifurcarse la economía de la Nación, en la del Zulia, pujante y promisorio, debe tener su máximo asiento la enseñanza de la técnica que nos ponga mañana en posesión del gobierno absoluto de la riqueza petrolera, compartida con las grandes potencias capitalistas en condi-

ción de disfavor. En la de Mérida debe tener su cátedra más autorizada la enseñanza agrícola. Junto con la Facultad de Ingeniería Forestal, aquí debe funcionar también una Facultad Agronómica. Esta noble ciudad de Santiago de los Caballeros sigue siendo la vieja ciudad de agricultores que supo dar a la patria venezolana recursos de héroes y dinero para la epopeya de la independencia, y luces esplendentes para la vida de la paz. Señores del campo fueron Antonio Ignacio Rodríguez Picón, Juan Antonio Paredes, Fermín Ruiz Valero, Juan de Dios Picón, Eloy Paredes, Avelino Briceño, José Domingo Hernández Bello, Federico Salas Roo, Francisco Antonio Celis, Julio Salas y casi todos los hombres que tuvieron en sus firmes manos los destinos de la cultura de esta ilustre ciudad. De ellos, y en esta Casa, de la cual es padre, reclama mención aparte el ilustre doctor Caracciolo Parra.

Era Rector de la Universidad, cuando en 1889 le correspondió instalar en este mismo Paraninfo, la Sociedad Agrícola de Los Andes, cuerpo oficial, destinado al fomento de la riqueza territorial, y el cual, junto con él, integraban los doctores Eusebio Baptista, José de Jesús Dávila y Gabriel Picón Febres, Don Luis María Salas y el General José Rafael Gabaldón. Trece puntos desarrolló el egregio Rector como temas encaminados a dar fuerza a la cultura del agro andino. A muchos indudablemente sorprenda saber cómo el ilustre patricio condenaba "la acumulación en pocas manos de la propiedad". "Este hecho lo considero –dijo– como un resabio o restos del sistema feudal. Profeso –agregó– el principio de que no es conveniente a la sociedad la acumulación de la propiedad territorial, y que los particulares no pueden ni deben tener más terreno que el que en realidad cultivan". Ni de revolucionario ni de hombre peligroso fue motejado el Rector inolvidable. Hablaba simples palabras de justicia hacia el trabajador y palabras de hondo sentido económico en cuanto al rendimiento de la tierra. Todavía duraba por aquel tiempo en nuestros hombres el orgullo de ser hombres del campo. Aún se trasmitía, a manera de tradición esotérica, el blasón de que nuestra independencia había sido hecha por agricultores. De que nuestra guerra emancipadora la pagó y la sufrió el campo. Agricultores que gozaban el beneficio del comercio libre, formaban el grueso de la sociedad mantuana, sobre cuyos anhelos de autonomía se empinó la Revolución. El añil, el cacao, los cueros, el tabaco, el algodón y el café

constituían la fuerza de nuestra prepotencia de pueblo dispuesto a romper los moldes coloniales. Los valles de Aragua y del Tuy estaban cubiertos de una rica agricultura, donde lograba supedáneo la altivez de los nobles y de los hidalgos caraqueños; en los Llanos se movía espesísima cosecha de multíparas vacas y ágiles caballos; los valles de Oriente olían a buen cacao y a ensoñador tabaco; en los campos de Yaracuy y Nueva Segovia se confundían con el humo de las rozas agrícolas el humo de los altos torreones del trapiche; de Occidente se embarcaba cacao, añil, café, y se distribuía trigo a las provincias vecinas. Todo lo teníamos para abastecer el vientre del pueblo. Gozaba entonces Venezuela la autarquía alimenticia que garantiza la libertad de las naciones. Las estadísticas acusaban saldos favorables a la riqueza. Para completar la dignidad de la nación, faltaba cortar las amarras que la vinculaban con la Metrópoli ultramarina, y elevar a funciones de ciudadanía a un pueblo que soportaba temerarios distingos. Aquel cuadro de suficiencia interior, servía de rescoldo a las ideas de libertad que andaban por el mundo vestidas de esperanza. Caracas llegaba por el Este hasta La Guía, donde los florecidos cafetales daban apariencia de novia a los sembrados. Cerca corría el Anauco rumoroso. Hacia Chacao, todo era alegre y verde campo. El Avila sin quemas lucía como esmeralda prodigiosa. El poeta de Caracas divertía los pasos de las calles silenciosas y se daba a divagar por la campiña. Bajo la capa ensangrentada del maternal bucare, Bello nutrió su espíritu de joven. Del padre heredó el gusto musical. La madre le preparó para los ejercicios de piedad. El suelo le formó, como a los venezolanos de su tiempo, una recia conciencia agrícola. Caracas ofrecía a sus hijos frugales virtudes. Bello era Caracas. Bello era Venezuela.

Señores:

Asperas y empinadas bocas solicita el fuego interior de la tierra, cuando, tomado de infernales propósitos, busca hacerse temido de los hombres. Altas y solitarias cumbres solicita, también, la conciencia de los pueblos cuando trata de hacer sensibles sus consignas. En el orden antiguo, Ledesma, Juan Francisco de León, José María España, Miranda, Bolívar, expresaron la indestructible voluntad autodeterminativa de Venezuela. En el orden de la cultura, Bello se alzó como los otros, en

función volcánica, para mostrar la fuerza del fuego creador contenido en las profundidades de su espíritu. En la soledad de su apartamiento de Londres, pensó en Caracas, en Venezuela y en América y forjó la *Silva* donde, sobre cantar las excelencias de la tierra, fijó la conducta de los ciudadanos llamados a sustituir por las disciplinas pacíficas las rudas y sangrientas luchas de la guerra. En la *Silva,* Bello se erige como el hombre de la paz, supersticioso del derecho y de la ley. Para que todos, junto con entenderlo, sintiesen su mensaje, usó el tono poético para la exaltación del convivio cívico. Ciudadano integral, miró al trabajo que asegura a "la libertad morada, freno a la ambición" y a las leyes templo. Abierta es la lección. Si faltare la autorizada cátedra, el verbo se distiende sobre las alas del verso. Así enseñaban los viejos sacerdotes. El ciego Homero formó así el alma de los antiguos griegos. Resumen de su ciencia, prefacio de su inmensa cultura, Bello dijo a América que primero necesitaba cumplidos ciudadanos que asegurasen el verdor de los laureles de la paz y el brillor de las artes y las ciencias. Ciudadanos, ciudadanos, antes que sabios y guerreros, pide la paz de los pueblos.

Señores:

En diversas Facultades podría profesar el Maestro inmortal. A su voz se iluminaría la conciencia de los juristas, de los filólogos, de los literatos, de los internacionalistas, de los críticos, de los historiadores, de los filósofos, de los gramáticos, de los cosmógrafos, de los periodistas. Todo lo abarcó y lo dominó el Patriarca permanente de nuestra cultura. Pero cuando deja la cátedra y se une al común de los hombres, su enseñanza es más profunda. Su conducta es su mejor lección, su discurso más claro es la altiva y modesta dignidad de quien se sabe en paz con el mundo y en paz consigo mismo. Suyo es el decir sencillo que antes de profundizar la epopeya del Cid y de examinar las leyes que rigen el universo mundo, aconsejó vigorizar los nexos que, para hacer placentera la relación humana, piden al trabajo y a la ley la fecundidad de su sombraje.

No sea, pues, señores, para sólo el Bello de académicas ínfulas nuestro homenaje y nuestro afecto. Sigámosle devotamente cuando se desviste los lucidos ornamentos que acusan su dignidad de Rector emérito de

nuestras sufridas universidades. Acompañémosle mientras, resignadamente, camina nuestro mismo camino de ciudadanos. En la obscuridad meridiana de nuestras atropelladas vías, puede él servir a manera de verde luz de esperanza para nuestros anhelos contenidos...

Mérida de los Caballeros, el 4 de abril de 1952.

HISTORIAL BIBLIOGRAFICO DE LOS TEXTOS INCLUIDOS EN EL VOLUMEN 6

Bello, maestro de civismo. Caracas: Tip. Americana, 1952. 18 p.

También en: - **Discursos de la Semana Universitaria.** Mérida: Universidad de Los Andes, 1952 (46 p.) pp. 27-40.
- **Discursos académicos y tribuna patria e historia.** Pról. selec. y notas de Rafael Ramón Castellanos. Caracas: Biblioteca de Temas y Autores Trujillanos, 10, 1983 (289 p.) pp. 261-272.

"5 de julio de 1945. Palabras del Presidente del Congreso Nacional", **Conmemoración del día nacional. 1945.** Caracas: Congreso Nacional, 1945 (29 p.) pp. 7-12.

También en: - **Diario de debates del Senado y del Congreso de los EE.UU. de Venezuela.** Caracas, 9-7-1945, pp. 36-37.
Palabras de humanismo. Selec. y pról. de Rafael Ramón Castellanos. Caracas: Biblioteca de Temas y Autores Trujillanos, 11, 1983 (394 p.) pp. 203-204. Con título: "Miremos la historia en función del presente y del futuro".

"Franklin Delano Roosevelt. Palabras del Presidente del Congreso el día 25-4-1945", **Homenaje a Roosevelt.** Caracas: Congreso Nacional, 1945. 29 p.

También en: - **Diario de debates del Senado y del Congreso de los EE.UU. de Venezuela.** Caracas, 17-5-1945, pp. 2-3.
- **Discursos académicos...**, pp. 247-249.

"José Gregorio Monagas. Discurso del Presidente del Congreso Nacional", **Homenaje al General José Gregorio Monagas.** Caracas [Congreso Nacional], 1945. 32 p.

También en: - **Discursos académicos..**, pp. 12-16. Con título: "El Libertador de los esclavos".

"José Martí. Palabras del Presidente del Congreso Nacional", **Homenaje a José Martí.** Caracas: [Congreso Nacional], 1945. 34 p.

También en: - **Diario de debates del Senado y del Congreso de los EE.UU. de Venezuela.** Caracas, 25-5-1945, pp. 3-4.
- **Discursos académicos...**, pp. 227-230. Con título: "Martí: su meta era la libertad, la justicia".

Meditación sobre Vargas. Discurso para inaugurar el retrato de José María Vargas en el Concejo Municipal de Caracas. Caracas: Concejo Municipal de Caracas, 1951. 10 p.

También en: - **Crónica de Caracas** (Caracas), Nº 1 (1957), pp. 78-82.
- **Discursos académicos...**, pp. 163-166.
- **De Bitácora a Crónica de Caracas.** Presentación de Rafael Ramón Castellanos. Caracas: Fundación "Mario Briceño Iragorry", 3, 1984 (201 p.) pp. 21-24.

Pasión y triunfo de dos grandes libros. Homenaje a Codazzi y Baralt en el Centenario de la Geografía y de la Historia. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1941. 38 p.

También en: – **Boletín de la Academia Nacional de la Historia** (Caracas), Nº 97 (1942), pp. 60–64.

"Rafael Urdaneta. Discurso del Presidente del Congreso Nacional", **Homenaje al General Rafael Urdaneta.** Caracas: Congreso de los EE.UU. de Venezuela, 1945 (8 p.) pp. 5–8.

También en: – **Discursos académicos...**, pp. 287–289.

El retorno de Bello. Discurso. Caracas: Tip. Americana, 1951. 43 p.

También en: – **Primer libro de la Semana de Bello en Caracas.** Caracas: Ministerio de Educación, 1952. pp. 137–150.
– **Obras Selectas.** Caracas: Edime, 1954 (1.103 p.) pp. 835–851.
– **Antología del bellismo en Venezuela.** Pedro Grases; comp. Caracas: Monte Avila Editores, 1981. pp. 295–308.
– **El retorno de Bello.** Caracas: La Casa de Bello (Col. Anauco), 1988 (51 p.) pp. 5–20.

Sentido y ámbito del Congreso de Angostura. Conferencia. Caracas: Edit. Elite, 1943. 24 p.

También en: – **Discursos académicos...**, pp. 133–149.

Sentido y presencia de Miranda. Bogotá: Edit. Iqueima, 1950. 29 p.

Temas inconclusos. Caracas: Tip. Garrido, 1942. 203 p.

La tragedia de Peñalver. Bogotá: Edit. Iqueima, 1949. 77 p.

También en: – **Obras selectas**, 1954, pp. 853–888.

"24 de junio de 1945", **Palabras del Presidente del Congreso Nacional el 24 de junio de 1945.** Caracas: Congreso Nacional, 1945. 28 p.

También en: – **Diario de debates del Senado y del Congreso de los EE.UU. de Venezuela.** Caracas, 27-6-1945, pp. 2-3.
– **Discursos académicos...,** pp. 273-276. Con título: "Día de Carabobo, Día del Ejército".

INDICES DEL VOLUMEN 6

INDICE ONOMASTICO Y TOPONIMICO

A travers le desastre de Jacques Maritain: 136.
Aberle, Juan: 63.
Academia Colombiana de Historia: 247, 253.
Academia de la Historia de Venezuela: 5, 49, 57.
Acosta, Cecilio: 171, 265.
Africa: 255.
Aguirre, Lope de: 249.
Albión. Véase: *Inglaterra.*
Alcabala de Mucuruparo: 220.
Alceo: 256.
Alemania: 126, 127, 133, 137, 138, 144, 158.
Alvarado, [Lisandro]: 66.
América: 8, 14, 15, 29, 52, 54, 55, 57, 58, 60, 61, 62, 63, 64, 66, 68, 71, 73, 74, 75, 76, 79, 82, 85, 87, 89, 90, 91, 119, 124, 133, 140, 143, 144, 151, 161, 166, 168, 171, 172, 173, 174, 204, 207, 237, 248, 250, 251, 252, 258, 262, 269, 270, 272, 274, 275, 276, 290, 293, 298.
América del Norte: 249, 255.
Anacreonte: 256.
Anauco [Quinta]: 226, 292.
Anauco (Río): 276, 297.
Andrea de Ledesma, Alonso. Véase: Ledesma, Alonso Andrea de.
Angostura: 149, 155, 158, 159, 160, 164, 202, 210, 228.
Antequera, José de: 249.
Antillas: 167.
Antonieta de Romain Rolland: 45.
Apolo: 172.
Apure: 226, 229, 242.
Aquiles: 55.
Aquinatense. Véase: Santo Tomás de Aquino.
Aragua, (Valles de): 297.
Aranda, [y Ponte, Francisco]: 7.
Aranguren, Juan Ignacio: 287.
Archivo de Miranda: 258.
Arco de Triunfo (París): 252.
Arévalo Martínez, Rafael: 119.
Argos: 94.
Arismendi, [Juan Bautista]: 284.
Arístides Rojas (Revista): 17.
Aristóteles: 160.
Arrieta Leiva, ?: 65.
Asia: 62.
Asís, Francisco de: 124.
Atenas: 54.
Atila: 30.
Atlántico (Océano): 8, 62, 73, 167.
Atlas físico y político de la República [de Venezuela] de Agustín Codazzi: 4–10.

Audiencia de Santo Domingo: 167.
Austria, José: 231, 233, 234, 242.
Avon (Navío): 268.
Ayacucho: 58, 59, 60.

Baltasar: 265.
Baptista, Eusebio: 296.
Baralt, Rafael María: **5–10**, 290.
Barker, [Sir Ernest]: 38, 160.
Barón de Humboldt. Véase: Humboldt, [Alexander Von].
Barquisimeto: 211, 235.
Barrabás: 136.
Barrios, Juan José: 220.
Barrios, [Justo Rufino]: 62.
Barrios, Reina: 97.
Batallón "Anzoátegui": 214.
Batallón "Apure": 214, 230.
Beethoven, [Ludwig van]: 36, 45, 274.
Bello, Andrés: 210, 259, **263–278**, 281, **286–299**.
[Bello], Carlos: 276.
Bello Monte (Caracas): 292.
Belloc, [Hilaire]: 126.
Benitz, Alejandro: 6.
Bentham, Jeremy: 158, 162.
Bermúdez, [José Francisco]: 226, 230, 237, 284.
Bernal, Gonzalo: 288.
Biblioteca Americana de Andrés Bello: 269.
Biblioteca Nacional: 144.
Biblioteca Nacional (Bogotá): 258.
Bignon, ? (Capitán): 8.
Blanco, Andrés Eloy: 203.
Blanco Fombona, [Rufino]: 158, 162, 266.
Blandín (Caracas): 292.
Blanqui, ?: 54.
Bogotá: 54, 80, 167, 215, 216, 226, 227, 228, 229, 230, 233, 234, 236, 242, 243, 255, 269.
Bolívar, Juan Vicente: 247.
Bolívar, María Antonia: 216.
Bolívar, Simón: 8, 9, 14, 45, **53–56**, **57–60**, **61–64**, **65–68**, **69–71**, **73–77**, **79–84**, 151, 152, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 167, 171, 173, 177, 190, 191, 195, 201, 202, 204, 208, 209, 211, 212, 213, 215, 216, 223, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 233, 234, 235, 236, 237, 238, 242, 244, 251, 259, 267, 268, 277, 278, 283, 290, 291, 297.
Bolivia: 229, 235.
[Bonaparte], Napoleón: 58, 273.
Borjas, José Antonio: 218.
Boves, [José Tomás]: 151.
Boyacá (Colombia): 165.
Briceño, Avelino: 296.
Briceño Méndez, [Pedro]: 161, 164, 226.
Briceño y Briceño, Domingo: 212.
Bruto: 274.
Burdeos (Francia): 8.
Byron, John: 54, 58.

Cajigal, Juan Manuel: 9, 54.
Calcaño, Julio: 266.
Caldera, Rafael: 295.
Calibán: 250.
Calvo, ? [Alcalde]: 220.
[Cámara de Diputados]: 9, 165.
Cámara de Senadores: 9.
Cámara Inglesa de los Lores: 165.
Camejo, Pedro: 271.
Campaña Admirable: 155.
Campo de Carabobo: 190.

Los Capetos [Dinastía]: 158.
Capilla del Seminario de Santa Rosa (Caracas): 155.
Capitanía General de la Provincia de Venezuela: 157.
Capitolio Nacional (Caracas): 190.
Carabaño, Francisco: 212, 213, 216, 218, 221, 223, 228, 231.
Carabobo (Estado): 75, 189, 190, 191, 215, 230, 239.
Carabobo, Batalla de: 212.
Caracas: 6, 8, 13, 25, 66, 85, 135, 148, 149, 157, 167, 187, 210, 211, 212, 213, 215, 225, 226, 229, 230, 234, 236, 250, 266, 267, 271, 277, 289, 292, 297, 298.
Carbonell, Diego: 287.
Carlos II (de España): 248.
Caro, [Miguel Antonio]: 271.
Caro, Pedro José: 251.
Carranza, Eduardo: 258.
Carreño, Cayetano: 243.
Carreño, José María: 5.
Carrera, [Rafael]: 125.
Carrillo, Alfonso: 74.
Carta de Jamaica de Simón Bolívar: 156.
Cartagena (Colombia): 151.
Carujo, [Pedro]: 45, 46, 282.
Carúpano: 70, 102.
Casacoima (Colombia): 75.
Casanare (Colombia): 155.
Castelio: 124, 173.
Castillo, Pedro: 218.
Castro, [Cipriano]: 47.
Catuche (Río): 276, 292.
Celis, Francisco Antonio: 296.
Centauro de las Pampas. Véase: Páez, José Antonio.
Centro (Revista): 61.
Centro América: 15, 51.
Cercano Oriente: 53.
Chacao (Caracas): 297.
Chesterton, [Gilbert Keith]: 123, 130.
Chile: 60, 271, 272, 273, 275, 276, 290.
Club Rotario de San José [Costa Rica]: 53, 65, 66, 67, 68.
Codazzi, Agustín: 5-10.
Código [Civil] de Andrés Bello: 273.
Colegio de Periodistas: 95.
Colombia: 54, 60, 62, 75, 162, 168, 207, 210, 211, 212, 213, 215, 216, 222, 226, 229, 233, 235, 236, 237, 238, 242, 251, 253, 258, 261, 262, 283.
Colón, Antonio: 243.
Colón, [Cristóbal]: 66, 269.
Colón, Pedro Nolasco: 243.
Colonia Tovar (Edo. Aragua): 6.
Comandancia General de Venezuela: 215.
Comisión Corográfica: 5.
Concejo Municipal de Caracas: 281, 283.
Condorcet, [Marie Jean / Marqués de]: 255.
Confederación Americana: 167.
Congresillo de Cariaco: 155.
Congreso Científico Panamericano: 25.
[Congreso] Constituyente del Rosario de Cúcuta: 202, 210, 211, 229.
Congreso de Angostura: 149-168, 211, 229.
Congreso de Nueva Granada: 154.
Congreso de Panamá: 251.
Congreso de Venezuela: 152, 153, 154, 157, 174, 184, 185, 189, 197, 210.
Congreso Nacional: 6, 171, 177, 183, 186, 195, 201.

Congreso [Nacional] de 1830: 184.
Consejo de Indias: 167.
Constantino [Emperador]: 62.
Constitución de Cúcuta: 227.
Constitución de 1811: 157, 160.
Coro (Edo. Falcón): 236, 258.
Correa, Luis: 266, 295.
Correo del Orinoco: 156, 162, 165.
Corte de Saint James: 152.
Corte Almirantazgo [Venezuela]: 164.
Cosmografía y otros tratados de Andrés Bello: 274.
Costa Firme: 151.
Costa Rica: 25, 53, 55, 73, 99, 105, 118.
Cuba: 62, 65, 66, 68, 171, 172.
Cúcuta (Colombia): 166, 235.
Cumaná: 15, 157, 167.
Cuzco (Perú): 209.

Da Rimini, Francesca: 256.
Dalla Costa, Juan Bautista: 7.
D'Anger, David: 253.
Dante, [Allighieri]: 271.
Darío, Rubén: 63.
Dávila, José de Jesús: 296.
De Lima, [Luis Loreto]: 211.
Del Pozo y Sucre, José: 251.
Demeter: 146.
Departamento de Apure: 227.
Departamento de Venezuela: 227.
Departamento del Sur: 229.
Departamento del Zulia: 5, 226, 233.
Derecho de Gentes. Véase: **Principios de Gentes.**
"Diálogos de Sylla" de Eucrates: 76.
Díaz, José Domingo: 277.
Díaz, Pedro Pablo: 212.
Díaz, Ramón: 5, 6, 9.
Díaz Sánchez, Ramón: 295.
Diderot, [Denis]: 255, 269.
Diógenes: 141, 142, 145.
Dirección de Instrucción Pública: 283.
Discurso Admirable. Véase: **Discurso de Angostura.**
Discurso de Angostura de Simón Bolívar: 74, 156, 161.
"Discurso de la Semana Universitaria. Mérida, 1952" de M. Briceño-Iragorry: 285.
Dolge, Rudolf: 5.
Dos Ríos (Cuba): 76, 171.

Ecuador: 89, 241, 283.
El Argos (Periódico): 211.
El Avila (Caracas): 265, 266, 269, 297.
El Cometa (Periódico): 212.
El Constitucional (Periódico): 212.
El Salvador: 73, 90.
El Tocuyo: 234.
El Venezolano (Periódico): 212.
Embajada de Venezuela (Bogotá): 258.
Emerson, [Ralph Waldo]: 171.
Enciclopedia (Francia): 257.
Eneas: 151.
Eneida de Virgilio: 270.
Enrique VIII (de Inglaterra): 132.
Epicteto: 277.
Erasmo: 124, 127.
Escalona, Juan [de]: 214, 215.
Escuela "Simón Bolívar": 53.
Escuté, ? [Amigo de José Antonio Páez]: 218, 219.
España: 51, 127, 133, 136, 139, 167, 173, 212, 247, 252.
España, José: 155.
España, José María: 297.

Esparragosa [y Gallardo, Narciso]: 85.
Espinal, [Valentín]: 212, 266.
Espriella, Francisco de la: 61, 69.
Estados Unidos: 136, 141, 143, 167, 290.
Estagirita. Véase: Aristóteles.
Estrada Monsalve, [Joaquín]: 161.
Eucrates: 76.
Europa: 58, 62, 90, 125, 152, 250, 251.
Ezequiel: 265.

Facio, Antonio: 57, 58.
Facio, Justo: 57, 58.
Farfán, José Francisco: 242.
Felipe V (de España): 86.
Fenicia: 143.
Ferguson, [Guillermo]: 235.
Fermín de Vargas, Pedro: 251.
Fernández, Carmelo: 6
Fernando VII (de España): 157, 212.
Filipo (Rey de Macedonia): 142.
Filosofía del Entendimiento de Andrés Bello: 274.
Fonseca, ?: 65.
Fournier y Co.: 6.
Francia: 6, 8, 29, 133, 135, 136, 137, 138, 158, 159, 162, 249, 255, 267.
Franco, [Francisco]: 127, 136.

Gabaldón, José Rafael: 296.
Gaceta de Venezuela (Periódico): 7.
Gadea, Francisco: 218, 220.
Galán, Anton: 249.
García, Pedro: 218, 220.
García Cádiz, Ramón: 154.
García Calderón, [Ventura]: 162.
García Chuecos, Héctor: 6.
García Monge, Joaquín: 25, 119, 121.
García Naranjo, [Nemesio]: 61.
Geórgicas de Virgilio: 270.
Gestapo (Policía): 138.
Gobierno de Venezuela: 8.
Goethe, [Wilhelm von]: 84.
Gómez, [Juan Vicente]: 125.
González, José Ignacio: 234.
González, Juan Vicente: 7, 155, 265, 271, 281, 291.
González Salas, Juan Antonio: 288.
Gramática de Andrés Bello: 274, 275.
Gran Bretaña: 29, 38, 62, 208.
Gran Colombia: 46, 75, 196, 242, 243.
Grecia: 52, 54, 56.
Greene, [Graham]: 113.
Guaire (Río): 276.
Gual, Pedro: 269.
Guatemala: 61, 62, 73, 74, 85, 97, 119, 125.
Guayana: 155, 157, 167, 243.
Guayaquil (Ecuador): 164, 233,
Güere (Edo. Aragua): 220.
Guerrero, ? (Coronel patriota): 155.
Guzmán, Antonio Leocadio: 211, 212.

Haití: 151, 201.
Hegel, [Georg Wilhelm Friedrich]: 31.
Heredia y Mieses, José Francisco: 237.
Hermine (Navío): 8.
Hernández Bello, José Domingo: 296.
Hernández Ron, Ramón: 192.
Herodoto: 255.
"Himno a Bolívar" de Juan Aberle: 63.

Historia de Venezuela de Rafael María Baralt y Ramón Díaz: 5-10.
Hitler, [Adolf]: 125, 132, 133, 136.
Horacio: 292.
Hospital Vargas: 281.
Humboldt, [Alexander Von]: 6, 210.
Hurtado, ? [Coronel patriota]: 155.
Hyslop, Maxwell: 61.

Ibsen, [Henrik]: 48.
Iglesia Católica: 148.
Imperio Romano: 167.
Indias Españolas: 133, 272.
Inglaterra: 61, 62, 63, 132, 133, 136, 143, 160, 250.
Inocencio XIII: 86.
Instituto Libre de Cultura Popular: 149, 151.
Instituto Panamericano de Geografía e Historia: 262.
Intendencia de Venezuela: 209.
Israel: 265.
Italia: 130, 133, 135, 136, 144, 158.

Jamaica: 66, 151.
Japón: 141, 144.
Jenofonte: 193.
Jeremías: 265.
Jesucristo: 14, 28, 30, 124, 136, 148, 268.
Jiménez, Manuel Francisco: 57, 58.
Juan Cristóbal (Revista): 17.
Junín: 75.

Kant, [Immanuel]: 84.
Key Ayala, Santiago: 295.
Kierkegaard, [Sören]: 148.

"La Cosiata": 209, 214, 216, 242.
La Danza (Cuadro) de [Antoine] Watteau: 292.
La Edad de Oro (Revista): 66.
"La Floresta" (Caracas): 292.
La Guayra: 8, 216.
La Otra Banda (Mérida): 294.
La Plata (Argentina): 270.
La Torre, [Miguel de]: 212.
La Urbana (Colombia ?): 242.
La Victoria (Zona de la batalla): 86.
Landaeta, Juan José: 243.
Lander, Tomás: 212, 227.
"Las Cocuizas" (Hacienda): 238, 239.
Laski, [Harold]: 30.
Laval, [Pierre]: 135.
Lázaro: 14.
Leandro (Goleta): 258.
Lecuna, Vicente: 49.
Ledesma, Alonso Andrea de: 297.
Legión Británica: 164.
León, Juan Francisco de: 249.
León de Payara. Véase: Páez, José Antonio.
Lincolns, [Abraham]: 36, 171, 177.
Londres: 7, 131, 210, 250, 267, 269, 270, 271, 293, 298.
Longfellow, Henry W.: 171.
López Contreras, Eleazar: 59.
López Méndez, Luis (Siglo XIX): 267, 268.
Lord Byron. Véase: Byron, John.
"Los Aguacates". (Hacienda): 209, 217, 239.
Los Cayos (Haití): 70, 71.
Luis XI (de Francia): 125.

Maceo, Antonio: 68, 173.
Macero, Felipe: 230.

Maeterlinck, Maurice: 130.
Magdalena (Río): 167.
Malcos: 130.
Managua (Nicaragua): 61.
Manifiesto de Cartagena de Simón Bolívar: 156, 157.
Mann, Thomas: 74, 161.
Mantua (Italia): 270.
Mapa General de Venezuela de Agustín Codazzi: **5–10.**
Maracaibo: 157, 167, 197, 225, 233, 235.
Maracay: 230.
Marco Aurelio: 255.
Margarita: 70, 151, 152, 157, 164, 167.
[María] Magdalena: 82.
Mariño, Santiago: 155, 164, 213, 230.
Marión, [Ignacio]: 70.
Maritain, Jacques: 35, **135–140,** 145, 159, 160, 161.
Marqués de Barinas: 248.
Marqués del Toro. Véase: Rodríguez del Toro, Francisco.
Martel, Jacinto: 156.
Martí, José: 64, **65–68,** 67, 68, **171–174.**
Martínez, ?: 65.
Martínez de Alva, ? [Embajador mexicano]: 61.
Marx, [Karl]: 29.
Maure: 130.
Maya, Rafael: 261, 262.
Mazzini, José: 30.
Mediterráneo: 132.
Memorias de Gobernadores de la Provincia: 5.
Memorias de Guerra y Marina: 5.
Memorias de Urdaneta. Véase: **Vida y papeles de Urdaneta.**
Méndez, Ramón Ignacio: 155.
Mendoza, [Cristóbal]: 46, 213, 215, 225.
Mendoza, Cristóbal L.: 266.
Mendoza Neira, Plinio: 65.
Menéndez [y] Pelayo, Marcelino: 9.
Mérida (Venezuela): 288, 296, 299.
México: 13, 61, 89, 91, 248, 250, 270.
Michelena, Santos: 243.
Michelet, Jules: 30, 252.
Mijares, Marqués de: 247.
1941 de Mariano Picón Salas: 25.
Milla (Mérida): 294.
Ministerio de Educación Nacional: 10, 282.
[El Mío] Cid: 298.
Miranda, Francisco de: 85, 144, 153, 216, **247–253, 255–259, 261–262,** 267, 268, 269, 297.
Molotov, [Viacaeslav Mijailovich]: 126.
Monagas, José Gregorio: **201–204.**
Monagas, José Tadeo: 291.
Monroe, [James]: 152
Montalvo, Juan: 276.
Montesinos, Anton de: 249.
Montesquieu, [Charles Louis]: 76, 158, 162.
Monteverde, Domingo: 152.
Montilla, Tomás: 155.
Mora, Mariano: 6.
Morazán, [Francisco]: 62.
Morillo, [Pablo]: 213.
Moxó, [Salvador]: 151.
Mucuritas, Batalla de: 235.
Mujica, José Jacinto: 217, 220.
Mundell, Jacobi: 144.
Muñoz Tébar, [Antonio?]: 211.
Museo Bolivariano de Caracas: 59.

Museo Británico: 268.
Mussolini, [Benito]: 135.

Naciones Unidas: 178.
Napoleón. Véase: [Bonaparte], Napoleón.
Nariño, Antonio: 251.
Navarro, [Nicolás Eugenio]: 49.
Navas Espínola, Domingo: 212.
El Negro Miguel: 249.
Negro Primero. Véase: Camejo, Pedro.
Néstor: 209, 271.
Nicaragua: 62, 63, 73.
Nietzsche, [Friedrich]: 20, 115.
Norte América: 133.
Nueva Granada: 61, 62, 162, 166, 238, 241, 283.
Nueva Segovia: 297.
Nueva York: 238.
Nuevo Mundo: 74, 75, 168, 172, 251, 273.
Núñez de Cáceres, [José]: 212.
Núñez Ponte, José Manuel: 295.

Ocumare (Aragua): 201.
O'Higgins, [Bernardo]: 251.
Olavide, Pablo de: 251.
O'Leary, [Daniel Florencio]: 229.
"Oración por todos" de Andrés Bello: 276.
Orinoco (Río): 160, 166.
Ortega, Germán: 13.
Ortega, Romeo: 13.
Ossorio, Angel: 29.
Otero D'Acosta, Enrique: 253.

Páez, [José Antonio]: 46, 125, 163, 190, 207, 208, 213, 214, 215, 216, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 233, 234, 235, 236, 237, 238, 239, 242, 243, 244, 282.
Palacio Fajardo, Manuel: 164.
Palacio Ortiz, José: 251.
Palacios, Manuel: 155.
Palacios y Blanco, María de la Concepción: 69.
Palotal (Edo. Aragua). 220.
"Pan Sembrar" (Caracas): 292.
Panamá: 48, 62, 67.
Paoli, José Domingo: 288.
Paolo [**Divina Comedia**]: 256.
Papiniano: 288.
Paredes, Eloy: 296.
Paredes, Juan Antonio: 295.
Parejo, Francisco: 155.
París: 6, 7, 29, 54, 250, 252, 256.
Parra, Caracciolo: 296.
Parra León, Caracciolo: 266.
Pativilca (Perú): 75.
Patroclo: 55.
Peña, Miguel: 216, 218, 219, 223, 227, 228.
Peñalver, Fernando: 154, 155, 164, 165, 207–244.
Peñalver, José: 241.
Peñalver, José Francisco: 241.
[Peñalver], Mariquita: 210.
[Peñalver], Martín: 210, 241.
[Peñalver ?], Pedro: 210.
Peraza, Luis: 154.
Pérez, Carlos: 217.
Pérez, Santiago: 238.
Pericles: 54.
Perú: 58, 60, 70, 89, 250.
Pétain, [Philippe]: 127, 135, 138, 159.
Petion, [Alexander]: 69, 70, 151, 152, 155, 201.
Piar, [Manuel]: 153, 229.
Picón, Juan de Dios: 296.
Picón Lares, Roberto: 266, 288, 294.
Picón Salas, Mariano: 17, 25, 30, 123, 295.

Pilatos: 130, 138.
Pío XII: 148.
Píritu (Edo. Anzoátegui): 210.
Pizani, Rafael: 186.
Planchart, Enrique: 144.
Planchar, Julio: 266.
Platea (Grecia): 166.
Platón: 36, 54, 83, 172.
Plaza de Abril (Caracas): 278.
Polibio: 255.
Pombo, Lino de: 243.
Principios de Derecho de Gentes de Andrés Bello: 273.
Prometeo: 18.
Provincia de Carabobo: 209, 228.
[Puerto] Buenaventura (Colombia): 167.
Puerto Cabello: 167, 212, 235, 236.
Puerto Rico: 212.

Quevedo, Numa: 21, 45, 113.
Quijano, Alonso: 45.
Quintiliano: 284.
Quito (Ecuador): 166, 250.

Radiodifusora Nacional de Colombia: 261.
Ramírez, Florencio: 288, 289.
Real y Pontificia Universidad de Caracas: Véase: Universidad Central de Venezuela.
Renán, [Ernest]: 32, 77.
Repertorio Americano de Andrés Bello: 25, 269.
Restrepo, [José Manuel]: 227.
Resumen de la geografía de Venezuela de Agustín Codazzi: 5–10.
Revenga, [José Rafael]: 229.
Revolución Francesa: 158.
Revolución Federal: 202.
Ribas, José Félix: 86.
Rodríguez, Simón: 281.
Rodríguez Picón, Antonio Ignacio: 296.
Rocinante: 45.
Rodríguez, José Santiago: 57, 59.
Rodríguez Castillo y Villanueva, Ignacio: 220.
Rodríguez del Toro, Francisco: 212, 226.
Rodríguez Domínguez, Juan Antonio: 183.
Rojas, Arístides: 265.
Rojas, José María: 266.
Rolland, Romain: 45, 46.
Roma (Italia): 132, 148.
Román, ? [Historiador]: 61, 63.
Roosevelt, Franklin Delano: 177–179.
Rosas, [Juan Manuel de]: 125.
Roscio, Juan Germán: 154, 155.
[Rousseau], Juan Jacobo: 158, 162, 255, 269.
Rue Saint Honoré (París): 250.
Ruiz Valero, Fermín: 296.
Rusia: 127, 136.

Safo: 256.
Saint Victor, Paul de: 18.
Salamina (Grecia): 166.
Salas, Julio César: 296.
Salas, Luis María: 296.
Salas, Tito: 80.
Salas Roo, Federico: 296.
Salustio: 265.
"San Felipe" (Caracas): 292.
San Félix (Edo. Bolívar): 153.
San Francisco (California): 178, 179.
San Francisco (Caracas): 214.
San José de Costa Rica: 13, 15, 17, 24, 25, 57, 69, 73, 131, 135.
San Juan (Caracas): 278.
San Lucas: 131.

San Martín, José de: 58, 81.
San Pedro: 129, 148.
San Pedro Alejandrino (Colombia): 82.
San Salvador: 63.
Sánchez, Luis Alberto: 136.
Sánchez, Zacarías Antonio: 288.
Sandoval, Francisco: 220.
La Santa Alianza: 269.
Santa Fe de Bogotá: 76, 165, 166, 167, 247.
Santa Marta (Colombia): 82, 167, 213.
Santana Moller, Laura: 287.
Santander, Francisco de Paula: 207, 210, 211, 212, 213, 216, 219, 226, 227, 229, 234, 235, 244.
Santiago de Chile: 276, 290.
Santo Tomás de Aquino: 107, 160, 165.
Santo y Seña (Revista): 17, 20, 61.
Sarmiento, Domingo Faustino: 81.
Schubert, [Franz]: 13, 38.
Scrymgony, J.: 144.
Secretaría de lo Interior y Justicia: 5.
Segunda República (Venezuela): 210.
Seijas, Rafael: 7, 266.
Seminario de Fray Juan Ramos de Lora: 288.
Seminario de Santa Rosa de Santa María. Véase: Universidad Central de Venezuela.
Senado de la República: 8, 165.
Séneca: 255.
Servet, [Miguel]: 173.
Shakespeare, William: 250.
Sierra, José María: 218, 220.
[Siete] Partidas de Alfonso El Sabio: 273.
Silva, Antonio Justo: 288.
"Silva [a la agricultura de la Zona Tórrida]" de Andrés Bello: 270, 271, 292, 293, 294, 294.
"El sistema político de Bolívar en la doctrina tomista" de [Joaquín] Estrada Monsalve: 161.
Sistiaga [Jesús María ?]: 218.
Sociedad Agrícola de Los Andes: 296.
Sociedad de Geografía e Historia de San José de Costa Rica: 49.
Sociedad Económica de Amigos del País: 283.
El Socorro (Colombia): 251.
Soley Güell, Tomas: 105.
Soloma Huetenango: 120.
Soublette, [Carlos]: 208, 212, 229, 241.
Spinoza, [Baruch]: 158.
Stalin, José: 127, 136.
Suárez, Luis: 73.
Sucre, Antonio José: 60.
Sur América: 49.
Susana: 289.

Taine, [Hipólito]: 39.
Tamesis (Río): 267.
Tasso, [Torcuato]: 271.
Tejera, Felipe: 266.
Temístocles: 54.
Tenerani, [Pietro]: 80.
III Reich (Alemania): 159.
[Tertulia de] San Francisco: 7.
Tertuliano: 26.
Thierry, Freres: 6.
Thule: 261.
Thiers, [Adolphe]: 9.
Tierra Firme: 70, 151, 155.
Tirsis: 265.
Tito Livio: 49.
Toro, Fermín: 7, 265, 281.
Torres, Pedro León: 155.
Tovar, Conde de: 247.

Tovar, Martín de: 7, 227.
Tovar Ponte, Martín: 212, 227.
Tratado de Cosmografía. Véase: **Cosmografía y otros escritos** de Andrés Bello.
Trinidad: 157, 210.
Triptolemo: 146.
Troya: 151.
Trujillo (Venezuela): 17, 51, 233, 234, 235, 242.
Tunja (Colombia): 196.
Tupac Amarú: 249.
Tuy (Valles del): 297.

Unión Soviética: 126.
Universidad Central de Venezuela: **85–87.**
Universidad de Cambridge: 38.
Universidad de Caracas: 256, 281. Véase también: Universidad Central de Venezuela.
Universidad de Costa Rica: 85, 86.
Universidad de Los Andes (Venezuela): 285, 287, 289, 296.
Universidad de San Felipe (Chile): 275.
Universidad de Santa Rosa: 267. Véase también: Universidad Central de Venezuela.
Universidad del Zulia: 295.
Universidad Nacional de México: 13.
Universidad Obrera: 161.
Urbaneja, Diego Bautista: 154, 155, 164.
Urdaneta, Luciano: 54.
Urdaneta, Rafael: 54, 155, 195–**197,** 233, 237, 238.
Urdaneta, Rafael [Guillermo]: 8, 53.
Uzcátegui, Rafael Antonio: 288.

Valencia (Venezuela): 155, 196, 210, 215, 216, 225, 226, 227, 228, 229, 236, 238, 241, 243.
Valenciennes (Francia): 292.
Vallenilla, Diego: 155.
Valparaíso (Chile): 271.
Vargas, [José María]: 45, 46, 241, 242, **279–284,** 290.
Vásquez de Coronado, ?: 51.
Venezuela: 5, 6, 8, 45, 46, 51, 62, 66, 70, 71, 109, 118, 125, 139, 140, 141, 145, 152, 153, 154, 155, 160, 162, 165, 166, 184, 185, 190, 195, 196, 197, 201, 202, 203, 204, 207, 208, 210, 211, 214, 215, 216, 218, 221, 223, 225, 226, 229, 231, 233, 234, 235, 236, 237, 238, 247, 251, 253, 256, 262, 272, 278, 293, 297, 298.
Vidoza, Rafael: 218, 220.
Vichy (Francia): 138.
Vida y papeles de Urdaneta el joven de M. B. I.: **8–9.**
Vignot, Jean: 293.
Villa de Norte (Isla de Margarita): 70, 152, 202.
Villa del Rosario de Cúcuta (Colombia): 228.
Villanueva, José Antonio: 218.
Virgilio: 265, 270, 292.
Vives, [Juan Luis]: 124.
"La Voz del Trópico" (Emisora radial – Costa Rica): 73.

Washington, [George]: 141, 152, 177.
Watteau, [Antoine]: 292.
Whitman, Walt: 171.
Wilson, Belford Histon: 208.
Windixvojel, Jerónimo: 218.

Yago: 124.
Yaracuy (Estado): 297.

Zamora, Ezequiel: 278.

Zaphire (Navío): 268.

Zea, [Francisco Antonio]: 155, 162, 163, 164

Zulia (Estado): 197, 213.

INDICE DE MATERIAS

AMERICANISMO. Véase: **CULTURA – Tendencias – Americanismo. HISTORIA – Tendencias – Americanismo.**

BELLISMO. Véase: Bello, Andrés (Indice Onomástico).

BOLIVARIANISMO. Véase: Bolívar, Simón (Indice Onomástico).

CAUDILLISMO. Véase: **POLITICA – Tendencias y movimientos – Caudillismo.**

CIVILISMO. Véase: **POLITICA – Doctrinas, ideologías y sistemas – Civilismo.**

COMUNISMO. Véase: **POLITICA – Doctrinas, ideologías y sistemas – Comunismo.**

CONSPIRACIONES. Véase: **HISTORIA – Revoluciones, guerras y conspiraciones.**

CRISIS
- **De inteligencia:** 147–148.
- **De moral:** 147–148.

CRISTIANISMO. Véase: **RELIGION – Doctrinas – Cristianismo.**

CULTURA
- **Nacional**
  - **Francia:** 29.
- **Períodos:**
  - **Renacentista:** 18, 19, 114, 248.

- **Popular:**
  - **Creencias:** 119-122.
- **Tendencias:**
  - **Americanismo:** 85-87, 89-91, 171-174, 265-278, 287-298.
  - **Espiritualismo:** 29-30.
  - **Humanismo:** 18-20, 29-30, 144, 248, 255-259, 264-278, 287-298.
  - **Idealismo:** 258.
  - **Positivismo:** 29.

COROGRAFIA. Véase: **GEOGRAFIA - Corografía.**

DEMOCRACIA. Véase: **POLITICA - Doctrinas, ideologías y sistemas - Democracia.**

ECONOMIA
- **Períodos**
  - **Independencia:** 61-64.

EDUCACION
- **Instituciones:** 85-87.
- **Leyes y reglamentos:** 93-94.
- **Pensamiento educativo:** 18.

ESCLAVITUD. Véase: **ETNOLOGIA - Esclavitud.**

ESPIRITUALISMO. Véase: **CULTURA - Tendencias - Espiritualismo.**

INDICE DE MATERIAS DEL VOL 6 DE BRICEÑO ARH VO6MATE1.

CONTINUACION INDICE DE MATERIAS DEL VOL 6 DE MARIO BRICEÑO PAGINA 2. ARCHIVO VO6MATE2

ETNOLOGIA
- **Esclavitud**
  - **Abolición:** 201-204.
- **Mestizaje:** 51.

FASCISMO. Véase: **POLITICA - Doctrinas, ideologías y sistemas - Fascismo.**

FILOSOFIA
- **Conceptos**

- **Igualdad:** 35-36.
- **Libertad:** 14, 23, **31-33**, 50.
- **Tolerancia: 27-28, 31-33.**
- **Tendencias**
  - **Hegelianismo:** 29.
  - **Idealismo:** 12, 21-23, 29-30, **31-33.**
  - **Marxismo:** 29.
  - **Materialismo:** 30.
  - **Positivismo:** 29.
  - **Realismo:** 17, 21-23.

FUERZAS ARMADAS: 192.

GEOGRAFIA
- **Corografía: 5-10.**

GUERRAS MUNDIALES
- **Primera:** 19, 123-127, 135-140, 141-146.

HEGUELIANISMO. Véase: **FILOSOFIA - Tendencias - Heguelianismo.**

HISTORIA
- **Pensamiento historiográfico: 3-8, 45-48, 49-52,** 152, 207.
- **Períodos**
  - **Independentista:** 23, **53-56, 57-60, 61-64, 65-68, 69-71, 73-77, 79-84, 89-91.**
  - **Pre-independentista: 151-168, 181-186, 189-192, 195-197, 247-262.**
  - **Republicano:** 6, 7, 10, **207-244, 281-284.**
- **Revoluciones, guerras y conspiraciones: 211-240.**
- **Tendencias.**
  - **Americanismo: 14-15,** 52, **61-64, 65-68, 69-71, 73-77, 89-92, 151-168, 171-174, 261-262.**

HUMANISMO. Véase: **Cultura - Tendencias - Humanismo.**

IDEALISMO. Véase: **FILOSOFIA - Tendencias - Idealismo.**
CULTURA - Tendencias - Idealismo.

INDIGENISMO
- **Pensamiento indigenista:** 121.

INSTITUCIONES EDUCATIVAS. Véase: **EDUCACION - Instituciones.**

LEGISLACION
- **Agraria: 117-118.**
- **Civil**
  - **Amparo: 113-115.**
  - **Libertad de expresión: 95-97.**
- **Constitucional:** 101, 105, **107-109.**
- **Económica:** 111.
- **Educativa: 93-94.**
- **Fiscal:** 99.
- **Laboral: 103.104.**

LIBERALISMO. Véase: **POLITICA - Doctrinas, ideologías y sistemas - Liberalismo.**

LIBERTAD. Véase: **FILOSOFIA - Conceptos.**

LIBERTAD DE PRENSA. Véase: **PERIODISMO - Libertad de prensa.**
LEGISLACION - Civil.

MAQUIAVELISMO. Véase: **POLITICA- Doctrinas, ideaologías y sistemas - Liberalismo.**

MASONERIA. Véase: **RELIGION - Doctrinas - Masonería.**

MARXISMO. Véase: **FILOSOFIA - Tendencias - Marxismo.**
POLITICA - Doctrinas, ideologías y sistemas - Marxismo.

MATERIALISMO. Véase: **FILOSOFIA - Tendencias - Materialismo.**

MESTIZAJE. Véase: **ETNOLOGIA - Mestizaje.**

MIRANDISMO. Véase: Miranda, Francisco de (Indice Onomástico).

NACIONALSOCIALISMO. Véase: **POLITICA - Doctrinas, ideologías y sistemas - Nacionalsocialismo.**

PATRIOTISMO: 8, 195.

PENSAMIENTO JURIDICO. Véase: **LEGISLACION.**

PERIODISMO
- **Libertad de prensa: 95-97.**

POLITICA
- **Doctrinas, ideologías y sistemas**
  - **Civilismo: 45-48.**
  - **Comunismo:** 26, 27, **126-127.**
  - **Democracia: 26-29, 35-43, 74-76, 124-126, 161-162.**
  - **Fascismo:** 132.
  - **Liberalismo:** 132.
  - **Maquiavelismo:** 137, 138.
  - **Marxismo:** 29.
  - **Nacionalismo: 141-146.**
  - **Nacionalsocialismo:** 132, 133.
  - **Totalitarismo:** 42.
- **Pensamiento político: 25-29, 35-43,** 125-127, 136-144, 159, **183-186, 189-191,** 208, 228.
- **Tendencias y movimientos**
  - **Caudillismo: 45-48,** 243.
  - **Civilismo: 45-48, 281-284.**

POSITIVISMO. Véase: **CULTURA - Tendencias - Positivismo**
FILOSOFIA - Tendencias - Positivismo.

RACISMO. Véase: **SOCIOLOGIA - Racismo.**

REALISMO. Véase: **FILOSOFIA - Tendencias - Realismo.**

RELIGION
- **Doctrinas**
  - **Catolicismo**
    - **Pensamiento: 26-27, 129-134.**
  - **Cristianismo:** 29, **129-134, 135-140.**
  - **Masonería:** 132.

RENACIMIENTO. Véase: **CULTURA - Períodos - Renacentista.**

REPUBLICA. Véase: **HISTORIA - Períodos - República.**

SOCIOLOGIA
- **Pensamiento sociológico: 17, 21-24, 26-33, 40-42, 45-48,** 51, **82-83,** 90, 143, 145.
- **Racismo:** 69.

TENENCIA DE LA TIERRA: 117-118.

TOTALITARISMO. Véase: **POLITICA - Tendencias - Totalitarismo.**

TOLERANCIA. Véase: **FILOSOFIA - Conceptos - Tolerancia.**

Impresión realizada para el Congreso de la República
en los Talleres Gráficos de AVILA ARTE, S. A.,
Avenida Augusto C. Sandino, Caracas, Venezuela, en
el mes de mayo de 1989

En 1976 el Congreso de la República, por iniciativa del Diputado Dr. José Rodríguez Iturbe acordó editar las **Obras Completas** de Mario Briceño Iragorry. El texto del Acuerdo apareció publicado en la Gaceta Oficial Nº 30.996, el 4 de junio de aquel año. De esa manera se rendía homenaje al ilustre escritor y pensador trujillano, quien fuera Presidente del Poder Legislativo en 1945 y cuya trayectoria pública se distinguió por su amplitud ideológica.

La figura de don Mario Briceño Iragorry se erigió como símbolo de dignidad por su honesta e infatigable lucha contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, conducta valerosa que lo condujo al exilio desde diciembre de 1952 hasta abril de 1958 después del derrocamiento del régimen represivo. Su obra es en conjunto un breviario de nacionalismo latinoamericano, entendido como denuncia permanente de las mediatizaciones económicas y políticas a que ha estado sometida cíclicamente la Historia de nuestras Repúblicas y a cuyo proceso alienante opone la defensa permanente de nuestros valores de la tradición y la cultura.

Briceño Iragorry fue también exponente luminoso de un pensamiento católico de gran modernidad y vigencia por su contenido social.

Estas **Obras Completas,** que abarcarán aproximadamente 20 volúmenes, recogen desde los primeros textos publicados por el ensayista, hasta la obra dispersa en publicaciones periódicas y valiosos materiales que integran su archivo personal.

La Comisión Editora deja constancia expresa de gratitud a los miembros de la Fundación "Mario Briceño Iragorry" por el respaldo y colaboración que han hecho posible la localización, ordenamiento y publicación de los textos.

Caracas, diciembre de 1988